

G. MOLLIE N

**VIAJE POR LA
REPUBLICA DE COLOMBIA
EN 1823**

**BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA
BOGOTA**

G. MOLLIE N

14554
10/10/10
26-11-98

**VIAJE POR LA
REPUBLICA DE COLOMBIA
EN 1823**

**BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANCEL ARANGO
CATALOGACION**

66737

**BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA
BOGOTA**

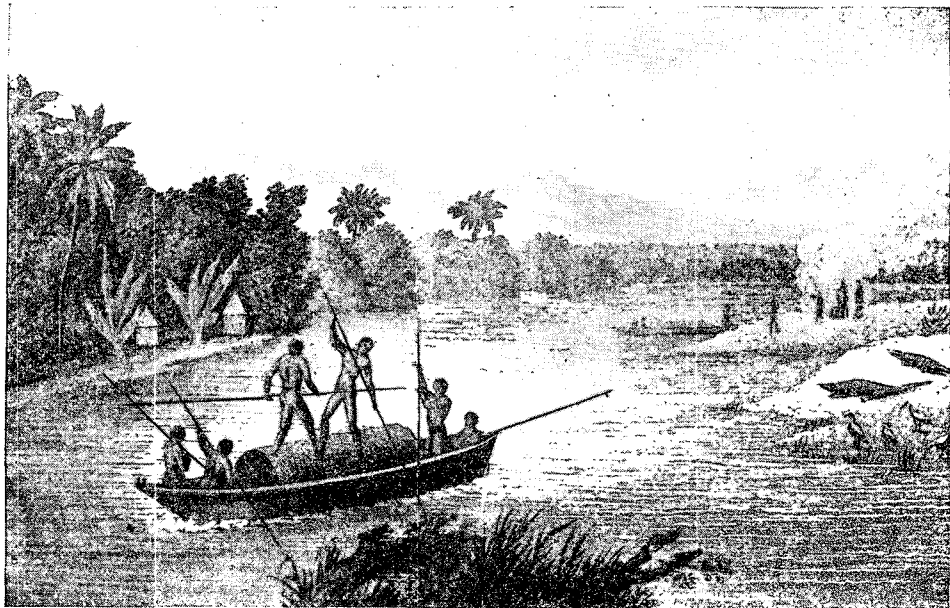
G. MOLLIEŒ

*VIAJE POR LA
REPUBLICA DE COLOMBIA EN 1823*

VIAJES — VOLUMEN VIII

***Publicaciones del Ministerio
de Educación de Colombia***

Impreso en la Imprenta Nacional - 1944



Vista del Magdalena

PROLOGO

De los veinticinco capítulos que integran los dos tomos de la obra en que Mollien consigna las impresiones de su viaje a Colombia, casi la mitad están consagrados al examen del estado político y social de la República recién nacida a la vida independiente y el resto a la descripción, monótona y habitual de ese género de trabajos, del viaje de Cartagena a Bogotá por Turbaco y Barranca; de la clásica subida del Magdalena, que en esos tiempos se hacía en piragua hasta Honda; y del trayecto por tierra, a lomo de mula, desde esa ciudad hasta la capital.

Completa el autor la descripción de Colombia con la narración de una excursión a la Provincia de Socorro y del viaje de regreso a Europa, por Cali y Popayán a Buenaventura, y de aquí por mar a Panamá y la Jamaica. Es de advertir que la descripción que hace de Quito, donde no estuvo, y del camino de Quito a Cuenca, la toma del viaje de un bogotano — Viaje de Caldas, manuscrito, 1805— por considerar interesante conocer la opinión de un colombiano sobre esa parte de su país y de sus compatriotas.

El autor, que tenía veintisiete años cuando realiza el viaje a Colombia y que ya estaba hecho a esas peligrosas aventuras que entonces solían constituir parte

integrante y casi inevitable de los viajes, emprende el suyo a estas tierras, imbuido de las ideas de la vieja Europa y en especial de la Francia de esa época, cuya dinastía, que más que rancia podríamos llamar apolillada, no mira con buenos ojos, ni mucho menos, las victorias del Libertador y el nacimiento a la vida independiente de todos estos nuevos Estados, que todavía pugnaban por emanciparse de la metrópoli; ideas que consideran que una revolución política no podría llevarse a cabo en esas regiones. Viene, pues, nuestro viajero a ver en qué modo y hasta qué punto un pueblo que en gran parte vive en medio de «soledades tan espantosas como las de Africa» había proclamado y hecho suyos unos principios políticos que parecían serle del todo extraños

Pero aparte de esta finalidad de carácter puramente especulativo, también animan al autor otras de orden concreto y práctico; el estudio del comercio con Francia, las posibilidades de incrementarlo y de contrarrestar la preponderancia que día a día va adquiriendo Inglaterra, a la que califica de nación rival, marcado eufemismo en boca de un francés que a cada paso deja entrever que no podía haber olvidado la oposición, unas veces armada y otras política, pero constante, que durante el siglo XVIII y los años que iban transcurridos del XIX caracterizan las relaciones entre ambos países.

Con respecto a la independencia de Colombia no abriga dudas de que esté consolidada, sobre todo, dice, cuando una gran nación europea — Inglaterra — la ha tomado a su riesgo y ventura.

Pero no es ya tan optimista en lo que se refiere a las instituciones de que la dotó Bolívar, pues con-

sidera que éstas, por ser obra personal del Libertador, están ligadas indefectiblemente a la suerte del caudillo, y no descarta la posibilidad de que, desaparecido éste, la gran República de Colombia se constituya en estado monárquico, naturalmente opuesto a los gobiernos democráticos.

No dejan de ser atinadas algunas observaciones que hace Mollien en relación con los Estados Unidos, a pesar de que sólo dispuso para estudiarlos de los pocos días que durara la escala del buque en Norfolck, que apenas si le permiten hacer una excursión, sin grande interés, a Wáshington, subiendo el curso del Chesapeak y del Potomac, y apunta ya la causa principal que, cuarenta años después, daría lugar a la Guerra de Secesión.

Hombre de realidades a pesar de su juventud, Cartagena no provoca ni por su situación ni por su historia emoción alguna en su espíritu, y se limita a, comparándola con Norfolck, a considerarla lúgubre como un claustro, a encontrar sus edificios sucios y miseros, a sus pobladores de color en extremo orgullosos y a los blancos indolentes y amables, resultando por contraste los primeros activos y laboriosos.

En los capítulos que dedica a la historia de la colonia separa la época de la conquista y de las matanzas de aquélla en que ya se puede considerar asentado el poderío español, y no se le escapan los esfuerzos y en ocasiones las luchas que la corona de España tuvo que sostener para ir reduciendo poco a poco las pretensiones de los conquistadores y de sus descendientes, sometimiento éste que no se logra más que a medida que los primeros van desapareciendo, quedando

únicamente atribuidos algunos de sus derechos a sus descendientes durante la primera generación.

Resultan interesantes las apreciaciones que hace en relación con el régimen tributario a que estaban sometidos los indios, y en general con el fiscal de la colonia, estudio éste que el autor no podía abordar más que muy superficialmente por no estar suficientemente investigado.

Duro, o por mejor decir, injusto y exagerado, por generalizar, se muestra Mollien en muchas de sus apreciaciones sobre instituciones, hombres políticos y costumbres de la época, y al respecto no puede omitirse el juicio que mereció esta obra y su autor de hombres como Bolívar y Santander, que se ocupan de la una y del otro en su correspondencia, prueba evidente de la importancia que la atribuían en medio de los innumerables y magnos problemas que tenían que resolver.

En efecto, en la correspondencia cruzada entre Bolívar y Santander hay varias cartas en las que estos prohombres se ocupan de Mollien y de su obra.

Bolívar, en una carta dirigida a Santander, fechada en Arequipa el 20 de mayo de 1825 (Vicente Lecuna «Cartas del Libertador» número 776, tomo IV, páginas 337 y 338), al dar cuenta de la satisfacción que le ha producido leer en un artículo del «Morning Chronicle» el reconocimiento de Colombia y de México, año de: «He visto con infinito gusto lo que dice de usted Mr. Mollien. A la verdad, la alabanza de un godol servil, embustero, con respecto a un patriota que manda una República no deja de ser muy lisonjera. El dice que usted tiene talentos rarísimos de encontrarse. Esto es de un europeo que presume de sabio, que le pagan para que desacredite a los nuevos Estados.

Mucho me alegro del sufragio que usted ha merecido de este caballero».

Se alza luégo Bolívar, en la misma carta, contra lo que de él dice Mollien, considerándolo «vago, falso e injusto». «Vago porque no asigna mi capacidad; falso porque me atribuye un desprendimiento que no tengo; e injusto porque no es cierto que mi educación fuese muy descuidada». Y el Libertador se extiende, complacido, en la enumeración de los maestros de que tanto su madre como sus tutores hubieran de rodearle, los mejores del país: Robinson, para las primeras letras; el famoso Bello, para la literatura y la geografía; el Padre Andujar, para las matemáticas, con la academia que se puso sólo para él, que continuó cultivando en la de San Fernando, de Madrid, lo mismo que los de idiomas con maestros selectos de aquella capital, estudios todos que hizo bajo la dirección del sabio Marqués de Ustaris, en cuya casa vivía; amén de las lecciones que, siendo todavía muy niño, dice, recibiera de esgrima, equitación y baile, y añade: «Ciertamente que no aprendí la filosofía de Aristóteles ni los códigos del crimen y del error; pero puede que Mr. de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, Dalambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin».

También protesta Bolívar en la misma carta de que Mollien le califique de difuso.

Algunas de estas protestas son más bien hijas de la modestia exagerada del Libertador que justificadas, pues no tiene razón Bolívar cuando dice: «falso porque me atribuye un desprendimiento que no tengo», cuando sabido es y consignado queda por todos los

biógrafos de Bolívar que éste, si bien pudo apetecer por la gloria las situaciones altísimas de que estuvo investido, jamás las consideró desde el punto de vista utilitario, y esto es tanto más cierto cuanto que el propio Santander tiene que decirle en su carta fechada en Bogotá el 21 de noviembre de 1825.... «Le recuerdo que me mande una carta para recoger sus haberes y sueldos. No sea tan bueno; esas cantidades le hacen a usted falta, y tomarlas en nada mancha el brillo de su generosidad. Quien renuncia a un millón de pesos ¿puede ser tildado de tomar cuatro reales que necesita? Monroe suplicó al Congreso que le pagara las deudas que había contraído para servir a su país, y le han decretado ciento y pico mil pesos. ¡Qué diferencia entre Monroe y Bolívar, que nunca ha pedido sino la misma ración del soldado!» («Archivo de Santander», tomo XIII, página 294, carta número 183). De modo que en esto Mollin no exagera ni falta a la verdad.

Para conocer el juicio que la obra de Mollin mereciera en Colombia en la época de su publicación, son interesantes las notas que aparecieron en la «Gaceta de Colombia» número 199, domingo 7 de agosto de 1825, al reproducir este periódico algunos párrafos del capítulo VIII, notas a las que el Libertador se refiere en su carta a Santander fechada en Chuquisaca el 27 de diciembre del mismo año, diciendo.... «He visto el extracto de Mollin y las notas que ha tenido usted la bondad de hacer poner a sus observaciones. De todo doy a usted las gracias».

En esas notas se subrayan con marcada ironía algunos juicios de Mollin. Así se dice en una de ellas: «Deben dar las gracias a Mollin todos los generales y jefes del ejército libertador por el buen concepto que

le han merecido. Es una fortuna haber creado una República sin entender lo que era independencia y libertad».

La comparación que el autor establece entre Sertorio y Bolívar es también en ellas objeto de impugnación por la parcialidad que en él se advierte al enjuiciar la República y a sus ilustres apoyos y defensores, y principalmente al considerar al Libertador como un mero guerrillero.

También la crítica europea juzgó severamente la obra de Mollien en algunas de sus partes, por cuanto la «Revue Encyclopédique», al examinar la obra, la encuentra en general defectuosa por la parcialidad que el viajero descubre contra Colombia. «Mr. Mollien, concluye la «Revista», afecta siempre presentar el Estado bajo un punto de vista poco favorable; sospecha de la moderación de Bolívar y de los sentimientos republicanos del pueblo; según él, todo es precario, y las instituciones no tienen garantía alguna para su estabilidad». (El viaje de Mollien, según la Revista Enciclopédica, Gaceta de Colombia, número 251 de 6 de agosto de 1826.) Datos todos estos que he podido utilizar gracias a la ayuda del erudito Director del Archivo Nacional y Académico doctor Enrique Ortega Ricaurte.

Pero cualquiera que sea la opinión que a la crítica de la época y a la moderna pueda merecer la obra de Mollien, no deja ésta de ser interesante por los numerosos detalles que consigna y por la cantidad de datos y de elementos variados que aporta para el conocimiento de la Colombia de la independencia.

Bogotá, 29 de abril de 1943.

PREFACIO

El solo hecho de que el barón de Humboldt hubiera recorrido, en los primeros años de este siglo, la mayor parte de las Provincias de Colombia que yo visité en 1823, constituiría de por sí una razón poderosa para no publicar la descripción de esas regiones. Pero por otra parte, teniendo en cuenta que aquel ilustre sabio viajó por ellas en una época en que el carácter político del pueblo no podía todavía manifestarse con la energía propia de una nación libre por estar aún bajo la dominación española, no se puede negar que la revolución llevada a cabo en el lapso que media entre ambos viajes merece por sí sola que se informe acerca de ella con algún detalle. El estado material del país y los usos y costumbres de sus habitantes habían hecho pensar, durante mucho tiempo, que una revolución política nunca podría llevarse a cabo en esas regiones. Era, pues, de sumo interés saber en qué modo y hasta qué punto un pueblo que en gran parte habita en medio de soledades tan espantosas como las de Africa había proclamado y hecho suyos unos principios políticos que parecían serle del todo extraños.

Estos fueron los motivos que me determinaron a ordenar las notas que recogí en mi viaje.

¡Lejos de mí la pretensión de ofrecer un cuadro completo de Colombia! Antes bien, me doy cuenta exacta de lo imperfecto del boceto que he bosquejado de esa nueva República, a pesar de que en él no he omitido, me parece, ninguno de los rasgos esenciales para su conocimiento; lo que me ha faltado es el talento para pintarla con colores vivos y brillantes, razón por la cual decidí dar a este libro la forma de un mero relato.

No estuvo en mi ánimo, al consignar con meticulosidad todas las circunstancias de mi viaje y los acontecimientos que le hicieron tan penoso, el deseo de excitar el interés hacia mi persona, describiendo las situaciones difíciles en que me encontré; sólo quise, dando a mi viaje la forma de un diario, señalar a aquellos que se propongan recorrer esas mismas regiones, los peligros y las fatigas que en ellas les esperan; pero además estimo que la mejor manera de describir un país es la de consignar las impresiones que uno ha experimentado, día a día, al recorrerlo.

Convencido de que la imparcialidad es el primer deber de un viajero, y teniendo que juzgar a la vez a los independientes y a los españoles, alabo en mi obra, sinceramente, el valor de los unos y algunas instituciones de los otros. De acuerdo con la historia, he dividido en este libro la dominación española en dos épocas que no se suelen discriminar: la conquista, la época de los crímenes y de las matanzas, y aquella otra en que España, con un mayor sentido humanitario, se ocupó en civilizar a sus súbditos de América. Sin disimular la lentitud de los progresos de la civilización española, no he podido por menos de poner de manifiesto que ésta nunca fue retrógrada, aserto que se patentiza fácilmente si se observa que la revolución estalló en América nada más que 20

años después de la nuestra y que tuvo el mismo carácter político.

Ahora bien: un francés, al viajar por América, no debe circunscribir su tarea a la descripción escrupulosa e imparcial de la posición respectiva de los españoles y de los independientes; su labor va más allá; tiene que exponer su opinión acerca del comercio de su patria y sobre los intereses de la humanidad, maltrechos desde hace tanto tiempo en el Nuevo Mundo. Por eso he tenido que hablar con frecuencia unas veces del ascendiente que va adquiriendo allí una nación rival y otras del estado de envilecimiento en que todavía yacen los indígenas y los negros; los primeros, únicos dueños legítimos del país; los segundos, víctimas inocentes deportadas para desmontar regiones en las que no disfrutaban ni siquiera de la libertad. Pero, al lado de esas tristes reflexiones que este espectáculo aflictivo inspira, me he apresurado a hacer constar la esperanza que abrigo de que la resolución que en todas partes han tomado los mulatos y los mestizos españoles de suavizar la suerte de esas razas, que son en definitiva sus progenitoras, termine con él. Y no es esta resolución generosa la única que he consignado, sino que he citado, como una de las principales, la que también han adoptado unánimemente de admitir a todas las naciones del planeta al disfrute de un mundo de una extensión casi igual a la de Asia, que no podía seguir siendo el patrimonio exclusivo de diez y siete millones de hombres.

Cualquiera que sea el fundamento que tengan esas esperanzas de mejoramiento, especialmente en Colombia, no he ocultado, sin embargo, que están supeditadas a la apatía natural de los pueblos que habitan las regiones equinociales, a la codicia de algunos extranjeros

privilegiados y, sobre todo, a la cuesti3n de las razas de color, la 3ltima y desde luego la m3s terrible que queda por resolver (1).

Bol3var, lo mismo que Guillermo de Nassau en los Pa3ses Bajos, despu3s de inauditos esfuerzos, parece que ha logrado poner la independenciam de su patria al abrigo de todo peligro. Pero ser3a un poco aventurado decir otro tanto por lo que se refiere a algunas de las instituciones con que la ha dotado; y m3s bien se inclina el 3nimo a creer que 3stas correr3n m3s de un serio peligro cuando el legislador que las defiende haya desaparecido del escenario pol3tico.

Estos presentimientos los sugiere el recuerdo de lo que pas3 en Francia, en M3xico y en Santo Domingo, pa3ses donde los gobiernos se han derrumbado con los mismos que los fundaron. Claro es que a esto podr3 objetarse la estabilidad de la constituci3n de los Estados Unidos. Pero 3qu3 tiene de com3n la Am3rica inglesa con la Am3rica espa3ola? 3Es que puede compararse la una con la otra? Tanto equivaldr3a establecer un paralelismo entre sus metr3polis respectivas. 3Qu3 abismo insondable abre entre una y otra, sobre todo, la diferencia de sus creencias religiosas!

Por eso, a pesar de las revoluciones prodigiosas que han caracterizado nuestra 3poca, no hay quien considere como muy estable esa conformidad de principios pol3ticos que existe a la hora presente entre los protestantes

(1) Es la opini3n de la minor3a (los criollos blancos) que ha sustituido en el poder a los espa3oles. Sus temores a este respecto son tales, que se les ha visto, sin motivo real, ejercer la vigilancia m3s estrecha sobre los hombres de las Antillas y aun a riesgo de verse acusados de ingratitud, rechazar con altaner3a su alianza.

ingleses y los católicos españoles de América. En efecto, nuestra religión tiene tan pocas simpatías por la democracia, que es de temer, a cada instante, que la paz y la tranquilidad se alteren en una vasta República en la que el clero, corporación rica, influyente y dirigida por un jefe extranjero, se constituya en un poder monárquico naturalmente opuesto a los gobiernos populares.

Por lo demás, un cambio en la forma de la Constitución de Colombia influiría poco en la cuestión de su independencia, que a juicio de muchos quedó definitivamente sellada desde el momento en que una gran nación europea la reconoció y la tomó a su riesgo y ventura.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Salida de Francia. - Las Azores. - La costa de los Estados Unidos. - Norfolk. - Washington. - Calma chicha. - Cartagena de Indias. - Salida para Bogotá. - Turbaco. - Barranca. - De Cartagena al Magdalena.

La lucha sangrienta que sostenía la América española, la revolución que en ella se había realizado y que abrió los puertos de ese Continente, durante tanto tiempo cerrados a los extranjeros, fueron otros tantos motivos que contribuyeron a excitar mi curiosidad; ardía en deseos de satisfacerla; se presentó una ocasión, y la aproveché: se iba a enviar un buque de guerra al Caribe para proteger nuestro comercio; solicité el favor de embarcarme en él y se accedió a mi demanda.

No tardé mucho en hacer mis preparativos. En cuanto llegué al puerto de embarque, me enteré de que el buque en el que había tomado pasaje debía tocar en los Estados Unidos, rodeo que lejos de contrariarme me encantó, ya que me brindaba la ocasión de conocer ambas Américas.

Después de algunas demoras imprevistas, el buque se hizo a la mar en el curso del mes de agosto de 1822. El 1.º de septiembre avistamos las Azores; pasamos por delante de San Miguel; al día siguiente muy de mañana divisamos La Tercera, San Jorge y Pico. En esos para-

jes sólo nos encontramos con un ballenero norteamericano.

La travesía fue feliz, y nada hubiera venido a contrariarla a no haber sido por la niebla que reina en las proximidades de la costa de los Estados Unidos y que impidió a nuestros marinos hacer observaciones exactas y propias para disipar la incertidumbre en que se hallaban en cuanto a nuestra situación. Por fin, el día 26, a las 6 de la tarde, un piloto norteamericano nos tranquilizó al decirnos que no estábamos lejos de tierra; en efecto, al día siguiente vimos las costas arenosas de Virginia, cubiertas de bosques de pinos. A la una de la tarde anclamos a poca distancia del fuerte Hampton, al que se ha dado el nombre del Presidente Monroe.

Mientras vino una embarcación para llevarme a Norfolk, que está a unas cuatro leguas al sureste de Hampton, tuve tiempo sobrado de contemplar el espectáculo nuevo que se ofrecía a mi vista. Observé principalmente con el mayor interés el fuerte que se está construyendo en medio de la rada; está destinado a defender la entrada del Chesapeake, por el que en 1814 los ingleses llegaron hasta Washington. Ese fuerte va a ser artillado con 300 cañones.

Hasta el día 28 por la noche no pude conseguir una embarcación para ir a Norfolk, y fue uno de esos barcos pilotos, tan ligeros y al mismo tiempo tan peligrosos, que el timonel tiene que meterse en una especie de agujero sumamente estrecho para que no se lo lleven las olas que barren la cubierta; como tuvimos que navegar de bolina, no llegamos a la ciudad hasta la media noche.

El emplazamiento de Norfolk es verdaderamente privilegiado para el comercio por lo cerca que está de la bahía de Chesapeake, en la que desembocan tantos ríos.

Las calles de Norfolk, lo mismo que las de todas las ciudades de construcción inglesa, son anchas y tienen aceras. Las casas son de ladrillo. Lo variado de los edificios y la limpieza que reina en sus interiores dan a Norfolk un aspecto alegre y agradable.

La vista de los prados que rodean todas las casas y la de los árboles que dan sombra a sus tejados le harían a uno creerse en pleno campo, si no fuese porque el constante ir y venir en todas direcciones de una multitud de carros, y la actividad que reina en el puerto, que surcan mil barcas, indican que Norfolk es una ciudad muy comercial.

El 30 de septiembre salí de esta ciudad para ir a Washington; navegamos por el curso del Chesapeake hasta la media noche, hora a la que entramos en el río Potomac.

Al rayar el alba navegábamos por entre las orillas del Estado de Maryland y las del de Virginia. Hacía bastante calor; se veían pocos cultivos; las tierras todavía estaban vírgenes; a pesar del bajo precio a que el Gobierno las vende, 50 francos el acre, el sistema de esclavitud que se mantiene en esos Estados aleja de ellos a los colonos que prefieren trasponer los Alleghans y establecerse en el oeste, donde encuentran terrenos a 5 francos el acre.

A la una se distinguía ya Mont-Vernon, casa que habitó Washington; su arquitectura es sencilla, pero ¡cuántos recuerdos llenos de interés evoca!

Habíamos dejado a nuestra derecha la desembocadura del Piscataway, en cuyas proximidades han levantado un fuerte para defender la capital, llegado el momento, de las teas de los ingleses. Cuando le perdíamos

de vista divisamos a Alejandría, ciudad próspera en la época de la guerra, pero que hoy está en plena decadencia; sus calles, todas rectas, están trazadas en sentido perpendicular al río, lo que le da un aspecto singular, pues por un lado está flanqueada por un bosque de pinos, y por el otro por un bosque de mástiles. Desde Alejandría vimos el puente de madera de Wáshington, que tiene una milla de largo, luégo nos señalaron a la propia ciudad de Wáshington, rodeada de tierras labrantías que casi ocupan toda la extensión asignada a su recinto.

Wáshington es una ciudad prodigiosamente grande, teniendo en cuenta el plano en que se la ha trazado; pero en realidad no es más que una inmensa soledad, triste en extremo, en la que úno por fuerza tiene que aburrirse fuéa de la época en que el congreso celebra sus sesiones, única en la que hay gente, y el pequeño número de casas que hay diseminadas por el campo se llena de forasteros cuya presencia da alguna animación a la ciudad. Cuando yo estuve, había poca gente, de modo que me pareció haberla conocido completamente el mismo día de mi llegada. No repetiré la descripción de sus monumentos, que se encuentra en todas las relaciones de viajes a los Estados Unidos. Al día siguiente me embarqué en el Potomac para regresar a Norfolk. Tardamos veinticuatro horas en recorrer las sesenta leguas que hay entre las dos ciudades.

Nuestro buque tenía que abastecerse en Norfolk. Pocos días fueron suficientes para el aprovisionamiento. El 13 de octubre nos hicimos a la mar; el viento, al principio favorable, nos permitió salir de la rada y doblar el cabo Henri, pero en seguida se tornó contrario

y nos obligó a fondear frente a esa punta. Este contrat tiempo no duró mucho; al día siguiente izamos de nuevo las velas, y antes de la puesta del sol perdíamos de vista las costas de la América Septentrional.

Al llegar a un país que no se conoce, todo el mundo se comunica entre sí las noticias que sobre el mismo ha recogido en las narraciones de los viajeros, y se escuchan con interés los relatos de las personas que ya han estado en él. Al abandonarle, los que antes, por ignorancia, habían prestado una atención religiosa en calidad de meros oyentes a los relatos de las personas que les precedieron, se apresuran a hacer gala de sus nuevos conocimientos y se entregan, con maligna satisfacción, al placer de refutar las mismas opiniones que antes hicieron suyas y que eran fruto de maduras observaciones. Eso mismo hicimos nosotros: nos apresuramos a comunicarnos los unos a los otros nuestras observaciones y a comentarlas; nos extrañaron algunas instituciones que parecían estar en contradicción notoria con los principios que habían servido de base a la organización social de los Estados Unidos. El látigo con que se castiga a los negros silbaba todavía en nuestros oídos (1); los prejuicios de que son objeto las gentes de color nos llenaban de indignación: las costumbres nos parecieron un poco licenciosas, y debían serlo para merecer

(1) En 1820 había en los Estados Unidos 1.538.128 esclavos. No es, pues, sin motivo que el Gobierno de esta República se ha unido a los ingleses para oponerse a la trata de negros. Por esta razón, lejos de consentir el aumento de su número mediante el aporte de nuevos contingentes, se esfuerza por todos los medios posibles en hacerles disminuir, bien sea exportándolos, bien sea promulgando leyes terribles contra la introducción de negros en su territorio. Tal vez no se haya dado contra esta raza desgraciada un decreto más severo que el que se promulgó en la Carolina del Sur en 1823. Ese decreto establece que los Capitanes de buques mercantes que tengan a bordo de sus

la censura de los marinos, que naturalmente son poco rígidos en esas materias. La policía, sobre todo, no fue objeto de aplauso, pues si es cierto que no molesta a los extranjeros, en cambio no les protege debidamente contra las exacciones de los comerciantes o la infidelidad de los criados. Sobre todo se criticó severamente la despreocupación de los norteamericanos en lo tocante a la adopción de medidas sanitarias contra la fiebre amarilla, incuria que hace que las ciudades del litoral estén expuestas a epidemias todos los años. En cambio no se escatimaron los elogios a la actividad de su comercio y a la disciplina de su marina, a la rapidez con que hacen suyos todos los inventos, y en especial el de las máquinas de vapor, que se han convertido para ellos, lo mismo que para todos los países que las utilizan, en un medio poderoso e incalculable de riqueza y de potencialidad. En algunos individuos, y especialmente en los militares, se creyó advertir ciertas tendencias aristocráticas; algunas instituciones modernas, como la creación de una academia militar en Nueva York, indican que el Gobierno, lejos de contrarrestarlas, las estimula. Finalmente se vislumbró una causa poderosa de separación que se origina en que esa población negra es muy numerosa en los Estados del Sur, en tanto que en los del Norte es sumamente reducida, razón por la cual éstos se oponen a las prácticas y sistemas de los otros. En general, se fue imparcial al emitir juicios sobre los países que no se conocían; se estuvo de acuerdo en que

buques hombres de color, libres o esclavos, deben durante la estadía en puerto hacerlos encerrar en la cárcel y además aufragar los gastos que origine su detención. En caso de inobservancia de esa disposición, los Capitanes son condenados a una multa de mil dólares y a dos meses de prisión; en cuanto a los negros, libres o esclavos, serán vendidos de conformidad con la Ley de 20 de diciembre de 1820.

las costumbres de Virginia podían no ser las mismas que las de Pensylvania, y en que el régimen de esclavitud daba a los Estados del sur una fisonomía tan característica, que a duras penas permite apreciar en ellos los rasgos del carácter inglés, es decir, esa actividad creadora que hace milagros en tantos sitios.

Las ciudades nos parecieren tristes; el campo monótono, debido a los bosques de pinos que le cubren, y las carreteras medianas, porque para afirmarlas se emplean troncos de árboles, como en Rusia. El clima de Norfolk nos pareció caluroso en extremo, y el de Wáshington frío y húmedo en demasía. En general, las casas nos gustaron por la limpieza y la sencillez que impera, y no pudimos menos de apreciar en los habitantes un gran fondo de amabilidad y de hospitalidad; se convino en que esas cualidades eran más evidentes en las mujeres, y que los hombres en general habían conservado la taciturnidad inglesa.

El mar estaba tan tranquilo, el viento era tan favorable, que se navegaban muchas millas por día. La alegría que nos daba la idea de que pronto llegaríamos a los mares equinociales contribuía mucho a dar animación a nuestras conversaciones. Los vientos vinieron de repente a malograr nuestras esperanzas, trocando las que teníamos de hacer una rápida travesía en la aburrida perspectiva de un viaje pesado. La calma chicha nos sorprendió en las proximidades de las Bermudas. En vano buscamos distracciones en la superficie inmóvil del mar; en vano, con las miradas fijas en el horizonte, tratábamos de descubrir algún movimiento en la masa líquida; nada se agitaba. Por fin se divisaron algunos peces, y al placer de darles caza se unió la esperanza de que serían los precursores del viento.

Su aparición no fue indicio falaz; el 24 de octubre una brisa del sur-suroeste nos sacó de nuestra enfadosa situación y nos llevó hasta el 31° de latitud y el 64° de longitud. Pero no pasamos el trópico hasta el 3 de noviembre. El 8 divisamos a Puerto Rico; estábamos a 14° 52' de latitud y al día siguiente navegábamos a la vista de las islas de Zaché, de Mona y del Monilla. Esas rocas aisladas, cubiertas de malezas y de correhuelas, parecen inabordables; antes de anoecer las perdimos de vista; acabábamos de entrar en el mar de las Antillas. Dos días después divisamos tierra; se echó la sonda y se encontró fondo a 45 brazas. Al llegar a los 11° 18' de latitud, nos encontramos con la flotilla de Colombia que iba a bloquear a Maracaibo, que había caído en manos del General español Morales.

El Capitán, desde que nos aproximamos a tierra, no dejó de estar inquieto. Los bajos que la sonda le revelaba por todas partes, la variación de las corrientes, las tormentas que estallaban todos los días y las costas inhóspitas que nos rodeaban justificaban sus temores; éstos disminuyeron el día 15 al divisar la punta de Gale-
ra Zamba, promontorio constituido por diez montecillos desiguales. Por fin, el día 17 se avistó el Cerro de la Popa; al pie de esa eminencia se alza Cartagena. En seguida se hicieron señales para que se nos enviara un práctico, pero el día se extinguió sin que nadie viniera a bordo; no hubo más remedio que fondear: estábamos frente a Punta Canoa. Al día siguiente levamos anclas muy temprano y nos dirigimos hacia el puerto; pronto dejamos atrás a Boca Grande, canal que los españoles cegaron, hundiendo barcos viejos, para defender mejor las proximidades de Cartagena. Poco después enfilábamos el paso de Bocachica, flanqueado por dos fuertes bastante

poderosos. Un oficial, despachado por el Comandante de uno de los fuertes, subió a bordo, se largaron todas las velas y a las cinco de la tarde entramos en el soberbio puerto de Cartagena.

No tardó mucho el buque en hacerse de nuevo a la mar, y tuve el sentimiento de separarme de las personas cuya amable compañía había mitigado el fastidio de la travesía. La esperanza de adentrarme cuanto antes por la cordillera, al reavivar mis aficiones por los viajes por tierra, me determinó a no continuar el viaje por mar; me quedé, pues, en Cartagena.

Al llegar a esta ciudad tuve que precaverme de todas esas prevenciones favorables que siempre se experimentan al desembarcar; todo lo encuentra úno hermoso, la vegetación más insignificante le parece a úno un parte-re; una casucha se le antoja a úno un palacio; cualquier lugar parece un paraíso. La impresión que me produjo Cartagena fue muy distinta, y la comparación que tuve que hacer con Norfolk no fue nada favorable para la ciudad de América del Sur. En efecto, Cartagena presenta el aspecto lúgubre de un claustro: largas galerías, columnas bajas y toscas, calles estrechas y sombrías en razón al saliente de los tejados que sustraen la mitad de la luz; la mayor parte de las habitaciones están sucias, llenas de humo, tienen un aspecto mísero, y cobijan seres que están más sucios, más negros y más miserables aún: tal es el aspecto que ofrece a primera vista esta ciudad, bautizada con el nombre de la rival de Roma. Sin embargo, cuando se entra en las casas se advierte que su construcción, que al principio parece un poco extraña, está bien entendida, porque úno se da cuenta de que están dispuestas para luchar contra el calor. Los cuartos son unos inmensos vestíbulos en los

que se aspiraría con gusto el aire que entra por desgracia con poca frecuencia, si no estuviese úno devorado por las picaduras de mil insectos, que son menos molestos que los murciélagos, cuyo número es infinito y cuya mordedura es, según dicen, en extremo peligrosa.

Una mesa, media docena de sillas de madera, un catre, una jarra y dos candeleros constituyen de ordinario el ajuar de uno de esos caserones de paredes de ladrillo y techados con tejas. Los dos sitios que sufrió Cartagena han arruinado a la mayor parte de las familias.

Hay en Cartagena dos conventos de frailes y otros dos de monjas, unos con veinticinco frailes y otros con treinta monjas. Hay también en esta ciudad dos hospitales.

Cartagena es una plaza muy fuerte y muy extendida; se necesitarían por lo menos 9.000 hombres para guarnecer todos los puntos de la ciudad; son notables los inmensos aljibes que hay en el interior de sus murallas, y su agua es excelente. Cartagena es, pues, más bien una plaza fuerte que un puerto comercial, y dejará de serlo del todo el día en que no sea más que una factoría de Panamá.

Situada a doscientas leguas del ecuador, la temperatura es abrasadora y el clima malsano; la fiebre amarilla causa frecuentes estragos.

Su población, que es de 18.000 habitantes, se compone casi toda ella de hombres de color, en su mayor parte marineros o pescadores. Hay algunos que tienen tiendas de mercería o de comestibles; otros ejercen oficios útiles; industrias incipientes que para que prosperen no necesitan más que un poco de estímulo y de competencia. Trabajan muy bien la concha, son excelentes joyeros,

buenos carpinteros, magníficos zapateros, sastres regulares, mediocres ebanistas, herreros más bien que cerrajeros, albañiles carentes de ideas de proporción, malos pintores, pero eso sí son aficionadísimos a la música.

Los peligros del mar, industria con frecuencia elogiada y casi siempre bien pagada, han desarrollado en esa gente de color un orgullo que a veces resulta molesto. Su vehemencia y su petulancia contrastan con la indolencia y con el buen carácter de los hombres que llaman blancos, de modo que, a pesar de su pereza, parecen activos y laboriosos. Son también los que se dedican al contrabando; y lo hacen con tan poco recato, que constituye una afrenta para los funcionarios encargados de reprimir ese desorden.

Las mujeres de color, si son hijas de negras y de blancos, son altas y tienen un aspecto mucho más agradable que el de nuestras mulatas de las Antillas, que por lo general son demasiado gruesas; cuando son hijas de indias y de negros, tienen facciones más delicadas y más expresión en la fisonomía. Si por una parte las razas en los trópicos se debilitan a medida que se van haciendo más blancas, por otra se embellecen; esta es la razón por la cual todas las mulatas son inferiores en belleza a las mujeres blancas, y desmerecen desde este punto de vista cuando se las ve juntas; esto sucede con frecuencia en los países españoles donde no hay en las iglesias puestos reservados para unas y para otras, como en los Estados Unidos. En los países españoles todos rezan, juntos, a Dios, cualquiera que sea el color de la piel, y el pueblo no tardaría en sublevarse si las autoridades pusieran a la puerta de las iglesias un aviso que dijera: *Today instruction for the men of colour.* (Hoy, doctrina para las personas de color).

Durante mi estancia en Cartagena, las tribus indígenas que habitan en las inmediaciones de esta ciudad provocaron a la vez la alegría y el espanto. Algunos indios del Darién, al venir a la ciudad para someterse a la soberanía de la República y pedir algunos presentes, causaron gran satisfacción a las autoridades; pero ese triunfo fue amargado por la noticia de la toma de Santa Marta por los indios de la Ciénaga. Este movimiento insurreccional se consideró lo bastante importante para que se declarara Cartagena en estado de sitio por espacio de cuarenta días. El 1.º de febrero me dispuse a emprender el viaje a Santa Fe de Bogotá. Los temores que la proximidad de Morales, dueño a la sazón de Maracaibo, inspiraba en todas partes, me impidieron ponerme en camino antes. Tan pronto como me convencí de que el general español no se aproximaba al río Magdalena, me dirigí al intendente para conseguir caballos. Este funcionario envió gente a todas partes para obtenerlos. Pero como el ejército de Montilla, jefe de los patriotas, remontaba a su tropa, los campesinos habían ocultado sus caballerías en los bosques para sustraerlas a las requisas. Por fin se pudieron encontrar unas cuantas, y a pesar de las quejas, bastante fundadas, de los dueños, las trajeron rendidas de cansancio y medio muertas, de hambre y de sed. Mientras que, confiando demasiado en los cuidados de mi mozo de mulas, me ocupaba yo en los preparativos del viaje, aquél se limitó a atar los caballos en el patio sin darles ni una brazada de hierba durante los tres días que duraron aquéllos; y como me puse en camino sin enterarme de ello, tuve una serie de dificultades, pues los pobres animales a cada paso se caían de inanición en el camino.

Hacía muchísimo calor, caminábamos penosamente a través de los bosques, cuando oí que detrás de mí alguien me gritaba en francés: *Caballero: ¿a dónde va usted?* La pregunta y el idioma en que se hacía me hicieron volver la cabeza; vi un joven que apresuraba el paso de su caballo para alcanzarme. Después de haber contestado a su pregunta, se anticipó a las mías diciéndome que era oriundo de Saint-Etienne en Forest, que era armero de oficio y que había venido a Colombia con la esperanza de hacer fortuna, pero que se había equivocado de medio a medio. Luégo de haberme dado sobre su persona otros detalles, me propuso acompañarme; acepté de buen grado su ofrecimiento y no tuve que arrepentirme, pues viendo lo mucho que me daban que hacer mis caballos, me fue utilísimo, bien ayudando en su tarea al mulero, o arreando con su caballo a los míos que se quedaban rezagados. Pasamos por Ternerero, y, hablando de los latrocinios que los desertores acababan de cometer en este mismo camino, llegamos sin mayor tropiezo, y muy cansados de esta primera jornada, a Turbaco.

La carta de recomendación que para todos los alcaldes me diera en Cartagena el intendente, me valió una buena acogida en Turbaco: el alcalde me alojó en casa de una persona de las principales del pueblo: era un pintor, título que se dan los pintores de brocha gorda de la región; mi huésped estuvo de lo más amable que darse pueda.

Siguiendo la costumbre de los hispanoamericanos cuando viajan, me había provisto de un caldero, de una sartén y de todos los demás utensilios y provisiones que no se encuentran por estos caminos; llevaba además una de esas camas que hay en España, que son muy

cómodas porque se pueden guardar en un baúl, que se carga con facilidad en una mula. De manera que en realidad causé poca incomodidad a mi huésped; se puso mi cama en una de las mejores habitaciones de la casa. Por la noche tuve mucho frío, prueba evidente de que este lugar debe de ser muy sano para los europeos, que para evitar el clima de Cartagena podrían venir a Turbaco y esperar aquí a que los buques estuviesen a punto de zarpar. Turbaco dista sólo seis leguas de Cartagena, circunstancia que hace que la estancia en este pueblo sea doblemente agradable por la facilidad que ofrece de poder volver en seguida al centro de los negocios.

Salí de Turbaco al día siguiente; el alcalde me proporcionó dos caballos de silla a cambio de los dos pencos del día anterior. A pesar del calor excesivo que hacía, llegamos temprano a Arjona; me presenté en casa del alcalde, donde no me dieron más que una boleta de alojamiento en casa de uno de los vecinos. Cuando le pedí caballos, me contestó que eso sería para el día siguiente; contratiempo fastidioso. Mi huésped, al que conté la perplejidad en que me hallaba, envió en seguida a su gente a buscar sus propias mulas y me las alquiló; antes de las cuatro, mi equipaje estaba cargado. Testimonié mi agradecimiento a este buen hombre invitándole a tomar un vaso de ron, y me di cuenta, como después en muchas otras ocasiones lo he confirmado, de que con los cristianos de América los servicios y el agradecimiento se obtienen con este licor, lo mismo que de los negros mahometanos de Africa con tabaco.

Pronto se vino la noche encima y nuestra marcha se hizo incierta. Después de haber vagado a la ventura durante bastante tiempo, la luz de la luna nos permitió

volver a encontrar el camino, y a las nueve de la noche llegamos a la orilla del Dique; es éste un brazo del Magdalena por el que en la época de lluvias se baja a Cartagena. Cuando le atravesé llevaba poca agua, y sin embargo ésta llegaba hasta la silla de los caballos. Todavía no se ha tendido un puente o establecido una balsa por este sitio para cruzar este canal, a pesar de que se han puesto estos servicios en pasos mucho menos difíciles; con todo, el viajero tendrá que quejarse menos de este vado incómodo que de los mosquitos que lo infestan. En vano se apresura uno a alejarse de sus orillas desoladas, pues esos temibles insectos se siguen encontrando en Mahates, aldehuela de unos doscientos habitantes, donde materialmente es imposible dormir.

Todos estábamos en pie antes de que amaneciera para salir de este purgatorio. A las siete atravesábamos a Santa Cruz, que está a tres leguas más allá, aldea de unas veintidós cabañas de negros que cultivan algodón. Es chocante que estos negros, que trajeron con ellos tantas costumbres y hasta las herramientas de trabajo de las regiones de donde les sacaron, no hayan, en ningún sitio, conservado la forma redonda de sus chozas; todas son cuadradas.

En Ariando, el alcalde nos recibió en su cabaña, hecha de zarzo recubierto de barro mezclado con paja.

No lejos de Ariando nos encontramos con un correo del gobierno, portador de una orden para el intendente de Cartagena, mandándole deportar a trescientos españoles. Este hombre se enfadó porque mi mulero, refiriéndose a la capital, dijo *Santa Fe* en vez de Bogotá. Felizmente la disputa no tuvo consecuencias.

Desde lo alto de la cuesta en cuya ladera se alza Barranco de Loba, dimos vista a este pueblo. Me alojé en

casa de un viejo peruano, cuyos servicios a la causa de la libertad habían sido tan importantes, que se ufanaba de poder obtener el cargo de Director de Correos de Cartagena, que tiene un sueldo de 10.000 francos.

A pesar de que en el camino de Cartagena a Barranco no hay ni cumbres escarpadas que escalar, ni ríos profundos que atravesar, el calor sofocante que hace, la poca brisa ardiente que se respira en los bosques que atraviesa, lo hacen por demás penoso para el viajero europeo. Cierto que en cambio se le acoge hospitalariamente; y no es poco eso de encontrar en los desiertos del Nuevo Mundo un albergue, fuego y la posibilidad de conseguir a bajo precio pollos, huevos y pan; pocas veces se encuentra carne de vaca. Salvo contadas excepciones, nunca tuve que quejarme de los caldes.

El panorama en estas regiones es magnífico para los amantes de la naturaleza desordenada y del aspecto salvaje. Todo el terreno está cubierto de árboles de grande altura y de una vegetación lujuriente. La sombra de los árboles sería deliciosa si el céfiro pudiera abrirse paso por su fronda. El mahagua (bombax), sobre todo, merece la admiración del viajero; el tronco de ese árbol es altísimo y su copa espesísima. El fruto encierra una especie de lana que los negros emplean para taponarse los oídos.

Poco es lo que la mano del hombre ha cultivado en estas vastas extensiones; algunos campos de algodón, de maíz, algunas matas de añil, en eso consiste toda su riqueza agrícola. El negro, que con el mulato es la clase de hombres que se suele encontrar con más frecuencia, sometido a un amo indulgente, se entrega al ocio, al cual, por lo demás, invitan el calor de la zona ecuatorial y la multiplicidad de las fiestas religiosas; obliga-

do a satisfacer al dueño una renta fija y módica, la paga puntualmente porque no se necesita trabajar mucho para obtener su importe. Así se explica que en la región que hay entre el mar y Barranco se encuentre uno con un país cultivado y habitado como el que recorrí en Africa; a veces hasta hubiera creído que estaba en aquel continente, de no haber sido porque la autoridad está aquí siempre en manos de los blancos o de gentes que aspiran a ese título sin tener verdadero derecho a ostentarlo.

El camino, sin ser malo, no tiene un nivel constante; el terreno está cubierto de montecillos que hacen que la vía suba y baje con frecuencia. El tráfico que por allí se hace es considerable, ya que en la época seca es la principal vía de comunicación entre la capital y la costa; sin embargo, ninguno de los pueblos por donde se pasa es rico: hay algún ganado, que en esta época tenía un aspecto mísero. En los llanos tropicales los animales, lo mismo que las plantas, necesitan de las lluvias para reponerse; en cuanto éstas cesan, languidecen de nuevo. Los caballos son bastos y muy flacos.

Los jaguares, los monos y los loros hacen resonar el aire con sus maullidos y sus gritos estridentes; por los bosques pululan en gran número los ciervos y los cerdos cimarrones.

Los grandes bosques, en los que sólo algunas flores rompen de vez en cuando la monótona uniformidad, no tienen nada de pintoresco. Con la proximidad al Magdalena, las perspectivas son más rientes; el terreno no está ya constituido por el árido gris, que hace tan triste el camino de Cartagena a Barranco; las tierras de aluvión parecen invitar a los habitantes a cultivarlas con más esmero; la vegetación, con la humedad, se muestra

más lozana y el ganado está más gordo y se multiplica más y mejor.

Barranco, punto donde los viajeros que suben por el Magdalena se embarcan en la época seca, está poco poblado a pesar de su buena situación. Si el calor es muy fuerte durante el día, la brisa que de tiempo en tiempo sopla refresca la atmósfera, y no pára en esto su efecto saludable, sino que también se lleva con ella, hacia la parte alta del río, las numerosas nubes de mosquitos: en Barranco no hay mosquitos. La importancia que hoy tiene este pueblo, debida a las piraguas o a los burros que se alquilan a los viajeros, desaparecerá desde el momento en que el Dique sea navegable en todo tiempo; parece que se tiene el proyecto de ocuparse en ello.

CAPÍTULO II

Salida de Barranco. - El pueblo de Tenerife. - Zambrano. - La isla de San Pedro. - Pinto. - Santa Ana. - Mompós. - El gobernador de Mompós. - Comercio de Mompós. - Salida de Mompós. - Margarita. - Guamal. - Peñón. - Banco. - La Sierra de Ocaña. - Regidor. - Río Viejo. - Morales. - Badillo. - Los habitantes del Magdalena. - Bocas del Rosario. - San Pablo. - Punta de Barbacoa. - Garrapata. - Angostura. - Nare.

Para ir a Bogotá hay que subir el río Magdalena; es una navegación muy penosa y muy larga, pues dura un mes; sin embargo, se prefiere esta vía al camino por tierra. Antes de embarcarme pedí consejo a mi huésped. En pocas palabras me lo dio, y me pintó con los colores más negros las penalidades que tendría que soportar.

Al ver los cinco marineros que debían tripular la piragua, comprendí que no había exagerado. Estaban completamente borrachos. Sus caras de salvajes tenían algo de siniestro, que provenía, según después me di cuenta, más del estado en que se hallaban que de su carácter. Merced a los buenos oficios del viejo peruano, pronto quedó contratado el viaje; a las cinco, mi equipaje estaba a bordo de la frágil piragua. Mis *bogas*, así es como se llaman los bateleros del Magdalena, se despidieron de Barranco entonando unas letanías a la Virgen.

A cada golpe que daban mis bogas con el bichero para hacer avanzar la piragua, perdían el equilibrio y caían unos tras otros al agua. A las siete pasamos por delante de Barranca Vieja. A las ocho y media nos detuvimos en Hoyo-Garza.

Salimos de este lugar al día siguiente antes de rayar el alba. Cuando salió el sol divisamos con grandísima alegría a Buena Vista, nombre que no resulta impropio. La posición del pueblo es encantadora.

Navegábamos por entre las orillas verdeantes de un río tan ancho como el Senegal, que ofrecía con éste muchos puntos de similitud: la falta de cultivos en sus márgenes, la soledad de las selvas que las cubren, el calor que hace y los negros que se ven, a trechos muy largos, sentados delante de sus cabañas de caña, rodeadas de campos de maíz, o arrostrando la corriente del río en unos troncos de árboles ahuecados, eran otros tantos detalles que me transportaban a Africa.

El negro del Magdalena, sin embargo, no tiene el valor viril, la intrepidez ni la fuerza muscular del negro del Senegal; tampoco tiene esa confianza ciega en su Dios que inspira al otro un pedazo de papel vendido por un sacerdote impostor. El negro africano, seguro de la eficacia de ese talismán, no teme ni al diente del cocodrilo ni al veneno de la serpiente; se lanza sin temor al agua o penetra en la maleza sin miedo alguno. El negro degenerado del Magdalena ve enemigos y peligros por todas partes y siempre se acuerda de los sitios donde pereció alguien por imprudencia.

«Aquí, me decían mis bogas, un hombre y su burro fueron mordidos por una serpiente; allí, un caimán devoró a un boga; más allá un jaguar despedazó a un niño». Estos son los terribles recuerdos que por doquier

deja el Magdalena. Por el contrario, el africano no relata de los ríos de su tierra natal más que las luchas de los hombres con los animales feroces y las victorias alcanzadas en combates sostenidos con valor fanático.

(1) Para evitar las peligrosas corrientes de la otra orilla, seguimos la de Santa Marta, a pesar del riesgo que podíamos correr de tropezarnos con los partidarios de Morales. Después de pasar por delante de Tenerife, nos detuvimos en una playa arenosa que corresponde a la provincia de Cartagena. Estábamos a tres leguas de Tenerife. Habíamos recorrido 13 leguas en el día.

El trabajo de mis bogas se hizo penosísimo. El río, que se había estrechado mucho, llevaba una corriente violenta cuyos efectos no podían evitarse más que aproximándose a la orilla y agarrándose a las ramas de los árboles. En esta región soplan brisas del Norte que atemperan el mucho calor que hace, sobre todo durante una parte de la noche en que aquéllas cesan por completo. En cambio, desde las dos de la mañana hasta la salida del sol el frío era tan penetrante, que no me dejaba dormir. Desde el día anterior no éramos los únicos que navegábamos por el río. Los pescadores y los caimanes nos ofrecían a cada paso el espectáculo de la caza que dan a los peces.

A las dos de la tarde pasamos por delante de Zambrano; al llegar a la isla de San Pedro enfilamos el brazo del río que se abre a la derecha; la perspectiva que se ofrece a la vista es deliciosa. La isla de San Pedro está toda cubierta de árboles en cuyas frondosas ramas se cobijan miles de papagayos; los variados colores del plumaje de los guacamayos forma un contraste agrada-

(1) 20 de enero.

ble con el verde oscuro de los árboles, y los gritos estridentes de esas aves rompen el silencio de esta parte del río que por aquí corre mansamente. El hombre encontraría en estos lugares solitarios un retiro donde la tierra fertilizada por las avenidas del río le recompensaría con creces sus esfuerzos. El sitio es además excelente para una empresa comercial porque está a una distancia conveniente entre Barranco y Mompós. Al salir de este remanso de paz, en el que sin duda algún día una colonia trabajadora reemplazará a las familias de aves que hoy lo habitan, nos encontramos con escollos y con unas corrientes muy fuertes. La corriente, cuyo peligro no pasamos sin grandes esfuerzos, la ocasiona un promontorio formado por rocas enormes, contra el cual se estrella la masa de aguas del Magdalena. Llegados por fin a aguas más tranquilas, navegamos hasta las diez de la noche. Como de costumbre, nos acogimos, para pasar la noche, a un banco de arena.

No estando acostumbrado todavía a la vida que tiene uno que llevar en el Magdalena, la proximidad de las serpientes, de los caimanes, las picaduras de los mosquitos y el frío glacial que hacía como consecuencia del rocío y de la humedad, me impidieron dormir toda la noche. Con el tiempo, y ya más acostumbrado a estas incomodidades, la necesidad imprescindible de descanso me las hizo afrontar victoriosamente.

Al ver las fatigas que soportan los bateleros del Magdalena, a pesar de la prisa que se tiene de llegar cuanto antes, uno se limita a quejarse en su fuero interno, sin enfadarse de las demoras que a cada paso alargan el viaje. Los bogas se detienen siempre que pueden; hoy se trataba de desenterrar huevos de tortuga; sus pesquisas fueron estériles; sólo trajeron de su expedición

veinticuatro huevos de caimán que estrellaron en seguida; no bien hubieron terminado este holocausto, la buena suerte pareció sonreírles. Un pescador pasó a nuestro lado con su piragua cargada de pescados; se apeló a mi generosidad, de la que pude hacer alarde a poco costo, pues por dos reales compré doce peces muy grandes, con los que tuvimos para varias comidas.

A pesar de los peligros que nos habían dicho que podríamos correr costeano la orilla de la provincia de Santa Marta, seguimos por ésta. Nos detuvimos unos momentos en Pinto para comprar tabaco y cañas de azúcar, productos que en ese sitio abundan y son de muy buena calidad.

Mis bogas, ávidos siempre de los huevos de tortuga, creyeron que tendrían más suerte en un banco de arena que hay un poco más allá de Pinto. Pero también vieron fallidas sus esperanzas. Se volvieron a romper algunos huevos de caimán contra el costado de la piragua bajo la mirada de uno de esos saurios cuyo hocico se veía sobresalir del agua a algunas brazas de la orilla. No se alejó hasta que se terminó la destrucción de sus huevos. Dejamos a nuestra derecha la desembocadura del Cauca, y antes de que anocheciese dimos vista a Santa Ana.

Empezaba a amanecer cuando llegamos a Mompós. Con trabajo pude subir por los escombros del muelle que antes protegía la orilla y que el río se llevó en una grande extensión. Cuando llegué a la parte alta, mis acompañantes me hicieron atravesar una plaza regular y luego me llevaron a casa del gobernador. La carta de recomendación que llevaba me valió una acogida cortés de este funcionario y un alojamiento que acepté.

El gobernador no limitó a esto su amabilidad. Por la noche recorrimos a caballo toda la ciudad; se apre-

suró a enseñarme los preparativos de defensa que había hecho para en caso de ataque de las tropas de Morales. Alabé, como era del caso, el arte con que había fortificado una ciudad abierta. «Aquí, me dijo, había unas casas de madera y un bosque bastante espeso; todo ha desaparecido: lo he incendiado para poder divisar al enemigo más fácilmente. Estos fosos detendrán a su caballería; la mía, por el contrario, apoyada por mi infantería, hará en sus tropas una gran carnicería, en tanto que mis cañoneras abrirán un fuego terrible contra las suyas». En vano buscaba yo con la vista todo cuanto me decía, ya que unos cuarenta hombres a caballo, completamente desnudos, a los que se daba el nombre de dragones, que estaban acampados debajo de un cobertizo, en pleno campo, y unos doscientos milicianos acuartelados en un antiguo convento de jesuítas, constituían todo su ejército; por último, cinco barcos, armado cada uno con un cañón, formaban su armada.

La ciudad, debido a su posición, no deja de ofrecer interés. Las calles son bastante anchas; en algunas hay aceras. Las casas, aunque de un solo piso, están regularmente construídas. Las rejas de las ventanas son de hierro, lo que da a las casas una apariencia menos triste que a las de Cartagena, que las tienen de madera. Están construídas de modo que se disfrute del mayor fresco posible, pero en cambio la forma de darles luz no es muy ingeniosa. En el interior tienen largas galerías bastante bajas con objeto de que el sol no penetre. Aunque en la actualidad el comercio de Mompós haya perdido mucho de la importancia que tuvo, no deja de ser activo. En efecto, recibe el tabaco de Ocaña, y el azúcar y las harinas de Pamplona y de Cúcuta. Antioquia le envía el oro; Santa Fe, los productos del Alto

Magdalena. Mompós es realmente un punto de grande importancia comercial.

El calor es abrasador (25 a 30°); por eso se pasan los vecinos las noches sentados a las puertas de sus casas para tomar el fresco y verse menos incomodados por las picaduras de los mosquitos. El cielo está constantemente nublado; pocas veces se disfruta de un día despejado. Las noches, por el contrario, son siempre resplandecientes y deliciosas y se experimenta una verdadera satisfacción en pasearse por las calles; en ellas se ven, lo mismo que en Norfolck, grupos de personas delante de las puertas de las casas. Por doquier se oyen risas y carcajadas, y en las conversaciones toman parte los transeúntes como la cosa más natural. Esta familiaridad, lejos de originar molestias, agrada sobre manera; reinando la más franca cordialidad en esas reuniones. Así transcurre la vida de los momposinos: de día, echados en sus hamacas; por la noche, sentados a las puertas de sus casas. Nada turbaría la placidez de su existencia si no fuera por el *bocio* que les desfigura de una manera horrible. Sin esta enfermedad, casi general en una edad determinada (de treinta a cuarenta años), tendrían una fisonomía agradable, aunque les falta esa expresión de vivacidad que tienen los cartageneros y la tez sonrosada de los bogotanos.

El género de vida del momposino difiere poco del que han adoptado los demás habitantes de las *tierras calientes* (1) de América del Sur. Todas las clases sociales tienen una marcada predilección por los licores fuer-

(1) *Tierras calientes*. Con ese nombre se designan en América del Sur los llanos y las partes bajas de las montañas, en las que hace un calor sofocante.

tes (1), pero a pesar de esto el momposino no bebe más que agua en las comidas. Se come mucha carne de cerdo; la pasión por ese animal inmundo es tal, que muchas mujeres los crían y los llevan con ellas como si fueran pequeños perros.

Las demoras que experimenté con motivo de las fiestas con que se celebró la toma de Santa Marta a los españoles se terminaron por fin el día 27; pero ¡cuántas contrariedades hubo en el momento de partir! Había contratado seis marineros y no se presentaron más que cinco; uno de ellos, según me dijeron, había enfermado y se había gastado una parte del dinero que le anticipé a cuenta del salario. Mi piragua estaba calafateada con grasa de caimán, de modo que era materialmente imposible dormir en ella sin sentirse asfixiado por el olor infecto que despedía. Me dieron otra; ésta había que carenarla; en seguida estuvo reparada. No bien hubimos avanzado un poco por el río, la piragua empezó a hacer agua en forma tal que tuvimos que regresar a la orilla. Finalmente, gracias a la amabilidad de un vecino que me alquiló la suya, pude reanudar el viaje a medio día. No menciono estos contratiempos sino para dar una idea de los que en la América española pueden entorpecer el camino de un viajero.

Mis bogas se detenían a cada paso al pie de las casas que hay en la isla en que está Mompós. Esas casas, los campos de bananos, las embarcaciones ligeras que vuelven de la pesca o que llevan a la ciudad los productos del suelo, dan una animación tal a esta parte del río, que uno creería haber pasado de las espanto-

(1) En el día hay diversas horas que se consagran a beber: las siete, las once, las dos, las cuatro, etc., etc., de modo que antes de la noche cada cual se ha bebido una botella de aguardiente.

sas soledades que entristecen el Magdalena a un río que atravesase una región rica en cultivos.

Por la noche nos detuvimos en Margarita, pueblecillo en el que debíamos tomar un boga para reemplazar al que enfermó; encontramos uno, joven y vigoroso, que era novato, pero me costó Dios y ayuda convencerle de que viniese conmigo, tal era la prevención que tenía contra los negros contratados en Mompós.

Al día siguiente pasamos por delante de Guamal, pueblecillo situado en la orilla de Santa Marta; al llegar la noche embarrancamos la piragua en un banco de arena, asilo en el que de ahora en adelante habría de pasar todas las noches.

Tuve discusiones molestísimas con mis bateleros: éstos, disgustados por haber tenido que trabajar hasta la caída de la noche, trataron de abandonarme; logré convencerles a fuerza de amenazas y, sobre todo, de promesas. Ese estado de ánimo de que habían dado muestras no era nada tranquilizador, pues con frecuencia suelen abandonar al viajero cuando se les impone un trabajo demasiado duro, desertando en el primer lugar habitado, donde están seguros de encontrar amigos y protectores.

A las cinco de la mañana estábamos al pie de El Peñón; después de habernos detenido unos instantes en ese pueblo, llegamos a El Banco, y por la tarde avistamos la Sierra de Ocaña.

Por exceso de celo o tal vez por el insomnio que les producían las picaduras de los mosquitos, los bogas entonaron su himno a la Virgen y se pusieron en camino a medianoche; a las cinco pasábamos por delante de Regidor, y a las siete, dejando a la izquierda el brazo del Magdalena que lleva a Ocaña, entramos en el que

conduce a Morales. En Río Viejo encontré que hacía mucho menos calor que en Mompós; el cielo, constantemente cubierto de vapores, tiene un colorido distinto del de los llanos. Ya estábamos bajo la influencia de la cordillera; me sorprendió ver cocoteros y buris (palmera de la que se saca una especie de vino) en una región casi templada, al borde de unas aguas dulces y tranquilas, en una tierra negra y profunda, cuando en otros países esa clase de árboles no se ve más que en las playas arenosas del mar.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, llegábamos a Morales, pueblo grande que está situado en la isla de su nombre; los cocoteros le dan sombra; en los campos de las inmediaciones se cosecha mucho vino de palma. Los blancos que residen allí han establecido unas posadas; éstas no son más que una especie de sotechado con paredes de zarzo de bambúes, para dejar pasar la luz y el aire; como muebles tienen unos bancos y unos cueros de buey extendidos sobre un marco de madera, a guisa de cama.

No me detuve en Morales más que el tiempo preciso para comprar provisiones; pronto avistamos las montañas donde se levanta Simití.

El 1.º de febrero llegamos a Badiilo a las seis de la mañana; todos los días, de trecho en trecho, se veían chozas aisladas. Entré en algunas de ellas con objeto de estudiar los habitantes de las márgenes del Magdalena; estas gentes parecen concentrarse en la vida de familia y hufr de todo trato social.

Pueblan estas orillas malsanas viejos bogas que, hartos de navegar por los ríos, quieren sin duda dejar a sus hijos el fruto de sus penosos trabajos; esclavos manumitidos, desertores de todas las razas o, por mejor decir,

de todos los colores. A pesar del aislamiento en que viven unos de otros, no han renunciado del todo al trato con el hombre. A veces los champanes y las piraguas atracan en las proximidades de sus chozas y les venden el excedente de sus cosechas; es tal la cantidad de bananos que le dan a uno por una piastra (5 francos), que a pesar de una riqueza vegetal tan considerable como la de que esos hombres disponen, no tienen con qué comprarse ropas.

Todos ellos son, pues, muy pobres y desgraciados, porque de las diez plagas que azotaron a Egipto padecen cinco: la corrupción de las aguas, las úlceras, los reptiles, los moscones y la mortalidad infantil. En efecto, con mucha dificultad se logra criar a los niños. Sin embargo, si la Naturaleza ha envenenado la atmósfera que respira el ribereño del Magdalena y los placeres que saborea; si ha llenado de animales venenosos los lugares en que habita, en cambio ha desparramado por doquier plantas benéficas, cuyas virtudes conoce y que si no curan por completo los males que le afligen, por lo menos le ayudan a conllevarlos.

Las familias aisladas que pueblan las orillas del Magdalena se componen por lo general del padre, de la madre y de tres hijos; ancianos hay muy pocos. No suelen vivir mucho con las enfermedades que padecen, que, por lo demás, son comunes a todas las razas cruzadas de la zona tropical. Los árabes, los indios y los negros, cuando no se les somete a grandes trabajos, nunca están enfermos.

Las casas en que habitan los ribereños del Magdalena están hechas de juncos y de bambúes. Por lo general están enclavadas en medio de espesos bosques, donde el dueño se contenta con desbrozar un espacio

muy reducido para plantar bananos (1), caña de azúcar, cacao, piñas, papayos, pimientos y unas cuantas flores para adornar la cabeza de las mujeres.

El bosque que rodea las casas no es un laberinto inextricable; hay una serie de senderos cuyas vueltas y revueltas conoce perfectamente el dueño. Por uno va a acosar en sus guaridas lejanas a los animales que antes andaban por el emplazamiento en que hoy se alza su casa; por otro se dirige a su maizal, siempre situado fuera del alcance de las inundaciones. En un sitio determinado suele cortar las vigas para levantar su cabaña, hacer su piragua, y, sin más ayuda que la de unos rodillos, él solo, cuando ha terminado su trabajo, la lleva hasta el borde del río.

Una docena de gallinas constituye su corral; ¡feliz si puede aumentar esos huéspedes con una vaca o por lo menos con un cerdo! Pocas veces ve satisfecha esa ambición; de modo que no vive más que de plátanos, de peces y en ocasiones de caza. Dos o tres perros de caza y unos cuantos gatos devoran los restos de su mesa frugal. Esos ribereños suelen poseer un cilindro para hacer el guarapo (jarabe de azúcar fermentado); un telar para tejer esteras; redes, dardos y conchas de tortugas. Estas, colocadas boca abajo, sirven de asientos, y, volviéndolas, de fuentes. El ribereño tiene también un hacha, un machete, unas calabazas, unas escudillas de barro, y se le tendrá por hombre previsor y ecónomo si tiene algunos trozos de carne ahumada y alguna cesta llena de granos de maíz.

La vida que lleva el habitante de las orillas del Magdalena no es inactiva, ni mucho menos. Sólo él es quien tiene que atender a todo; ha de ser, a la vez, arquitect-

(1) El banano es la fruta predilecta de los americanos verde. se cuece: madura, es azucarada, y asada resulta muy sabrosa.

to, cazador, pescador y obrero hábil; unas veces tendrá que ir al bosque en persecución del jaguar que le ha matado un perro, para él inestimable; otras irá al río para atravesar con sus dardos un bagre o para echar sus redes; nunca está ocioso. Pero esto no es nada: cuando el río inunda sus campos, entonces, amarrando su piragua a un árbol, colocará en ella a su familia y llevándola por senderos por los que pocos días antes iba a cazar los ciervos y que están ahora convertidos en arroyos, la conducirá hasta su maizal, donde apresuradamente construirá una choza para protegerla de las lluvias torrenciales.

El hombre no siempre soporta solo las cargas de la familia; su mujer, a veces las comparte. Trabaja ésta en los campos, prepara la comida, y si le acompaña a la pesca, es ella la que empuña la espadilla para dirigir la canoa. A veces el infortunio lleva el desaliento al alma de estos desventurados: unas veces es el padre el que sucumbe, víctima de largas dolencias; otras es un hijo que arrebatan las enfermedades de la infancia, o es la fiebre la que mata a la madre; y entonces a todos los trabajos y preocupaciones cotidianas habrá que añadir los de los funerales. El hombre no puede vivir solo, así; después de haberse entregado durante algunos meses al dolor de la viudez, se embarcará en su piragua, e irá, río abajo, a algún caserío, para ofrecer a una nueva esposa muchas fatigas, muchas privaciones, pero todo su corazón.

Desde hacía ya algunos días se divisaban por el Oeste las montañas y el número de caimanes iba disminuyendo, indicio éste de que la temperatura era menos ardiente; sin embargo, a mediodía el calor seguía siendo sofocante; a esa hora nos deteníamos bajo los cenaderos naturales que forman por encima de las orillas

del río las soberbias ceibas y una infinidad de otros árboles de follaje muy frondoso.

A pesar de que nuestra piragua fuese muy grande, pues medía unas diez y seis varas delargo, cada vez que nos deteníamos tomábamos la precaución de halarla sobre la arena para poder descansar con más tranquilidad. Si la orilla izquierda hubiese estado más limpia de troncos de árboles, los platanales que la cubren nos hubiesen incitado a seguirla, pero hubiéramos estado expuestos a correr tantos riesgos que preferimos costear la margen derecha.

En aquellas aguas desiertas divisamos un champán; transportaba soldados que descendían por el río a los lúgubres acordes de una flauta indígena. Al dejar atrás a Badillo llegamos a los límites de la Provincia de Santa Marta con la de Cundinamarca; desde que entramos en el territorio de ésta se advirtió un cambio prodigioso en la vegetación: por todas partes se veían bananeras y cacaotales. Se experimenta una satisfacción indecible al encontrarse en presencia del trabajo del hombre en regiones que parecen destinadas a ser del patrimonio exclusivo de los animales salvajes.

A las cinco franqueamos las Bocas del Rosario. Con este nombre se designa un lugar del río extremadamente angosto, del que las aguas salen con violencia. A las ocho de la noche, cuando estuvimos instalados en nuestro banco de arena, me dije: «A esta hora son la doce de la noche en París; acaso todos mis compatriotas están también entregados al descanso; pero cansados por mil variadas diversiones, hartos de manjares exquisitos, descansan en muelle lecho; tienen guardias que velan por su seguridad; el invierno y la industria les ponen al amparo de los mil insectos incómodos que a mí me están devorando; allí hiela, es cierto, pero

tienen calor, mientras que yo, a algunos grados del ecuador, me estoy muriendo de frío».

Tuvimos que luchar contra la corriente del río, que a medida que nos íbamos acercando a su parte alta se iba haciendo más rápida; esta violencia de la corriente del Magdalena tiene también su causa en los promontorios que de tiempo en tiempo estrechan su curso. Esas tierras que se avanzan sobre su cauce llaman la atención por los colores brillantes de sus capas de tierra regularmente dispuestas. La jornada fue muy penosa, de modo que nos detuvimos en San Pablo, a pesar de que no fuesen más que las cinco de la tarde.

Al caer la noche subí hasta el pueblo y fui a casa del Alcalde. Un platanal, unos cuantos perros de caza, una mala escopeta y dos hamacas constituían toda su fortuna; un calzoncillo, una camisa de lienzo y un sombrero de paja era todo su indumento; iba descalzo. Sin embargo, disfrutaba en su pueblo de todas las prerrogativas imaginables; en efecto, además de dirimir los litigios como nuestros jueces municipales, tenía a su cargo la reglamentación de las pesas y medidas. Nada hay más arbitrario, ya que las pesas están sustituidas por piedras cuyo valor es convencional, y que las balanzas están constituídas por unas totumas con frecuencia muy desiguales. Los alcaldes perciben también los impuestos y tienen a su cargo el reclutamiento.

A pesar de la necesidad que se experimenta, durante esta espantosa navegación, de bañarse con frecuencia por el calor, por las picaduras de los mosquitos y por el número de hombres hacinados en tan reducido espacio, empezaba ya, sin embargo, a disfrutar menos con este ejercicio desde que nos alejamos de Morales. En efecto, tanto el aire como el agua eran extremada-

mente fríos, de modo que se experimentaba una impresión sumamente desagradable cada vez que uno se zambullía en el agua. No fue este el único cambio que advertí al irnos acercando a la parte alta del río: el cielo estaba constantemente cubierto de nubes, hasta el punto de que la luna la veíamos pocas veces; las noches no eran ya las noches resplandecientes del trópico, que irradian una claridad casi tan viva como la del día; al contrario, por la cima de las altas montañas que nos rodeaban se extendían espesos velos de vapores que nos las ocultaban. De modo que, a pesar del celo de los bogas, navegábamos poco durante la noche; las nieblas, un poco antes del mediodía, eran en algunos momentos tan espesas, que apenas si se podían distinguir los objetos a una distancia de dos piraguas. Por otra parte, la temperatura más suave producía una vegetación más grata a los ojos de un europeo. En efecto, era más bonita y más variada; flores más brillantes tapizaban los bordes del río, y entre ellas el dondiego formaba guirnaldas de color púrpura rabioso; los árboles eran más fuertes pero menos altos; por estar sujetos al suelo por raíces profundas, se veían menos troncos caídos en el río que en la parte baja de éste, donde aquellos tanto dificultan la navegación. Sobre todo, admiré la punta elevada de Barbacoa; pero el recuerdo de los combates librados entre españoles e independientes le quitaba todo su encanto al recordar que las aguas puras y límpidas que bañan el pie fueron teñidas con sangre, y que en esas soledades de delicia los hombres no han entrado más que una vez y sólo se han encontrado en ellas para matarse (1).

A nuestra derecha vimos a San Bartolomé: de

(1) 7 de febrero.

ese pueblo arranca un camino bastante malo que conduce a la Provincia de Antioquia; pronto navegamos por las aguas sucias y negras que un arroyo próximo aporta como tributo al Magdalena, y cuyo olor a cieno denuncia su calidad malsana. Al salir de esos parajes pestilentes tuvimos que doblar un promontorio llamado Remolino Grande; las aguas corren con violencia peligrosa para las embarcaciones que no se protegen agarrándose de vez en cuando a las ramas de los árboles, a las raíces que hay en la orilla, o resguardándose detrás de las rocas.

Salvamos todos esos escollos sin accidente, y antes de anoecer llegamos a Garrapata. Los habitantes de esta aldehuela tienen la reputación de ser muy patriotas. Invocando este título, mis bogas pretendieron establecer un sistema de ley agraria que no fue del agrado de los ciudadanos de Garrapata y que obligó a éstos a estar ojo avizor durante toda la noche y a vigilar las idas y venidas de mis bateleros. En efecto, éstos, como consecuencia de su lógica política, querían que les dieran gratis gallinas, naranjas, bananos y hasta sal. «Entre hermanos y amigos, decían, todo debe ser común». Este principio fue rechazado. Entonces, cambiando de procedimiento, sin que yo supiese nada, amenazaron a los vecinos de Garrapata con mi cólera, amenaza que para esos pobres infelices no era cosa vana, ya que me hicieron pasar a sus ojos por un oficial de la República. Mediante esta estratagema mis bogas obtuvieron muchas cosas.

Teníamos que atravesar la Angostura, paso que es sumamente peligroso. Lo primero que se hizo fue trenzar dos o tres cuerdas juntas, luego se examinó la piragua, se calafatearon algunas partes que se habían resentido en las proximidades de Garrapata, y finalmente se

cogieron algunas pértigas nuevas. Cuando todas estas precauciones estuvieron tomadas, nos pusimos en camino. Al poco rato llegamos al pie de la Angostura. Este peñasco es muy elevado, y como se adentra mucho en el cauce del río, le angosta extraordinariamente. Por fortuna había poca agua cuando le pasamos, de suerte que el peligro fue relativo. Sin embargo experimentamos alguna inquietud al vernos en medio de las rompientes: sólo se pueden utilizar las pértigas. Las orillas del río son tan escarpadas que no hay posibilidad de asirse a ellas. Cuando hay poca agua, los bateleros van, con mil trabajos y dificultades, a atar una cuerda a algún árbol, de modo que así ya no se corre el riesgo de ser arrastrados por la corriente. Antes había en Angostura personas encargadas de verificar los pasaportes de los viajeros y que además estaban provistas de todo lo necesario para socorrerlos en caso de que se produjera un accidente; hoy todo eso ha desaparecido.

El agua del río en Angostura es límpida, pero en cuanto se sale de ese paso vuelve a tomar un color amarillento y sucio. Poco más allá divisamos a Nare; en cuanto llegamos subí hasta el pueblo, que es uno de los más importantes del Magdalena. Como dista sólo cinco jornadas de Medellín, se ha convertido en el puerto más frecuentado de la rica Provincia de Antioquia. Los correos, los comerciantes y todos los viajeros tocan en él y le dan mucha animación. En una palabra, Nare es el depósito de los cacaoes del Magdalena, con destino a las regiones de la Cordillera Occidental, que se truecan por el oro que se extrae en ésta. El río que lleva el nombre de Nare es una especie de canal bastante cómodo para el transporte de las mercancías hacia el interior de la región.

CAPÍTULO III

Brazos del Magdalena. - La Miel. - Río Negro. - Guarumo. - El promontorio de Garderia. - Los escollos de Perico. - Honda. Descripción del Magdalena.

Al salir de Nare nos dirigimos hacia la orilla derecha del río; luégo entramos en uno de sus brazos denominado El Tigre.

No tardamos en ver algunas chozas. El cielo se iba cubriendo de nubes precursoras de la tormenta; tratamos de encontrar un refugio antes de que llegara la noche; las dos orillas del río estaban cubiertas de arboledas espesas y frondosas; no había esperanza de encontrar, antes de que el día terminara, una playa de arena; a la derecha había una cabaña, su techumbre se distinguía entre las malezas; dirigimos la piragua hacia aquel refugio; atada a unos juncos había una canoa; mis bogas la quitaron de allí para poner nuestra piragua. En cuanto ésta estuvo al abrigo de aquella pequeña abra, saltamos todos a tierra, armados hasta los dientes; se diría que nos lanzábamos al asalto. Subimos rápidamente por los escalones irregulares que estaban cortados en el talud, y en seguida alcanzamos la parte alta.

Nos encontramos con una especie de corral rodeado de bananos y delante de nosotros un cobertizo sostenido por estacas; colgada por encima de la cama, hecha

de tiras de bambú, había una hamaca de lona; aquí y allá se veían algunos calabazos; en un rincón había unas brasas; colgados de unas cuerdas se veían trozos de carne puestos a secar; por doquier se advertían las señales del espanto que los dueños de la vivienda habían experimentado al vernos llegar. La cabaña no tenía ni paredes, ni siquiera esteras con qué cerrarla; recorrimos toda aquella mísera vivienda, a la que daban sombra unos árboles altísimos.

Nuestra presencia provocó los aullidos lastimeros de los perros que guardaban aquel albergue; al oírlos, el dueño no pudo resistir más, y saliendo de repente de uno de los matorrales más espesos que rodeaban su vivienda, se presentó con un aire de inquietud que no pasó inadvertido al patrón de nuestra embarcación, que se aprovechó de él para conseguir que nos diera hospitalidad, la cual se apresuró a otorgarnos; pero el patrón no se dio por satisfecho con eso, y con tono arrogante preguntó a nuestro huésped: «¿No es usted godo?» (español). El interpelado lo negó con tanta tibieza, que aumentó la audacia del marinero que desde aquel momento, a pesar de mis protestas, no dejó de abrumarle con sus impertinencias.

La tormenta nos obligó a comer bajo el techo de nuestro huésped; su recelo no se conformó con mandar al bosque a su familia para que pasara la noche sino que le hizo pasarla en vela para observar nuestros movimientos, y oponerse, en cuanto estuviera en su mano, a las violencias de mis bogas. ¡Cuántas preocupaciones envenenarían la existencia hasta entonces tranquila de ese hombre solitario! ¿Cómo habría éste de imaginarse, al esconderse en un brazo tan apartado del Magdalena, que su techo, expuesto a cada momento a los vientos y a las

tormentas, recibiría la visita de hombres tan temibles? Este acontecimiento le habrá obligado tal vez a llevar su vivienda hasta el más apartado cubil de los jaguares, cuya tranquilidad turbará él a su vez para asegurar la suya.

Con el día empezaron de nuevo nuestras fatigas. Hasta las cinco no vimos nada de particular, pero a esa hora percibimos un olor muy pronunciado a almizcle. Mis bogas lo atribuyeron a la proximidad de alguna gran serpiente; ninguno de nosotros cayó en la tentación de averiguar si el supuesto era cierto. De no haber sido por el temor a tener algún encuentro desagradable, hubiéramos podido detenernos en ese sitio: era una isla cuyo suelo, constantemente fertilizado por las crecidas del río, parecía mas feraz que los otros. Las ceibas eran más frondosas y su porte más majestuoso; ya no se veían guarumos, cuyos troncos, invadidos y comidos por las hormigas, entorpecen la navegación; por el contrario, no había más que espesas cortinas que, formadas por los bejucos y por el espeso follaje de los árboles, parecían invitar al viajero a descansar, bajo su abrigo, de los rigores del sol; también se veían árboles sorprendentes que parecían podados en forma de abanicos o de sombrillas, como los de los parques antiguos, y que, obra caprichosa de la Naturaleza, parecían la del hombre. No fue, sin embargo, en este lugar encantador, embalsamado de olor a almizcle, donde mis bogas se detuvieron, sino en un banco de arena.

Hoy (11 de febrero) dejamos a nuestra derecha el río La Miel, cuyas aguas claras y muy frías nos invitaron a llenar algunas jarras para el resto del camino. Este dón me pareció mucho más precioso después de haber be-

bido las aguas amarillentas y turbias del Magdalena. Al caer la noche entrábamos en Buenavista.

Al día siguiente, muy de mañana, pasamos por delante de la desembocadura del río Negro, que nace en las montañas de Zipaquirá; luego divisamos en la orilla derecha a Guarumo, en medio de un bosque de cocoteros. Esta aldehuela está llamada a prosperar si, como parece que hay el proyecto, se hace pasar por allí la carretera de Bogotá al Magdalena. La Naturaleza se torna aquí mas adusta, los ramales de las cordilleras se estrechan, el río se encajona más y su cauce se obstruye con las piedras que ruedan desde lo alto de las montañas; la corriente es tan rauda, que cuesta trabajo cortar su violencia. Estrangulado por las alturas cubiertas de rocas, el Magdalena lanza impetuoso sus aguas por las bocas estrechas que su raudal se ha abierto. Si la Naturaleza no hubiese roto su violencia con los numerosos codos que forman los ramales avanzados de las cordilleras, las piraguas no podrían navegar por el angosto valle que recorre el río y que constituye el desnivel que va de Chaguaní hasta la Purificación.

La jornada del 13 nos ofreció pocas observaciones que anotar; sin embargo, antes del anochecer me llamó la atención el aspecto singular que ofrece el peñón de Garderia. Este, como todos los cabos de las orillas del Magdalena, está cortado a pico, como un muro, y está constituido por tres capas de arcilla; esas capas forman ángulos de diversos colores muy vivos. Los caimanes, enemigos del ruido y del tumulto de las aguas, se apartan de ordinario de la parte alta del río; sin embargo, vimos algunos al pie del promontorio de Garderia, donde las aguas tranquilas convienen a sus gustos. En la

cima de esa colina truncada se veían garzas, garzotas y otras aves que siguen a esos saurios en sus cacerías. Pronto perdimos de vista el peñón de Garderia y, con las sombras de la noche, la serranía de Caparrapí.

Antes del medio día llegamos al Perico. Este escollo está formado por rocas contra las que el agua se estrella con estruendo y rebota como las del mar en los acantilados. No se pueden utilizar las pértigas ni los remos. Un boga se echó al agua con una cuerda para atarla a algún tronco de árbol y poder así detener la embarcación. Esta maniobra fue mal ejecutada; la cuerda se rompió y la piragua zozobró entre las rocas; los bogas que estaban conmigo a bordo saltaron al agua y se pusieron a salvo a nado; una vez en tierra me dieron voces diciéndome que la piragua estaba perdida y que había que abandonarla. Como no sabía nadar, tuve que quedarme en la canoa volcada; me así a ella. Parecía como si estuviese amarrada a las rocas porque no había manera de moverla; me mantuve así a flor de agua, que felizmente no era muy profunda; un poco más allá me hubiera ahogado.

Todas mis esperanzas, el fruto de seis meses de trabajos y de paciencia estaban en esa piragua. ¿Qué hubiera sido de mí si las cosas que contenía se hubiesen perdido? ¿A quién hubiera acudido? ¿Dónde hubiera encontrado amparo, dado el estado en que me hubiera presentado para pedirlo? No hay piedad para los naufragios en los ríos; ésta se limita a sonreír ante el relato de los peligros que se corren en ellos.

Aturdido por el rugir de las aguas, irritado por los gritos de los bogas fugitivos, me dejé caer del todo al agua, que me llegaba a la barbilla, y utilizando un remo,

de que me así en el momento del naufragio, a manera de palanca levanté la piragua. Los negros, que me miraban, se quedaron sorprendidos de mi éxito y eso les hizo volver a mi lado; me ayudaron; uniendo nuestros esfuerzos pusimos a flote la piragua. Me subí en ella; mis bogas se fueron a nado a la orilla, y con una cuerda fueron tirando de la piragua y guiándola por entre las rocas.

En cuanto estuvimos a salvo en la orilla, vaciamos la piragua, que estaba completamente llena de agua; todas mis ropas estaban echadas a perder; perdí una infinidad de cosas. Encantado de haber escapado a aquel peligro, no reparé demasiado en esas pérdidas. Eso sí, no pude por menos de echar en cara a los negros su cobardía y el abandono en que me habían dejado; estaban tan avergonzados, que no dijeron ni una palabra. El sol secó en seguida la embarcación y nos pusimos de nuevo en camino. Antes de seguir navegando hice tomar todas las precauciones del caso. Desde el accidente de por la mañana había adquirido yo una autoridad tal sobre los bogas, que me permitía dirigir todo lo que hubiese que hacer. Llegué, pues, sin más contratiempo a Honda (1).

Esta ciudad está situada en un valle rodeado de montañas por todos lados; el calor es abrasador. Para entrar en la ciudad hay que pasar dos puentes. El último de ellos está sobre el Gualí, torrente impetuoso que desemboca en el Magdalena. Esos puentes, que son de madera, están atrevidamente asentados sobre pedazos de rocas que les sirven de estribo y que se derrumban con los temblores.

(1) Desde este puerto a Bogotá hay 22 leguas

El que se sintió en Honda hace quince años ha dejado rastros espantosos de sus estragos; muchas casas y hasta la iglesia están derruidas. Sin embargo todavía quedan en pie algunos edificios bastante buenos. Las calles están pavimentadas y tiradas a cordel. Esta plaza es importante porque las embarcaciones que vienen de las Provincias del litoral se detienen en ella y desembarcan las mercancías para su distribución por el interior. Se ha establecido una aduana.

Pasé a la otra orilla del Magdalena, de donde arranca el camino para la capital, encantado de poder por fin prescindir de mis bogas. La casa del empleado de Aduanas me dio asilo, y me apresuré a arreglar las cuentas con mis bateleros. Otra dificultad surgió: no tenía mulas para seguir el viaje; las había en el corral del aduanero, pero estaban contratadas para llevar tabaco por cuenta del Gobierno. Por consejo de mi huésped ofrecí una recompensa a los muleros y pronto se cerró el trato. Pude contar con sus mulas y decidí utilizarlas desde el día siguiente.

El Magdalena nace en el páramo de Las Papas (1) y durante todo su curso corre por el mismo meridiano. El Cauca, cuyas fuentes están detrás de las del Magdalena, ofrecería las mismas ventajas que éste para la navegación si su lecho no se estrechase al aproximarse al sitio en que se une al Magdalena, lo que hace peligroso su curso e impracticable en muchos sitios.

La Naturaleza parece haber abierto el cauce del Magdalena en medio de la Cordillera de Colombia, como condujo las aguas del Nilo a través de los arenales de Egipto, para establecer un canal de comunicación entre

(1) 1°58' de lat. N. 78°30' de long. O

las montañas y el mar. Pero éste no hubiera sido más que un torrente impracticable para la navegación de no estar cortado su curso, en algunos sitios, con rocas dispuestas para romper su violencia. Sus aguas, cortadas de ese modo, corren mansamente por las llanuras de las Provincias de Santa Marta y de Cartagena, que fertilizan, y cuya atmósfera sofocante refrescan con su evaporación.

En el Magdalena se advierten tres temperaturas perfectamente diferenciables: las brisas del mar soplan desde su desembocadura hasta Mompós; desde esta ciudad hasta Morales ningún viento viene a templar los ardores de la atmósfera, y el hombre sucumbiría bajo el calor a no ser por los rocíos abundantes que caen durante las noches; desde Morales hasta las fuentes del Magdalena, el viento que sopla del Sur calma el calor del día y constituye la tercera temperatura, la de las brisas de tierra, que hacen que la navegación por el Magdalena no suela ser mortal para los europeos. Si la vida del hombre no corre peligro, en cambio no tiene un instante de reposo; a lo largo de ese río una multitud de insectos le tienen declarada una guerra implacable; en el borde del mar son los mosquitos; más allá los jejenes le llenan de picaduras molestísimas por el escozor que producen; si llega a una zona un poco más fresca, entonces son los tábanos, moscas gordísimas, los que beben su sangre. Si quiere bañarse, corre el riesgo de que se lo coman los caimanes; si salta a tierra, tendrá que precaverse contra la mordedura de las serpientes venenosas. No hay nada más espantoso que un viaje por el Magdalena; ni siquiera la vista se recrea, pues sus márgenes fértiles que deberían estar cubiertas de cacaotales, de caña de azúcar, de cafetos, de algodóneros, de añil,

de tabaco; esas orillas que deberían ofrendar al viajero sediento todas las frutas deliciosas del trópico, que deberían esmaltarse con tantas flores hermosísimas, están, por el contrario, erizadas de malezas, de bejucos, de espinas de entre las cuales emergen cocoteros y palmeras.

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANCEL ARANGO
CATALOGACION

CAPÍTULO IV

Camino de Honda a Bogotá. - Río Seco. - Venta Grande. - La Montaña de Sargento. - El valle de Guaduas. - Villeta. - Facatativá. - Descripción del llano de Bogotá. - El Salto de Tequendama. - El puente natural de Pandi (Icononzo).

Salí (el 15 de febrero) muy de mañana de la casa del amable Jefe de la Aduana. Después de atravesar un bosque espesísimo, no dejamos de subir hasta llegar a un sitio, desde el cual disfrutamos de una vista magnífica que se extendía sobre la Provincia de Mariquita, cuyas montañas, desde el punto en que nos encontrábamos, parecían poco elevadas. Se distinguían las casas blancas de Mariquita (1) y, por consiguiente, más próxima a nosotros Honda, cuyos muros baña el Magdalena. Las márgenes verdeantes de ese río embellecen muy singularmente el panorama. Recordaba el Sena, serpenteando por entre los prados de Normandía. Pronto perdimos de vista este espectáculo maravilloso al volver a entrar bajo el bosque, y ya no veía, por entre los árboles, más que un hilito de agua, que era todavía el Magdalena; de repente no vi ya nada. Empezamos de nuevo a subir, y aunque no dejaba de contemplar con espanto el declive de la cordillera, en la

(1) Casi todos los vecinos de esa ciudad tienen bocio

que me adentraba por primera vez en mi vida, mis temores fueron disminuyendo al darme cuenta del instinto de la mula que montaba. Resultaba interesante observar el discernimiento con que escogía la roca que ofrecía mayor seguridad para poner las patas. Tranquilizado por completo, me abandoné a sus caprichos. Los arrieros tienen un sistema excelente de conducir a estos animales en los pasos peligrosos; muy pocas veces les pegan, se limitan a arrearles con la voz y a sostenerles de la grupa cuando, al trepar de roca en roca, parece que se van a caer.

Pasamos Río Seco, nos detuvimos unos minutos en una venta, cruzamos un número infinito de arroyos que cortan el camino en todas direcciones, y por fin llegamos a Venta Grande. Las ventas de la cordillera se parecen en todo a las de Morales; si no se encuentra nada en ellas, en cambio se paga muy poco.

Al día siguiente tuvimos que escalar el Alto del Sargento; y no he olvidado aún los sufrimientos que padecí. De improviso nos vimos envueltos por una niebla espesísima, fría y húmeda, y tan densa era que no me permitía distinguir a los hombres que iban delante de mí; caminábamos en la más profunda oscuridad, estaba muy abatido y sentía un gran malestar, consecuencias habituales de ese fenómeno frecuente en la cordillera. Hacia el mediodía la niebla se disipó; poco después llegamos a una piedra, en la que estaba escrita la altura del terreno sobre el nivel del mar: nos encontrábamos a 870 toesas y nos faltaban diez y ocho leguas para llegar a Santafé. Los caminos iban siendo mejores y no tardamos en llegar a la cima de una montaña desde la que se divisaba el hermoso valle de Guaduas.

Este me encantó, sobre todo cuando bajé a él, al encontrarme en medio de prados verdes cortados en todos sentidos por arroyuelos sobre los que había tendidos puentes estrechos pero seguros. A derecha e izquierda se veían chozas rodeadas de campos labrados y protegidas por la sombra de unos sauces; en los prados pacían gran cantidad de reses gordas y lozanas; hacía un calor suave: el de la isla de Madera. Estábamos a una altura en que el hombre puede ser feliz: 647 toesas; de modo que al descender 223 toesas encontramos otro cielo y otra tierra diferentes de los de las cumbres, por las que habíamos transitado por la mañana.

El camino era llano y no ofrecía dificultades; en seguida llegamos a Guaduas. Esta ciudad me pareció muy limpia; tiene algunas calles empedradas y con aceras; la plaza, en la que se alzan la iglesia y algunos otros edificios, está adornada con una fuente, y las casas, con sus fachadas enjalbegadas, la dan un aspecto muy alegre. Difícil será sin duda que el viajero que acaba de franquear las montañas de gres que separan a Guaduas del Magdalena no experimente una especie de encanto al encontrarse de repente en un valle de temperatura deliciosa, regado por arroyos cristalinos y al que la Naturaleza ha colmado con todos sus dones, dones que el hombre ni aprovecha ni perfecciona.

La gente que vive en estos lugares de ensueño tiene un color tan blanco que sorprende y maravilla al europeo que viene de las márgenes del Magdalena; no puede éste por menos de admirar la gracia de las mujeres y el gusto con que se visten, aunque afecten abandono y sencillez. Bien es verdad que en toda América la mujer del campo adquiere en seguida y con más facilidad, el aire distinguido y los modales finos; sus miembros, de

formas delicadas y redondas, no engordan nunca y no se deforman por el ejercicio. Felices de vivir en un clima tan hermoso, los habitantes de Guaduas tienen una grande afabilidad para con los forasteros; de ello tuve la prueba en cuanto llegué, pues la gente parecía encantada de ofrecerme hospitalidad.

Guaduas constituye un cantón integrado por siete pueblos, cuya población puede ascender a unas catorce mil almas. La mayor parte de las tierras son propiedad del señor Acosta, que es Juez político del cantón; su hospitalidad y su buen corazón son proverbiales. Los productos de la región consisten en maíz, bananos, café, naranjas y azúcar. La última cosecha se dice que fue de 40.000 arrobas. A tres días de camino de Guaduas está La Palma. Este pueblo tiene minas de oro, de hierro y de esmeraldas, cuya explotación se proyecta.

Al día siguiente, y desde muy lejos, divisamos a Villeta; el aspecto es muy agradable. Hace mucho calor, pues su altitud no es más que de 583 toesas sobre el nivel del mar. Al anochecer vimos una cruz, señal o anuncio de una *venta*, situada a 908 toesas sobre el nivel del mar.

A pesar del deseo que teníamos de llegar al día siguiente a Bogotá, no llegamos a Facatativá sino a mediodía; ya estábamos en la famosa meseta de Bogotá. El nuevo espectáculo que se ofreció a mi vista en nada se parecía a lo que hasta ahora había visto: volvía a encontrarme en Europa.

Al salir de Facatativá, el polvo que levanta el viento y que ennegrece la cara de las gentes, me molestó muchísimo. Antes de que anocheciese nos vimos libres de él, y pude a mis anchas entregarme al placer, mezclado con un poco de extrañeza, de contemplar a los labradores entregados a la faena de abrir anchos surcos



Campeſinos de la Sabana de Bogotá

con arados tirados por bueyes, a los pastores conduciendo grandes rebaños de ovejas, cubiertas, como las nuestras, de un espeso vellón. En medio de este espectáculo, que me recordaba Europa, me llamaron la atención unas largas teorías de mulas y de bueyes cargados de cereales, de carbón y de sacos de patatas; otras, procedentes de Guaduas, llevaban naranjas y frutas del trópico. Los arrieros que las conducían tenían un aspecto tan salvaje, que contrastaba algo con la fisonomía europea que acababa de encontrar a la región; al ver a esos indios casi desnudos cuyos rasgos ofrecen tan notable parecido con los de los habitantes del Asia oriental, hubiera podido creerme transportado a la meseta de Tartaria.

Casi hay unas ocho leguas francesas entre Facatativá y Bogotá. Tuvimos que caminar toda la noche. Sentí mucho frío. No llegué a Bogotá sino a las cuatro de la mañana del día 20 de febrero.

La llanura de Bogotá, que está situada a 4°30' de latitud Norte y a 1.370 toesas sobre el nivel del mar, tiene ocho leguas de Este a Oeste y diez y seis de Norte a Sur si se prolonga hasta Ubaté, como hacen los colombianos en sus mapas manuscritos. El suelo de esa meseta, rodeada de montañas, es completamente llano.

Antes de que los muisca que habitaban esa elevada meseta estuviesen sometidos a un solo soberano y formasen una nación unida por un mismo culto, la llanura de Bogotá sufrió espantosos cataclismos. Los ancianos, interrogados por los españoles que conquistaron el país, les dijeron que, en tiempos muy remotos, el río Bogotá había inundado todo el llano, y que los habitan-

tes empavorecidos se habían refugiado en las montañas, donde encontraron un asilo seguro. En medio de ese espantoso desorden apareció un hombre divino: su nombre era Zhué o Bochica; con su báculo golpeó la montaña más dura de todas, ésta se abrió y las aguas se precipitaron por ese milagroso desagüe, formando el Salto de Tequendama. Esta tradición popular recuerda una época en que las aguas cubrían toda la llanura de Bogotá. Hoy en ella no se ve más que un gran número de arroyos, algunas lagunas y un río: el Bogotá.

Es realmente en el llano de Bogotá donde se encuentra uno con esa nueva Europa que le anuncian al viajero que llega extenuado de fatiga a Honda; aquí ya no tiene que temer las alimañas o los insectos que infestan las regiones que riega el Magdalena; en estas alturas el frío no las permite vivir. Pero si el hombre no corre los mismos peligros que en las regiones bajas, a veces su organismo se resiente al pasar rápidamente a un clima cuya temperatura pocas veces excede de 12° R.; la llanura de Bogotá más bien está entristecida por un otoño perpetuo que alegra por una constante primavera.

En esa llanura no crecen más árboles que los sauces y los manzanos; pero si las plantas de gran tamaño no adquieren gran desarrollo en esa altitud, en cambio los cereales se dan con abundancia insospechada: todo el campo está cubierto de cebadas, de trigales, de avenas y de pastos excelentes! ¡Espectáculo maravilloso este de encontrar a una altitud, en la que en Europa el hombre vive a duras penas, y que está cubierta de nieves, una campiña tan rica como la de Beauce!

En cambio no experimenté la misma admiración que otros extranjeros a la vista de los huertos y jardines que se encuentran en algunos sitios de la llanura de Bogotá,

pues si cabe maravillarse de encontrar casi en el ecuador las mismas legumbres e idénticas frutas que en Europa, en cambio el color y el sabor de esos productos demuestran que el calor que hace en estos distritos es insuficiente para que maduren. Las rosas y los claveles también pierden aquí alguno de sus encantos, ya que no se puede aspirar su aroma sin experimentar en el órgano del olfato agudos dolores provocados por las miríadas de insectos imperceptibles que invaden sus pétalos.

A pesar de esos inconvenientes, que talvez andando el tiempo horticultores más entendidos conseguirán eliminar, hay que convenir en que esta meseta de Bogotá excede por su elevación, por su extensión y por su asombrosa fertilidad, a todo cuanto la imaginación del hombre haya podido forjar.

A los pocos días de mi llegada a Bogotá caí enfermo; esto es lo que sucede a casi todos los viajeros. Lo que más sentía era no poder salir a la calle; sin embargo, poco a poco mi salud se fue restableciendo. El primer ensayo que hice de mis fuerzas, para prepararme a otras excursiones, fue ir al Salto de Tequendama, que sólo dista cuatro leguas de la capital y que todos los viajeros visitan, atraídos por las maravillas que de él se cuentan.

Movido por ese deseo, me puse en camino en abril en compañía de dos bogotanos. Nos dirigimos hacia el Suroeste. El trayecto nos pareció bastante agradable hasta Soacha (1), aldea en la que se suele pasar la noche. La posada recuerda las hosterías de nuestros pueblos, y no es poco para el país.

(1) En las inmediaciones se han descubierto huesos fósiles de elefantes.

Al día siguiente, después de haber seguido el curso apacible del Bogotá, lo cruzamos por un puente de bambúes, a cuyo extremo nos encontramos con la hacienda de *Canoas*; poco después empezamos a subir por un camino tan resbaladizo, que nuestros caballos no podían andar.

Hasta ese momento habíamos caminado a través de una llanura, en parte inundada, circundada por montes áridos y colinas peladas, que parecían islas en medio de un gran lago. Ahora recorríamos una región de aspecto totalmente diferente, cubierta de grandes árboles, cuya vista nos agradaba sobremanera. No era ya el panorama entristecido por el aspecto lúgubre de las negras rocas que rodean la llanura de Bogotá; al contrario, por todas partes se divisaban valles, montes fértiles y chozas en medio de campos de bananos, cuyo verdor, de suave tonalidad, formaba un contraste admirable con el verde oscuro de los bosques.

En medio del deleite que este panorama nos proporcionaba, vimos con disgusto la cima de los montes ocultarse detrás de las nubes que descendían rápidamente hacia los sitios en que después se resuelven en lluvia o en tormentas, lo que nos hizo acelerar el paso de nuestros caballos.

Al internarnos en los bosques pantanosos que dan sombra al famoso Salto de Tequendama, los caballos no nos fueron de utilidad y los dejamos atados a unos árboles. Descendimos, apoyándonos en un palo, por los senderos enfangados, por los que los leñadores suben en bueyes la leña que luego venden en la ciudad. Se oía el ruido de la caída del agua, pero no se veía absolutamente nada. Después de dar muchos rodeos nos dimos cuenta de que nos habíamos extraviado; no había nadie

que pudiera indicarnos el verdadero camino. Felizmente uno de nosotros vio uno cuya rápida pendiente estaba suavizada por unos escalones hechos de ramas. Esta obra primitiva de la mano del hombre le hizo conjeturar que talvez encontraríamos a alguien. Bajó y no descubrió más que un arroyo y una caverna. Ya iba a subir cuando con gran sorpresa suya vio arrastrarse hasta la entrada de la cueva a un hombre que se ofreció a servirnos de guía tan pronto como se enteró de nuestra situación. Aquella cueva era una mina, de la que con gran trabajo se sacan, con mucho esfuerzo, de debajo de las rocas que se excavan unas cuantas libras de carbón por día. No han abierto más que una galería estrecha, sin ni siquiera intentar volarlas.

Estábamos más lejos del Salto de lo que suponíamos. Con riesgo inminente de caernos veinte veces en el barro, llegamos por fin al Tequendama. Nunca había experimentado una impresión tan fuerte como la que me causó esta catarata. Me quedé tan deslumbrado, que al principio no me di cuenta del espectáculo asombroso que tenía ante los ojos: al ver las aguas del Bogotá precipitándose en masa a través de las rocas, como un alud desprendido de la cima del Chimborazo, me quedé absorto y mudo. Nos echamos de cara al suelo sobre la muralla de roca que forma el lado del precipicio, para poder mirar mejor sin experimentar el vértigo.

Hace algunos años Bolívar, saltando de piedra en piedra, llegó hasta una de las rocas que forman la salida por donde el río se despeña; se puso de pie en ella y contempló impávido el abismo en cuyo borde se encontraba y en el que las aguas se precipitaban con un ruido espantoso, como si hubiera querido irse acostumbrando a medir impasible la sima de las revoluciones, con-

templando las de la Naturaleza. Este acto temerario valió a Bolívar triunfos que las batallas acaso le hubieran negado; dejó a los pueblos atónitos y le colocó, en opinión de éstos, muchos codos por encima del Virrey Sámano, su rival, quien, antes de huír de Bogotá, se dio el insano placer de hacer despeñar toros en el río para recrearse con el terrible espectáculo de su caída y ver sus miembros rotos ensangrentar las rocas que cubren el fondo del Tequendama.

Con la vista sondeamos el abismo sin ver nada más que una masa de espuma que se abisma en un mar de vapores. Estábamos pasmados, y eso que no contemplábamos más que una parte del espectáculo, debido a la profunda oscuridad producida por la bruma que nos rodeaba. La vista pedía con impaciencia un cielo más despejado. Las aguas del río, al caer desde las alturas heladas de la cordillera en los abismos cálidos abiertos a sus pies, forman una niebla espesa, que elevada por el sol, cuyo disco vela, nos rodeaba por todas partes.

Esperábamos con impaciencia el momento en que podríamos admirar la maravilla de la Naturaleza que habíamos venido a contemplar; de repente se descubrió por poco rato: las nubes se disiparon; cuando pudimos observar rápidamente el fenómeno de la caída, midiendo con la vista las profundidades que había a nuestros pies (1), vimos en medio de las palmeras que cubren esa región, nueva para nosotros, un arroyo que serpenteaba por entre campos verdes, en los que sin duda viven los animales de la zona tórrida; un poco más arriba de esos campos verdes, una roca en saliente, en la que rompe una parte de las aguas del Bogotá, hacía rebotar sus

(1) Según Salazar, tiene una altura de setenta y ocho toesas.

olas de espuma como dos columnas de cristal que se destacaban perfectamente de entre los vapores de los que aquéllas son fuentes perpetuas. Frente a nosotros el panorama no era menos atrayente; a lo largo de las montañas, de altura prodigiosa, que constituyen la orilla opuesta a la en que nos encontrábamos, caían, formando cascadas algunos arroyos, que a la distancia en que nos hallábamos parecían cintas de plata. En seguida todo volvió a quedar sumido en las tinieblas: el sol se oscureció y la lluvia cayó a torrentes. Muy a pesar nuestro tuvimos que abandonar tan hermoso espectáculo y volvernos a Bogotá para que la noche no nos sorprendiera en medio de los bosques inundados en que estábamos.

Mi excursión a Tequendama me incitó a conocer las otras maravillas del país, tan sabiamente descritas en las obras de Humboldt (1). Era natural que tuviese deseos de ver el puente de Pandi. A fines de abril tomé un guía y salí de Bogotá en dirección al Sureste.

Atravesé en primer lugar a Fusagasugá (2), situada a 940 toesas de altura, y por lo tanto mucho más baja que la meseta de Bogotá, altitud que hace que Fusagasugá tenga una temperatura más benigna y cosechas más variadas. Dejé a mi derecha El Chocho, pueblo que debe su nombre a un árbol muy común en todas estas regiones; escalé el Alto de Honda, y a costa de muchas penas y fatigas llegué al cabo de dos días a Mercadillo, después de atravesar una región casi desierta donde hacía una temperatura de 18° a 20° R.

(1) Vista de las cordilleras.

(2) Cabeza de Distrito que cuenta con unos 101 contribuyentes, que pagan 5,000 francos de contribución.

Mercadillo se fundó hace pocos años con la intención de atraer a los indios de Cunday, que habitan en las inmediaciones. Pero estos indios, en estado semisalvaje, aman demasiado su libertad y no quieren lo bastante a los blancos para venir a aumentar la población de Mercadillo. Al salir de esa aldehuela me encontré en las tierras de los indios de Cunday: en ellas no hay cultivos, apenas si de trecho en trecho se ven campos de caña y algunos bananos y frutales de las zonas cálidas. Las cabras y las vacas que pacen por esas tierras incultas pertenecen a los vecinos de Mercadillo; éstos, no menos despreocupados que los indios de Cunday, dejan que sus ganados destruyan la vainilla, de la que se ven muchas plantas.

No tuvimos que andar más que una hora para llegar al puente natural de Pandi. Está formado por una piedra que no mide más de 20 pies de ancho; habiéndome puesto sobre ella, dirigí la mirada por el corte que separa las dos montañas y que tiene una profundidad de 140 varas (unos 363 pies). Divisé en el fondo una corriente de agua que, vista desde donde me encontraba, me pareció un arroyo. Y sin embargo, a poca distancia de este lugar no se la puede atravesar más que en piragua. De las piedras que al derrumbarse de las cimas de los montes se han detenido en esta quebrada prodigiosa, me llamó la atención menos la que forma el puente propiamente dicho que una roca enorme que está debajo y que, como la clave de una bóveda, está suspendida en el aire y parece que va a desplomarse a cada instante.

Los habitantes del país consideran estos abismos espantosos como la boca del infierno; en efecto, la permanente oscuridad que reina, las aves nocturnas cuyos

graznidos retumbam en los antros donde se cobijan durante el día, las aguas que corren por las profundidades del mismo; los líquenes, largas cabelleras que penden de los árboles y que en parte ocultan el misterio, el ruido ensordecedor de las aguas, las rocas que, al igual del puente de la mitología persa, sirven para atravesarle, y finalmente las tienieblas que rodean todas esas cosas espantables, representan con bastante exactitud el reino de la muerte. La ilusión es tanto mayor cuanto casi todos los seres vivos han huído de esos parajes: el hombre trasladó lejos de allí su vivienda y los animales se asustaron con los ruidos que de allí se escapan. Todo ello contribuye a que cuando se sale de esos bosques centenarios, que tal vez los sacerdotes indios de la tribu feroz de los panches mancharon con sangre de sus víctimas humanas, se sienta uno aliviado al encontrarse de nuevo en un ambiente más despejado y con una Naturaleza menos sombría.

Regresé, pues, a Mercadillo no menos asombrado que cuando volví de Tequendama, a pesar de que la maravilla del puente de Pandí me pareció menos grandiosa. Esta obra nos prueba el poder de la Naturaleza: bastó para establecer un medio de comunicación con que echara a rodar unas cuantas rocas desde lo alto de las montañas.

A poco de aproximarnos a las cumbres de las montañas que dominan a Mercadillo, desde las que se divisan los llanos de Limones, que se extienden hasta el Magdalena, atravesamos selvas vírgenes pobladas de osos, de jaguares y de pumas (león de América); a la caída de la noche llegamos a Fusagasugá. A medida que nos íbamos alejando del valle tórrido de Mercadillo encontrábamos una raza de hombres más hermosa y fuerte.

Al día siguiente regresé a Bogotá. Hasta las seis anduvimos por entre maizales, campos de caña de azúcar, cafetales y plantíos de chirimoyas (anonas); a las nueve estaba a la sombra de unos quinos y rodeado de nieblas; a las once, entre los brezos estériles que cubren la cima de las montañas y calado por una lluvia constante; a las tres, descendía los declives y pasaba por entre campos de cebada, todavía verdes, y por grandes praderas de excelentes pastos, que refrescan al atardecer las brisas bastantes frías. Finalmente, después de haber pasado de las ricas laderas que bordean la meseta de Bogotá, por el Sur, a unos terrenos inundados y áridos que se atraviesan merced a unos puentes de piedra, entramos en Bogotá a las doce de la noche.

CAPÍTULO V

Viaje por la Provincia de Socorro, situada al norte de Santafé de Bogotá.

No bien regresaba de una excursión cuando deseaba emprender otra; y me pareció la más interesante de todas una por la Provincia de Socorro, tan industrial y tan poblada. Tomada esta decisión, me procuré dos mulas, un guía inteligente, y en junio me puse en camino hacia el valle de Tensa, situado al noroeste de la capital; siguiendo esta dirección, podía yo examinar en su más grande extensión la Sabana de Bogotá.

Tomamos el camino real; se ha aprovechado la configuración llana del terreno para trazar la carretera al estilo de las de Europa. De vez en cuando se ven casas de campo de muy buen aspecto, techadas con teja y con vidrios en las ventanas. Todas esas fincas están cuidadosamente cercadas con muros de piedra. Atravesé el llano en la época en que todavía los trigos verdean; prometían una abundante cosecha para dos meses después. El puente tendido sobre el Bogotá es de piedra; esta obra, debida a los españoles, no deja de tener mérito; además es de grande utilidad para las comunicaciones entre Bogotá y las minas de sal de Zipaquirá. Cuando esta planicie esté más poblada y mejor cultivada, el

Bogotá constituirá un canal muy cómodo para el comercio y las comunicaciones de la región; hoy día no se ve en sus aguas ni una sola lancha. La noche se venía encima; hacía poco que un Alcalde fue asesinado en las inmediaciones del sitio en que me hallaba y, prudente, me detuve en una hacienda.

Al día siguiente pasé por muchos pueblos situados en el camino de Tunja. Por lo general no están habitados más que por indios que tejen lienzos de algodón o hacen pucheros. Las chozas en que viven esos infelices son de proporciones muy reducidas; algunas son redondas, idénticas a las que tenían antes de la Conquista. No sin cierta sorpresa se ve desde lejos la casa del cura, que entre esas miserables cabañas se alza cual si fuera un castillo. En efecto, los balcones, los cristales y las tejas con que se adorna y protege el presbiterio le dan un aspecto de magnificencia que asombra si se le compara con la miseria de las chozas que le rodean.

A mediodía, dejando el llano por el que hasta ese momento habíamos andado, nos aproximamos a las montañas de gres que le dominan. El pueblo de Sesquilé, que es el último de la meseta de Bogotá por este lado, está a poca distancia del lago de Guatavita (1).

En el páramo de Chocontá hacía frío y el viento soplaba con tanta fuerza como al borde del mar. Una lluvia fina y fría nos helaba la cara y las manos. La tierra es de color negro; el suelo es ondulado, como el de las dunas, y la hierba es tan fina que las huellas de los via-

(1) Se ha constituido en Bogotá una sociedad para desecarlo y sacar los tesoros que Piedrahita cuenta haber sido arrojados por los indios en la época de la Conquista. El capital de la sociedad se ha consumido sin que se haya empezado a desaguarle. Hasta ahora sólo se han encontrado dos o tres ídolos de oro, de tamaño pequeño, que han sido comprados por los ingleses.

jeros desaparecen tan rápidamente como en las arenas de los desiertos africanos.

En estas regiones salvajes el cazador acosa a los animales que, rodeados de brumas eternas, se creen al amparo de las armas de los hombres. El oso que en ellas vive es notable por su fuerza y su ferocidad. Los habitantes de la región lo cazan de vez en cuando. A caballo y armados de una lanza, lo atacan y logran matarlo algunas veces, hazaña no exenta de peligro. Es un espectáculo curioso, en una altitud tan considerable, oír los gritos de los cazadores, los aullidos de los perros y todo el estruendo de la cacería que de repente sustituye, ahogándolo, el silbido del viento; pero, sobre todo, lo que no se puede ver sin admiración es el galopar de los jinetes, sin miedo alguno, por estas cumbres escarpadas, atravesar a toda carrera los torrentes, salvar los precipicios, escalar las rocas y, finalmente, alancear el animal que, cansado de huir, les hace frente.

En la bajada del páramo de Chocontá encontré una cabaña aislada, a poca distancia de una mina (sic) de petróleo, que pertenece a la catedral de Bogotá. En ella pasé la noche. A pesar de que la época de la sementera hubiese terminado, la gente trabajaba en los campos con verdadero afán. Los peones—, así es como se llama aquí a los jornaleros—, utilizando una azada pequeña sujeta en la extremidad de un palo largo (binadera), estaban ocupados en binar los campos. Estos obreros, cuyo trabajo empieza con el alba y termina con la caída de la noche, ganan un real (65 céntimos) por día, y reciben dos raciones de mazamorra (maíz cocido). Los que trabajan en la costa ganan el doble y les dan, además, una libra de carne por día. Bien es verdad que el trabajo es más duro en las ardientes playas del mar que

en la cordillera. Los trabajos agrícolas son menos duros con una temperatura de 12 a 15° que cuando hay que soportar una temperatura de 25 a 30° R.

Bordeé el Machetá, cuyas orillas son escarpadísimas y que nace en el páramo que atravesamos la víspera. Este torrente riega un valle muy fértil; al llegar a Somondoco toma el nombre de este pueblo y corre por los llanos en dirección al Este. El camino estaba en un estado espantoso, lo que me hacía admirar el valor de algunas mujeres que viajaban a caballo con nosotros llevando, además, a los niños pequeños en brazos. A pesar de los peligros que corrían a cada momento, reían y cantaban con la misma alegría que si hubiesen ido en el mejor de los coches y por la mejor de las carreteras de Francia. Llegamos en su compañía a Tibirita, en cuyos arroyos se encuentran piritas ferruginosas en abundancia; y después a Guateque; estos dos pueblos están emplazados en tierras que se llaman de indios.

Se acusa a los indios de añorar su antiguo régimen; puede ser, porque antes no se permitía a ningún blanco establecerse en sus tierras, mientras que hoy ven sus territorios invadidos por una serie de hombres rapaces. Esta reunión forzada alimenta en todas estas aldeas una antipatía irreductible y una grande enemiga.

Pasado Guateque, atravesé el río y empecé a subir por la margen opuesta, en la que está emplazado Somondoco. La temperatura era más suave, el terreno me pareció más fértil y más variado que el que vi al venir de Machetá. En efecto, por doquier se veían campos de caña, de maíz, de yuca; cercados con vallas de sauces, de algodoneros y de cactus, por los que trepan multitud de bejucos cubiertos con las flores más vistosas. La montaña a cuyo pie está situado Somondoco ofrecía una

vista curiosísima: parecía que fuera toda ella de cristal; ese efecto lo producían varios torrentes que caen verticalmente en medio de los bosques espesos que cubren sus laderas escarpadas, y el estruendo espantoso de su caída llegaba hasta donde nos encontrábamos.

Somondoco es un pueblo tan pobre, que ningún vecino pudo albergarme. Creí que podría acogerme a la casa del cura, pero me equivoqué. Francisco Antonio Díaz, así se llamaba el Párroco, aseguró que ya tenía otros forasteros en su casa, y se negó a recibirme; pero no tenía a nadie. Me encontraba en situación muy apurada. Sólo una mujer se compadeció de mí; me di cuenta de ello y apelé a su conmiseración, pero el qué dirán y sobre todo las censuras del cura la impedían acceder; por fin consintió en recibirme en su casa, donde encontré atenciones que en pocas otras me hubieran dispensado. La escasa diferencia de civilización que hay entre la región de América en que me hallaba y las de Africa que recorrí hace cuatro años, no alcanza a los sentimientos afectivos de las mujeres para con los seres que sufren. El viajero no implorará nunca en vano los sentimientos caritativos de una mujer.

Me habían hablado mucho de la riqueza de las minas de esmeraldas que antaño explotaban los indios en esta región, y, como es natural, ardía en deseos de descubrir sus vestigios. Pregunté insistentemente a algunas personas, pero sus contestaciones no me dieron más que muy leves esperanzas de descubrir algún rastro en una montaña próxima que me aconsejaron que visitase. Este consejo me pareció bueno, y me disponía a ir allá al día siguiente cuando el Alcalde, seguido de una docena de rufianes, se presentó en mi alojamiento y me entregó una carta que me invitó a leer. Con la vista fija en mi

cara trataba de descubrir la turbación que su lectura me produjese. Pero su contenido no era para inquietarme. Era del Juez de Guateque, diciendo al Alcalde que vigilase mis andanzas porque se creía que tenía intención de pasar de las regiones altas a los Llanos. Le encargaba expresamente que me pidiese mi pasaporte; se lo entregué en el acto, y los alguaciles del cura, pues era por orden suya por lo que me jugaban esta mala pasada, se retiraron corridos de vergüenza.

Este incidente no me hizo desistir de mi propósito y, acompañado de un guía de confianza, me dirigí hacia el Este, a la montaña en que se cree que hay esmeraldas; desde su cima se ven los Llanos; el camino era tan malo, que tardé tres horas en llegar a ella. Pero el espectáculo que se ofreció a mis ojos me compensó de todas las fatigas sufridas: en algunos sitios el pico que escalé no tenía más de tres pies de ancho. Al Este se veía un valle ancho y profundo, atravesado por el río Majoma, que le da su nombre; más allá y mucho más abajo, en la misma dirección, se alcanzaba a ver una especie de nube negra y espesa; eran los llanos de San Martín, que distan dos o tres jornadas de aquí. Sin las indicaciones de mi guía no hubiera jamás reconocido la tierra por esos indicios que, por una rareza bastante chocante, son los mismos que revelan su presencia en el mar. Por el contrario, al volver la vista hacia el Oeste se descubría la rica y hermosa vega del Somondoco y los pueblecitos que con la deslumbrante blancura de sus casas forman un feliz contraste con el fondo verde de los campos. Somondoco, oculto por la sombra que proyectan a lo lejos las montañas, no se veía; pero en cambio se distinguían perfectamente Manta, Guateque, Suta y una infinidad de cabañas aisladas que en general estaban ocul-

tas por los bananos que les dan sombra. Aunque los hombres y los animales no se distinguían, sus gritos, que llegaban hasta mí, juntamente con las brumas que del llano se elevaban hacia la montaña, revelaban el sitio donde debían estar. Este fenómeno no es raro en las montañas donde los hombres se hablan a distancias tales que en los terrenos llanos la voz no alcanzaría a oírse. Mis pesquisas para descubrir las esmeraldas fueron vanas; inútilmente examiné las arenas de los arroyos y los esquistos que constituían las rocas de la montaña: no encontré nada; bajé de esas altas alturas para entrar en una región más templada y menos árida. Ningún incidente hubiese marcado esta excursión, de no haber sido por el perro de mi guía que, hambriento por el prolongado ayuno a que por lo visto le tenía sometido su dueño, se arrojó sobre un rebaño de ovejas, destrozando una de ellas, a pesar de los gritos, de las amenazas y de los golpes que le propinó su amo. Estos estragos son frecuentes, y muchas veces los perros se reúnen en bandas para atacar a los caballos y a las vacas; pero sólo llegan a estos extremos cuando no encuentran animales muertos. Para descubrir sus restos tienen un indicio infalible: cuando ven los gallinazos reunidos en un punto, comprenden que alguna presa les ha hecho congregarse allí; entonces van, y después de haber ahuyentado a esos pajarracos se instalan en su lugar para devorar la carroña.

Creía que en Somondoco encontraría mi pasaporte que la víspera el Alcalde había enviado al Juez de Guateque; en vano esperé hasta mediodía; impacientado por esa demora me puse en camino hacia Guateque. Allí pedí mi pasaporte al Alcalde, quejándome de todas esas dilaciones. El se excusó a medias, pero en seguida me hizo olvidar esas molestias ofreciéndome su casa

para que pasase la noche. Decliné el ofrecimiento por el deseo que tenía de llegar a Suta antes de la noche, y entonces, sin decirme nada, expidió un propio a Suta, que llegó antes que yo, recomendando al Comandante que me tratase con toda consideración; sus deseos se realizaron y aquel oficial me dispensó las mayores atenciones.

Con gran sorpresa mía recibí en Suta la visita del hijo de un médico francés, muerto en la región hacía muchos años; se llamaba Courtois, apellido que hispanizó convirtiéndolo en Cortés. Era imposible ver sin compadecerse el estado de espantosa pobreza en que vivía este hijo de un compatriota: casi desnudo, sólo su cara, cuyos rasgos no habían sido degradados por la miseria, permitía diferenciarlo de entre los vecinos más míseros de aquel pueblo. Mi huésped quería que me quedase tres días en su casa. No accedí a su amable requerimiento, y el 21 emprendí el camino de Tensa siguiendo en dirección Nor-nordeste. No hice más que atravesar sin detenerme este pueblo, y ya bien entrada la noche llegué a Guachavita.

En Guachavita termina el valle de Tensa que corresponde a la Provincia de Tunja; no hay muchas enfermedades, ningún vecino tiene bocio: una infinidad de arroyos atraviesan el valle de Tensa en todas direcciones y dan origen a varios ríos, que van todos a desembocar en el Somondoco. Este, después de describir muchos meandros, vierte sus aguas en el Meta. Las márgenes del Somondoco están llenas de manantiales de agua salada que utilizan sus moradores en sustitución de la sal de Zipaquirá.

El nivel medio de la región es bastante elevado, el suelo es arcilloso y los caminos, con las lluvias, se ponen

intransitables. Claro es que los habitantes, ante la abundancia de las cosechas, se quejan poco de estas molestias pasajeras; aquí el hombre responde a la voz de la Naturaleza; todo el terreno está cultivado con esmero; bananos, caña, maíz y yuca, todo se da con abundancia maravillosa. Sin embargo, a pesar de todas estas riquezas, el hombre es pobre, la Naturaleza le enriquece y la sociedad le arruina con el sistema defectuoso de los impuestos con que le abruma; en vano aumenta sus sementeras, en vano se llenan sus graneros, el vecino de Tensa está siempre afligido por la miseria más espantosa, y lo mismo que en la región del Magdalena, se ven pobres sentados en medio de la abundancia; no se entra en una casa, no se sale a la calle sin encontrarse con mendigos; en los pueblos, en el campo, por todas partes se ven gentes que piden limosna; y ¿cómo no darla a los inválidos y a los ancianos?

Este espectáculo ensombrece el encanto natural de estos lugares de delicia que la suavidad del clima convierte en residencia encantadora durante el buen tiempo, es decir, desde septiembre hasta marzo. En la época en que yo realizaba mi viaje la región estaba inundada por las continuas lluvias. Engañado por la sequía que siguió a las tempestades en la Sabana de Santafé, cuyo clima es totalmente distinto del de las otras regiones de la cordillera, creí que al bajar al valle de Tensa encontraría la misma temperatura; estaba en un error profundo: en Colombia cada lugar tiene un cielo, una temperatura y unas estaciones distintas, debido a la diferencia de altitud.

La temperatura por lo general es de 15 a 16°; el clima es muy sano y por lo tanto el número de ancianos es considerable; hasta hay muchos centenarios; me

enseñaron un árbol que unos hijos habían derribado sobre un torrente para que su madre, que tenía más de ciento quince años, pudiese ir por un atajo a la iglesia, adonde iba varias veces por semana, a pesar de que estaba muy distante de su choza y en un lugar muy escarpado.

Como el valle de Tensa se encuentra al Este de la inmensa cima de la cordillera, experimenta las variaciones de clima de los Llanos, de modo que la primavera y la estación de lluvias coinciden con las de esas llanuras; por consiguiente, la sementera no se realiza en la misma época que en las montañas de Bogotá. De modo que en un mismo día se pueden ver cultivos distintos y labores diferentes. En las partes altas se siembra en marzo; en la zona media de la montaña, en mayo; y en los valles bajos, en julio. Pero aquí es tal la fuerza de la vegetación, que todo madura antes de que en las partes altas se haya podido calcular el rendimiento de la cosecha.

Al salir de Guachavita no tardamos en llegar al Volador, montaña de escasa elevación. Entrábamos ya en la región de las tierras frías; al llegar a Umbita, donde pernocté, estaba transido de frío; los hombres de estas montañas me parecieron tan diferentes de los de las otras como las plantas que aquí se dan. A la alegría que reina en el valle de Tensa sucedió la tristeza más profunda. Al entrar en Umbita me llamó la atención ver a un hombre atado a un poste; era por orden del cura; poco después vi a otro sucumbir a los bastonazos que le propinaba el sargento de milicias. ¡Qué cambios más súbitos! En el valle, a cada paso, presenciaba la fiesta de la Naturaleza celebrada por la miseria; aquí veía hombres tan desgraciados como la tierra en que habitan. La temperatura,

que, era sólo de 8° a 10°, y las ideas que me sugirió la contemplación de tantos infortunios me hicieron pasar una muy mala noche. Al rayar el alba ya estaba dispuesto a emprender el camino, y a poco volvía a entrar en los Llanos, donde encontré de nuevo el buen tiempo que traen los mismos vientos del Este, que llevan las lluvias al valle de Tensa. Dejando al Sur a Turmequé, llegué a las doce a Tibirita. Aquí el aspecto cambió de nuevo: en lugar de campos de caña y de bananos encontré trigales y campos de patatas. La tierra, sin ser tan fértil como la de Tensa, no deja de ser muy buena, y su fecundidad se aumentará sin duda alguna cuando se la trabaje con más esmero. Los bosques abundan un poco más en esta región, y en las praderas pacen rebaños de ovejas cubiertas de espesa lana. Los habitantes al parecer estaban todavía bajo el peso del infortunio, y el saludo que me hacían, al llamarme *mi amo*, recordaba las cadenas que estos infelices llevaron durante tantos siglos.

No bien me instalé en Tibirita, en una choza donde me permitieron descansar, vi entrar a un hombre alto y robusto: era el cura. Después de las frases de ritual, me rogó que le dejara mi reloj; le saqué y me pidió que se lo regalara; como me negara a ello, me pidió mi sable; le contesté en el mismo sentido; entonces se despidió invitándome, en forma poco amable, a que fuera a su casa a verle.

A poco de haber salido de Tibirita pasé por el campo de batalla de Boyacá, donde los españoles, en 1819, perdieron una batalla contra los patriotas; por la noche llegué a Tunja; me alojé en casa del cura, cuyas atenciones son de las que más he agradecido.

Tunja, antes de que llegaran a estas regiones los conquistadores espaŒoles, era ya una ciudad muy principal, tan importante en Cundinamarca como Cuzco, en el Perú. Quesada se apoderó de ella empleando el mismo sistema que valió tántos éxitos a Cortés y a Pizarro: matando al rey de Tunja. Los tesoros que encontró en el despojo de ese príncipe y a cuya vista los espaŒoles exclamaron: «tambián nosotros hemos encontrado el Perú», sirvieron para levantar una nueva ciudad que durante mucho tiempo fue la rival de Bogotá por haberse retirado a ella toda la nobleza del país. Hoy no es más que una ciudad muerta. Tunja carece de atractivos; no hay gente, no goza de buena temperatura, no tiene aguas abundantes y buenas; en una palabra, allí no hay nada de nada. La gente padece el bocio, el cielo pocas veces está sin nubes, la temperatura es muy fría; finalmente, casi todas las casas están en ruinas, pero en cambio hay un fenómeno muy interesante que atrae a los curiosos y que hace las delicias de los vecinos: al Noroeste de Tunja, y a poca distancia, hay unos manantiales de agua caliente durante la noche, y fría durante el día; esto hace que la gente sólo acuda a baŒarse por la noche, pasatiempo que resulta muy agradable gracias al estanque que han excavado para poder gozar de esa diversión, que es la única que hay en Tunja.

Esta ciudad es la capital de una provincia bastante grande y en general muy árida. Si hiciese más calor se creería uno en medio de un desierto africano. El terreno está erizado de rocas y surcado por las aguas que en algunos sitios forman carcavones espantosos. Sin embargo, como esas aguas se evaporan en seguida, la región carece de agua. Pero, a pesar de todo, esta provincia es una de las más ricas; sus habitantes son activos e in-

dustriosos: se fabrican telas de lana y de algodón. Aunque son de factura ordinaria se venden por toda la República, y ese comercio constituye la riqueza de Tunja.

La mayor parte de las tierras están de baldío, pero si la gente fuese menos apática y las trabajase, serían susceptibles de producir mucho más. Pero ningún estímulo logra sacarla de sus costumbres indolentes y rutinarias: ejemplo, lo sucedido en Leiva cuando se quiso ensayar el cultivo del olivo. En todo el país se siembran con éxito el trigo, la cebada y la avena. Muchas son las regiones de la provincia donde, debido al frío, no podrían darse otros productos. El arroz, el café y el azúcar se dan en Muzo.

Necesité todo un día de camino para ir de Tunja a Paipa; de aquí seguí en dirección Sur-sureste para ir a una hacienda que proporciona pingües beneficios gracias a un dón especial de la Naturaleza. La pradera en que se levanta esa hacienda tiene cerca de una media legua de extensión y contiene varios manantiales de aguas calientes (49° R) sulfurosas. En la época seca los vapores se condensan y cubren todos los pastos de sulfato de sosa. Esa sal se recoge con gran cuidado para darla al ganado. El ganado que se lleva a esos pastos engorda maravillosamente en seis meses. Por eso el propietario de esas tierras compra ganado en los llanos de San Martín a cinco piastras la cabeza y lo revende a veinticinco o treinta piastras. Esa hermosa hacienda pertenece a los jesuitas. Por allí cerca hay una mina de azufre.

Seguimos recorriendo terrenos incultos y despoblados; bajamos al llano de Sogamoso; en una hora llegamos a Iza, aldea situada al Este. Un curioso espectáculo nos esperaba a la llegada: el de una fiesta con danzas y cantos para celebrar la muerte de un niño; costum-

bre extraña la de regocijarse por una pérdida que en otras partes motiva dolores y lágrimas. Al ir a Iza tenía el propósito de visitar el lago de Tota, que se encuentra un poco más arriba, pero en la misma dirección.

Salí, pues, de Iza un poco antes del amanecer; acompañado por un nuevo guía escalé las alturas escarpadas, en las que se extiende el páramo de Ramona, donde pasamos mucho frío; a las ocho estaba en las orillas del lago; su extensión es considerable, ya que apenas si en un día se le puede dar la vuelta. La superstición no ha dejado de poblar esos lugares de espantosos prodigios: en efecto, el aspecto agreste de la región; las aguas suspendidas, por decirlo así, a una tal altura y siempre agitadas por el viento que sopla del Toxillo, páramo más elevado que el lago de Tota; la sustancia mucilaginosa, de forma ovalada, y llena de una agua insípida que hay en la arena de sus playas, todo propende a suscitar la extrañeza. Según el decir de las gentes de la región, el lago no es navegable; los genios maléficos habitan en sus profundidades, en moradas en las cuales, dicen, se ven los pórticos cuando uno se aleja de las orillas del lago hacia dentro, y hasta se ve, añaden, salir de vez en cuando de sus abismos un pez monstruoso que sólo se deja ver por unos instantes.

El lago de Tota forma un arco cuyos extremos están en dirección Noroeste y Sureste; la temperatura es muy húmeda y fría; el agua tiene un color azulado, es densa, insípida y poco potable; lo mismo que la del mar, está constantemente agitada debido a las tormentas que se forman en el Toxillo. En el centro del lago hay algunas islas; no ha habido más que un hombre que osara ir a ellas; la creencia de que el lago está encantado im-

pide visitarlas de nuevo: el fondo del lago parece que está compuesto de una arena sílicea. Las montañas que le circundan son unas murallas espesas compuestas de gres, tan fuertemente cimentadas que no dejan pasar la menor filtración; sin embargo, cabría suponer que las fuentes termales de Iza y de Paipa tienen su origen en este inmenso depósito que está situado a unas cuantas toesas más alto que el nivel de aquéllas.

Diseminadas a lo largo de las orillas altísimas y prodigiosamente escarpadas de este lago de la cordillera se ven algunas míseras chozas siempre batidas por los vientos. En las proximidades está la aldehuela de Cufitiva; al volver a Iza pasé por ella: el camino que seguimos a la vuelta está lleno de chumberas cuajadas de cochinilla; y lo que no deja de ser muy interesante para los vecinos es la abundancia de pedernales. A medida que me iba alejando de esas alturas, la temperatura se hacía más soportable. Al llegar a la llanura de Sogamoso divisé el pueblo de este nombre en medio de la arboleda que le rodea; me detuve hasta el día siguiente en esta población, famosa antes de la Conquista por el culto que sus habitantes rendían al Sol: el templo que se había construído era, si se da crédito a lo que dicen algunos historiadores, de una magnificencia sin igual; hoy no se advierte ningún rastro de su pasado esplendor. Sogamoso es un centro muy activo de comercio de ganados; vienen de los Llanos por el Toxillo. A esas planicies se envían las telas de algodón y los sombreros de lana que se fabrican en Sogamoso a cambio de algodón, añil y sal. A pesar de las ganancias que deja, ese comercio es poco activo en razón del mal estado de los caminos y de los peligros que ofrece

el páramo. Los Llanos sirven de tumba a buen número de gentes de la cordillera, pues a poco de estar en ellos les da la fiebre debido al calor que hace y a la gran cantidad de carne que comen; en cambio los de los Llanos corren menos riesgos cuando suben a la cordillera; podría creerse que el frío de las tierras altas debería serles intolerable, y sin embargo lo afrontan con trajes ligeros de algodón y pocas veces están enfermos.

Al salir de Sogamoso tomé hacia el Noroeste para ver la mina de plomo que se explota en los alrededores; tuvimos que atravesar un río, cuyo vado indica un hombre a caballo; luégo subí un poco y después bajé a la llanura de Tibasosa. Este pueblo se encuentra del otro lado del río que riega los valles de Sogamoso y Tibasosa. Casi en frente de éste se encuentra la mina de plomo; en ella trabajan ocho obreros: me dijeron que se habían asociado para la explotación de esa mina, cuyos rendimientos eran escasos desde que el agua había cegado la galería principal abierta desde hacía más de un siglo; se contentaban con lavar el mineral: con frecuencia no tienen agua, de modo que con ese procedimiento primitivo no conseguían arriba de una arroba por semana, es decir unos 30 francos por semana. La dureza de la roca, las inundaciones y sobre todo la falta de herramienta adecuada impiden que esos hombres, a pesar de que la mina es rica en mineral, obtengan mayores beneficios.

Un poco más lejos hay una fundición al aire libre: no se trabaja en ella más que el cobre que se extrae de Monquirá; los trabajos que se hacen en este pobre taller de fundición no dejan de ser bonitos; por lo general consisten en estribos y campanas.

Continué mi camino hacia el Norte por entre montañas constituidas por una arcilla teñida de púrpura y de violeta; era ya noche cerrada cuando llegué a Santa Rosa. Como la hospitalidad se ofrece con tanta generosidad, creí que a pesar de lo intempestivo de la hora no encontraría dificultad alguna para conseguir alojamiento; pero me equivoqué: me cerraron todas las puertas. Llamé a la del alcalde, a la del juez; en todas se negaron a abrir so pretexto de que los dueños estaban fuera: el cura, al que acabé por dirigirme, no se mostró más compasivo que sus feligreses. Era ya tarde, estaba calado, no había probado bocado en todo el día y no veía ante mí más perspectiva que la de dormir en la calle; me encontraba en situación verdaderamente aflictiva; nadie prestaba oído a mis súplicas; una sola persona se compadeció de mí, y esta vez también fue una mujer; me ofreció su cabaña, que compartí encantado; y, aunque era difícil dormir en medio de las vasijas de chicha y de los montones de cebolletas de que estaba atestada, pasé una noche deliciosa oyendo cómo caía fuera la lluvia a torrentes y pensando en la que me tenía reservada la hospitalidad de los vecinos de Santa Rosa.

El nombre de Santa Rosa suena bien y responde en cierto modo al pueblo por la regularidad de sus calles y de sus casas. Pero hace un frío espantoso; y como los alrededores no producen más que trigo, patatas y cebollas, los habitantes serían más bien pobres si no tuvieran los recursos que aportan algunas fábricas de sombreros de lana y de telas de algodón que tienen mucha aceptación entre los vecinos del Socorro, que está en las inmediaciones. En Santa Rosa hay mucho bocio.

Al día siguiente pasé por Cerinza que está situada en un valle ondulado y donde debe hacer mucho frío a juzgar por el musgo que cubre los tejados. Esta temperatura glacial proviene del páramo que domina el valle y que corre del nor-nordeste al sur-suro este. Empecé su ascensión a las doce y llegué al páramo después de haber caminado algún tiempo por entre manzanos; éstos en la cordillera desaparecen en la zona en que la tierra deja de estar sometida al hombre. A las cinco llegué a la venta que está situada en la vertiente de la montaña que mira hacia el Socorro y en la que se detienen todos los viajeros.

Los páramos constituyen una región completamente diferente de aquellas que están más bajas. Todo es diferente: la vegetación, que hasta cierto punto puede decirse que expira en ellas, produce plantas enteramente distintas; son lugares inhabitables, salvo en algunos sitios resguardados del viento en los que se siembran patatas, habas y cebollas. Pocas veces su superficie está cubierta de piedras, a no ser en las inmediaciones de la región de las nieves, donde hay un cascajo parecido al que se encuentra en los ríos.

Al atravesar el Cerinza, la temperatura, aunque fría, era soportable; pero el aire era tan seco que las cinchas y las cuerdas que ataban el equipaje se rompían a cada momento. Tuve mucha suerte, pues al pasar el páramo reinaba una calma atmosférica absoluta; según cuenta la gente, cuando el páramo se *pone bravo* (1) los viajeros están expuestos a los mayores peligros; el viento cargado de vapores sopla con fuerza; las tinieblas más profundas cubren el suelo y se pierden las se-

(1) Este fenómeno se llama *soreche* en el Perú.

ñales del camino; los pájaros que, engañados por los indicios de un día bueno intentan pasarlo, caen al suelo aterridos. El viajero busca el abrigo de los arbustos desmirriados que de vez en cuando crecen en ese desierto, pero su follaje húmedo le obliga a buscar otro refugio; extenuado de hambre y de cansancio, arrea inútilmente sus mulas, yertas de frío, para que aceleren el paso, y se sienta a descansar: ¡fatal descanso!; en seguida siente en el estómago una opresión, la del mareo, como si estuviese embarcado; la sangre se le hiela, sus nervios se atirantan, los labios se abren como si fuese a reír, y expira con una mueca grotesca en el rostro; las mulas, que ya no oyen la voz del amo, se detienen, se echan en el suelo y mueren.

No hay aspecto, por siniestro que sea, que pueda compararse con el que ofrece el páramo de Cerinza. Visto desde abajo, su cumbre sombría se oculta detrás de las nubes; y cuando se le atraviesa, pocas veces el cielo está despejado. Algunos manantiales, cuyas aguas azuladas y heladas no son potables, brotan de sus laderas estériles y no derraman esa fertilidad que engendran en las regiones inferiores. El fondo de los valles está cubierto de charcas fangosas llenas de juncos y de otras plantas acuáticas, y la inmovilidad de su superficie, a falta de viento, la turban sólo algunas grullas. Esa tierra no produce más que una hierba muy fina que los animales pastan con fruición. Una planta de bastante altura es la única que resiste a los huracanes y a los fríos, merced al pelo espeso que cubre su tronco; es el frailejón (*espeletia frailexon*) (1); sus flores de color amarillo, que brotan en la punta de un tallo negro, tienen

(1) De esta planta se extrae trementina de excelente calidad.

un brillo siniestro, como el de una antorcha funeraria. Las cruces colocadas en las tumbas de los viajeros muertos al pasar el páramo, contribuyen a acentuar el lúgubre aspecto de estas tierras cubiertas de frailejones.

A pesar de los peligros que corre el hombre en estas alturas, la miseria y el afán de lucro le llevan a atravesarlas con frecuencia. Si viene de las tierras calientes le veremos cargado de bananos y de otras frutas sabrosas; si viene de las tierras frías llevará auestas sacos de harina, o a veces le veremos agobiado bajo el peso de esos enormes tinajones en los que fermenta la chicha. La esperanza de una módica ganancia le lleva a arrostrar esas fatigas y las privaciones que tendrá que soportar en esas regiones desiertas. ¿Se creerá que un cargador no gana ni cinco francos por llevar un bulto de setenta y cinco libras desde Santa Rosa al Socorro? La distancia que separa esas dos poblaciones representa tres días de marcha. Pero ese viaje implica para él su máxima ambición: vender el excedente de sus cosechas; y la ganancia que obtiene le basta para comer durante todo un mes. También se emplean las mulas para hacer esos trayectos tan penosos, pero los caminos están en un estado tan espantoso que trae más cuenta servirse de hombres para esos transportes.

La venta del Basto, levantada por un hombre inteligente en el páramo de Cerinza, en la que pasé la noche, se compone de cuatro chozas. Sólo dos de ellas están cerradas con paredes de tierra; las otras dos no tienen más que un enrejado a guisa de paredes, de manera que se experimenta en ellas un frío espantoso. El prejuicio que los habitantes de la cordillera tienen contra el fuego, que consideran malsano, hace que no lo enciendan nunca. En realidad no se puede concebir cómo, yendo

vestidos con trajes de algodón, los naturales de las tierras abrasadoras del Socorro puedan soportar un clima tan glacial; por mi parte estaba yerto, y no podía conciliar el sueño a pesar de que me habían colocado en el sitio más resguardado del aire, de que me acosté vestido y de que me tapé con varias mantas de lana. Sin embargo este frío tan grande no duró toda la noche: el huésped había tenido la singular idea de criar una gran cantidad de gatos y de acostumbrarlos a echarse sobre los pies de los viajeros, de modo que dos de ellos se me subieron encima y con ayuda del calor de estos animalitos acabé por reaccionar. Buena falta me hacía, pues la comida no fue como para reparar las fuerzas; consistió en yuca, patatas, mazamorra, maíz cocido y chicha caliente, manjares muy poco consistentes y apetitosos para el estómago de un europeo.

El dueño de esta venta tiene, al pie del páramo, una tierra que, calentada por los rayos de un sol más ardiente, da caña de azúcar. Ese lugar que, comparado con los que están situados a una elevación superior, es un paraíso, se llama Las Vueltas; para llegar hasta allí hay que pasar por bosques espesos, que en ciertos sitios llegan hasta los entrantes del páramo, como si se aventuraran en un clima nuevo; constantemente azotados por los vientos helados, estos árboles que de ese modo se aventuran en los límites de la vegetación, están revestidos de musgos que detienen su desarrollo y les debilitan rápidamente.

Me habían dicho que en Las Vueltas encontraría las ruinas de un pueblecito habitado antaño por los indios, dato que excitó muchísimo mi curiosidad, pero al llegar a Las Vueltas no vi más que muchos agujeros que por todas partes habían abierto los vecinos para descu-

brir los tesoros que se supone fueran enterrados por allí. Con gran sentimiento de esos buscadores de tesoros no se encontraron más que unas vasijas de barro y unos adornos de vidrio, señales inequívocas de que la destrucción del poblado era de época reciente. ¿Dónde fueron a parar los habitantes de este retiro inaccesible; ¿se escaparon a los llanos del Meta, o se diseminaron en diversas direcciones? No se sabe. Desaparición ésta que no deja de ser singular en medio de tantas chozas como hay por los alrededores.

Sobre las ruinas de las chozas de los indios la familia del dueño de la venta ha construído su casa. El sitio, aunque solitario en extremo, es delicioso; al pie corre un río bastante ancho; en sus márgenes escarpadas han sembrado maíz y habas. La extensión de esa propiedad no está limitada más que por la ambición del dueño; encinas de un porte majestuoso dan sombra a sus campos y les resguardan de los huracanes que soplan de la montaña. A pesar del deleite que se experimenta contemplando esta imagen de la felicidad y de la abundancia comparada con el aspecto desolado del páramo, se siente un poco de amargura al considerar que esos campos fueron antaño cultivados por un pueblo desgraciado que llora tal vez lejos de esas tierras, de las que fue el único legítimo dueño. Pero por otra parte, al pensar en la barbarie en que debía vivir, agrada poder pasearse sin temor alguno por esos bosques que animan de vez en cuando los mugidos de los ganados; a pesar de lo lejos que están de todos los centros habitados se encuentran ahora en ellos la civilización y las apacibles costumbres a las que un europeo no es indiferente.

Dejando atrás ese retiro encantador en el que con gusto hubiera pasado varios meses, tomé a poco el ca-

mino que pasando por Guacha conduce al Socorro. Las gentes de la región le consideran como obra del diablo; con el dedo me han señalado la mansión de ese espíritu malo, pero confieso que no vi nada que se pareciera al demonio. El Guacha no es más que una inmensa roca, en la que las lluvias y los temblores han abierto grietas considerables, siendo por lo tanto materialmente imposible utilizar los caballos para andar por allí. Eché, pues, pie a tierra; no tuve que lamentar accidente alguno, en lo cual fui afortunado, pues de ordinario se pierde siempre alguna bestia en ese paso tan peligroso. Los esqueletos que en gran cantidad están esparcidos por el camino demuestran los riesgos que se corren, y no tarda uno en convencerse de ello al ver las cruces que, en número infinito, hay en el fondo del precipicio, sin duda en acción de gracias por haber llegado a aquel lugar de salvación sin detrimento en las personas. Con la llegada a él, nuestras penalidades no terminaron; tuvimos que seguir andando a pie, pues el camino, aunque no era ya tan pendiente, pasa por el lecho de un río, de modo que hay que andar por el agua. Llegué sano y salvo a Venta Gorda, casa que es de dimensiones muy reducidas. Nos albergamos en ella doce personas a la vez.

El 1.º de julio había salido ya de los páramos; la región era menos horrorosa, el clima más suave y el cielo menos triste. El frío no le daba ya a uno miedo al tener que levantarse antes de que rayara el día. Salimos pues muy de mañana: en unas horas llegamos a Jenesano que está ya en tierras del Socorro. A medida que nos adentrábamos por esta provincia, advertíamos un cambio en el paisaje y en la gente, muy agradable; todas las chozas estaban techadas con tejas, en la gente se adivinaba por lo general el desahogo con que vi-

vía y se advertía lo ameno de su trato, circunstancia poco corriente en las tierras frías; todo el mundo lo acogía a uno con afabilidad; la vista se recreaba en la hermosa vegetación tropical, pues siempre gusta volver a ver el banano y el naranjo; pero desgraciadamente los caminos estaban tan enfangados, que no se podía andar sino con las mayores precauciones para evitar caídas peligrosas. Al salir de Jenesano seguí los bordes del Pienta: este río riega todo el valle de Charalá. Antes de que anoheciese llegué a este pueblo; me llamó la atención la regularidad de las calles y de las casas, y encantado me volví a encontrar en medio de esa alegría loca que reina en las regiones donde hace calor.

Al día siguiente continué el viaje camino de Culatas; llegué hacia el mediodía, no me detuve y seguí por el camino que lleva al Socorro; nos encontramos con un hombre y una mujer que habían sido maltratados de tal modo por el alcalde de una aldea próxima, que estaban a punto de expirar en medio del camino; el motivo fue que se habían negado a realizar un trabajo injusto: unos vecinos ricos de Charalá que venían conmigo les aconsejaron que fuesen en el acto a confesarse, pero sin acompañar este consejo saludable, de consuelos un poco menos espirituales, de los que al parecer tenían urgentísima necesidad; les ayudamos a levantarse, se les compadeció, y finalmente sacaron fuerzas de flaqueza y siguieron su camino hasta Culatas; por nuestra parte continuamos el nuestro hacia el Socorro donde llegué antes de anoecer.

Los límites de la provincia del Socorro, llegan por el norte hasta una legua y media más allá de San Gil, y por ese lado confinan con Pamplona (1). Por el sur se

Véase Nota número 1, de «Notas y Aclaraciones», en el Apéndice.

extiende hasta Puente Real; por el este linda con la de Tunja, y por el oeste llega hasta unas regiones desconocidas y el Magdalena; tiene varias poblaciones importantes, entre otras San Gil, donde se acaba de construir un puente de piedra y un colegio; Zapatoca, Charalá, Palmar, Oiba, Simacota, Palmas, Guadalupe y Socorro. Esta última, que da su nombre a la provincia, es la capital; en ella reside el Gobernador; éste tiene el mando de algunas milicias, y bajo sus órdenes a los inválidos, a los que el Gobierno paga una pensión de cuatro a cinco piastras mensuales.

La ciudad de Socorro está muy mal emplazada y peor pavimentada. Situada en la ladera de una montaña pocas veces recibe el efecto refrescante de los vientos debido a que la cadena de montañas del Opón, que va de sur a norte, llega hasta las de Ocaña. El calor, por lo tanto, es muy fuerte; el termómetro, a la sombra, pocas veces baja de 20°. En la época en que me encontraba en la región (julio), empezaba a llover generalmente a la una de la tarde; tronaba, y la tormenta duraba hasta la puesta del sol. Los vientos soplaban del norte.

El agua por lo general es desagradable al paladar y de mala calidad. ¿Será el agua causa del bocio que desfigura a todos los vecinos y hasta a los forasteros después de una larga permanencia en la región? Hasta los animales y en especial los perros están afectados por esa enfermedad, que llega a ser mortal. Con facilidad se adquieren las fiebres y hay muchos ancianos hidrópicos.

Con todo, el Socorro tiene unos 12.000 habitantes, muy trabajadores e inteligentísimos; se entregan asiduamente a la agricultura, y sus fábricas no dejan de tener importancia. Se cultiva mucho la caña de azúcar, algodón

y arroz; estos productos son baratísimos (1) debido a que hay pocos caminos practicables para exportarlos. Se propuso trazar un camino por las montañas del Opón, que hubiera llevado en seis días al Magdalena, en vez de tener que emplear algunos más yendo por el puerto de Botijas, a pesar de que sólo dista veintisiete leguas. La guerra impidió la realización de ese proyecto, que hubiera sido tan beneficioso.

En todas las casas, en todas las chozas todo el mundo hila, tiñe o teje; por todas partes se ven telares; muchas gentes prefieren tejer sombreros de paja; a los que se dedican a este trabajo se les reconoce por la uña del dedo índice, que se dejan crecer desmesuradamente.

Las telas que se fabrican son ordinarias, pero sólidas; aunque estas telas se prefieren en las otras provincias a las extranjeras cuando son del mismo precio y a pesar de que se venden en grandes cantidades, los obreros son pobres; en efecto, una hilandera no gana ni un real por día; una pieza de tela de algodón de sesenta y cuatro varas (166 pies) no deja al tejedor más que un beneficio de 7 reales (4,35 francos). El único que se enriquece es el comerciante; transporta las telas del Socorro a Girón y a Zipaquirá, donde las cambia por tabaco y oro, sal y géneros ingleses; éstos son los preferidos, prejuicio que contribuye poco a estimular la industria nacional; hasta las mujeres no se visten ya más que a la inglesa. Estos caprichos en realidad cuestan poco, ya que las telas de Mánchester resultan más baratas que las que se fabrican en el país; un vestido sale en diez francos.

(1) Algodón, 25 libras, 6 fr. 50 cts.; arroz, 25 libras, 2 fr. 60 cts.; azúcar mascabada, 6 libras, 0,65 cts.; azúcar en panes, 25 libras, 3 fr. 25 cts.; en general se suele preferir el azúcar de caña de Otahití al de caña de Guinea, cuyo cultivo se empieza a abandonar.

Las casas, por lo general, están sucias y su construcción suele ser mala, pero en cambio son más cómodas que las de las zonas frías. Tienen camas, para comer se utilizan cubiertos de plata y en la mesa se ponen mantel y servilletas; la comida suele consistir en patatas, arroz, bananos y carne de cerdo.

Los habitantes del Socorro en todo tiempo han hecho gala de una audacia y de un carácter enérgico que contrasta con su aire torpe y atontado; hoy mismo parecen estar ya hartos de las requisas de todo género que se reclaman de su abnegación; entre ellos no se dan más tratamiento que el de ciudadano, y parecen acrisoladamente leales al régimen republicano. Fueron ellos los primeros que, mucho antes de que en España se pensara en que América se podría independizar, levantaron la bandera de la rebelión.

Voy a examinar el origen y las consecuencias de ese levantamiento, que dio por resultado la emancipación de América. Empezaré describiendo en pocas palabras la situación de esas provincias desde la Conquista hasta el movimiento del Socorro, en 1781, para dar a conocer al lector las dos éras del Imperio español, y que aquel pueda comparar el nuevo régimen con el antiguo.

CAPÍTULO VI

Estado del país desde 1498 hasta 1781. - Antiguos habitantes. - Sus usos. - Sus costumbres. - Conquistas comerciales. - Conquistas religiosas. - Conquistas militares. - Quesada. - Debilitamiento de la población india. - Los negros. - Su estado y condición. Mezcla de razas. - Puertos. - Iglesias. - Aldeas. - Ciudades. - Las minas. - Agricultura colonial. - Agricultura europea. - Industria. - Repartimientos. - Las encomiendas. - Tributos indios. - Gobierno español. - Profunda paz.

Cuando América fue descubierta, las hermosas llanuras de Cumaná, de Caracas y las que riegan el Apure y el Orinoco estaban pobladas por una raza salvaje de una ferocidad y de un valor indomables; sus tribus, errando siempre por entre jarales inexpugnables, alimentándose de frutas o de la caza, durmiendo en el suelo durante la época seca o en las ramas de los árboles en la de las lluvias, iban casi completamente desnudas; los adornos más en boga entre ellas consistían en las pinturas extrañas con que se cubrían el cuerpo, en los huesos o en los dientes de fieras que llevaban en las anchas aberturas que se hacían en el lóbulo de las orejas, y en los enormes anillos de oro que pendían de un agujero que taladraba el tabique de la nariz; por lo general llevaban unas plumas en la cabeza y se tapaban algunas partes del cuerpo con los despojos de las fieras.

Pero en medio de todas esas miserias tenían una ambición: el mando supremo era objeto de todas las codicias; era el galardón de las pruebas más dolorosas; el menor quejido era motivo suficiente de exclusión.

¿Qué necesidad tenían esas sociedades bárbaras de tener un jefe?; ¿qué pleitos tenían que dirimir?; ¿qué despojos, qué conquistas tenían que repartir? Los cadáveres ensangrentados de sus enemigos y nada más, pues en su mayor parte, cuando no había caza, se alimentaban con los miembros palpitantes de sus prisioneros; pocas eran las tribus que sentían horror por esos espantables festines.

Por el contrario, en las montañas las costumbres se dulcificaban. La rica provincia de Antioquia era la única que todavía guerreaba; en la llanura en que más tarde se fundara Santafé, la nación muisca tenía ya algunas leyes, las relaciones entre los diferentes poblados eran frecuentes y gozaban de seguridad. La agricultura empezaba a estar glorificada; la propiedad era respetada, las ciudades tenían viviendas bastante cómodas y la gente iba vestida con decencia. Sin estar rodeada del boato que resplandecía en las cortes de Tenochtitlán y de Cuzco, la del Jefe de Cundinamarca, a quien los españoles daban el título de rey, no carecía de pompa. La religión tenía sus templos, sus altares, sus sacrificios y sus sacerdotes; de todos los indios que poblaban esas regiones, los muisca eran los únicos que no inmolaban a sus dioses, el Sol y la Luna, más que aves, a las que enseñaban algunas palabras de su lengua con objeto de que las divinidades engañadas las acogiesen como si fueran víctimas humanas. En todas las demás regiones no se inmolaban más que éstas, y los jóvenes criados

para ser degollados en esos horribles sacrificios, se vendían en muchas ocasiones a precios elevados.

A la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo, cuyos habitantes, hasta los más salvajes, llevaban collares y brazaletes de oro, los soldados españoles, cansados de las guerras de Europa, en las que no encontraban más que un mezquino botín y los moros y los judíos, que no podían soportar el yugo que acababa de serles impuesto, todos partieron para conocer esas tierras nuevas y crearse en ellas una nueva patria; pero a lo largo de la costa de la América meridional que baña el mar de las Antillas fueron rechazados por todas partes por los indios, y vieron así fallidas sus esperanzas. Estos desastres, repetidos, provocaron tal desaliento que el Gobierno español se vio constreñido a sacar, como si dijéramos, la conquista de Venezuela a pública subasta. Unos mercaderes alemanes se encargaron de ella en 1528 y la llevaron a cabo con una crueldad inimaginable (1).

Las costas estaban dominadas, ya se alzaban a alguna distancia, tierra adentro, viviendas que incesantemente los salvajes que vivían en las selvas reducían a cenizas; los colonos, espantados, apenas si se atrevían a salir de sus fuertes de tierra rodeados de empalizadas; entonces la religión se encargó de detener esos excesos y de llevar a cabo una conquista que la espada no pudo realizar. Los misioneros penetraron en las guaridas espantosas que daban asilo a los indios. La mayor parte de esos pacíficos conquistadores perecieron víctimas de su celo. Los que tuvieron la suerte de no ser inmolados marcharon de victoria en victoria, y a medida que iban

(1) *Depons*, tomo 1, páginas 77.

penetrando en el país levantaban iglesias de caña y de paja, y así llegaron hasta las márgenes del Orinoco, después de haber abierto una línea de comunicación segura entre ese río y Venezuela, por medio de lugares de asilo, establecidos de trecho en trecho, que ya eran respetados hasta por los mismos salvajes.

Hacia la misma época, unos soldados, émulos de la gloria de Cortés y de Pizarro, escalaban la cordillera al mando de Quesada (1) y sometían una serie de imperios. En efecto, este jefe enardecido por las relaciones seductoras de muchos indios que, señalándole el Sur, le aseguraban que en esa dirección encontraría un imperio rico y poderoso, salió de Santa Marta en abril de 1536. Seiscientos infantes y ochenta y cinco jinetes le acompañaban. A fuerza de trabajos y de sufrimientos infinitos, sus embarcaciones frágiles y mal construídas lograron remontar el Magdalena. Los obstáculos que este río le puso, en lugar de amilanarle, le enardecieron. Muchos de sus compañeros perecieron víctimas del cansancio y de las privaciones. Nada le detuvo: atacó a los indios que vivían en el cantón en que después se edificó Vélez, les derrotó fácilmente, atravesó su territorio y descendió victorioso a las hermosas llanadas de Ubaté y de Bogotá. No mintieron las relaciones que inflamaron su valor. Cundinamarca, tal era el nombre que entonces llevaba la región que después se llamó Santafé, era rica. Los zipas, poderosos príncipes regidos por un gobierno feudal, gobernaban el país y protegían una industria que empezaba a desarrollarse. Sus templos, sus palacios con techo de paja, encerraban tesoros considerables.

(1) Piedrahita, *Historia de la conquista de la Nueva Granada*.

En esta forma unos cuantos hombres intrépidos terminaron en un año la conquista de las regiones a las que luégo se dio el nombre de Virreinato de Nueva Granada y que no son más que una parte de él.

Los indios no carecían de valor, pero los españoles en el siglo XVI eran lo que los franceses fueron en el XIX, afortunados e invencibles.

Todo en los indios revelaba una tendencia a la civilización. Pero la avidez de los españoles, aumentada por ese espectáculo, no buscaba más que nuevas conquistas. Ni el mal estado de los caminos, ni la escasez de víveres, ni los calores sofocantes, ni las flechas envenenadas de los indios, nada pudo moderar su energía emprendedora; un aventurero cualquiera enrolaba en un puerto del mar de las Antillas unos cuantos soldados, y, provistos de pólvora y de balas, se hacían a la mar para conquistar reinos e imperios.

No menos valiente que Pizarro, su teniente Belalcázar fue su émulo de gloria. Quito, Pasto, Popayán y el valle del Cauca reconocieron su autoridad. Entonces, atravesando el Quindío y el Magdalena llegó al llano de Bogotá en el mismo momento en que Quesada terminaba la conquista y fue uno de los fundadores de la capital de tan ricas comarcas.

Al oír hazañas tan famosas, al ver los campos de batalla y los riscos inexpugnables en que combatieron los españoles, no se explica uno fácilmente cómo pudieron obtener éxitos tan prodigiosos y tan rápidos, sobre todo si nos atenemos a los datos de los primeros historiadores relativos al número considerable de habitantes con que debieron enfrentarse. Ahora bien: España, dueña ya de las costas de Africa, no las abandonó para lanzarse a la conquista de América, más que porque en

este Continente encontró una población menos densa y menos guerrera. Pero además, utilizando hábilmente las disensiones intestinas de los indígenas, los capitanes españoles encontraron en todas partes traidores que les indicaban los caminos y las emboscadas que les tendían, en tanto que las mujeres les servían de intérpretes y de emisarios.

El reclutamiento se hacía sobre todo en Santo Domingo; esta isla se iba ya llenando en esa época de negros y de mestizos, se les organizaba en compañías y se les llevaba al Continente. Esos hombres eran los mejores soldados que había para luchar en este clima. Tal vez el indio actual conserva por herencia un odio implacable contra los negros. Y una prueba de que hubo negros en América desde el primer momento, es un jeroglífico mejicano que representa un motín de negros en Méjico en 1537 (1).

Estos, después de haber sido utilizados para la conquista de imperios tan ricos, debían servir para poblarlos. En efecto, los vencedores dedicaron imprudentemente al trabajo de las minas y al laboreo de la tierra, a los indios acostumbrados a una inveterada ociosidad y además incapaces de trabajar en los climas cálidos, donde no habían nacido, de modo que fueron sucumbiendo bajo el peso de fatigas que en realidad no eran excesivas, pero a las que no estaban acostumbrados. Más tarde se puso remedio a esto. Los Reyes de España prohibieron que se llevase a los indios de la cordillera a los llanos (2).

(1) Vistas de las cordilleras.

(2) Hace pocos años un batallón que fue de Bogotá a Santa Marta pereció totalmente de fiebre amarilla.

Si se hiciese trabajar a la población blanca de las Antillas durante algunos días bajo el sol del trópico, en seguida sucumbiría y acabaría por extinguirse por completo, a pesar de haber nacido en esa región.

Esto es lo que sucedió en el archipiélago americano; al cabo de dos siglos no quedó un solo indígena. Los de los llanos de Venezuela también hubieran desaparecido de no haberse refugiado en las selvas del Orinoco.

En las montañas no sucedió lo mismo; ningún indio murió a consecuencia del trabajo en las tierras, debido a que se encontraban en un clima apropiado a su naturaleza, de modo que el número de indios en vez de disminuir se fue aumentando considerablemente.

El africano era el único que podía resistir los calores tropicales; era el único a quien podía obligársele, a pesar suyo, a trabajar sin que muriera de pena y de fatiga. Se pidió a España autorización para llevar a esa gente a los países cálidos. La Corte de Madrid tardó mucho tiempo en resolverse a conceder ese peligroso privilegio; finalmente se le arrancó para calmar a la humanidad, que se alzó en favor de los indios, y para poblar aquellos vastos imperios, que ya antes de la Conquista ofrecían enormes extensiones deshabitadas y que además, a decir verdad, no eran más que una extensísima selva a lo largo de cuyas lindes erraban algunas tribus miserables (1).

De esta forma, los negros destinados a cultivar la tierra americana empezaron llegando como esclavos a estas regiones que un día habían de repartirse con sus amos. Estos que no trajeron mujeres con ellos en estas penosas

(1) Robertson Rech, *Hist. sur l'Inde*.

expediciones, empezaron por tomar las de las naciones vencidas y poco después las de sus esclavos.

Estos últimos, a su vez, sujetos en las encomiendas a la misma cadena que los indios, se sobrepusieron a la antipatía que les inspiraban sus compañeros de infortunio, les pidieron que les diesen esposas y las obtuvieron; fueron pues los negros los que se unieron a las indias, y nunca los indios con las negras, por las que sentían una invencible repulsión (1).

Así fue como la población uniforme de Venezuela, cuyos rasgos recordaban su origen asiático (2), adquirió mil matices diferentes en el colorido del rostro; sin embargo el color blanco se consideró como el único que tenía derecho a la consideración social, y las mujeres blancas ambicionaron el honor de dejar a sus hijos esa soberbia herencia; de modo que en poco tiempo el número de mestizos blancos, es decir hijos de indias y de europeos, se acrecentó prodigiosamente. Una gran parte de la familia india se fundió y se perdió, a tal punto que se creyó que los españoles les habían matado a todos.

Al propio tiempo una gran cantidad de negras vino a aumentar esa familia, ya tan mezclada; sin embargo, a pesar de esos cruces infinitos de razas, el honor de poblar el Continente correspondió a la raza blanca, ya que el número de hombres de color es en él mucho menor que en las Antillas, donde el color blanco tendió siempre a ser absorbido en el de los negros.

(1) Origen de los indios.

(2) Quienquiera que haya visto los indios de América tiene que atribuirles un origen asiático; y sin embargo este origen ha sido puesto en duda porque no se encuentra ningún vestigio histórico. ¿Pero no podrían los indios haberse olvidado del estrecho de Behring, del mismo modo que nosotros nos hemos olvidado del cabo de Buena Esperanza?

Las disposiciones dictadas durante cerca de dos siglos por los Reyes de España para obligar a sus súbditos del Nuevo Mundo a casarse, prueban evidentemente que sólo fue a América un número reducido de europeas. Cuando en el siglo XVIII las mestizas y las mulatas se convirtieron en blancas, idénticas a las mujeres de nuestro Continente, se olvidó su origen, y los españoles se casaron con ellas. Y no puede haber duda acerca de esto, ya que en esa época no se renovaron las antiguas cédulas o disposiciones relativas al matrimonio de los colonos.

Dueños de las costas, los españoles se apresuraron a levantar algunos fuertes, desde los que, seguros de no ser sorprendidos y dispuestos a embarcarse al menor ataque serio, prepararon la conquista de las regiones del interior. El emplazamiento de sus factorías estuvo muy bien escogido; aprovecharon para ello las condiciones del terreno, que de trecho en trecho les ofrecía lugares aptos para defenderse, de una parte, contra los enemigos venidos de fuera, que ya envidiaban sus conquistas, y de otra, contra sus enemigos de dentro que, aunque un poco tarde, pensaban ya en arrebatarlas. Puerto Cabello y La Guaira, defendían a Venezuela; Maracaibo, el acceso a la cordillera; Santa Marta y Cartagena, el rico canal del Magdalena; Santo Tomé, el Orinoco; Panamá, el importante paso a los dos mares. Una bandera flotó en distintos puntos de la costa del mar del Sur: eso bastaba por entonces a España para hacer respetar su soberanía en esos parajes, hasta entonces desconocidos de los demás Estados de Europa.

Al adentrarse por el interior de una región nunca dejaban de edificar un templo. Se había enseñado a los indios a respetar esos asilos, perdonándoles la vida

cuando, derrotados, se acogían a ellos. Esas iglesias servían, además, para obligar a esos salvajes a salir de las selvas, atraídos por las ceremonias religiosas en las que los españoles han desplegado siempre la mayor pompa.

Pero cuando era necesario establecerse en lugares habitados por tribus montaraces, se fortificaba la casa del pastor, y la aldehuela, rodeada por un foso, quedaba protegida contra cualquier ataque imprevisto; sin embargo, ¡cuántos de estos centros de población fueron arrasados por los panches y los andaquíes! Estas tribus, mejor informadas que las otras de los proyectos de los españoles, les hicieron hasta el principio del siglo pasado una guerra larga y despiadada.

Los primeros, los panches, ocupaban la región en que hoy se alzan las poblaciones de Fusagasugá, Pandi y Tocaima; los segundos, los andaquíes, vivían entre Neiva y las fuentes del Magdalena. Hoy no quedan más que algunos residuos de esas dos naciones, que, por el valor de sus hijos, hay que catalogar entre los indios de los llanos más bien que entre los de las montañas.

Aunque las factorías creadas en Nueva Granada fuesen adquiriendo de día en día mayor importancia, todavía eran miserables; no había más que las iglesias que estuviesen decoradas, las casas no eran más que chozas de barro y paja. Entonces se era rico cuando se poseía una gallina y un gallo; una vaca y un toro constituían una fortuna. En el siglo XVII fue cuando se empezaron a ver en Bogotá algunas aves de corral; el nombre del primero que las introdujo se conserva religiosamente. La introducción de esos animales en el Nuevo Mundo ha pagado con creces los beneficios retirados por Euro-

pa de una infinidad de plantas que le eran desconocidas.

Los víveres eran entonces caros y pocos; la gente se alimentaba casi exclusivamente de los productos del suelo, que se propagaban rápidamente porque nadie viajaba sin llevar consigo semillas. La gloria estribaba en cosechar frutas nuevas, y el lujo en ofrecérselas a sus amigos.

Al cabo de un año la fisionomía del Continente cambió por completo; se talaron algunos bosques para convertirlos en huertos. En los magníficos praderíos que se extienden a lo largo de las riberas de los ríos se multiplicó el ganado y se criaron caballos y mulas (1), y el hombre, que sin su ayuda pasaba las mayores fatigas, pudo en cuanto los tuvo a su disposición entregarse a grandes empresas, abrir caminos y multiplicar los pueblos, porque ya podía con poco esfuerzo llevar hasta ellos en abundancia el producto de las cosechas.

Las aldehuelas prosperaron y las miserables fortificaciones de que en un principio estaban rodeadas se abatieron. Con el siglo XVIII se vieron alzarse ciudades a cuya cabeza, la capital Santafé, pronto igualó a las ciudades europeas de tercer orden. A diferencia de los turcos, que sembraron la ruina y la muerte en la patria, antaño tan floreciente, de los griegos, los españoles cubrieron de poblados las soledades antes ensangrentadas por las continuas guerras de los indios.

El aumento de la población dio lugar a una nueva di-

(1) Hay en la cordillera una especie de pájaro que como el de nuestras comarcas se ocupa en desembarazar a los animales vacunos de las miríadas de insectos que cubren sus costillares; ¿es la naturaleza o son los españoles los que trajeron este pájaro a un país donde no se conocían animales vacunos?

visión de la América meridional. En 1718, Nueva Granada que dependía del Perú, fue erigida en virreinato, y en 1731 las Provincias de Venezuela tuvieron un gobierno propio.

Así, en espacio de un siglo, con las tribus diseminadas de antropófagos y con los esclavos africanos se había formado un nuevo pueblo español, con la cultura, con el mismo gobierno, con las mismas leyes y con el mismo idioma; no eran colonias lo que España había fundado: fueron naciones e imperios lo que creó.

Los primeros colonos americanos, antes de ser agricultores fueron comerciantes; esto enriqueció de tal modo las ciudades del litoral, que adquirieron una extensión y una importancia muy superiores a las del interior. Cartagena y Panamá, sobre todo, se convirtieron en ciudades ricas y populosas. Más tarde, sin perder nada de su importancia, tuvieron por rivales algunas ciudades del interior, que las fueron relegando a un segundo plano cuando se dedicaron a la agricultura. Caracas, Santafé y Quito, no tuvieron ya ciudades que se pudieran comparar con ellas en las costas insalubres del mar.

Para acometer empresas agrícolas de gran envergadura se necesitaban capitales. En la época de la Conquista el soldado español despilfarró en seguida lo que obtuvo del pillaje. Judíos y moros, cristianizados para poder entrar en América, compraron a vil precio esos despojos; establecidos en gran parte en Popayán y en Antioquia, explotaron las minas, antaño laboradas por los indios que abundaban en esas provincias. Africanos llevados a fuerza de dinero a aquellas apartadas regiones abrieron zanjas por todas partes, y, siguiendo la

práctica que habían visto en su propio país, se limitaron a la lava de las tierras.

El metal acabó por aparecer en grandes cantidades, y España se dio cuenta entonces de que si la conquista de Méjico la había hecho dueña de las minas de plata más ricas de todo el mundo, la de Nueva Granada le había proporcionado una tierra muy rica en oro. Estableció una casa de moneda en Popayán y otra en Santafé; y, a pesar de la rutina primitiva de los negros, salían anualmente cerca de dos millones de piastras de los troqueles de Nueva Granada. Antes de la creación de esos establecimientos, sólo se acuñaba la *macuquina*, moneda informe, sin efigie real y sin gráfila; los particulares obtenían mediante un pequeño impuesto el derecho de batir moneda (1).

Todo ese oro no iba a parar a España, como se ha creído; al contrario, con la plata sacada de Méjico había que pagar una parte considerable de los gastos locales. Pero así fue como las ciudades se multiplicaban, se enriquecían con monumentos y como la agricultura empezaba a desarrollarse.

Esta estaba dividida en agricultura colonial y en agricultura europea. Aquélla en manos más hábiles hubiera progresado enormemente: el azúcar, el café, el cacao, se daban con pasmosa fecundidad; el añil y el algodón eran plantas indígenas y silvestres. Pero los otros cultivos estaban abandonados; no había más que Caracas que se dedicase a ellos: por eso sus exportaciones eran el doble de las del Virreinato. Las provincias que constituían la Nueva Granada, integradas en su mayoría por tierras frías, habían dedicado sus esfuerzos y su dinero

(1) Jove. Memoria al Virrey Sámano.

al cultivo de los cereales y de las frutas de Europa, pero con tan poco esmero, que apenas si producían para cubrir sus propias necesidades; las frutas, abandonadas a los cuidados de la Naturaleza, recordaban las de Europa más por la forma que por el sabor.

En todos estos países no había más que una industria rudimentaria. Se veían algunos telares que fabricaban telas de algodón, buenas exclusivamente para la gente del pueblo, y nada más. España a este respecto fue inexorable, a pesar de que ella misma fabricara pocas cosas, viéndose de ese modo obligada a comprar a otras naciones los tejidos necesarios para sus países de América. Pero al adoptar esas prohibiciones no había hecho más que seguir un sistema de dominación que le aseguró un imperio de tres siglos. En efecto, considerando sus colonias como provincias interiores de su imperio, los Reyes de España prohibieron el cultivo de la vid en Quito y lo autorizaron en Lima. Había olivares en Chile, al paso que su cultivo se prohibía en Buenos Aires. A petición de Méjico, que, rico por sus explotaciones metalúrgicas, no estaba autorizado a entregarse a empresas industriales o agrícolas que hubieran suspendido sus relaciones comerciales con la Madre Patria, Nueva Granada tuvo que dejar de explotar sus minas de plata.

Los españoles, dueños de un mundo nuevo que contenía mil productos distintos, no pensaron en medio de la embriaguez del triunfo en crear una forma regular de gobierno: el desorden, consecuencia habitual de las invasiones, empañó los laureles de las armas. Imitando a los godos y a los vándalos, los fieros soldados de Pizarro y de Quesada no pensaron más que en repartirse las regiones que ocupaban como si se tratase de una

presa que les perteneciera por derecho de descubrimiento o por derecho de conquista.

Los Capitanes se adjudicaron las provincias, los soldados los pueblos, todos ejercieron los privilegios de la soberanía, resueltos a no ser los feudatarios de la Corona de España, y a la vez que instauraban en América, con los *repartimientos*, el sistema feudal que implantaron los bárbaros del norte en Europa al deshacer el imperio de los Césares.

Esta anarquía, fomentada principalmente por los Pizarros y sus acólitos, duró veinte años. Carlos V acabó con ella. Sin embargo, este Monarca, tan temible en Europa, carecía de poder en el Continente que algunos de sus soldados acababan de revelar al mundo antiguo; sus mismos soldados le hubiesen traicionado si los hubiera enviado a luchar contra los amos de América. Tuvo, pues, que transigir con éstos, y a pesar del deseo expresado con tanto afán en todas sus ordenanzas de mejorar la suerte de los vencidos, Carlos V sólo pudo suavizarlo por el momento dejando únicamente a los propietarios de los repartimientos los derechos que en Turquía atribuía el timar a sus titulares, es decir el disfrute de las rentas de los feudos de la Corona durante un tiempo determinado. Este derecho entre los españoles llegaba hasta el hijo del primer feudatario.

La conversión de los feudos en simples donaciones fue de capital importancia en la época en que se llevó a cabo; provocó la indignación de los conquistadores, que se dispusieron a oponerse a ello con las armas, pero la prudencia de los ministros españoles calmó su furor y las órdenes del Rey fueron cumplidas.

Ansiosos de ejecutar las últimas voluntades de Isabel, los Reyes de España, que a medida que desaparecían

los primeros conquistadores, estaban más seguros de hacerse obedecer, dictaron, andando el tiempo, varias disposiciones para reparar los daños que la conquista había ocasionado a los indios. Así, mientras en Europa se conservaba el régimen feudal, España se disponía a restituir a los indígenas del Nuevo Mundo sus derechos y sus libertades; actuaba severamente con los hijos de los conquistadores para irles arrancando poco a poco una conquista que contaban guardar para ellos solos, en perjuicio de la metrópoli y de los indios.

Primero se dispuso que los españoles gozarían sólo de las rentas de las encomiendas, sin poder disponer en modo alguno de los bienes que la munificencia real no otorgaba más que de por vida; recomendándoles a la vez que velasen por la instrucción de sus siervos creando escuelas.

Los Encomenderos no fueron ya más que gobernadores vitalicios de los súbditos del Rey. Se les prohibía tener casa propia en las tierras cuyas rentas les pertenecían; pasar más de un día en la casa de sus vasallos y autorizar a sus parientes a que permanecieran en ellas ni un solo instante. Si los indios tenían motivo de queja como resultado de vejaciones imputables a los criados del Encomendero, éste debía, a sus expensas, resarcirles de los daños que les hubieran ocasionado; hasta se llegó a prohibir a los Encomenderos que criasen cerdos en las inmediaciones de las aldeas indias (1).

Fueron promulgadas otras leyes que eximían a los indios de toda clase de servicios; tales como la de portes de viajeros en los caminos difíciles y peligrosos, tejer los trajes talares y ayudar a los negros y mulatos en sus

(1) *Recop. de las Leyes*, L. VI. Tit. I, II, III.

trabajos. Esas ordenanzas nos prueban desde luego que había numerosos abusos, pero al prohibirlos el Gobierno demostró que no tenía la culpa de ellos.

Se exhortó a los Encomenderos a que concentrasen en sus aldeas (*reducciones*) a los indios de sus repartimientos que se hallaran dispersos por los bosques; sólo después de muchas dificultades se logró arrancarles a las costumbres de la vida salvaje y retenerles en residencias fijas. Para hacerles más grato este nuevo género de vida se les dieron las mismas leyes municipales que a los españoles; es más: se repusieron los caciques en sus antiguos derechos; pero se extirparon las antiguas costumbres que condenaba la moral cristiana: tales como el tributo de las doncellas que los indios pagaban en determinadas ocasiones a los caciques, y la costumbre de que aquellos infelices se matasen en los funerales de sus jefes (1). Así, al mismo tiempo que éstos recobraban, salvo excepciones, los antiguos derechos señoriales de los que sólo las Audiencias podían desposeerles por deslealtad, el régimen municipal sustraía a esos tiranuelos el conocimiento de los pleitos y de las causas, y además les imponía una obligación nueva para ellos, la de pagar a los indios que tenían a su servicio.

Estas disposiciones no parecieron suficientes para asegurar la tranquilidad y el sosiego de los indios, siempre amenazados por los mestizos, los mulatos y hasta por los negros celosos de las consideraciones que se tenían para con los pacíficos indios, propietarios desposeídos del suelo de América. En consecuencia, los Reyes de España decretaron que un ciudadano de costumbres irreprochables quedaría encargado, con el título

(1) En las colonias inglesas las mujeres se arrojan a la hoguera en que se quemaban los restos de sus maridos.

lo de protector, de la defensa de sus intereses ante las Audiencias.

El Gobierno español adoptó medidas de carácter más paternal aún; prohibió que se vendiese aguardiente a los indios, arma terrible que otras naciones han empleado con éxito tan deplorable. Era también de temerse que los curas, aprovechándose de la ignorante credulidad de los indios, despojasen a esos hijos de la Naturaleza de su exiguo patrimonio, y se dispuso que la Iglesia no pudiera recibir ninguna donación de ese género. En fin, con objeto de evitar que se les vejase imponiéndoles el alojamiento forzoso, se construyeron a la entrada de las aldeas indias tambos o enramadas, en los cuales los viajeros eran admitidos gratuitamente.

Por otra parte, con objeto de fomentar el amor al trabajo entre este pueblo recién sometido al yugo de la civilización, se obligó a cultivar anualmente a cada indio diez toesas de tierra. El producto de esas tierras vendido en provecho de la comunidad se depositaba en una caja que administraban funcionarios de la Corona. Los fondos se consagraban al sostenimiento de la Misión y de la escuela; a veces servían para completar el tributo real, que, según Robertson, no excedía de cuatro chelines anuales por indio de 18 a 50 años de edad.

Sin embargo, ese sistema de impuesto ha dado origen a una infinidad de recriminaciones contra España por parte de los conquistadores de las Indias Orientales; se le llamó tiránico y ultrajante para la dignidad humana. Los indios lo entienden de otro modo: en efecto, en vez de los cinco francos que pagaban antes, hoy pagan el doble, y además el reclutamiento militar, invención reciente, les arranca a sus hijos del hogar. Esto explica

el porqué en la guerra de la Independencia, los indios insensibles a los beneficios de la civilización cuya magnitud no alcanza a comprender su inteligencia limitada, se inclinaron todos, en general, del lado de los españoles para combatir por una causa que fue tan funesta para sus antepasados.

Veamos de qué modo España recaudaba este tributo, que venía a ser el equivalente de lo que antes pagaban los indios a sus caciques.

Las personas encargadas de percibir el tributo en los distritos *encomendados* (dados en encomienda) tenían que asistir por la mañana a una misa mayor; después ante el cura, en presencia del pueblo, juraban desempeñar sus funciones con justicia y sin pasión; luego recorrían los poblados de la encomienda, examinaban la calidad de las tierras, el estado de las cosechas, se informaban de lo que antes se pagaba a los caciques, para fijar con arreglo a todos esos datos la cuantía del tributo que se podía exigir: debía éste fijarse de tal suerte que les quedase a los indios lo suficiente para alimentar y poder casar a sus hijos. Debía repartirse sabiamente de modo que gravase menos a la masa del pueblo que en los tiempos pasados; ya que es justo, añade el legislador, que los indios sean tratados al igual que nuestros otros súbditos. El impuesto se pagaba en especie, con objeto de obligar al indio a que cultivase la tierra, y a que renunciase al lavado de las arenas de los arroyos, que al suministrarles una cantidad de oro suficiente les incitaba a la holgazanería: observación ésta tan exacta que hizo que uno de los Felipes obligase a los indios a pagar el tributo en productos de la tierra en aquellas regiones en que se había abolido esta práctica.

Numerosos abusos se fueron infiltrando en la percepción del impuesto, que fueron degenerando en tiranía, siendo muy difíciles de extirpar hasta entre los indios, porque su ignorancia no presentaba el peligro que entrañaban. Se empezó por prohibir la entrega de los productos de la caza y la prestación personal del indio en pago del impuesto. Se llegó a más: se autorizó a los indios a que se negasen a entregar la gallina que cada año se computaba por el octavo del impuesto personal. Se abolió también la costumbre absurda, que perduró en Francia durante tanto tiempo, de llevar el diezmo o el tributo a distancias considerables, y los perceptores reales o eclesiásticos tuvieron que ir a percibir el pago en el propio lugar de la residencia del tributario.

Se supo que algunos encomenderos percibían el tributo en productos de especies distintas a las fijadas, y se dispuso que esas preferencias caprichosas quedarían limitadas a tres, y que si escogían las telas de algodón su opción se limitaría a una sola.

En cada municipio los depositarios de la autoridad quedaban exentos del pago del tributo: el cacique o *teniente*, porque hubiera sido injusto exigir su pago a una persona a quien el tributo se le pagaba antes; el alcalde, porque se quería atribuir un privilegio de alguna utilidad al ejercicio de las funciones municipales. Finalmente, para que nadie pudiera alegar error o ignorancia se ordenó que todos los años se pusiera en los lugares públicos la lista de los contribuyentes y el importe de su contribución. Se prohibió expresamente a los encomenderos o propietarios de los feudos, so pena de confiscación, el aumento del importe del tributo. Tanto el cacique como el alcalde, en caso de desleal-

tad, por parte del encomendero, tenían la obligación de denunciarle ante la Audiencia.

Si el establecimiento de las *encomiendas* trajo consigo graves inconvenientes, sirvió para conservar la población indígena y para acelerar su civilización. La imposición de este sistema hizo que los pueblos y las ciudades de la América española se poblasen de indios, mientras que éstos en Norte América han huído de ellas con espanto para retirarse a regiones que pocas veces visita el europeo.

Lo poco numeroso de la población, la ignorancia de los habitantes, la dulzura de su carácter, la suavidad de sus costumbres y la autoridad del clero, facilitaban considerablemente el establecimiento de cualquier forma de gobierno; pero en cambio las distancias y la dificultad de las comunicaciones constituían serios obstáculos para afirmarla; cualquier sublevación podía producir una escisión.

El partido que se adoptó fue sabio y prudente y demostró en los consejeros de Carlos V una previsión tanto mayor cuanto Europa, casi en estado bárbaro en aquella época, no les ofrecía ninguna constitución que sirviera de modelo: más tarde los holandeses, los franceses y los ingleses aprovecharon los defectos debidos a la ignorancia de aquéllos para evitarlos. Las costumbres de ambos pueblos eran monárquicas, pero la libertad de guerrear y la independencia de la vida salvaje dieron tanto al vencedor como al vencido un deseo de sacudir el yugo difícil de dominar. Tanto los unos como los otros reconocían a la metrópoli y se daban cuenta de que necesitaban su apoyo; los primeros para disfrutar en paz de sus conquistas; los otros, para mejorar su condición; ambos querían un gobierno mixto. En su vista

se conservó la influencia del vencedor mediante el Virreinato, la protección de los vencidos por el régimen municipal, y a todos se les prestó un apoyo contra la opresión europea a través de la institución de las Audiencias.

El Continente se dividió en Virreinos, en Capitánías Generales, subdivididas en Intendencias, en Provincias, Corregimientos, Alcaldías Mayores, Encomiendas y Misiones.

El Gobierno creado en América corrió la suerte de todas las instituciones humanas. Los abusos le desfiguraron, el régimen municipal se convirtió en una oligarquía tiránica, porque los talentos no abundaban: los auditores, cuya misión era defender al oprimido, se convirtieron a su vez en opresores. Los Virreyes fueron engañados o fingieron serlo, distraídos de sus deberes por el más grato de velar por su fortuna; finalmente el Consejo de Indias creado en 1511, mal informado, dictó en ocasiones fallos muy aventurados.

A pesar de tantas fallas el coloso español se erguía fuerte e inquebrantable: se arrasaban las costas de su imperio, se incendiaban sus puertos, se asediaban sus fortalezas, pero no se abría brecha en su territorio. Si Anson volvía victorioso del mar del Sur, otro Almirante inglés, Vernon, rechazado delante de Cartagena se volvía con sus hombres a sus barcos para ocultar su vergüenza.

España defendía con gran cuidado sus inmensas fronteras, y, a pesar de sus desastres y de su decadencia, dejaba en América la mayor parte de los tesoros que sacó de su seno, con objeto de que esos países pudiesen disfrutar en paz de una tranquilidad que la metrópoli desconocía, a la que cada veinte años Inglaterra le de-

claraba una guerra marítima para despojarla de los escasos tesoros que recibía de sus colonias.

Es un hecho insólito en la historia el que, con la protección de un pueblo poco numeroso, sin industria, mal armado, defendido por una marina mal organizada, todo un mundo haya disfrutado sin interrupción de tres siglos de paz. Al cabo de cien años todos los caminos eran ya seguros; las tribus antropófagas habían huído lejos de la civilización o habían recibido sus beneficios; las costumbres, sin ser del todo puras, eran por lo menos decentes. La religión, rodeada del respeto de todos los pueblos, estrechaba los lazos de la sociedad por medio de los sacramentos que les hacían indisolubles. Unos cuantos soldados constituían en las ciudades la guardia de los Virreyes, pero en las ciudades del interior no se veía ni un solo esbirro: las armas sólo se empleaban para matar las alimañas. Las distintas provincias comunicaban entre sí libremente; sólo se prohibían las relaciones entre Nueva Granada y Caracas: previendo ya la ambición peligrosa de los habitantes del Llano, el gobierno español trataba de alejar el momento de la crisis. Los impuestos eran más bien pocos y de escasa cuantía; la navegación fluvial, la caza, la pesca, la desecación y el desmonte de los terrenos no estaban entrabados por ninguna ley. No había más derecho que el de los particulares; con tal de que se respetasen sus propiedades y que no se plantasen ni olivos ni vides, se podía cortar árboles, cambiar el curso de los arroyos, matar los animales; en una palabra podía uno entregarse a todos los caprichos posibles, sin pagar ninguna gabela al gobierno y sin tener que pedir una autorización especial a los ricos propietarios.

¿Podrá la suavidad de esas leyes hacer olvidar los recuerdos espantosos de las atrocidades que mancharon de sangre la conquista de América? ¿Ha hecho olvidar la tranquilidad admirable que reina en las posesiones inglesas de la India los crímenes de los Clives y de los Hastings?

CAPÍTULO VII

La revuelta del Socorro. - Movimiento de 1794. - Virreyes españoles. - Insurrección de Caracas en 1810. - Insurrección de Nueva Granada. - El Virrey Amar. - Miranda. - Bolívar. Monteverde. - Conquista de Caracas. - Bolívar pasa a Curaçao. - Sale de allí. - Vuelve a Caracas por Cartagena. - Es derrotado. - Escala la cordillera. - Se apodera de Santafé. Ataca a Castillo en Cartagena. - Es derrotado. - Pasa a Jamaica. - Ambición general. - Morillo somete el país.

Los españoles conquistaron sin mayores dificultades las tribus diseminadas de los indios; la reunión de éstos en un cuerpo de naciones, obra del Consejo de Indias, habría de conducir a su emancipación.

En 1780 Tupac Amaru incitó a la venganza a un gran número de indios del Perú. Este movimiento, dirigido contra los blancos, no tenía ningún parecido con los movimientos revolucionarios que estallaron después en otros puntos de América: era simplemente una guerra de color. Si Tupac Amaru hubiese vencido, todos los que gobiernan hoy el Nuevo Mundo hubieran corrido la misma suerte que los españoles; todos hubieran sido sacrificados a los manes de los incas inmolados por sus antepasados.

La revuelta del Socorro tuvo un carácter muy diferente; fue un movimiento político dirigido por mestizos, el

primer eslabón de los grandes acontecimientos que tuvieron lugar en América, en 1810.

En 1781 el Socorro se levantó con motivo de la alca-bala. Por vez primera la población de América corrió a las armas; se marchó contra los rebeldes que estaban a las puertas de Bogotá. El Arzobispo, hombre tenido en grande estima, se adelantó hacia ellos y logró por la persuasión apaciguar el movimiento. El Socorro se pacificó. El Arzobispo fue nombrado Virrey en premio a tan gran servicio. España, inquieta, diezmó la población numerosa y levantisca de Socorro, enviando una gran parte de ella a que pereciera en los llanos malsanos de la costa.

España pensó que su imperio volvía a quedar como antes; pero los cimientos se habían conmovido. Cada sacudida que sufría la metrópoli repercutía hasta en el último pueblecillo de América.

En 1794 la fermentación se agudizó en Nueva Granada. Se conocía el estado de Francia, los principios que predominaban se habían infiltrado en América del Sur y hasta se había logrado imprimir en Santafé los *De-rechos del Hombre*. Este movimiento fue pronto reducido; los ejemplares de la obra fueron quemados, y los traductores, entre quienes estaba Nariño, muy jóvenes aún, fueron llevados a España con grillos en los pies.

Todas estas medidas no podían detener el peligro que amenazaba a la metrópoli; no hacían más que retrasarlo.

Se adoptó el sistema contrario. España renunció de momento a sus principios trasnochados; se dio acceso a los americanos a los cargos civiles y militares; se les autorizó para comerciar con los países de Europa, y se toleró la introducción de algunas obras francesas, antes

prohibidas por la Inquisición; el Virreinato de Nueva Granada tuvo dos periódicos literarios, en los que se trataban los temas más graves de economía política. La capital vio edificarse varias escuelas y un observatorio; finalmente se mandaron algunas expediciones botánicas para recorrer los Andes y obtener todos los informes necesarios para mejorar la condición del país.

Tampoco tuvo suerte España con sus innovaciones, y sus enemigos se aprovecharon de sus concesiones sin perdonarle sus pasados rigores. La hora de su caída se avecinaba, la venganza iba a realizar su obra.

La noticia de la prisión del Rey de España, en 1808, fue como un incendio que inflamó todos los cerebros. Agentes franceses vinieron en nombre del Rey José a exigir de Caracas el juramento de fidelidad. A sus órdenes y a sus propuestas se contestó con gritos de Viva Fernando VII y con la destitución de los funcionarios sospechosos de ser afrancesados. Ese primer acto fue la señal de la independencia, pues la loca expedición de Miranda, financiada por Inglaterra en 1806, no consiguió más que la toma de algunas plazas; y expulsado de sus efímeras conquistas, ese general tuvo en seguida que huir a Trinidad.

Por una elección incomprensible, España designó siempre para el mando de sus provincias a viejos ineptos y carentes de valor. Las tropas que las defendían, enervadas por una larga paz, seducidas por el dinero, por el afecto familiar, pues muchos de sus componentes eran americanos, estaban deseando traicionar la causa de España. Ya costó trabajo reducir a la obediencia a Quito cuando se insurreccionó en 1807, y fue la primera ciudad en sublevarse en 1810. Este movimiento no ejerció influencia alguna en el resto del país. Pero no

sucedió lo mismo con el de Caracas; estalló éste el 19 de abril de 1810, siendo seguido de un manifiesto. La finalidad que se perseguía, según decía, era ponerse a cubierto de las pretensiones de Europa, de las intrigas del Gabinete francés y de las miras que sobre este país pudiera tener la Junta Central; de mantener el carácter político; de sostener, en cuanto fuera posible, la dinastía legítima de España; de ayudar a Fernando VII en cuanto saliera de la cautividad en que se le tenía, y de conservar la gloria del nombre de España, ofreciendo un asilo a los refugiados de esa generosa nación. Fácil era descubrir las intenciones ocultas de los conspiradores en las expresiones ambiguas *pretensiones de Europa* y *carácter político* (1).

La revolución no tardó en estallar en Santafé: cuando se supo que toda España estaba bajo el yugo francés, ya no fue posible contener el movimiento; los habitantes tomaron las armas bajo pretexto de que las tropas de Bonaparte iban a entrar en Nueva Granada. El 23 de julio de 1810 se constituyó una Junta; ésta declaró que se reconocía a Fernando VII como Rey de Cundinamarca, antigua denominación que se volvió a dar al Virreinato; al mismo tiempo se enviaba un correo a Caracas comunicando las resoluciones que se acababan de adoptar, y pidiendo la adhesión. Caracas ya no ocultó sus proyectos y contestó que nunca reconocería a los reyes y que adoptaría la forma de gobierno que estableciesen sus representantes.

Los bogotanos, por su parte, sin conocer la contestación de los caraqueños, no se atuvieron tampoco a su primera decisión.

(1) *El Español*, periódico impreso en Londres, 1812.

El Virrey Amar, débil por temperamento, no supo adoptar las medidas que requerían las circunstancias. La querrela entre un español y un criollo, discusión que se tuvo buen cuidado de envenenar, soliviantó al pueblo; el Virrey fue llevado a la cárcel, y luégo, a los pocos días, por una de esas extrañas mudanzas de la opinión, fue repuesto en su gobierno. Finalmente el 15 de agosto fue definitivamente echado del palacio y enviado a Cartagena, con el pretexto de que había resuelto vender a América a Bonaparte, a razón de dos reales por hombre y de un real por mujer: éstas en su arrebató llegaron a zarandear a la Virreina.

La nueva de esta revolución se propagó en seguida por todas las provincias, y cada una de éstas, al declararse independiente, tuvo su congreso, sus representantes, sus ministros y sus presidentes. Y, novedad singular, se vieron ministros de veintiún años y presidentes de veinticuatro: la juventud emprendedora y decidida se adueñó de la cosa pública.

Lo que llama la atención y llena de admiración en la revolución de América es la excepcional lealtad de los Virreyes. Todos se fueron, ninguno aceptó el cetro que sinduda tal vez les ofrecieron: Al igual de Cortés, prefirieron desempeñar el papel de súbditos leales.

No es fácil comprender cómo unos soldados que se habían armado al grito de "viva Fernando VII", pudieron de buenas a primeras volverse contra él. Los hombres que en todas partes se pusieron a la cabeza del movimiento eran todos oficiales americanos admitidos al servicio del Rey y que, debido a sus talentos militares, gozaban de bastante popularidad en su país. Del mismo modo que los romanos debieron la caída de su imperio a los generales francos y godos a quienes habían conferi-

do el mando de sus legiones, igualmente los disturbios de Santo Domingo se debieron a los negros que España empleó en el sitio de Savannah.

Por otra parte, los principales personajes de Caracas y de Bogotá, con títulos todos ellos, descontentos por las distinciones que se habían concedido más a su fortuna que a sus méritos, creyeron ser ellos los llamados a pasar del rango de primeros ciudadanos de América al de *soberanos*, y, partidarios de la independencia más que de la libertad, excitaron a sus compatriotas contra la metrópoli.

Si la monarquía española en América no se ha convertido, como la de Carlomagno en su decadencia, en un gobierno feudal, ello se debe a que no había en América ninguno de esos castillos en los que la nobleza se encerraba para desafiar a los reyes. En América, si se exceptúan algunos puertos, todas las ciudades están abiertas.

Acostumbrado a considerar a los favoritos del monarca como si fuesen sus amos —si es que ya no lo eran de hecho—, el pueblo obedecía todos los impulsos que se le daban. En cuanto le metieron en filas y no bien se vio constreñido a la disciplina, se acostumbró a mirar a sus tenientes, a sus capitanes y a sus coroneles, creados por una docena de personas, como si su nombramiento fuese legítimo. Durante varios años no conoció otra clase de jefes; sus nombres fueron gratos a la multitud, porque hablaban el lenguaje del entusiasmo, porque alternativamente hablaban del prestigio de la autoridad y de la gloria americana, que ya empezaba a distinguirse de la española. No costó pues mucho trabajo persuadir al pueblo de que había que adoptar una bandera distinta de la de la metrópoli. Después del res-

tablecimiento de la paz en Europa, los españoles, contando sobre su fuerza, no se preocuparon de captarse la buena voluntad de algunos facciosos, considerándolo como cosa baladí, y, en vez de intimarles a rendirse, la emprendieron con ellos a tiros. Entonces les fue fácil a los cabecillas americanos convencer a sus soldados de que la Península estaba decidida a exterminarlos a todos, y éstos respondieron al ataque con la defensa. De esta suerte hubo de un lado rebeldes y de otro enemigos, y la causa de Fernando VII fue abandonada casi por completo.

Miranda volvió a Caracas en 1811; consiguió sin grandes dificultades que le dieran el mando de las tropas. No tuvo suerte en esta nueva expedición, y hubo de huir a La Guaira para embarcarse en *una corbeta inglesa* que le esperaba en el puerto. Como el Gobernador era uno de sus partidarios, Miranda se creyó seguro: se equivocaba; los oficiales de la guarnición resolvieron entregarle al general español, para así conseguir su perdón. Fue, pues, Miranda entregado al Jefe de las fuerzas españolas quien, con esta condición perdonó a toda la guarnición de La Guaira. Miranda, llevado de una cárcel a otra, acabó muriendo en la de Cádiz.

En 1533 la erupción del Cotopaxi, que coincidió con la llegada de los españoles, sobrecogió de espanto a los indios, y la conquista de Quito fue el fruto que esos extranjeros recogieron de esa convulsión de la naturaleza. Doscientos setenta y nueve años después, en 1812, otro terremoto espantoso pareció que debía darles la victoria. El pueblo vio en el cataclismo pavoroso que destruyó a Caracas el 26 de marzo de aquel año, la mano de Dios que castigaba de ese modo la rebelión. Por todas partes se clamaba por los antiguos amos, se abjura-

ban los errores, y Monteverde, sin esfuerzo, pudo reconquistar a Venezuela.

Por todo el país la gente se felicitaba de la reincorporación a la metrópoli, cuando, Monteverde, abandonando los principios de clemencia que le habían dado la victoria, encarceló a los hijos de las mejores familias, y extendiendo de este modo la desolación por todo el país, dio nuevos pretextos para la insurrección.

Los ingleses, que desde hacía mucho tiempo veían con envidia el poderío español y su preponderancia en América, que no llevaban con resignación, ocupaban por entonces a Curazao, que habían convertido en el foco del movimiento revolucionario del Continente, aun cuando no lo subvencionaran más que con parquedad y lo hubiesen abandonado casi por completo al acaso de los acontecimientos. Bolívar estaba en Curazao bajo su protección. Las torpezas de Monteverde sirvieron de estímulo a su ambición. Alentado por los ingleses y utilizando su gran fortuna, creyó que le sería posible conquistar las Provincias que Monteverde había exasperado con su tiranía, y que podría desempeñar en América del Sur el papel de Wáshington.

Se embarcó, pues, para Cartagena; cincuenta hombres le siguieron. Se dirigió a Mompós, Ocaña y Cúcuta, derrotó al general español Correa, que le salió al encuentro; y con su tropa, que a medida que penetraba en el país iba engrosando, se presentó delante de Valencia. Allí estaba Monteverde; se trabó un combate en el que la fortuna se decidió en favor de la audacia: Monteverde derrotado se retiró a Puerto Cabello, donde se hizo fuerte con el resto de sus tropas. Valencia abrió sus puertas al vencedor, que no se detuvo allí, entrando en

Caracas en el mes de agosto, para volver en seguida a Valencia.

Boves, que mandaba unos mil hombres de caballería, al saber la derrota de Monteverde, marcha contra Bolívar y le derrota a su vez. Caracas vuelve a ser española. Este revés no amilana a Bolívar, que no se retira en demanda de un asilo a los bosques del Orinoco, sino que escalando la cordillera llega a Tunja, se dirige a esta ciudad como fugitivo y allí le espera la victoria.

Nariño, más joven, que se había distinguido por sus principios demagógicos, estaba de regreso en el país. Su nombre bastó para colocarle a la cabeza del movimiento que había hábilmente dirigido. Todos los miembros del Congreso establecido en Santafé se retiraron, dejando en sus manos una dictadura que tanto deseaba.

En cada provincia se estableció un congreso, de modo que Nariño sólo estaba reconocido por el de Santafé. Este escenario no satisfacía a su ambición; en consecuencia envió un ejército al mando de Baraya para reducir a su autoridad las Provincias de Tunja y del Socorro, partidarias del federalismo. Pero había confiado sus fuerzas a traidores. Sus soldados y su jefe se pasaron al Congreso de Tunja, desacataron sus órdenes y marcharon contra él. En número superior a 5.000 hombres acamparon en las inmediaciones de Monserrate, montaña a cuyo pie se encuentra Santafé; Nariño no disponía más que de 2.000 soldados. Ofreció a sus enemigos capitular, pidiendo permiso para retirarse. Se le negó. La rabia y la desesperación se apoderaron del escaso número de partidarios del dictador de Santafé al conocer la respuesta de Baraya. Nariño aprovechó su excitación y les llevó contra los rebeldes, los derrotó por completo, y volvió victorioso a la capital.

Esta ciudad, capital desde hacía varios siglos de un vasto reino, se resistía a formar parte de la confederación que querían establecer las otras provincias, confederación que hubiera terminado con la supremacía que nunca había dejado de ejercer. En vano se alegaba su situación y sus riquezas y los servicios que había prestado a la causa de la independencia; las otras provincias se negaban a reconocerla como centro del Gobierno.

El Congreso de Tunja compartía el espanto que la victoria obtenida sobre Baraya había esparcido por todo el país. Nariño no supo aprovechar esta feliz circunstancia. El turbulento Congreso de Tunja, por el contrario, no dejó escapar esta ocasión que se le presentaba de desembarazarse del objeto de sus temores: Quito, sulevada un año antes de la revolución del Reino, había vuelto a caer en manos de los españoles; Pasto iba a correr la misma suerte. Se ofreció a Nariño el 9 de enero de 1813 el mando del ejército. Recordando que no se obtiene el imperio más que uniendo a su persona, un ejército, por los lazos de la victoria, Nariño aceptó, se puso en campaña, derrotó a las tropas españolas en dos encuentros y fue a su vez derrotado en un tercero.

Antes de salir para la guerra adoptó medidas prudentes. Puso a la cabeza del gobierno a su tío Álvarez, que compartía su aversión por el Congreso y la confederación.

Pronto se supo en Santafé la derrota del ejército de Nariño y la caída de éste en poder de sus enemigos. Los demagogos volvieron a agitarse. Álvarez supo contenerlos; pero una guerra mucho más terrible paralizó sus esfuerzos.

En 1814 Bolívar había escrito a Nariño y a Alvarez, al otorgarles la cruz de los Libertadores (1):

«Deseoso de dar una muestra de distinción a los militares que con sus esfuerzos y valor han contribuido a la liberación de Venezuela, triunfo capaz de dar lustre a los más grandes héroes de la tierra, he creado la orden de los Libertadores.

«Como Vuestras Excelencias son, sin duda de ningún género, los amigos más fieles de nuestra Patria, y como han contribuido más que nadie a liberarla del yugo español, mi agradecimiento y la justicia exigen que Vuestras Excelencias sean los primeros miembros de la Orden que he fundado. Al presentar a Vuestras Excelencias ante todas las provincias de la República y ante toda América como los libertadores de Venezuela, no hago más que rodear de un nuevo brillo a tan útil institución».

Fue a poco de haber escrito esa carta cuando Bolívar, derrotado por Boves en Venezuela, llegó a Tunja seguido de un escaso contingente de soldados de los Llanos. Bolívar ofreció al Congreso, inquieto con las medidas de Alvarez, marchar contra él. Su propuesta fue acogida con entusiasmo; algunos soldados se incorporaron a los que él trajo consigo. Alvarez, cuando supo la invasión de ese nuevo enemigo, envió tropas para combatirla. Estas fueron batidas. Bolívar, sin perder un momento, explotó su triunfo con actividad y se encontró en las calles de Santafé, cuando se creía que estaba con su ejército todavía en las montañas.

La toma de Santafé costó mucha sangre, pues los sol-

(1) En las nuevas Repúblicas de América existen también otras órdenes: la del Sol, del Perú; la del Mérito, de Chile, y la de Guadalupe, de Méjico.

dados de Alvarez adoraban a Nariño; pero al cabo de tres días la resistencia cesó, y Alvarez, no pudiendo ya resistir, entregó en manos del vencedor la dictadura que su sobrino había perdido con la libertad en las montañas de Pasto.

De esta forma se renovaron en el siglo XIX las luchas que en los primeros tiempos de la Conquista se hicieron unos a otros los Capitanes españoles. Esta primera incursión de los pueblos salvajes de los Llanos en las tierras de la cordillera desoló a sus pacíficos pobladores haciéndoles presagiar los males y los combates que algún día debían temer por ese lado.

Por lo demás, si se consulta la mitología indígena, veremos cómo los habitantes de los Andes han tenido en todo tiempo que temer las invasiones de los habitantes de los Llanos, ya que Bochica, el legislador o el conquistador de los muiscas, vino del Oriente.

En Caracas los conciudadanos de Bolívar le odiaban porque le envidiaban su fortuna, y el pueblo que acababa de someter no le quería porque siempre consideraba al caraqueño como si fuese un extranjero. Así fue como cuando en 1815 pidió a Santafé una suma considerable para atacar a Castillo, su enemigo personal que estaba atrincherado en Cartagena, en seguida se la dieron. La guerra civil se desarrolló bajo las murallas de esa ciudad, y la fortuna tornadiza abandonó a Bolívar; sus tropas se desbandaron. Bolívar, por su parte, tuvo la suerte de que le autorizaran a expatriarse, se embarcó para Jamaica pasando luego a Santo Domingo. Un holandés, Brion, le ofreció su fortuna. Bolívar se embarcó de nuevo para el Continente, tomó tierra en Margarita, pasó a la Guayana, hostigando en aquellos desiertos a los generales que Caracas mandaba para combatirle.

Todos estos combates con fortuna varia, lo mismo que las Asambleas legislativas que se habían creado en todas las provincias, desataron ambiciones de toda clase. Todos y cada uno querían obtener la dictadura, y todos se aprestaban a arrebatarla con las armas en la mano a sus rivales, en el momento en que Morillo, llegado de España con un ejército bien disciplinado, se presentó delante de Cartagena: esta plaza se defendió con valor; pero la táctica europea pudo más; los colombianos fueron vencidos y las puertas de Cartagena se abrieron al vencedor, ante la negativa de los ingleses a ocuparla. Las proposiciones que los patriotas les hicieron de entregarles las llaves de esta importante plaza no fueron entonces incentivo suficiente para tentar su desinterés.

El respeto de que todavía entonces gozaba España favoreció la marcha del General español, y la inflexibilidad de su carácter hizo doblegarse todo ante ella. Ya no había más que un partido: el de la metrópoli. Morillo marchó sobre la capital, y ésta, sin defensa, acogió con transportes de alegría al vencedor.

Pronto los días de alegría trocaronse en días de duelo. España pensó sin duda que Francia en 1793 no había conseguido sus éxitos prodigiosos sino por el terror; y este ejemplo tan funesto se puso en práctica en América. Para sobrecoger de espanto a los insurrectos se pusieron en práctica los medios más bárbaros.

Los europeos, con su orgullo, habían persuadido a los soldados venidos de España de que los americanos eran gente sin valor y sin energía; y les trataban con el mismo desprecio que Quesada, Pizarro y Cortés sintieron por los indígenas.

Pero los tiempos habían cambiado; a las tribus mal armadas que la sola vista de los españoles espantaba, se

había sustituido una raza pacífica pero valiente, que sabía que valía tanto como los hombres del otro hemisferio. Cuantos más americanos fusilaba Morillo, más aumentaba el descontento. Los americanos se habían imaginado que España volvería al sistema suave y paternal que había practicado durante tres siglos, y no encontraron en los españoles más que verdugos; habían esperado que los españoles considerarían como hermanos a aquellos hombres recomendables por su ciencia, y en seguida les demostraron que el saber constituía precisamente un título de proscricción y de muerte. Los generales españoles, después de haber satisfecho su furor y su orgullo exterminando a aquellos hombres del Nuevo Mundo que habían osado parangonarse con ellos, se creyeron para siempre seguros de la obediencia del resto de los habitantes, y, tomando el silencio nacido del terror por una sumisión total, se creyeron seguros.

CAPÍTULO VIII

El Virrey Sámano. - Soldados españoles. - Soldados americanos. - Bolívar entra en Santafé, pasa a Quito y luego a Guayaquil. - Características de los principales generales.

Después de haber reconquistado la Nueva Granada, Morillo se ocupó en pacificar a Venezuela. Pareciéndole que todo estaba tranquilo en la capital, en 1817 dejó en calidad de Virrey a Sámano. Este anciano, partidario del sistema de barbarie y de proscripción que antaño hiciera tan odioso el nombre del Duque de Alba, y que por otra parte era por su edad antagonista irreconciliable de todo lo que no estaba de acuerdo con sus ideas, aumentó el número de víctimas y el de los enemigos de su patria. Todos los americanos, ante el temor de verse incluidos en las listas de proscritos, huyeron a los Llanos. Los sufrimientos y las privaciones que los poco curtidos habitantes de las montañas padecieron en esas regiones ardientes —algunos de ellos tuvieron que alimentarse de carne humana— lejos de llevar el desaliento a sus almas, les animaban con la idea de la venganza. Santander supo aprovechar su ardimiento; poniéndose a su cabeza, les organizó en unidades regulares, que fueron después de la mayor utilidad a la causa de la independencia,

Poco tardó Morillo en llegar a Caracas, donde encontró algunos soldados venidos de Europa. Conocedor de las desventajas que estos soldados ofrecían para la lucha en los Llanos contra los salvajes que los pueblan, no se arriesgó a aventurarse en los bosques del Orinoco, donde hubiese tropezado con Bolívar y tal vez sufrido una derrota.

En efecto, si los americanos del siglo XIX eran muy superiores en valor y en estrategia a los del siglo XV, no sucedía lo mismo con los españoles. El calor, la sed, las dificultades que ofrecían los caminos, que no detuvieron a sus abuelos, les eran ahora insoportables. No tenían ya aquella energía, aquel ardor impetuoso y aquel valor indomable que sus antepasados heredaron con la sangre de los árabes; no podían soportar el ardor del sol; los pies ensangrentados y aprisionados en zapatos estrechos les obligaban con frecuencia a quedarse en las poblaciones. Sus armas eran demasiado pesadas para sus fuerzas; necesitaban vestuario y víveres; si un nuevo Cortés hubiera quemado las naves, éstos hubieran perecido de hambre.

Los americanos, por el contrario, andaban descalzos, se conformaban con unos cuantos plátanos y no necesitaban reanimarse con aguardiente, que si lo llevaban era para los soldados ingleses que habían tomado parte a su favor en esta contienda. Ni los caballos ni las armas de fuego les espantaban ahora; montaban a caballo y se servían de los fusiles con destreza poco común. Acostumbrados a dar caza en aquellos bosques a las fieras o a sus rebaños casi salvajes, aprendieron con esos ejercicios a evitar los peligros o a despreciarlos. En muchas ocasiones sólo se servían de aquellas mismas armas que

utilizaban para sus cacerías de animales salvajes, la lanza o el lazo.

Ahora no eran ya ni los antiguos españoles ni los antiguos americanos los que se encontraban frente a frente: todo había cambiado; la fuerza había pasado, por ley de herencia, a los habitantes del Nuevo Mundo.

Tal vez hubiera debido España reclutar sus soldados entre los habitantes de las islas o de la costa de Africa en lugar de exponer a sus hijos a los ardores de un clima demasiado cálido para el organismo de los europeos. En efecto, los españoles sólo luchaban de verdad cuando combatían en el clima más templado de la cordillera; en cuanto descendían al llano, hasta los más valientes hufan vergonzosamente.

Los generales españoles, alarmados por el número crecido de las bajas, aprovecharon la enfermiza emulación de los americanos y los recibieron como defensores de la causa de Europa; pero ¡qué mal conocían el arte de atraerse a esos hombres ambiciosos, que no veían sin despecho que con la llegada de los europeos sus derechos se esfumaban, pues si se les admitía en el ejército era siempre como subordinados, nunca como iguales! No se daba importancia alguna a su abnegación; ésta pocas veces se encomiaba, y con menos frecuencia aún, se premiaba. Por el contrario, se les vejaba exigiéndoles sin cesar nuevos y mayores sacrificios, y las pruebas de éstos se recibían con desdén. No supieron borrar esas diferencias entre americanos y europeos, entre blancos y negros, y más bien parecía como si quisieran ahondarlas; muchos oficiales españoles, tan groseros como ignorantes, se divertían en poner de manifiesto mediante los más viles insultos, el desprecio que

sentían por aquellos que a fuerza de servicios habían obtenido el grado de subtenientes.

Los soldados de Bolívar, enrolados bajo el estandarte de un jefe de su país, se batían con denuedo; y hasta sus compañeros de armas, refrenando ese odio que nace de la envidia contra un igual que se distingue y se eleva, le eran adictos. Su ignorancia comprendía mal esos conceptos de independencia y de libertad, pero eran sensibles a las distinciones, y Bolívar sabía crearlas y distribuirlas. En las filas españolas reinaba la abundancia; en las americanas se carecía de todo, y sin embargo, en éstas las deserciones eran poco frecuentes. No se daban éstos cuenta de la penuria, porque estaban acostumbrados a padecerla en sus casas. Al principio les costó trabajo combatir frente a frente a los españoles; pero luego aprendieron a vencerles. Conocían perfectamente todos los caminos, en todas partes encontraban hermanos que en caso de peligro les ocultaban. Sus caballos, acostumbrados a sus caprichos, eran más dóciles, y lo mismo que sus jinetes, soportaban las privaciones sin detrimento de sus energías. Sus armas eran rudimentarias, pero la destreza con que las manejaban las hacían temibles. Sus jefes estaban animados de la misma bullente actividad que sus hombres; además, sus costumbres, sus diversiones y sus hábitos les eran familiares, y lejos de contrariarlos con una molesta disciplina, actuaban como camaradas compartiendo con ellos sus pasatiempos.

Ese fue el gran arte de Bolívar: sus partidarios, en su entusiasmo, le han comparado con César, cuando en realidad presenta muchas mayores analogías con Sertorio. Como éste, tuvo que dominar pueblos salvajes, tuvo que luchar contra una nación poderosa y llena de

experiencia. Hasta los lugares eran parecidos: caminos difíciles, montañas elevadas, todo recordaba a la España de la época de Sertorio. Como éste, Bolívar desconcertaba a sus enemigos por la rapidez de sus marchas, lo imprevisto de sus ataques, la celeridad de sus retiradas, que hacían que sus reveses fueran fácilmente subsanados poco después. Desplegaba en las montañas la misma actividad que en los llanos, y sabía dar el ejemplo de la sobriedad y de la templanza. Así fue como multiplicó su pequeño ejército.

Si su táctica era diferente de la de los españoles, todavía lo fue más su conducta. Sabía perdonar a los vencidos y a los tráfugas, y de ese modo aumentaba el número de sus partidarios. Ni los curas le negaban sus sufragios porque respetaba su ministerio, que los españoles, después de sus guerras contra los franceses, en muchas ocasiones despreciaban. Finalmente, excitaba el orgullo de los americanos hablándoles constantemente de su valor y de sus talentos, y de esta suerte hacía más odioso todavía el desprecio con que los españoles les abrumaban.

No quiso, pues, Morillo ir al encuentro, en las márgenes del Orinoco, de ese hábil Capitán, dotado de los talentos de Guillermo de Nassau, a quien los Países Bajos debieron su emancipación de Felipe II. Dirigió sus armas contra la isla de la Margarita, que tenía una población de quince mil hombres de color y que estaba al mando de Arismendi, uno de los capitanes más valientes.

Este baluarte de la independencia americana fue fatal para Morillo. Sus fuerzas fueron completamente derrotadas: obligado a volverse a Caracas, renegó de verse detenido allí por falta de tropas, pues sus soldados

habían muerto casi todos en aquellos combates o en los hospitales.

El Brigadier Canterac le trajo tres mil hombres de España; pero Morillo no se movió. En 1818, encontrándose en Calabozo, Bolívar, que desde hacía varios meses erraba por los Llanos de Casanare, le sorprendió durante la noche y le persiguió hasta las mismas puertas de Valencia. Los españoles se rehicieron en aquella posición, atacaron a su vez a Bolívar, le derrotaron y le obligaron a volverse a la Provincia de Casanare.

Allí encontró éste nuevos soldados, pues los bravíos pobladores de esas comarcas estaban deseando guerrear. Esos pastores, cuyos ganados casi salvajes no necesitaban, por decirlo así, de guardianes, estaban siempre dispuestos a entrar en campaña si se les prometía el pillaje.

En 1819 Bolívar les ofreció el saqueo de Santafé, y al instante pasaron los páramos glaciales de la cordillera. Cerca de Sogamoso se encontraron con la vanguardia del ejército del Virrey que se puso en marcha al enterarse del proyecto de Bolívar. Un descalabro no detuvo a éste. A favor de la noche logró burlar a Barreiro, general que mandaba las tropas españolas, y, dejándole atrás, marchó a grandes jornadas sobre Santafé. Barreiro temió que entrase y que, favorecido por el gran número de partidarios que allí tenía, se apoderase de la capital. Le siguió, pues; le alcanzó en Boyacá, lugar próximo a Tunja; le libró batalla y fue derrotado por Bolívar, que le cogió prisionero juntamente con treinta y ocho oficiales. Todos fueron pasados por las armas; este, fue el primer acto de represalias realizado por los americanos contra los españoles, pero no el único.

Sámano, cobarde, huyó, y la capital de la cordillera volvió a caer en manos de las gentes de los Llanos. Bolívar cumplió la palabra dada: los comercios, el dinero y las joyas de los que habían combatido por los españoles sirvieron para pagar los gastos de esta expedición.

Fue entonces cuando Bolívar, para mejor asegurar el triunfo de las nuevas ideas, para las cuales la masa de sus partidarios no estaba todavía preparada, sustituyó con largueza las órdenes de Carlos III y de Fernando por las de los Libertadores y de Boyacá. España, antaño, recompensó a los *pacificadores* distribuyéndoles *encomiendas*. Bolívar no fue menos generoso para con los *libertadores*; el Vicepresidente Santander tuvo, más que otro alguno, parte en estas mercedes. Por Decreto de 12 de septiembre de 1819, se le otorgó la casa que era propiedad del vecino de Bogotá Vicente Córdova, y la hacienda que, en la jurisdicción de Zipaquirá, poseía un tal Pedro Bufanda y que producía pingües rentas.

Bolívar no era ya un partidario desconocido. El haber escapado a Morillo y, habiendo sido vencido, apoderarse de la capital del Imperio expulsando de ella al Representante del Rey, el derrotar con unos cuantos salvajes a ocho mil hombres de tropas regulares, había elevado en la opinión pública al vencedor de Boyacá a una altura fantástica.

Se le dejó, pues, que siguiese cubriéndose de gloria, aunque andando el tiempo ésta se debió menos a sus éxitos guerreros que a los de su política, lo que hizo que el año 1821 terminase más tranquilamente.

Dueño de Santafé, Bolívar en seguida volvió a descender a los llanos de Caracas. En varias ocasiones sus soldados tuvieron que combatir contra los de Morillo, mostrándose la fortuna tornadiza en esos encuentros.

Más suerte tuvo el jefe de los independientes en una entrevista con el general español. En ella se concertó una tregua de seis meses; el americano la violó apoderándose de Maracaibo. Las hostilidades empezaron de nuevo. Morillo había regresado a España. Latorre había sustituido a Morillo en el mando del Ejército. En Carabobo fue atacado por Bolívar, y menos afortunado que Morillo, fue derrotado, teniendo que refugiarse en Puerto Cabello.

De este modo, en 1821, España, despreciando el consejo que le diera uno de sus Virreyes de interesar a Inglaterra para que le ayudara a sostener la guerra con sus colonias de América repartiéndolas con ella, perdía sus ejércitos y sus tesoros en la reconquista de aquellos países, que había sojuzgado siglos antes, sin tesoros y sin ejércitos. Todo cedía ante la voluntad del dictador Bolívar; un Congreso reunido en Cúcuta estableció las bases de un nuevo gobierno. Se olvidaron los principios de una federación entre las diversas provincias, y los apetitos y las ambiciones guardaron silencio.

Sin embargo, la guerra volvió a encenderse en el Sur. En un principio sólo tuvo el carácter de rebelión, que se trocó en guerra civil con todos sus horrores. Muchas personas que habían luchado contra los españoles empezaban a añorar su dominación, y preferían obedecer a unos amos antes que a unos iguales cuyo orgullo les era intolerable. Muchos partidarios de la federación, que soñaban con recibir prebendas de ese régimen, veían con profundo sentimiento que habían trabajado por la destrucción de la monarquía española sin recoger los frutos que esperaban cosechar con la revolución.

Hasta los mismos vencedores, después de haber reunido bajo un mismo amo las provincias del llano y las

de las montañas, se burlaban de los fundadores de la primera República, designándola con el nombre de *Patria Boba*; y en esta denominación englobaban a todos los amigos de Naríño.

Todos corrieron, pues, a las armas; y en 1822, Pasto, insurreccionada, mereció que hasta el propio Bolívar acudiera al frente de cinco mil hombres para sofocar el movimiento.

La cadena de montañas que atraviesa esa provincia ofrece medios fáciles para hacerse fuerte en ellas; rocas escarpadas, pantanos profundos, bosques impenetrables sugieren a los habitantes resoluciones siempre funestas para los que de fuera vienen a atacarles. Bolívar lo intentó, pero encontró en el valor de los habitantes y en las dificultades del terreno obstáculos imprevistos; a punto de ser hecho prisionero, pudo escapar jurando que respetaría su libertad, dejándoles decidir por sí y ante sí en lo relativo a su acatamiento a España. Con esta condición, garantizado por los juramentos más solemnes, pudo retirarse.

Poco tiempo después, a la cabeza de un nuevo ejército, entró de nuevo en la provincia, la sometió y voló en socorro de Sucre, su lugarteniente, que no se decidía a atacar a Quito con las escasas fuerzas de que disponía.

Aymerich, anciano codicioso, que mandaba las fuerzas españolas, marchó contra Bolívar, pero careciendo del ardor de la juventud, no supo sacar partido de la situación, en la que por lo demás reinaba el mayor desorden. Sus tropas, integradas en su mayor parte por americanos, no podían tener el menor respeto por Aymerich, hombre falto de capacidad; sus órdenes eran mal interpretadas, de modo que en su ejército reinaba la

anarquía. En ninguna de las fuerzas combatientes había disciplina; pero en la de los americanos la estima que se tenía por Bolívar hacía sus veces, dando lugar a una obediencia respetuosa hacia su persona.

Así es que los españoles, o mejor dicho los americanos españoles, fueron derrotados por los americanos independientes en ese encuentro que se llamó del Pichincha, porque se riñó a la vista de aquel terrible volcán.

En poco tiempo quedó toda la provincia sometida, y el resto de las tropas españolas sólo salvó la vida a cambio de solicitar la gracia de expatriarse o de traicionar sus banderas. Se les concedió una y otra: sólo un corto número prefirió la desgracia a la deshonra; la mayor parte se pasó al vencedor, y hasta más de cuatrocientos españoles le prestaron juramento de fidelidad.

Guayaquil, enriquecida por su comercio entre Panamá y el Perú, se declaró ciudad libre en 1819. Pero no contando más que con una población de veinte mil almas, comprendía su impotencia para defender su independencia. Bajo el dominio español, unas veces había formado parte del Perú y otras de Nueva Granada, y ahora experimentaba la misma indecisión, no sabiendo entregarse. Bolívar la sacó de dudas, y marchando sobre ella la incorporó a la República que acababa de fundar.

Los generales americanos que más se han distinguido en estas guerras son: Bolívar, Santander, Sucre, Urdaneta, Bermúdez, Páez, Montilla y Padilla.

Bolívar tiene cuarenta y dos años. Ya hemos dicho cuál fuera su táctica guerrera y política. Por lo general, se proclama su desprendimiento; sus sueldos se destinan en su mayor parte al pago de las pensiones que asigna a las viudas o a los hijos de los militares muertos en los combates.

Aunque su educación hubiera estado asaz descuidada, la permanencia bastante larga en Europa despertó en él una gran afición por el estudio de las lenguas y de la historia. Sus progresos fueron rápidos. Ya le hemos comparado con Sertorio, y en efecto sus métodos de hacer la guerra, sus largas marchas para alcanzar al enemigo, la rapidez con que recorre distancias inmensas para darle alcance, le presentan más bien como un guerrillero atrevido que como un general hábil en la disposición de las masas de hombres.

No se le suelen reconocer ideas administrativas muy profundas. Hasta ahora se ha limitado a crear un gobierno mal copiado del de los Estados Unidos. Me explicaré: si las formas del Gobierno colombiano tienen cierta analogía con las de la República de los Estados Unidos, su principio constitucional dista mucho de ser el mismo. En Colombia el poder está centralizado en las manos del Presidente; en estas condiciones, ¿cómo podrían los quince Senadores y los cuarenta y cinco Diputados que integran el Congreso, contrabalancear por sí solos la autoridad de un jefe emprendedor, victorioso, idolatrado por quince mil soldados y dueño del tesoro del Estado? En Norte América la administración de las provincias no está tampoco confiada a intendentes militares, satélites de su general: allí cada provincia tiene sus estados, sus leyes y sus privilegios; la federación se mantiene en un equilibrio perfecto, que la Presidencia no puede romper, a menos que una facción no llevase a ella a un Sila. La democracia, cuando existe sólo en las altas clases sociales, con su sede en una ciudad privilegiada donde impera gracias a un jefe militar, no es más que el primer paso hacia la tiranía; necesariamente ha de dar origen a una oligarquía parecida a la que gobernó a

Polonia, sobre todo si el país tiene una gran extensión territorial y está además poco poblado, porque los medios de resistencia están demasiado diseminados. ¿Dónde nos muestra la historia modernos verdaderos estados democráticos? En las repúblicas federales de Suiza, de Holanda y de Estados Unidos, y para eso en esta última todavía hay más de un millón de hombres reducidos a la condición de ilotas. Sólo el sistema federal puede preservar del despotismo a las grandes repúblicas. Y este principio es tan cierto, que en Colombia, Nariño, dictador, hizo la guerra a los federales sostenidos por Bolívar, que entonces era un simple general, y que éste a su vez les combatió en cuanto obtuvo la dictadura al eliminar al partido de Nariño.

El ejército de Bolívar está principalmente constituido por esos pastores que de los Llanos subieron con él hasta Santafé. Es en ellos en los que tiene más confianza; y como casi todos pertenecen a la casta de los negros, tiene para con ésta las mayores atenciones, y con frecuencia le prodiga recompensas: política ésta prudente y hasta necesaria, pues hasta ahora, los negros, satisfechos de servir en el ejército, mandado por sus antiguos amos, como soldados rasos, empiezan a desear bienes y grados que durante mucho tiempo han sido negados a su valor, que se consideraba suficientemente recompensado con la libertad.

Hasta ahora una feliz casualidad ha mantenido a Bolívar invulnerable, y de ello se prevalen sus enemigos para decir que no es valiente. ¿Cómo se puede no ser valiente cuando se aspira a gobernar a los hombres y se logra esa aspiración?

No carece de elocuencia; sus arengas son inflamadas, pero suelen ser difusas. Bien es verdad que en español cuesta mucho trabajo ser conciso.

Siendo joven se casó en España: al poco tiempo perdió a su mujer; hasta hoy parece decidido a no casarse de nuevo. Todavía no le tienta el trono. Miranda decía que América no estaba llamada a ser una república, y Bolívar no cree que tenga condiciones para constituir una monarquía digna de figurar al lado de las de Europa.

El título de *Libertador* que se ha hecho otorgar, nuevo en las lenguas modernas, es sinónimo de los de dictador o protector. Hasta ahora no hay motivo para quejarse de su despotismo, y si no fuese porque empieza a desterrar a los descontentos y a confiscar sus bienes, no habría que reprocharle más que el haber usado algunas veces de represalias durante la guerra.

Santander entró muy joven en el ejército. Nariño le distinguió y le ascendió a Teniente. Luégo marchó contra él con Baraya.

Cuando los españoles eran dueños de Santafé, Santander se retiró a los llanos del Meta y levantó un ejército de tres mil hombres que llevó a Bolívar, ayuda que contribuyó no poco a la victoria de Boyacá. Su entereza, por todos reconocida, le valió la Vicepresidencia. En este nuevo puesto ha desplegado un talento y un mérito poco frecuentes.

Un odio reconcentrado separó por mucho tiempo a Nariño y a Santander; en 1823 estuvo a punto de estallar. Al principio se utilizaron como arma para esa lucha nada más que los panfletos; Nariño, más diestro que su adversario en el manejo de esta clase de esgrima, dejó muy maltrecho a Santander, que acabó por amenazarle

con una venganza pública, amenaza que realizó: la acusación se llevó a cabo en pleno Senado, donde los acusadores echaron en cara a Nariño su derrota en Pasto y pidieron que fuera expulsado del Senado por malversación y traición. El viejo general se defendió con tal vehemencia, que sus adversarios llegaron a temer que los muchos partidarios de Nariño acudiesen a las armas para defenderle. He aquí su discurso :

«¿Por qué me acusan mis enemigos? Cuando fui Vicepresidente de la República me necesitaban (1), y entonces guardaban silencio; ahora como Senador puedo ser un obstáculo para sus proyectos, y por eso hablan.

«Cuando hay quien se atreve a lanzar semejante acusación en la sesión inaugural de la primera legislatura, ¿qué se podrá conjeturar de la suerte que está reservada a nuestra República? ¿Qué porvenir nos está reservado si mis acusadores ganan la partida o si no reciben el castigo que merece su infamia? Senadores: ¿de qué servirán vuestros trabajos y las esperanzas que la Patria tiene puestas en vuestra sabiduría, si semejante desgracia ocurriera? Si las repúblicas de la antigüedad, si Roma y Atenas nos ofrecen análogos ejemplos de injusticia, es únicamente en la época de su decadencia y debido a la corrupción de las costumbres. En la Roma naciente, Bruto inmoló su hijo en aras de la libertad, en aras de la patria; en la Roma decadente, Claudio, Catilina y Marco Antonio sacrificaron a Cicerón a sus intereses. Atenas se elevó, coronada con las espigas de Ceres, al amparo de la equidad del Areópago, y pereció

(1) Nariño, escapado de las cárceles de Cádiz, donde estuvo detenido por espacio de cuatro años, desembarcó en Cartagena y fue elegido Diputado en 1821 por el Congreso de Cúcuta. Fue en esa época en la que Bolívar le escogió para Vicepresidente de la República.

con Milciades, con Sócrates y con Foción. ¿Qué suerte espera a nuestra República si empieza por donde las otras terminaron? Dice un historiador célebre que cuando Tiberio subió al trono, la vil adulación y la infamia constituyeron las cualidades imprescindibles de aquellos que querían agradar al príncipe. El hombre abandonó el sendero de la virtud en cuanto ésta se hizo peligrosa. Senadores, que a la vez sois legisladores, jueces y defensores de la libertad: si no obráis con la integridad de Sócrates, con el desinterés de Foción y con la severa justicia del Tribunal de Atenas, la libertad perece; en el momento en que un acusador audaz, en que un adulator cobarde triunfa, el reino de Tiberio empieza y el de la libertad termina».

Este discurso fue muy aplaudido. Los Senadores, asustados, proclamaron la inocencia de Nariño. Poco tiempo después, dando al olvido los poderosos motivos que habían tenido para odiarse, Nariño y Santander se unieron por lazos de estrecha amistad. Sólo el amor a la patria pudo operar esta reconciliación inesperada.

Sucre no tiene treinta años; lo mismo que Santander, ha conquistado todos sus grados por haber ganado una batalla a favor de Bolívar; la de Pichincha le valió el mando supremo en Quito.

Urdaneta, descendiente de una distinguida familia de Santafé, tiene el mérito del valor; desde hace algún tiempo, con su salud muy quebrantada, parece haber sido jubilado al conferírsele la Presidencia del Senado.

Bermúdez tiene cincuenta años; nació en Cumaná: desde un principio tomó parte en la revolución americana; tiene bastante preponderancia, aunque no se la pueda comparar con la que ejercen otros de sus compañeros de armas,

Un kan de Tartaria, un jeque árabe es quien infirió los golpes más fuertes a la monarquía española en América; el mulato Páez al frente de algunos miles de sus salvajes lanceros, derrotó con frecuencia los escuadrones disciplinados, y en particular a los húsares de Fernando VII. Este hombre, a quien hubiera sido fácil desempeñar en el Orinoco el papel de Artigas en el Plata, permanece fiel a Bolívar ganado por sus maneras afables y por su generosidad.

Páez ostenta un gran lujo y afecta una cierta cortesía. A pesar de esa vanidad natural en un salvaje; lleva la misma vida que sus soldados. Cuando está entre ellos, su mesa, sus juegos y sus distracciones son los suyos; nadie monta mejor que él a caballo ni maneja la lanza con mayor destreza, ni ataca al enemigo con mayor coraje. Por esta razón es todopoderoso con sus soldados, quienes, dóciles con un jefe que da el ejemplo del valor, obedecen sus órdenes con la sumisión del esclavo.

Su fortuna se ha aumentado con pingües gratificaciones; de ese modo se sustrajo a España un hombre que habiéndola servido durante mucho tiempo se constituyó después en el terror de sus tropas.

Montilla, Guardia de Corps del Rey de España, es el émulo del jefe de los Llanos. El Gobierno recela de la influencia de que goza, y a pesar de habersele destinado a Cartagena, todavía se le antoja al Gobierno que está demasiado cerca de Caracas, donde la nobleza querría oponer un jefe a Bolívar y estaría dispuesta a designar a Montilla. Este general tiene modales distinguidos, y, educado en Europa, se expresa con elegancia, facultad que suele faltar a otros colombianos,

Se le acusa de falso y se suelen tomar sus reticencias y sus aparentes contradicciones como pruebas de su doblez; no es más que una ambición que procura disimularse y que teme que la descubran.

Se sabe que tiene odios profundos que con dificultad se olvidan. No hay duda de que siempre se acordará de que Bolívar, en un arrebató de cólera, en 1811, juró fusilarlo si lo cogía; Bolívar, por su parte, personificando en Montilla al partido patriota, recordará que este general ofreció exponerle al público durante veinticuatro horas metido en una jaula de hierro.

El mulato Padilla no es el general cuyos servicios hayan sido menos útiles a la causa de los americanos independientes. Piloto en Cartagena, la revolución le puso al frente de una flotilla, con que contribuyó más que nadie a la toma de esa ciudad; también se le debe la de Maracaibo. Aunque sacrificado al partido que Montilla defiende, luégo fue repuesto en sus grados, lo que produjo entre la gente de color el mejor efecto, porque no ignoraba que el antagonismo entre los dos generales no era, en suma, más que una cuestión de pigmento.

Hoy, todos esos hombres, sometidos a Bolívar, parecen más sus tenientes que sus generales. Sin embargo, después de su muerte, o aun sólo después de una derrota, talvez pudieran ponerse a la cabeza de los partidarios que casi todos ellos han sabido crearse. Este es el rasgo que daría mayor parecido a Bolívar con Alejandro, Páez, con sus negros, ocuparía los Llanos; Montilla, Caracas; Padilla, las costas, y Sucre, Quito. De modo que todo queda supeditado a la vida de Bolívar.

CAPÍTULO IX

Nuevo gobierno - Constitución de Cúcuta - División del territorio en Departamentos - Renovación de los Cabildos - Leyes civiles - La justicia - El Congreso - El Poder Ejecutivo.

En el momento en que los españoles salieron del territorio americano, Bolívar abdicó la dictadura; tal vez al despojarse de ella estuviera más seguro de poderla ejercer. En seguida se ocupó en dar la misma forma de gobierno a las provincias de Venezuela y de Nueva Granada, en consolidar su unión y en reunir las en una sola república con el nombre de Colombia.

El Congreso reunido en San Tomé (Guayana) adoptó el 17 de diciembre de 1819 una Constitución calcada sobre la de los Estados Unidos, pero sólo para Venezuela.

En 1735, los corsos, que habían proclamado a la Virgen soberana de su isla, la dieron por tenientes a Paoli y a Giafferi. Al diputado colombiano Baños se le ocurrió la misma idea, al proponer que Colombia aceptase aquella Constitución; su proposición no agradó, y el 18 de julio de 1821 el Congreso reunido en Cúcuta trabajó con actividad prodigiosa para dar una nueva organización a las regiones emancipadas de la autoridad española.

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ÁNCEL ARANGO

Primero se decretó la unión de las dos Provincias de Venezuela y de Nueva Granada. Esta conservaba su antigua supremacía, ya que el Gobierno debía residir en Santafé, aunque después se resolviera trasladarlo a Cúcuta dándole el nombre de Bolívar.

Venezuela, como patria del Jefe de la República, tenía todos los puestos.

La Constitución de Colombia se promulgó el 30 de agosto de 1821 en Cúcuta.

Consta de diez capítulos y de ciento noventa y un artículos (1).

El Gobierno de Colombia es popular y representativo.

En cada parroquia hay una Asamblea que se reúne cada cuatro años, el último domingo del mes de julio.

Pueden votar los mayores de veintiún años que sepan leer y escribir y posean cien piastras.

Los miembros de estas Asambleas designan los electores de los cantones, que deben tener más de veinticinco años, poseer en bienes raíces más de quinientas piastras o trescientas de renta.

Estos se constituyen en Asamblea provincial que se reúne cada cuatro años el día primero de octubre para elegir el Presidente y Vicepresidente de la República el Senador del Departamento y el Representante o Representantes de la Provincia.

Los elegidos ejercen sus funciones durante cuatro años.

El Poder Legislativo está confiado a un Congreso compuesto de dos Cámaras: la del Senado y la de Representantes.

(1) Cuerpo de leyes de la República de Colombia.

Para ser Senador se exige tener treinta años, ser criollo por nacimiento, poseer propiedades inmuebles por valor de cuatro mil piastras o una renta anual de quinientas piastras, ejercer una profesión liberal, y en caso de ser extranjero, llevar doce años establecido en el país y poseer bienes inmuebles por valor de diez y seis mil piastras.

Se eligen cuatro Senadores por Departamento: dos por ocho años y dos por cuatro. Estas diferencias se dirimen a la suerte con objeto, dice la ley, de que el Senado se renueve cada cuatro años.

El Senado conoce privativamente de las causas contra los funcionarios públicos.

La Cámara de Representantes se compone de los Diputados elegidos a razón de uno por cada 30.000 habitantes; hay algunas provincias en las que ese número no es necesario. Cuando los Representantes lleguen a ciento, se elegirá, si el aumento de la población lo consiente, un Diputado por cada 40.000 habitantes y aun por cada 50.000, hasta que la Cámara esté integrada por ciento cincuenta Diputados.

Para ser Diputado se necesita tener veinticinco años y propiedades por valor de dos mil piastras o quinientas piastras de renta, o ser profesor. Hay que haber residido dos años antes de la elección, u ocho en caso de no haber nacido en Colombia, y en ésta, además, tener bienes raíces por valor de diez mil piastras.

La Cámara de Representantes tiene la facultad exclusiva de acusar ante el Senado al Presidente, al Vicepresidente de la República y a los Ministros de la Alta Corte de Justicia.

Para ambas Cámaras dispone la Constitución que las sesiones sean públicas; que los principales funcionarios públicos queden excluidos de las funciones legislativas; que sus miembros gocen de inmunidad mientras duran sus funciones, y que devenguen un sueldo (1).

Las principales atribuciones del Cuerpo Legislativo son: fijar los gastos, decretar los impuestos, votar los empréstitos, fijar el valor de la moneda, votar la supresión o la creación de los cargos públicos, fijar los sueldos, votar el reclutamiento, la organización del Ejército, la guerra y la paz, los límites del territorio, y finalmente, crear las Cortes de Justicia y conceder la dictadura al Poder Ejecutivo.

El Poder Ejecutivo está constituido por un Presidente y un Vicepresidente, elegidos por cuatro años, que no pueden ser reelegidos y que, en caso de muerte, son sustituidos por el Presidente del Senado. El Presidente tiene un sueldo de treinta mil piastras por año, y el Vicepresidente, de diez y seis mil.

El Presidente reúne el Congreso y tiene el mando de los Ejércitos; puede vetar las leyes una sola vez; a la segunda vez, si el Cuerpo Legislativo ha adoptado la ley por una mayoría de los dos tercios, el Presidente tiene que dar su conformidad; puede, de acuerdo con los Jueces, permutar la pena capital. No puede salir del territorio de la República.

Su Gabinete o Consejo está constituido por el Vicepresidente, el Ministro de la Alta Corte de Justicia y por los Ministros de Relaciones Exteriores, de Gobernación, de Hacienda y de Marina y de Guerra, que están encarga-

(1) Los Representantes perciben nueve piastras por día mientras duran las sesiones; y además una piastra diaria por gastos de traslado desde su domicilio al lugar donde sesiona el Congreso.

dos de dar al Congreso, bien sea oralmente o por escrito, todas las explicaciones que se les pidan.

El sueldo de los Secretarios de Estado es de seis mil piastras.

El tercer Poder del Estado y el que tiene menos fuerza, a pesar de ser el más necesario, es el Tribunal Supremo de Justicia. En realidad participa de las atribuciones de nuestro Consejo de Estado y de nuestra Corte de Casación.

El Tribunal Supremo consta de cinco miembros, a saber: tres Jueces y dos Fiscales. Para formar parte de él hay que tener más de treinta años, ser elector y abogado.

El Tribunal Supremo conoce de las reclamaciones de los extranjeros y dirime o resuelve las consultas o los errores de los tribunales inferiores. A pesar de la importancia de sus funciones, sus miembros se designan, a propuesta del Presidente, por el Senado, después de que los nombres de los candidatos han sido discutidos por la Cámara de Representantes. La duración en el cargo les está garantizada *mientras se esté contento con su conducta*, condición ésta que se presta en gran escala a la arbitrariedad del Senado.

Para facilitar la administración de justicia se habrán de establecer otros tribunales, cuyos miembros serán nombrados por el Presidente.

El territorio de la República está dividido en siete Departamentos, que comprenden cada uno cierto número de Provincias divididas en Cantones; hé aquí la lista a la que se ha añadido la población aproximada de cada Provincia, la de cada Departamento, el número de Senadores que cada Departamento elige, y el lugar de residencia de cada Intendente.

De acuerdo con ese cuadro, la población de Colombia sería de 2.644.600 almas (1). Un autor la estima en 2 500.000. A este respecto es muy difícil dar datos exactos. ¿Quién fue a censar las tribus que, sin su consentimiento, han sido englobadas entre los colombianos, y que unas veces monárquicas españolas y otras republicanas colombianas, vivieron y viven en completa independencia de cualquiera de estos dos países? (Ver nota al final de la obra).

También se ha establecido otra división territorial que se llama marítima; las costas han sido divididas en cuatro Departamentos.

El primero comprende La Guayana, Cumaná, Barcelona y la isla Margarita;

El segundo, las costas de Caracas, Coro y Maracaibo;

El tercero, Ríohacha, Santa Marta y Cartagena;

El cuarto, las costas del Atrato hasta las de Veraguas;

Por lo que se refiere a las costas del mar del Sur, no se ha estatuido nada. Cada Provincia marítima está gobernada por un Comandante General y por un Auditor de Marina.

Cada Departamento está administrado por un Intendente, nombrado por el Presidente; el sueldo de estos Administradores es de seis mil piastras anuales; sus funciones no duran sino tres años; tienen un letrado por asesor; casi todos los Intendentes son militares.

Cada Provincia tiene un Gobernador que está a las órdenes del Intendente y cuyos poderes cesan al expirar los de éste.

Al frente de los Cantones hay un Juez político o Subprefecto (los antiguos Corregidores).

(1) Por lo tanto menor que la de Egipto, a pesar de ser el país mucho más extenso.

DEPARTAMENTOS	PROVINCIAS	Población de cada provincia	Población de cada Departamento	Senadores	Representantes	Residencia de cada Intendente
Orinoco	{ Guayana Cumaná Barcelona Margarita	{ 45.000 70.000 45.000 15.000 }	175.000	4	2 2 2 1	Cumaná.
Venezuela	{ Caracas Barinas	{ 350.000 80.000 }	430.000	4	12 3	Caracas.
Zulia	{ Coro Trujillo Mérida Maracaibo.....	{ 30.000 33.400 50.700 48.000 }	162.000	4	1 1 2 2	Maracaibo.
Bogotá	{ Tunja Socorro Pamplona..... Casanare.....	{ 200.000 130.000 75.000 39.000 }	444.000	4	7 5 3 1	Tunja.
Cundinamarca	{ Bogotá Antioquia.. .. Mariquita... Neiva	{ 172.000 104.000 45.000 50.000 }	371.000	4	6 3 2 2	Bogotá.
Cauca	{ Popayán..... Chocó.....	{ 171.000 22.200 }	193.500	4	6 1	Popayán.
Magdalena	{ Cartagena... Santa Marta... Riohacha	{ 170.000 62.300 375.200 }	239.500	4	6 2 1	Cartagena.
Panamá		50.000				
Veraguas		30.000				
Quito		50.000				
Quijos de Macas		35.000				
Cuenca		78.000				
Jaén		13.000				
Mainas		36.000				

Los Cantones están subdivididos en Cabildos o Municipalidades, a cuyo frente están los Alcaldes.

En cada capital de Cantón hay dos Alcaldes ordinarios y dos Alcaldes pedáneos en cada parroquia; sus deberes consisten en velar por el orden y la tranquilidad. Lo mismo que a nuestros Alcaldes, a éstos también les incumbe la vigilancia de las escuelas primarias y de los hospitales, la reparación de los caminos y de las cárceles, la limpieza de las ciudades y el estímulo de la agricultura, de la industria y del comercio.

El artículo 48 de la Ley sobre organización de los Departamentos, recomienda a los Alcaldes que *se muestren subordinados a los Jueces políticos y a las otras autoridades superiores.*

Hace tres años los Cabildos estaban casi integrados por personas adversas al nuevo régimen, por lo cual se determinó que las Asambleas primarias de 1822 los renovasen completamente y que después esas corporaciones procederían, como antes, a la designación de sus sucesores.

Colombia cuenta con dos Arzobispados: el de Caracas y el de Santafé (1). Ambos están vacantes; tienen diez Obispados sufragáneos: Popayán, Cartagena, Santa Marta, Mérida, La Guayana, Antioquia, Quito, Cuenca, Maynas y Panamá. Estos tres últimos han sido disgregados del Arzobispado de Lima, y se tiene el proyecto de crear un Arzobispado en Quito.

Las sedes de Maynas, Cuenca, Santa Marta, Antioquia y La Guayana también están vacantes. Los Obispos de Cartagena y de Quito se han dado a la fuga.

(1) Ver nota 3.a al final de la obra.

El Congreso de Cúcuta, reunido el 18 de julio de 1821, desplegó una actividad extraordinaria; no se contentó con formular las leyes fundamentales de que ya hemos hablado, sino que adoptó otras muchas; abolió los derechos sobre los pasaportes, los que pagaban los lavadores de oro y el tributo percibido sobre los indios; votó un reglamento extensísimo relativo a los impuestos directos y otros sobre el reclutamiento; atribuyó a las escuelas los bienes de los conventos suprimidos; acabó con la Inquisición y devolvió a los Obispos y Arzobispos el conocimiento de las causas que correspondían a ese Tribunal. Entre los decretos emitidos por ese Congreso se encuentran algunos contra los moderados y los malintencionados y acaba de expulsarlos del territorio de la República; abolió el impuesto de mutación sobre traspaso de propiedad de fincas y el de alcabala sobre los productos del país, rebajando ese impuesto al dos y medio por ciento sobre los de procedencia extranjera. Promulgó una ley relativa a la liberación de los esclavos, que había pedido antes el Congreso de Venezuela, y que después rechazaron esta provincia y la de Popayán, por considerarla peligrosa y funesta para la prosperidad del Estado.

Sin embargo hay que reconocer que de todas las leyes relativas a la esclavitud, ésta es la más prudente. La exposición de motivos, reproche indirecto dirigido contra los Estados Unidos, expresa sentimientos humanitarios y filantrópicos que honran al legislador colombiano.

La ley consta de quince artículos; no citaremos más que dos.

Uno de ellos determina que a partir de la fecha de promulgación de la ley, los hijos de padres esclavos son

libres al llegar a los diez y ocho años. El amo corre con su sostenimiento hasta la edad de la emancipación, y ellos, en cambio, le deben prestar algunos servicios. Si hubiera alguien que se ofreciese a pagar los gastos de alimentación del futuro liberto, el amo está obligado a aceptar el importe.

El otro artículo crea un fondo para la abolición progresiva de la esclavitud, constituido por el tres por ciento sobre el quinto de las herencias; por el tres por ciento sobre el tercio de los bienes de las personas que mueren sin dejar hijos legítimos; y por el tres por ciento sobre la totalidad de los bienes de las personas que mueren sin herederos colaterales, y, finalmente, por el diez por ciento sobre la totalidad de los bienes de los ciudadanos que al morir no dejan más que herederos extranjeros.

Para que esta Ley no presentara los graves inconvenientes que tenían los caraqueños, hubiera sido necesario que al conceder la libertad a los esclavos, éstos tuvieran asegurados medios de existencia.

El Congreso de Cúcuta decretó además la libertad individual y de prensa, la confiscación de los bienes de los emigrados y la acuñación de moneda de platino y de cobre. Declaró libre la destilación de alcoholes, sin más gravamen que el pago de dos y cinco piastras por mes y por cántara de aguardiente, pudiendo venderse éste al copeo mediante el pago de dos piastras por mes. La ley más importante fue la del papel sellado, que es de cuatro clases: el de primera tiene un valor de veinticuatro piastras; el de segunda, de diez y ocho; el de tercera, de doce, y el de cuarta, de seis. Hasta las instancias, todo debe estar escrito en ese papel. Finalmente, el Congreso de Cúcuta estatuyó que la Nación podría reformar

o refundir totalmente la Constitución en el término de diez años, a contar de 1821, año en que la República de Colombia quedó constituida por ese número prodigioso de leyes, de decretos y de reglamentos.

Se introdujeron escasas modificaciones en el régimen administrativo y judicial, en vigor durante la dominación española; se conservaron todos los reglamentos que no estuviesen en franca oposición con la nueva Constitución; hasta se llegó a dejar subsistentes las prestaciones personales inventadas por los conquistadores, y, para los indios, la obligación de alojar a los empleados públicos y de suministrar los caballos. Esos abusos, tolerados por la autoridad, exponen al labriego colombiano a los mismos vejámenes que los postillones ejercían antes sobre los nuestros.

El Poder Ejecutivo es más ilustrado que el Congreso. Por eso con frecuencia rectifica bastantes errores que advierte en los decretos del primer organismo del Estado; pero en general, la buena armonía reina entre las distintas autoridades. La ambición, a no encontrar por fuera hombres capaces de comprenderla y de apoyarla, finge abnegación y no se separa de la masa del pueblo.

Con un pueblo familiarizado con las costumbres monárquicas, talvez hubiera sido más fácil realizar los progresos estableciendo una forma de gobierno más sencilla, y por esta razón es por lo que, a pesar de tan buenas intenciones, las cuatro o cinco personas que constituyen el Gobierno de la República a veces no son obedecidas como debieran.

Claro es que hay además otras razones. La diferencia de castas y las pretensiones de algunos Generales, que aun siendo con frecuencia exageradas, hay que te-

nerlas en cuenta para evitar que se tornen en subversivas del orden establecido.

Se quiso la unión de Caracas y de la Nueva Granada, y con ello se aumentaron las cargas sin aumentar los recursos indispensables para soportarlas.

Nueva Granada, que, en relación con la población blanca, tiene pocos negros, vota su libertad. Venezuela, donde esa gente revoltosa abunda muchísimo, pide que sigan en esclavitud. Caracas se queja de que en pago de sus servicios se fije la capital en una Provincia que antaño fue su rival. Santafé reconoce que no tiene más que el estéril privilegio de ser la sede, como antes, del Gobierno, pero que en cambio los empleos y el dinero se los lleva el pueblo intrigante de Venezuela.

Guayaquil querría ser una ciudad anseática e independiente, y las riquezas que recibe de su comercio constituyen hoy uno de los mayores ingresos de una República a la que podría comprar con ellas.

Pasto, al amparo de sus abruptas montañas, quiere conservar una independencia que Bolívar, para escapar de las manos de sus indómitos habitantes, juró respetar. Unos indios piden volver a pagar sus antiguos tributos, al paso que otros se irritan porque les cambian, sin su consentimiento, su antiguo nombre de guajiros por el de colombianos, como si hubieran sido atribuidos a la República como formando parte de una conquista de España.

Los negros piden la libertad; los mulatos, la abolición de los prejuicios; los mestizos indios, el término de la guerra; los indios, sus privilegios.

Está a punto de producirse una escisión que amenaza con separar a cada Provincia. En Venezuela, Montilla

es la esperanza de las principales familias blancas; Páez, a la cabeza de sus jinetes, es el héroe de los hombres de color. Sucre podría ambicionar ser algo más que una criatura de Bolívar en aquellas provincias meridionales que sometió con su habilidad.

Estas son las dificultades que el Gobierno tiene que vencer y que no deja de sortear con talento; pero a veces tiene que entregar a la avidez de los principales jefes las rentas públicas, y a sus secuaces las fortunas particulares. Y lejos de lograr desacreditar al Clero, aumenta todos los días el número de sus miembros; hay mucha gente que profesa, sólo para hallar, al amparo de los hábitos, un asilo inviolable.

Todas las ramas de la Administración tienen por fuerza que languidecer en medio de semejante desbarajuste, acrecido por el furor de la guerra civil, que a cada momento se enciende en diversos puntos del territorio: en Maracaibo, en Puerto Cabello, en Santa Marta, en Pasto y en algunos lugares de los llanos del Orinoco.

La situación actual de Colombia, como sucede en todas partes después de las guerras civiles, no es muy brillante; sin embargo, a pesar de las calamidades que han ensangrentado los albores de esta República, todavía el culto está revestido de pompa y de gran lujo; sus ministros, gracias a la devota generosidad de los fieles, viven sin estrecheces y pueden socorrer a los pobres en su aflicción. En efecto, hay pocos curatos cuyas rentas bajen de mil piastras, y hay muchos que producen más de dos mil. Varios Obispados dan de sesenta a ochenta mil piastras por año.

En general, la clerecía es rica y poderosa; se calcula que los diezmos de los Obispados pueden producir

anualmente unos cuatro millones de francos. Los diezmos de la Diócesis de Santafé ascienden a 1.500,000 francos.

Aunque en secreto el Clero sea adicto a los españoles, nunca se le ve al frente de los movimientos populares; sabiendo dónde está su interés, vive alejado de los disturbios que podrían comprometer la existencia del cuerpo social a que pertenece.

CAPÍTULO X

Regreso a Bogotá. - Puente Real - Minas de cobre de Moniquirá. - Chiquinquirá. - Minas de sal de Zipaquirá.

Después de haber pasado cinco días en la capital del Socorro, emprendí el regreso a Bogotá. Muy de mañana atravesé el pintoresco pueblecillo de Las Palmas. Luégo de haber seguido de lejos la elevada serranía del Opón, en la que se ve un gran número de viviendas, tuvimos que pasar un puente en el que se paga pontazgo (tres perras chicas); me vi exento del pago de esta gabela, debido a la superchería de una de las personas que viajaban conmigo y que, sin que yo me enterara, me hizo pasar por un oficial de la República; invocando esa condición, no se paga nada: semejante abuso no es lo más apropiado para estimular las empresas útiles. Los puentes en la Provincia del Socorro son de lo más sencillo en cuanto a construcción; para mantenerlos en buen estado se les protege con un techo de teja.

A la caída de la tarde llegué a Guadalupe. Este pueblo está situado en una meseta que no deja de ser elevada, ya que el termómetro no marca más de 15°. Este cambio de temperatura también se debe en parte a las

tormentas que a cada momento desuelan la región; el aire es más fresco y ya no se ven bocios.

Al día siguiente bajamos a las márgenes malsanas del Suárez; el termómetro marcaba, como en el Socorro, 20°. Las aguas del Suárez son muy malsanas. Si uno se baña en ellas puede coger las fiebres. Lo que me dijeron los marineros de la piragua no me pareció descabellado al sentirme de repente poco a gusto en aquella región malsana, en la que el aire está cargado de miasmas pestilenciales y de insectos. Me alejé de ella más que de prisa: a medida que me iba elevando hacia regiones más frescas, el malestar que sentí iba desapareciendo; al llegar a San Benito (14° R.), ya me encontraba bien del todo. Este pueblo está edificado con los fósiles de amonitas que abundan mucho en las montañas vecinas. En una aldea próxima que se llama La Aguada se ha descubierto una mina de plomo.

Al salir de esta aldea seguimos recorriendo regiones más altas y también llenas de fósiles; pero como estas montañas están constituídas por esquistos, el camino, debido a las lluvias, es del todo intransitable. Ese banco de fósiles, que empieza entre Guadalupe y San Benito, se prolonga hasta Monquirá. Todavía se advierten algunas capas diseminadas en la Provincia de Tunja. Siguen el arco que describe la cadena del Opón desde el 76° al 77° de longitud occidental.

Pasamos la noche en Puente Real, hoy Puente Nacional. El pueblo está en ruinas. Antes se fabricaban telas tan estimadas como las del Cocuy, por el brillo de sus colores; todos los obreros han desaparecido, y las fábricas ya no existen. Puente Real envía aún algunos productos hacia el Magdalena por Vélez, primera ciudad que los españoles fundaron en Nueva Granada. An-

tes se comunicaba la ciudad con el río por el camino de Curare, donde se había descubierto una mina de oro riquísima: La Corcovada. Luégo se abandonó este camino, debido a las enfermedades epidémicas que acababan, con casi todos los viajeros.

Puente Real es el límite de la frontera política de la Provincia del Socorro. Frontera natural que el Gobierno, muy juiciosamente, estableció en esta ciudad. En efecto, este ensanchamiento de la cordillera que forma la Provincia del Socorro, cuyo declive va desde Moniquirá hasta San Gil, se estrecha aquí y se vuelve uno a encontrar con las montañas que hasta ahora se veían prolongar, como si fuesen muros, a derecha e izquierda; al Este, bajo el nombre de Cerinza, y al Oeste con el de Opón. La influencia de los vientos húmedos del Nordeste empieza a disminuir en Puente Real. Un poco más arriba, esos vientos, que aquí traen la lluvia, llevan con ellos el buen tiempo.

El valle del Socorro debe ser rico en minerales; no se cree que contenga mucho oro; pero los bancos de esquistos que le sirven, por decirlo así, de asiento, contienen hierro y cobre en abundancia.

Dejé el camino principal que va de Puente Real a Bogotá para tomar el de Moniquirá; su dirección es Sur-Sureste. Empecé, por lo tanto, a recorrer los valles que entrecortan la parte alta de la cordillera: los caminos eran espantosos, pues el declive de las montañas que estaba escalando es el punto donde descargan la lluvia las nubes que vienen del Noroeste, de modo que toda esta región no es más que un pantano profundo, en el que uno se atolla a cada paso. Claro que la tierra, debido a esta circunstancia, es sumamente fértil y los habitantes la labran con esmero; pero ¿para qué sirve toda esta ri-

queza si no tiene salida, si carece de medios de comunicación? Los campos están cubiertos de una espléndida vegetación, al paso que las cabañas donde vive la gente tienen un aspecto de lo más misérrimo. Este contraste llama la atención sobre todo cuando se viene del Socorro, en donde los habitantes son más ricos y felices. Sobre todo se ven muchos más indios, como si ese pueblo se hubiera reservado para sí los lugares en que la inclemencia del tiempo levanta una barrera entre él y sus amos.

Desde muy lejos se divisa a Monquirá; en el centro de esta ciudad se levanta una palmera solitaria, que permite distinguirla desde muy lejos. Llegué casi al mismo tiempo con un hombre que llevaba a dos jovencitos con las manos atadas a la espalda. En cuanto estos infelices me vieron, se arrodillaron delante de mí; les di algunas monedas, que recibieron con extrañeza, pues, como me habían tomado por un Oficial de la República, no esperaban de mí ni siquiera un saludo. A pesar de su semblante amarillento y desencajado que dejaba traslucir el cansancio y los ayunos, entregaron el dinero a su madre, que les seguía llorando.

La cara del hombre que los conducía en esa forma tenía una expresión de gran dureza, y su lenguaje era todavía más bárbaro. Al oírle acudió a mi mente el recuerdo del traficante de esclavos que había visto en mis viajes por Africa y que, con el látigo en la mano, arreaaba por delante a aquel rebaño de seres humanos. En mi presencia preguntaron a aquel reclutador por qué había traído unos soldados tan débiles. «No es culpa mía, contestó: es lo único que he encontrado en Santa Ana, pues al verme llegar todo el mundo se escapó».

No es ese el único espectáculo aflictivo que ofrecía Moniquirá. Los calabozos estaban atestados de reclutas arrancados de idéntica manera a sus hogares. Las puertas de la cárcel estaban literalmente asediadas por una multitud de mujeres: madres, esposas o hermanas de aquellos infelices a los que daban todo lo que podían conseguir implorando la caridad de los habitantes de Moniquirá.

Al día siguiente, muy de mañana, salí de este lugar y me dirigí, aun a riesgo de hundirme en los profundos pantanos que cortan el camino hacia la mina de cobre. A medida que nos íbamos aproximando a la mina advertíamos que la mayor parte de las rocas cuarzosas que cubren la región estaban recubiertas de óxido de cobre. Por fin llegamos a la mina: aquí todo estaba seco, ya no llovía; estábamos en una región completamente distinta. Domingo Corredor, el propietario de la mina, tuvo la amabilidad de acompañarme; bajamos por unos trozos de madera dispuestos a guisa de escalones. La mina está situada en la orilla de un río; la galería que han abierto es profunda y se trabaja a la luz de unas antorchas. No hay más que tres mineros, de modo que se calcula que la mina no puede dar más que doscientas arrobas (cincuenta quintales) de cobre en diez y ocho meses (1).

Se vendió la mina en catorce mil piastras; muy probablemente se podrían obtener beneficios inmensos si se le explotase por procedimientos menos primitivos. En el estado en que se encuentra da abasto para las necesidades de las provincias circunvecinas.

(1) Le pagan a 20 reales (13 francos) la arroba (25 libras). El capital invertido en la adquisición de esa mina no produce más que el 3 por 100. En Chile se paga el cobre a 65 francos el quintal.

Al salir de esa mina se pasa el río Moniquirá, en el que se cazan muchas nutrias; se pasa por Santo Ecce Homo, pueblecillo completamente deshabitado, y luego por Suta, rica en tierras nitrosas. El valle de Suta es muy bonito, la vegetación es muy lozana y la temperatura es mucho más suave que en el resto de la Provincia de Tunja; al Sur, el valle está cerrado por una montaña muy alta en la que hay plantadas una serie de crucecitas que marcan el camino que siguen los peregrinos para ir a Chiquinquirá. Nos cruzamos con algunos de ellos: su alegría escandalosa, sus canciones y sus carcajadas prueban que esta peregrinación no tiene nada de austero y que por el contrario, constituye una diversión.

Hasta el día 12 no pude entrar en lo que es Nuestra Señora de Loreto, de Colombia. La iglesia de Chiquinquirá está edificada sobre un plano regular; el interior es muy sencillo; me había imaginado que vería almacenados allí los tesoros de los reyes y de los pueblos, y no vi más que algunas chapas de plata que recubren el altar mayor; éste estaba adornado con flores, y de unas cazoletas se exhalaban perfumes que embalsamaban toda la iglesia. La imagen de la Virgen está colocada detrás de dos cortinas de seda recamada de oro.

Un sacristán las recorrió con mano temblorosa, y pude contemplar a espacio la sagrada imagen; es un lienzo pintado sin talento alguno, que representa a la Virgen, de pies; a sus lados se ven a San Antonio y a San Andrés. La imagen que le enseñan a uno parece nueva; por un milagro divino se le vio un buen día en un sitio, casi borrada en el lienzo.

Limosnas, ofrendas y dádivas, todo afluye en abundancia, desde el mes de diciembre hasta el de abril, a la

caja de los dominicos, que tienen la custodia de ese sagrado depósito. Los ex-votos no cuelgan como en nuestras iglesias, de la bóveda del templo, ni como en la Meca los tapices se amontonan en el santuario; aquí las ofrendas se guardan en cofres que no deben tardar en llenarse, ya que no se dicen misas más que a razón de seis piastras, y que los ricos habitantes de Popayán y de Girón, que acuden en agradecimiento por la curación de algún hijo, suelen dar a veces más de cien piastras.

Los sacerdotes de ese templo llevan una vida felicísima en el convento que han edificado al lado de la iglesia; son unos doce o catorce que se relevan por semestres. Sin embargo, no están inactivos en medio de tantas riquezas; por una parte, la administración de las cantidades que la piedad arroja en sus manos exige gran cuidado; se emplean con gran prudencia; una parte de ellas se destina a agrandar el convento y al adorno de la iglesia, y sobre todo a aumentar las rentas, ya considerables, de tres haciendas que pertenecen a la Virgen de Chiquinquirá.

El interés que los dominicos muestran por esta preciosa reliquia es, pues, muy natural, y no se les puede reprochar que hayan rechazado los ofrecimientos que les hacía el clero secular de Bogotá de tomarla en arrendamiento por cuarenta mil piastras.

Serviez, Oficial francés al servicio de Colombia, pensó en que si se apoderaba de esa imagen sagrada, toda la gente iría a adorarla al lugar a que él la condujese, y que, nuevo pontífice de la imagen, sería él quien recogiera el producto de todas las ofrendas que le llevasen. Se equivocó: la gente abominó del profanador, y nadie acudió a tal sitio. Serviez fue batido en las inmediaciones de Bo-

gotá, adonde se había retirado, y pensando más en escapar que en salvar aquel nuevo lábaro, lo abandonó en Cáqueza; los dominicos, desolados, fueron allá a buscarlo y lo reintegraron con gran pompa a Chiquinquirá, adonde desde entonces, la gente sigue yendo en peregrinación.

Poco tiempo después Serviez fue asesinado por sus mismos oficiales porque quiso someterles a los rigores de la disciplina europea. Su muerte violenta se consideró por el pueblo como castigo del sacrilegio que había cometido.

Al salir de Chiquinquirá atravesé algunas magníficas haciendas, y luégo Susa, pueblo que está emplazado en medio de una llanura que termina en el páramo de Noa y que no está separado de Chiquinquirá sino por una colina poco elevada; de allí llegué a Fúquene: al Nordeste se encuentra el lago de este nombre. Poco después está Ubaté, que es un pueblecito de una limpieza poco frecuente en estas regiones; el maestro ha puesto como propaganda de la escuela todas las letras del alfabeto. Se pasa la noche en Suta-Pelado, llamada así para diferenciarla de la otra Suta y porque sopla una especie de solano que agosta y quema las cosechas, arruinando a la agricultura. Esto sucede por lo general en la época en que reinan los vientos del Este, que, formados en las cimas nevadas del Cocuy, pasan sobre la Provincia de Tunja que está a mucho menor altitud que Suta-Pelado. Cuando se contempla esa llanura desde el pueblo parece una planicie tersa cuyo horizonte cierran por el Este los páramos, y sin embargo su superficie es muy quebrada.

Después de Suta-Pelado se llega a la venta del Alto de la Cruz; se pasa luégo el Boquerón de Tausa, abertura practicada por la naturaleza en medio de las mon-

tañas de ese nombre: en las inmediaciones se explota una mina de sal. Al atravesar el páramo de Tausa padecimos un frío vivísimo, pero con la vista de la hermosa llanura de Bogotá pronto di al olvido mis sufrimientos. Me apresuré a descender a ella y en seguida me encontré en Zipaquirá. Llegamos en día de mercado y una multitud ingente llenaba las calles y el camino. Por todas partes se veían mesas cubiertas con manteles blancos, en las que había pan. El tráfico era inmenso; se hubiera uno creído en la capital de un imperio a pesar de no ser más que un pueblo, pero un pueblo más rico, por la mina de sal que se explota en sus inmediaciones, que el Chocó a pesar de todos sus tesoros.

No estuve sino una noche en Zipaquirá, y al día siguiente pasé por Gaitán (sic ¿Cajicá?); poco más allá entramos en los bosques de manzanos en los que los indios de Chía han levantado sus chozas. De allí me dirigí a las márgenes del Bogotá, que pasé en balsa; al salir de allí llegué al Platanal, pantano profundo en la época de lluvias, y no fue sin grandes trabajos como recorrimos el camino que pasa por allí y que lleva a Bogotá. Ya era de noche cuando llegué a esta ciudad después de una ausencia de un mes.

El mes que pasé en ella lo aproveché para recoger cuantos datos estimé que podrían ser de utilidad para dar una idea de la capital de la República de Colombia, a la que dedicaré el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XI

Fundación de Santafé de Bogotá. - Clima. - Casas. - Interiores. La Catedral. - Los conventos. - El Hospital. - Los colegios. El Palacio del Presidente. - El Palacio de los Diputados. - El Palacio del Senado. - Las cárceles. - La Casa de la Moneda y el Teatro. - Las calles. - La Policía. - El mercado. - Los pobres. Paseos. - Modo de vivir. - Las tiendas. - Diversiones. - El Corpus. - Las costumbres. - Las beatas. - Establecimientos científicos. - El carácter de los habitantes.

El arte de la arquitectura es el que más progresos ha hecho en Colombia; sus adelantos son tanto más sorprendentes cuanto en ese aspecto no ha tenido más maestros para dirigir sus pasos que los libros y las estampas. La escultura y la pintura están muy poco adelantadas, pero ya se puede presagiar que habrán de progresar mucho más rápidamente que antes.

Por lo general, las casas que hay en el campo no son en realidad más que unas cabañas cuyas paredes son de una argamasa de barro y paja, el techo de paja y las puertas de cuero. El amueblado de las habitaciones es también muy sencillo. Por lo general las casas constan sólo de dos habitaciones: una la cocina, y la otra, en la que vive la familia, está dividida en dos salas: en una de ellas se recibe a la gente y en la otra se duerme. Alrededor de esas casas hay casi siempre algunas hortalizas

y bananos (?), planta esta última cara a los americanos.

En las ciudades se advierte un gusto más refinado. Las iglesias son grandes y limpias; tienen campanas y casi todas órgano; la casa del cura, cuya fachada está adornada con un balcón, parece un palacio. Los particulares han tomado de estos dos edificios las ideas que tienen de arquitectura.

Las ciudades, según el lugar de su emplazamiento, la actividad de su comercio, la importancia de que gozan y el rango que tienen, están más o menos adornadas, son más o menos grandes y más o menos agradables.

La ciudad más importante de Colombia es Panamá; la mejor fortificada, Cartagena; la más agradable, Santafé; la mejor edificada, Popayán; la más rica, Guayaquil; la más animada, Zipaquirá; la mejor situada, Maracaibo. Caracas, al decir de las gentes, las anularía a todas, pero Caracas está en ruinas. Quito, según se asegura, tiene más población que todas ellas; pero una ciudad, por muy poblada que esté, no vale lo que una capital, y Santafé tiene una población casi igual a la de Quito.

Todas las ciudades de América del Sur han sido edificadas casi con arreglo a un mismo plan. Los fundadores, en casi todas partes, hacían una cruz cuyo centro estaba ocupado por la plaza principal y por la iglesia.

Por lo general, los españoles han emplazado sus ciudades al pie de las montañas y muy rara vez en el centro de una planicie. Esto se debió, en los orígenes, al temor de las sorpresas, y hoy ese emplazamiento hábilmente escogido permite que la ciudad disponga de agua abundante y fresca que la apatía española no ha dejado llevar por cañería a los distintos barrios. Se

ha empleado un medio para dar a las ciudades un aspecto alegre, y que consiste en obligar a los propietarios de las casas situadas en las calles más céntricas a blanquear las fachadas todos los años hacia la época del Corpus. De modo que la falta casi absoluta de colgaduras, causa inmediata de esa medida de policía, ha servido para embellecer y dar un aspecto de limpieza a las ciudades. Las calles principales están tiradas a cordel, divididas en manzanas de casas, y tienen aceras; hay varias plazas embellecidas con fuentes; en una palabra, en América se ha descuidado, mucho menos de lo que pretenden los europeos, lo útil y lo agradable.

Claro es que no hay ciudad que reúna mejores condiciones que la capital, y si ésta es menos limpia que las otras ciudades, hay que atribuir esa falta de aseo al clima y al gran movimiento que en ella reina a diario.

El 6 de agosto de 1538, Quesada (1) fundó a Santafé de Bogotá en el llano de su nombre, al pie de dos montañas bastante altas. En la época de su fundación no contaba más que con doce cabañas, y tal vez su población fuera de sesenta habitantes. Predestinada a ser una ciudad de gran extensión, creció rápidamente, pues a los dos años de su fundación se estimó que su importancia debía ser ya considerable en cuanto la Corte de España la elevó a la categoría de *ciudad*.

Hoy Bogotá tiene de Norte a Sur una extensión de 3.000 metros y de Este a Oeste 1.700 metros; está divi-

(1) Al poco tiempo Quesada murió en Santafé. Hace algunos años se descubrió la tumba del Conquistador, se sacaron los huesos, y la ingratitud los aventó. Por la misma época las cenizas de Cortés estuvieron a punto de sufrir en México el mismo trato, de no haber sido porque se temió excitar con ello el descontento de los indios que todavía veneran el nombre de Cortés.

dida en 195 manzanas de casas. En 1800 su población ascendía a 21.000 habitantes. Desde esa época la población ha debido aumentar mucho, puesto que ya en aquel mismo año de 1800 los nacimientos excedieron a las defunciones en 247.

Quesada escogió bien el emplazamiento de la ciudad que habría un día de dominar una gran parte de la cordillera. Situada a media ladera de dos montañas que la abrigan de los vendavales que soplan del Este, se abastece de aguas siempre frescas y puras, y domina el llano en forma que le permite defenderse de los enemigos que pudieran venir por ese lado. Algunos días, desde Bogotá, se ve el Tolima, una de las cimas de las montañas del Quindío.

Desde muy lejos se distingue a Santafé, principalmente por el campanario de su catedral; pero el cuadro que la enmarca es tan prodigiosamente grande, que ésta desaparece en las sombras que las montañas proyectan sobre sus monumentos.

El clima de Bogotá en general es lluvioso y húmedo; el termómetro no suele pasar de 12 a 14°, y con frecuencia baja a 6 o 7°. El cielo está siempre cubierto de nubes, y pocas veces se disfruta de esos días espléndidos de que hasta en los inviernos más crudos gozamos en Europa. En una palabra, puede decirse que hay seis meses de lluvia: abril, mayo, septiembre, octubre, noviembre y diciembre; tres de ventiscas y chaparrones: junio, julio y agosto, y los otros tres de tiempo incierto. Los vientos del nornoroeste traen siempre tormentas que a veces duran varios días y que con la gran cantidad de lluvia que vierten encharcan la llanura.

A pesar de la mucha humedad que hay, inclusive en las casas, el clima no es malsano, nunca hay epidemias.

Los europeos, después de haber tenido fiebre a su llegada durante unos cuatro días, tal vez a consecuencia de las fatigas del viaje, gozan de buena salud, si tienen la precaución de no mojarse los pies. Tal vez haya también que atribuir ese primer malestar a la influencia del trópico, que, aunque aminorada por la altitud, no deja de afectar al europeo. El habitante de las *tierras calientes* se defiende mucho peor que nosotros de ese peligro; el agua fresca y pura de las montañas, que bebe con fruición, no tarda en producirle la disentería, cuyos estragos acaban con él en poco tiempo. Hasta los mismos bogotanos suelen estar con más frecuencia enfermos que los extranjeros; y esto es una prueba más de que hay que buscar la causa de esas afecciones, menos en el clima que en el género de vida que se hace y en los alimentos que se comen.

Las mujeres salen poco de la casa. Las costumbres caseras unidas a los terribles dolores de estómago debidos al uso excesivo del ajo, del tabaco, de la carne de cerdo y de la chicha, las hace estar casi siempre indispuestas. Hay otras mil en fermedades provocadas en ambos sexos, más por la intemperancia que por el rigor del clima, de suerte que siempre se oye a la gente quejarse de dolores reumáticos, de dolores de muelas, y de bocios, que pronto adquieren dimensiones terribles. La gente adopta todas las precauciones habidas y por haber; se tapa, se abriga, como si el mal estuviese en la atmósfera. Mucha gente del pueblo que anda descalza tiene las piernas muy hinchadas. La enfermedad originada por las niguas (*pulex penetrans*) se hace incurable por la desidia de los pacientes.

Toda la América del Sur es tierra de temblores. Santafé ha experimentado varios, y esto impide edificar casas altas. Aunque se advierten en la construcción de las casas los mismos principios arquitectónicos que observaron los españoles, las de Bogotá se apartan de ellos más que las de cualquiera otra región: para su construcción se emplean ladrillos secados al sol, casi todas están techadas con teja y los muros exteriores están enjalbegados. En cuanto al interior de las casas, su distribución es lo mismo de mala que lo era la de nuestras casas en la época del descubrimiento de América. Hay ventanas muy pequeñas y siempre protegidas por barrotes de madera, al lado de otras enormes; pocas veces se ven las vigas del techo ocultas por un cielo raso; las paredes presentan grandes protuberancias; las puertas tienen indistintamente alturas diferentes, y apenas si se conoce el uso de las cerraduras; las que se fabrican en el país no ofrecen seguridad de ningún género. Esto no obstante, en las construcciones modernas se advierte ya un gusto menos bárbaro y algunos progresos. Los balcones enormes y pesadotes han sido sustituidos por balcones más gráciles y cómodos; el techo no deja ya ver las vigas, las ventanas no tienen rejas y se empieza a cerrarlas con cristales; las puertas de la calle están ya mejor pintadas y el aseo empieza a generalizarse.

Por lo general hay que pasar por dos puertas para llegar al patio de las casas. El vestíbulo, entre una y otra puerta, suele servir de receptáculo de las suciedades de los transeúntes. Circundando el patio suele haber una galería o corredor, si la casa no consta más que de piso bajo, y una terraza cubierta si tiene un piso. La escalera generalmente es de piedra y de estilo gótico; en la pared del primer descansillo suele haber pintado una

especie de gigante que lleva de una mano a un niño y en la otra una bola; es San Cristóbal, dios lar del país. Al rededor de la galería interior hay una serie de cuartos que no reciben la luz y el aire sino por la puerta.

Todas las casas tienen por lo menos una sala y un comedor, pues se consideraría indecoroso recibir o dar de comer a los amigos en el cuarto de dormir. La cocina es siempre de grandes dimensiones, y esto menos por la cantidad de platos que se cocinan, que por el número de sirvientes inútiles que allí se congregan; las cocinas no tienen fogón y no se usan para guisar sino hornillos.

No hay una sola casa que no tenga alfombras; las antiguas esteras de los indios no se ven ya en las casas de buen tono, y en general se van sustituyendo por alfombras de fabricación europea. Tanto unas como otras sirven, a falta de chimenea, para abrigar las habitaciones y disimular la desigualdad del piso; desgraciadamente el descuido de los sirvientes hace que por ellos pululen infinidad de insectos que se crían en la suciedad. En algunas casas las paredes están empapeladas; la mayor parte están adornadas con guirnaldas de flores y figuras que delatan el mal gusto del pintor y del dueño.

El mobiliario es sencillo: pocas veces se ven en el salón más de dos sofás, dos mesitas pequeñas, unas cuantas sillas de cuero, de un estilo que ya no se ve en nuestro país desde el siglo XV; un espejo y tres lámparas que cuelgan del techo. La cama suele estar bien decorada, no hay colchones de pluma; sólo tienen dos de lana.

Salvo ligeras diferencias, todas las casas se parecen; no hay nada que permita distinguir las de los Ministros,

y hasta costaría trabajo advertir cuál es la del Presidente, sin la guardia que custodia la entrada.

Los arquitectos de Santafé siempre tendrán un pretexto para justificar la deformidad de sus edificaciones, y es que la constitución del suelo, con frecuencia sacudido por los temblores, les obliga a sacrificar la elegancia en aras de la solidez; por esta causa todas las casas no son altas a pesar de que sus paredes son de un espesor prodigioso. Esa misma razón hace que se dé a los cimientos de los edificios públicos una enorme solidez, y que el fuste de los pilares de las iglesias guarde menos proporción con la nave que sostienen que con las sacudidas que tienen que resistir.

Pero las hay que tienen una buena disposición. La catedral, por ejemplo, que fue construída en 1814, es notable por la sencillez de su interior, que hace olvidar el mal gusto que su fachada debe a una serie de líneas inarmónicas, que se cortan sin simetría.

Las demás iglesias de Bogotá, en número de veintiseis, por el contrario, resplandecen de oro; nunca hubo un templo de los incas más deslumbrante. Pero si la catedral no tiene un brillo parecido, en cambio los tesoros que encierra son mucho más ricos. Una de las estatuas de la Virgen, que adorna uno de los altares, tiene incrustados 1.358 diamantes, 1.295 esmeraldas, 59 amatistas, un topacio, un zircón y 372 perlas; sólo el pedestal tiene 609 amatistas, y el trabajo del orfebre costó 4.000 piastras.

Muchas de estas iglesias dependen de conventos que tienen pingües rentas y cuyo acrecentamiento anual demuestra evidentemente el de la fortuna pública, hasta bajo el dominio español. En efecto, los diezmos de la Diócesis de Santafé, que en el siglo XVI no ascendían

a más de a 49.415 francos anuales, se elevaron a principios del siglo XIX a 1.500.000 francos.

Hay nueve conventos de frailes y tres de monjas. Los mejor dotados son los de los dominicos y los de los Hermanos de San Juan de Dios. Las cuatro sextas partes de las casas de Bogotá les pertenecen. Esos asilos se caracterizan más por la solidez de su construcción que por la belleza de sus líneas. El edificio suele ser por lo general cuadrado; en el centro tiene un patio adornado con una fuente; alrededor de éste, superpuestos, hay dos claustros. Habitualmente las paredes del de abajo están llenas de cuadros de mediana factura que representan la vida del santo bajo cuya advocación se fundó el convento.

Algunos de éstos tienen bajo su dirección colegios u hospicios. Los Hermanos de San Juan de Dios se han dedicado especialmente a aliviar los sufrimientos de la humanidad. ¡Lástima grande que su hospital tenga un aspecto tan repulsivo! Las camas donde yacen los enfermos son de madera, y las salas donde están colocadas, además de estar sucísimas, carecen de ventilación; las inmundicias se hacinan en los patios; las cocinas, donde se preparan los alimentos con desaprensivo descuido, parecen pocilgas; las esteras, ennegrecidas por el barro y la basura, no se limpian, y hasta los cadáveres yacen por el suelo a la vista de los enfermos. ¿Cómo es posible que todo esto no quebrante la salud más robusta? ¿Cómo no admirarse de que en semejante antro se pueda alguien curar de sus dolencias?

Los colegios están más limpios. Hay tres, todos ellos bien situados y bien construídos. El principal de ellos pertenece a los jesuítas, y su edificio tiene como carac-

terística la solidez que esa Orden famosa ha impreso a todas sus construcciones.

La mayor parte de los profesores pertenecen a la Orden y sólo unos pocos son laicos. Los alumnos interinos visten el antiguo hábito de los jesuitas.

En esos colegios se enseña latín, filosofía, matemáticas y teología. A los alumnos se les impone cuatro horas de trabajo diarias, y al terminar el año escolástico tienen tres meses de vacaciones.

Oyendo el pomposo título de palacio que se ha dado a la antigua mansión de los Virreyes y que hoy ocupa la Presidencia de la República, podría uno imaginarse que va a ver un edificio suntuoso, cuando no es más que una casa de tejado bajo, con balcón corrido en la fachada, a la que están adosadas otras dos más bajas. En éstas están instaladas, juntamente con la cárcel, las dependencias del Palacio: también están en ellas los despachos de los Ministros. Al entrar en el Palacio se advierten unas escaleras carentes de nobleza y unas galerías bajas sin gusto alguno; no hay un vestíbulo que preceda al salón de recepción: se entra en él por el dormitorio del Presidente o por una antecámara de mezquinas proporciones y de modesto amueblado. Unos cuantos sofás de damasco rojo; un tapiz de Segovia, bastante usado; algunas lámparas suspendidas de las vigas transversales, que, por no tener el salón cielo raso, le dan la apariencia de un granero, difícilmente evocarían la idea de palacio a no ser por un trono forrado de damasco rojo, por algunos espejos, por unos cuantos malos cuadros que adornan las paredes, y porque las ventanas tienen cristales. Lo que principalmente advierte al extranjero que ese edificio es el palacio, son unos veinte húsares que montan la guardia en los

lugares de acceso. Aunque no lleven botas ni estén a caballo, a pesar de su uniforme muy deteriorado, no por eso su presencia deja de recordar que se sube por la escalera de un palacio real.

Lo que se llama Palacio de los Diputados, es una casa situada en la esquina de una calle, cuya planta baja está ocupada por unas tiendas en las que se vende aguardiente. Al subir la escalera, lo primero que llama la atención son dos alegorías de la Fama, pintadas en la pared, al pie de las que se leen estas palabras: «No hay patria sin leyes». Al llegar al corredor interior el ruido que se filtra por una puerta pequeña advierte al extranjero que aquella habitación es el salón de sesiones. Consiste éste en una sala larga y estrecha, en cuyo centro se ha colocado un barandal de madera en el que se apoya el auditorio, ya que los únicos que están sentados son los representantes, en asientos baratos de madera barnizada, recubiertos de cuero curtido, alineados a lo largo, del otro lado del barandal.

El decorado del Palacio de los Representantes se completa con ocho faroles para alumbrar el salón de sesiones por la noche, una estera y los vidrios de las ventanas.

Para llegar al Palacio del Senado, se cruza la calle; éste es tal vez más modesto aún que el de los Diputados. En efecto, los dominicos le han cedido una lá de su convento en la que se ha arreglado con gran diligencia, copiándola de la de los Diputados, una sala cuyas paredes están adornadas con alegorías. Una de ellas representa la Justicia, y el pintor ignorante ha escrito debajo: *La Política*. Las sesiones duran desde las nueve de la mañana hasta la una, y se

reanudan a las seis de la tarde hasta las diez de la noche.

De modo que en este Palacio no hay ni salón de recepción, ni vestíbulo, ni antecámara, y cuando los Ministros llegan para dar alguna comunicación a una de las Cámaras, tienen que esperar en la escalera, hasta que el ujier de la Cámara, que es también director del teatro, venga a recibirles el paraguas y a invitarles a que pasen.

Los hispanoamericanos han adoptado para sus cárceles un sistema en exceso indulgente. Las cárceles están instaladas en el entresuelo, y las ventanas son lo bastante bajas para que los transeúntes puedan conversar con los presos: los detenidos políticos están sometidos a un régimen mucho más severo.

En 1823 había unos treinta presos en las cárceles de Bogotá, la mayor parte de ellos por robo o por falsedad, algunos por asesinato y especialmente por *uxoricidio*; no había sino uno que estuviese acusado de incesto; el número de mujeres detenidas era menor que el de hombres.

Los otros edificios públicos que hay en Bogotá son el Teatro y la Casa de la Moneda. Tanto en uno como en otro, la distribución deja bastante que desear; pero con todo es de admirar que a una distancia tan grande de toda comunicación con Europa, se encuentren establecimientos de esta clase.

El Teatro de Bogotá lo edificó hace algunos años, a sus expensas, un vecino rico aficionadísimo a las comedias. La sala no es mala, aunque resulta un poco oscura, porque sólo se utilizan velas para el alumbrado. Hay varias filas de palcos; éstos están cerrados por celosías de madera. El patio, que es amplio, tiene incli-

nación suficiente para que los espectadores puedan ver bien el escenario: allí se está de pie. La gente va a él sin distinción de clases. Es más: el patio es el único sitio a que puede ir un extranjero, ya que casi todos los palcos están tomados en abono por todo el año.

En el Teatro de Bogotá me han llamado la atención algunas costumbres completamente distintas de las de Europa. Por ejemplo, la buena sociedad va al teatro los días en que la representación es gratuita, porque el Vicepresidente, que es quien corre con los gastos, la honra con su presencia. El público exterioriza su aprobación con silbos y no con palmoteos; los aplausos al estilo europeo harían retirar una obra del cartel. Durante los entreactos las señoras salen de los palcos para fumar en los pasillos.

Las obras del teatro colombiano son muy medianas en general; *Bruto* o *Roma salvada*, tragedia que se representaba en 1823, no puede compararse con la de Hardy. Bien es verdad que los actores, que eran los sastres de la ciudad, no podían contribuir a dar un alto concepto del arte del teatro en Colombia; pero la atención con que el público seguía la función y la satisfacción que exteriorizaba, demuestran la gran afición que todo el país tiene por esta clase de diversiones.

Hay algo por lo que Bogotá recuerda las factorías de los europeos en la costa de Africa. En la ciudad se advierten muchas instituciones y costumbres análogas a las de las otras capitales del mundo, pero en saliendo de la capital ya no es lo mismo, todo cambia: se está en realidad en el centro de Africa; uno se ve rodeado de bárbaros que en su inmensa mayoría sólo van vestidos con calzones y camisa.... hasta la abundancia, que se advierte en los campos, que el americano que

vive en Europa echa tanto de menos y que le hace considerar nuestra riqueza industrial como una espantosa miseria, esa misma abundancia le parezca al europeo un lujo salvaje, ya que es innecesaria y superflua para las necesidades limitadas de los habitantes, y que además no puede halagar su orgullo.

Las tres principales calles de Bogotá son alegres y rectas, pero están mal pavimentadas. Las aceras son más cómodas que las de las otras ciudades españolas, y por ellas se anda sin mojarse cuando llueve, debido al alero de los tejados.

Un virrey decía que en Bogotá había cuatro agentes encargados de la limpieza de la ciudad: los gallinazos (*vultur aura*), la lluvia, los burros y los cerdos; y hoy es casi por el estilo; sin embargo, todos los sábados unos indios vienen con unas carretas tiradas por bueyes para sacar todas las inmundicias. Los arroyos de agua corriente que corren por el centro de las calles las mantendran en un estado mejor de limpieza, si no fuese porque al dar las ocho de la noche la incuria de sus habitantes las transforma en una cloaca infecta.

Por la noche los faroles colocados en las esquinas de ciertas calles las alumbran con parsimonia y unos vigilantes velan por la seguridad de los comercios, que a pesar de esa vigilancia, suelen ser asaltados. De este peligro que se corre en la ciudad se está por lo general exento en el campo.

La hidrofobia es frecuente en los perros de la cordillera. Los temores que inspira esta plaga obligan al Gobierno en determinadas épocas del año a pagar a unos cuantos indios para que maten a lanzazos a los perros errantes. Parece extraño que esos animales no



Jaulera, mendiga y carguero

estén exentos de esa enfermedad en las regiones frías de los Andes, que están situadas en los trópicos, cuando no la suelen padecer en las regiones cálidas de la misma latitud.

Las plazas son amplias y todas están adornadas con fuentes. La plaza del Palacio es el sitio en que los viernes se verifica el mercado, cuyo aspecto no es desagradable para el extranjero, a pesar del desorden que reina entre la gente que ese día acude en masa a Bogotá.

Se advierte en ese mercado una gran abundancia de carnes, de granos, de verduras y de frutas de toda especie. Se encuentran allí las de Europa y las de América. Se ven cestos de fresas, de piñas, de aguacates, de melocotones y de manzanas; más allá, montones de coles, de zanahorias, de patatas, de yucas y plátanos; al lado de sacos de maíz, de cebada y de trigo se ven montones de almendras de cacao, de pilones de azúcar; en un sitio se venden mil especies de plantas vulnerarias que los indios recogen en los páramos, y un poco más allá una mujer vende claveles, rosas y jazmines.

Hay una plaga verdaderamente espantosa que aflige a Bogotá: los pobres. Estos, los sábados irrumpen en la capital como las hordas en una ciudad tomada por asalto; asedian todas las puertas, y para que la piedad se las abra, exhiben las llagas y las dolencias más repulsivas; grupos de ancianos conducidos por niños obstruyen durante todo el día las calles y las entradas de las casas. Se les suele ver especialmente delante de las de los Ministros. La vista de sus andrajos, los lamentos que exhalan al implorar la caridad, son otras tantas lecciones que no parecen molestar a aquellos a quienes

van dedicadas, ya que toleran que se les dirijan todos los días.

A más de estos mendigos se tropieza por todas partes con los limosneros de los conventos, encorvados bajo el peso de un zurrón y con hombres vestidos de negro que tocan una campanilla, clamando de vez en cuando: «una oración por las ánimas», ocupación antaño practicada en Europa con la cual conseguían algunas limosnas.

Por los alrededores de Bogotá hay bonitos paseos bordeados de sauces y de rosales por los que trepan las capuchinas; pero a los que la gente no suele ir, pues prefiere pasarse por algunas calles cuyas aceras ofrecen un paso limpio y cómodo y en las cuales se pueden ver cómodamente a los jinetes que pasan por la ciudad al galope; la mayor parte de éstos llevan uniformes abigarrados y recargados de bordados de oro; unos llevan sombreros redondos con un penacho de plumas, otros tricorñios y la mayor parte el chacó; algunos jinetes no llevan más que la ruana o poncho, que es una especie de blusa muy en uso en la América Hispana. Aunque por lo general monten bien, el paso de sus corceles, que se parece al de nuestros cuartagos normandos, es tan poco airoso que no permite lucir al jinete su apostura.

Los caballos del llano de Bogotá tienen buena alzada, son fuertes y fogosos, pero muy fáciles de domar; no se les hierra sin que esto les impida galopar por las piedras sin tropezar. Llevan las crines al natural, costumbre que el uso de la silla española, tan práctica en las regiones montañosas, ha hecho perdurar, pero que la introducción de la silla inglesa, tan incómoda en los terrenos quebrados, tiende a hacer desaparecer.



Sacerdote - Caballero - General de la República

A los bogotanos les gusta mucho el campo, pero ninguno de ellos ha construido casas de campo confortables. No se conoce ni la magnificencia de los parques, ni la elegancia de los jardines, ni el lujo de los parques; en ningún sitio se ven espalderas, o emparrados, olmedas ni cenadores. Los gustos de los colombianos son sencillos; se limitan a tener una granja o alquería rodeada de prados para que pascen el ganado: por esta razón sólo van a sus haciendas para arreglar cuentas con los arrendatarios; nunca, ni por casualidad pasan en ellas toda una temporada; prefieren a una estancia monótona en una finca aislada, hacer algunas excursiones por los alrededores de la capital donde hay sitios agradables, en particular Tabio y Suba, que tienen aguas termales.

El extranjero, al llegar a Bogotá, si no tiene cartas de presentación, tropieza con grandes dificultades para alojarse, aun cuando en rigor de verdad se le da hospedaje como en todas las otras ciudades y pueblos. Lo mejor que puede hacer es ir a una posada, que se acaba de inaugurar, en la que por una piastra diaria se encuentra todo lo que se necesita.

La vida no es muy cara ni se contenta uno con la mesa redonda (1). Generalmente la comida en ésta se compone de un trozo de carne cocida con patatas, yuca y plátanos; en algunas casas acomodadas se suele añadir a ese plato huevos fritos, lentejas, guisantes o alubias, que en días extraordinarios sirven de acompañamiento a un trozo de carne de cerdo. El pan es bastante bueno, pero se come poco; en cambio se toma

(1) Ver nota 4 al final de la obra.

tres veces al día chocolate con queso y confituras. La bebida más corriente es el agua y a veces la chicha. El vino es cosa muy rara, y se le considera tan nocivo para la salud como el aguardiente. En esto tienen razón; el uso de estas bebidas es muy peligroso en Bogotá, no se pueden beber sino con extrema moderación. Se hacen varias comidas al día. A las siete de mañana se toma chocolate; a las diez, la sopa; se almuerza a las dos, se merienda a las cinco con chocolate, y se come a las diez. El uso de los vasos o de las copas de plata está a la orden del día; todo el mundo tiene por lo menos uno. No se usan las servilletas, el mantel es de rigor. Para el agua se suelen usar jarras de barro; de costumbre no se pone sino una para todos los comensales. Después de comer se lavan las manos, fuman y duermen. Esta costumbre es tan general que a las tres de la tarde toda la ciudad está sumida en el silencio más profundo, como sucede en todas las ciudades habitadas por los españoles.

Algunas familias, después de varios viajes a Jamaica, han abandonado sus antiguas costumbres y adoptado las europeas. Claro es que las costumbres de un país no se estudian en las familias cosmopolitas.

No hay en Bogotá diez comerciantes que tengan 100.000 piastras; entre las personas que viven de sus rentas, no hay cinco que tengan un capital mucho mayor. Las fortunas más corrientes son de 5 a 10.000 piastras. Como casi todo el mundo tiene una tienda, el negocillo que con ella hacen, triplica por lo menos, las rentas.

Las tiendas, sobre todo las farmacias, son pequeñas, oscuras y están muy sucias; la luz entra sólo por la

puerta, pero sin embargo son los sitios en que cuantos no tienen nada que hacer están de tertulia. El comerciante colombiano, sentado en el mostrador, fumando sin cesar y contestando lacónicamente a los parroquianos, recuerda mucho a los mercaderes de Esmirna o de Alepo.

Las diversiones consisten en bailes, mascaradas, riñas de gallos y corridas de toros. Algunas veces hay funciones de teatro. La principal diversión consiste en los juegos de envite y de azar; en ellos se arriesgan hasta 10.000 piastras.

En 1823 la pasión de los bogotanos por el juego estuvo a punto de convertirse en un negocio para un europeo que quiso abrir una casa de juego por el estilo de las de París. Ya lo tenía todo preparado, iba a abrir sus salas a la pasión de los jugadores, cuando el Vicepresidente le amenazó con castigarle con todo rigor si no abandonaba la ciudad. Idénticas amenazas se hicieron a los que tenían el *treinta y cuarenta* en Quito y en Cartagena, pero éstas no surtieron efecto.

El bogotano es muy sociable; las reuniones no tienen allí el mismo atractivo que las de Europa, porque todo el mundo fuma mucho y habla poco. Pero esa manía se irá perdiendo. Las señoras ya van dejando poco a poco, casi sin darse cuenta, el uso del tabaco; es un sacrificio que los oficiales ingleses han obtenido de ellas, y justifican su preferencia por las mujeres inglesas con estas palabras: *no fuman*.

El boato que se despliega en las procesiones y la multitud de fiestas religiosas contribuye en mucha parte a la distracción del pueblo.

El Corpus es la fiesta que se celebra con mayor esplendor en Bogotá. La víspera se anuncia con fuegos

artificiales. Se levantan cuatro altares ricamente adornados, uno en cada esquina de la Plaza Mayor, por donde ha de pasar la procesión, y por una singular mezcolanza de lo sagrado con lo profano, por todas partes se ponen cucañas, fantoches y una infinidad de jaulas llenas de animales raros y extraños. Las diversiones y los juegos cesan en cuanto la campana, que indica que la procesión se acerca, deja oír su tañido. Todo el mundo entonces se descubre y se arrodilla en la calle.

A la cabeza de la procesión van unos hombres tirando de unos cabriolés; en uno de ellos va el Rey David con la cabeza de Goliat en la mano; en otro, Ester; en un tercero, Mardoqueo. Luégo viene José montado en un caballo ricamente enjaezado, escoltado por un número infinito de guardias, que llevan entre las piernas un caballo de cartón. Todos esos personajes son los hijos de las familias más distinguidas de la ciudad. ¡Y cuánto se intriga para conseguir uno de esos puestos en esa augusta ceremonia! Las familias que consiguen que uno de sus hijos figure en ella no escatiman gastos de ningún género, rivalizan en lujo, ponen en los adornos perlas, diamantes, rubíes y esmeraldas, y no saben qué imaginar para hacer más llamativo el traje de los actores.

El clero se adelanta a paso procesional por entre la muchedumbre de fieles que llena la plaza. Las muchachas más bonitas de Bogotá van andando entre dos filas de sacerdotes; unas llevan el arca, otras los panes, una el incienso, otras cestas de flores: luégo vienen muchachos indios que, al són de la flauta y del tamboril, ejecutan las danzas más extrañas. Cierra el cortejo un destacamento de soldados con las armas y la bandera a la funerale.

Esta fiesta es la más bella de las que pueden verse en América; las de Navidad en los países cálidos no pueden compararse ni con mucho, a pesar de que ofrecen más encantos y de que se prestan a más diversiones, ya que dan lugar en todas las casas a bailes y a disfraces que el fresco de las noches hace sumamente agradables.

En Bogotá las costumbres son menos rígidas que en las demás ciudades; esto sucede en todas las capitales; los crímenes son pocos; las borracheras no llevan consigo grandes excesos, a pesar de que el número de tiendas en que se vende la chicha (especie de cerveza india) y el aguardiente son numerosísimas, viéndose por todas partes la hoja de col que tienen por distintivo.

Los bogotanos tienen buen carácter, son alegres y honrados: su alegría no es ni ruidosa ni petulante. Pocas son las mujeres que no son bonitas y todavía menos las que no tienen buen cuerpo; su traje, tan singular, no se ve en ningún otro sitio del mundo.

Aquí, lo mismo que en el resto de la República, las dos clases sociales, los ricos y los pobres, sólo se diferencian en el calzado. Todas las muchachas del pueblo van descalzas; para la mayor parte de ellas es una manera de agradar, más de una señora las envidia.

Esas mismas mujeres, unas veces por sus encantos, otras por los caprichos de los hombres o de la fortuna, pasan de buenas a primeras a formar parte de las personas calzadas; pero por un extraño prejuicio, por un pudor inexplicable, este cambio nunca será súbito. Primero se va preparando a la opinión poniéndose un vestido extraño, de un corte y de una tela idénticos a los hábitos de las monjas; a las que lo llevan se les da el nombre de *beatas*. La coquetería y el lujo también han hecho suyo el uso del hábito, pero entonces es un motivo

piadoso lo que sirve de pretexto para usarlo; por ejemplo para conseguir la curación de un marido, de un padre, de un pariente, de una madre; precioso privilegio ese que va unido al corte del vestido que santifica a la que lo lleva; que impone silencio a la opinión envidiosa cuando una mujer bonita se eleva de clase social; que da la salud sin más cambios en la manera de vivir que la obligación de no llevar vestidos de colores que no sean el blanco o el marrón, y la de dar a su vestido un corte no más extraño que el de los vestidos que se usan a diario.

La afición erudita que algunas personas tienen por las ciencias y las letras ha llevado al Gobierno a fundar una biblioteca que consta de unos 6.000 volúmenes, y a crear un jardín botánico y un observatorio. Estos están hoy completamente abandonados: hay tres imprentas, que tienen poco trabajo, pues sólo editan dos semanarios y algunos alegatos de abogados.

Pocos negros son los que se ven por la capital; como criados sólo se toman a los mestizos de indios; los mulatos abundan más; las señoras blancas no tienen ninguna prevención por el color de sus criados, y se dice que hasta no los ven con indiferencia.

Los extranjeros tropiezan con grandes dificultades para encontrar un servicio como Dios manda, sobre todo cuando van de viaje, pues como tienen dificultad para hacerse comprender por las gentes del campo, sus criados se convierten en sus intérpretes, y la familiaridad con que les tratan sus huéspedes, que comen de ordinario con ellos, les hacen sus iguales.

No es fácil decir cuál sea la opinión política de los bogotanos: como todos los capitalinos, suelen ser criti-

cones porque ven de cerca el juego del gobierno; pero en realidad son para éste más bien espectadores indiferentes de su mantenimiento en el poder o de su caída, que enemigos peligrosos. Con tal de que no les hagan pagar impuestos y de que les dejen criticar a su gusto, se creen libres. Después de haber sido Bogotá la que diera el impulso revolucionario, de ahora en adelante lo recibirá de las provincias, y cualquier enemigo que se adueñe del llano entrará en la capital.

Hubo el proyecto de establecer en Cúcuta la capital de la República: proyecto injusto y mal concebido; con él no se hubiera logrado más que tener una ciudad solitaria como Wáshington, pues la vida y el movimiento se hubieran quedado concentrados en Bogotá. Se hubiera immortalizado el nombre de Bolívar, pero no se hubiera hecho una ciudad hermosa. Estas, lo mismo que los imperios, no se improvisan. Esas ideas gigantesacas, buenas para los discursos apologéticos, no han dado resultados sino una sola vez, y para eso en una monarquía absoluta, en Rusia, pero también hay que tener presente que la situación se prestaba a ello, pues por lo que a Constantinopla se refiere hay que no olvidar que desde hacía mucho tiempo Roma no estaba ya en Roma, sino allí donde acampaban sus legiones.

Bogotá es, pues, por ahora, la sede del Gobierno; aquí es donde mejor se pueden estudiar los ingresos y los recursos de la República: vamos pues a examinarlos.

CAPÍTULO XII

Finanzas. - Aguardiente. - Papel sellado. - Alcabala. - Impuestos directos. - Guerra. - El Ejército. - Las plazas fuertes. - Marina. Relaciones extranjeras.

La fortuna de los particulares, base de la del Gobierno, asciende: 1.º A 8.000.000 de piastras, importe de los productos de la tierra; en éstos sólo se incluyen los cereales, las legumbres y las frutas; 2.º A 8.000.000, valor de la exportación de productos tales como el tabaco, el cacao, el añil, etc., 3.º A 2.000.000, importe de los metales que se dan a los extranjeros en pago de mercancías.

El total de estas cantidades asciende a 18.000.000 de piastras, lo que, suponiendo esa estimación exacta y una población de 2.700.000 almas, daría para cada habitante una suma de 33 francos 33 cts., de la que el Gobierno percibe de 9 a 10 francos por impuestos, quedando el resto para el vestido y la alimentación (1).

La esclavitud de una gran parte de la población explica cómo la gente puede vivir con recursos tan exigüos; por otra parte, su excesiva sobriedad, la sencillez

(1) Ver nota 5.º al final de la obra.

de sus vestidos, la vida solitaria que llevan, la abundancia de los campos y la bondad del clima, que les permite cosechar sin gran esfuerzo los frutos de la tierra, constituyen otros tantos medios económicos que les impiden sentir los efectos de su miseria.

Al detallar los distintos ramos de las rentas públicas, nos daremos cuenta de la situación, que no es muy halagüeña.

El Código de Aduanas (Memoria del señor Castillo, Ministro de Hacienda), que, simplificado, parece que habría de ser religiosamente observado, se burla por todos los ciudadanos. El contrabando se hace con el mayor descaro; si en el interior del país no es muy frecuente, en cambio en los puertos donde se está seguro de la impunidad, se hace a la luz del día. A esto obedece que los derechos de aduanas, que en tiempo de los españoles eran del 18 por 100 sobre las importaciones y del 12 por 100 de las exportaciones, que daban un rendimiento anual en La Guaira y en Cartagena de unas 800.000 piastras, no produzcan hoy sino seis octavas partes de esa suma, tal vez por disminución del comercio o por prevaricación de los funcionarios.

El tabaco produce lo preciso para cubrir los gastos; hace algún tiempo el Gobierno tuvo que vender el que había en el depósito de Tunja, porque podía echarse a perder al quedar mucho tiempo en los almacenes; no había tenido salida por lo mucho que se introduce de contrabando.

El impuesto sobre aguardientes, cuya fabricación constituía antes un monopolio y que fue declarada libre, no ha producido al Estado las utilidades que esperaba el Gobierno; además la gente ha adquirido una

afición funesta por los licores fuertes debido a la facilidad con que puede obtenerlos (1).

El Ministro de Hacienda ha creído encontrar la causa del escaso rendimiento de ese ramo de los impuestos en la introducción de aguardientes extranjeros, y ha pedido que se prohíba la importación, prohibición que casi con seguridad decretará el Congreso. El fraude es lo que motiva el escaso rendimiento de las licencias o patentes de destilación; todos los fabricantes se aprovechan de la ley fabricando una cantidad inferior a la que ésta exige para pagar la licencia. La fiscalización es tan deficiente en los bosques y en las montañas, que todo el mundo destila aguardiente, y muy pocos son los que pagan los derechos correspondientes.

El correo cubre gastos (2), el comercio es escaso y se escribe poco. El servicio de correos establecido por los españoles desde el extremo de California hasta Buenos Aires, continúa haciéndose aquí como antes; una vez por semana sale un correo para una de las tres grandes divisiones de la República.

La renta del papel sellado no ha sido de las menos productivas, debido a la obligación que hay de utilizarlo para todas las peticiones. Como las reclamaciones son numerosas y como el fraude es materialmente imposible, el Gobierno obtiene sumas de consideración con este impuesto.

La alcabala sobre las mercancías extranjeras, que fue reducida a $2\frac{1}{2}$ por 100, produce pocos ingresos debido a las corruptelas. La ley sobre el impuesto directo ha

(1) Ver nota 6.^a al final de la obra.

(2) Ver nota 7.^a al final de la obra.

sido mal interpretada y como además no se la ha hecho preceder ni seguir de un censo ni de una descripción exacta de los bienes, no fue aplicada y se acabó por derogarla.

La exactitud de estos datos, tomados de los discursos pronunciados por los Ministros en la apertura del Congreso de 1823, puede fácilmente comprobarse con el estado de los ingresos y de los gastos del Tesoro Público durante el año 1822. Al dar a conocer este interesantísimo documento hay que deplorar que no contenga los datos más que de una parte de las finanzas de la República, laguna que además es materialmente imposible de llenar, ya que la mayor parte de las provincias cubren las atenciones locales con impuestos extraordinarios y no publican ninguna clase de presupuesto.

INGRESOS	Piastras Reales	
Alcabala.....	56.440	½
Impuestos (atrasos).....	7.369	¾
Novena del diezmo.....	23.889	7
Inválidos.....	1.238	4 ¼
Quinto.....	578	5 ¼
Medias anatas seculares (derechos que pagaban los empleados al recibir sus nombramientos).....	19	2¼
Fundición de oro.....	272	1¼
Tierras.....	1.303	4¼
Salinas.....	106.607	
Papel sellado.....	16.779	1½
Aguardiente.....	749	7¼
Pólvora.....	156	2
Confiscación.....	506	4
Saldo de cuentas.....	84	1
Multas.....	100	
Refideros de gallos.....	528	3
Excedente de acuñación de moneda.....	125.000	
Mejoras.....	205	5¼
Venta de mercurio (14 onzas).....	24	¾
Depósitos y consignaciones.....	134.500	
Entregas de la Caja de Honda.....	424	3¼

INGRESOS	Piastras Reales	
Entregas de la Caja de Antioquia.....	26.288	6
Entregas de la Caja de Cartagena.....	1.994	¼
Entregas de la Caja de Ríohacha.....	15	2
Entregas de la Caja de Santa Marta.....	1.692	4
Entregas de la Caja de Caracas.....	300	
Empleos.....	53	
Sobrante de ingresos.....	4.804	
Temporal.....	10.850	2½
Vacaciones.....	42.830	2
Vacaciones menores.....	22.113	4½
Medias anatas eclesiásticas.....	859	4¾
La cruzada.....	1.481	1¼
Indulto.....	151	6
Tabaco.....	5.093	7½
Dón gratuito.....	4.083	5½
Empréstito.....	159.095	5
Sueldos del clero.....	3.505	1¼
Secuestro.....	12.122	7¾
Novena de consolidación.....	26.876	1
Beneficios.....	10.866	¼
Noveno y medio del derecho de fábrica.....	6.017	3
Depósitos.....	2.790	3¾
.....	4.297	7
Seminario.....	143	1¼
Montepío militar.....	72	4¼
Montepío civil.....	140	
Hospitales sin afectación.....	1.742	3¾
Correos.....	672	5
Moneda falsa.....	831	6½
Legados obligados.....	89	0
Conventos suprimidos.....	122	1½
Contribución directa.....	24.666	6¾
Mina de Baja.....	221	¾
Total.....	852.547	6¾
Aproximadamente.....	4.262.739	fr.

GASTOS	Piastras Reales	
Sueldo del Presidente.....	5.873	1¾
Sueldo del Vicepresidente.....	16.500	
Sueldo de los Ministros y de sus empleados.....	31.066	6¾
Sueldo de la Corte.....	6.603	5

GASTOS	Piastras Reales	
Sueldo de las finanzas.....	9.243	7½
Sueldo del Tesoro Público.....	6.008	4¼
Sueldo de la Intendencia del Departamento de Cundinamarca.....	4.530	5¼
Sueldo de la Corte Suprema.....	17.327	2½
Sueldo de los curas (antiguamente la Corona de España pagaba a los curas unas gratificaciones sobre el producto de los diezmos).....	489	4¼
Sueldos de los Sacristanes.....	162	¼
Sueldos de los Curas de los indios.....	1.235	4
Gastos generales.....	993	3¼
Empréstitos.....	1.069	7¾
Devoluciones al Tesoro.....	923	7½
Sueldos.....	1.123	3¾
Diversiones públicas.....	47	
Papel sellado.....	261	6¼
Compra de papel blanco.....	3.291	
Entregas a la "Caja" de Honda.....	423	7
Entregas a la Caja de Cartagena.....	1.282	2
Entregas a la Caja de Santa Marta.....	1.044	6¾
Sueldos de los Gobernadores y de los Jueces Políticos del Departamento.....	385	4¾
Sueldo de la tropa.....	16.395	5¼
Inválidos.....	278	3
Para la Guerra.....	166.500	
Obreros y talleres.....	41.300	
Compras de hierro.....	2.981	1¾
Compras de nitro.....	5.837	
Compras de víveres para el ejército.....	9.239	6
Compras de fusiles.....	1.170	
Gastos de transporte.....	2.000	
Raciones y bagajes.....	2.290	1¼
Vestuario de la tropa.....	30.051	¾
Medicamentos para la tropa.....	1.628	½
Enviado al ejército del Sur (Bolívar).....	53.065	
Enviado al ejército del Norte.....	33.743	
Enviado al ejército de Ocaña.....	2.100	
Gastos de impresión.....	4.555	3
A las manufacturas de tabaco.....	19.385	4½
Para gastos de los enviados.....	13.443	6½
Deuda exterior.....	15.177	6½
Comisión de revisión de la deuda nacional.....	725	1½

GASTOS	Piastras	Reales
Enseñanza mutua.....	1.359	6
Becas.....	504	
Pensiones de retiro.....	365	6¼
Envío a la Intendencia del Zulia.....	69.725	6¾
Envío a la Intendencia del Magdalena.....	67.134	1
Envío a la Intendencia de Boyacá.....	6.000	
Envío a la Intendencia de Mariquita.....	1.000	
Gastos de Palacio.....	799	7¼
Gastos en reparaciones.....	11.000	
Arreglo de las habitaciones.....	1.000	
Depósitos.....	84.000	
Tierras.....	128	4
Moneda falsa.....	794	2
La Cruzada.....	150	
Pagado a cuenta rentas del tabaco.....	3.303	7¾
Seminarios.....	40	
Fábrica de las iglesias.....	113	2½
Biblioteca.....	34	5¼
Temporal.....	1.613	4¼
Empréstitos.....	51.023	
Rentas consolidadas.....	4.101	6¾
Secuestro.....	1.172	6
Total.....	827.501	2¾

Aproximadamente 4.137.506 francos contando la piastra a cinco francos,

Según esos resultados el balance arrojaría un saldo en más para los ingresos de 125.233 francos; pero el Ministro de Hacienda colombiano se olvidó de cargar en la cuenta del Tesoro la suma de varios millones que proviene por una parte de la retención anual de un tercio de los sueldos y de otra de los suministros de todo género obtenidos por requisa. Esas partidas reunidas constituyen un saldo deudor muy considerable cuya liquidación se hará con los empréstitos^o contratados con los ingleses, ya que los reembolsos que el Gobierno pudiera lograr y cuyo valor se estima en unos 654.294 francos no alcanzan para hacer frente a esa liquidación;

además esos reembolsos en gran parte están constituidos por créditos correspondientes al Gobierno español y los patriotas, poco clarividentes, los consideran liquidados por el solo hecho de la revolución, y no consienten al Gobierno republicano que pague esa deuda monárquica.

Los demás recursos del Gobierno son todavía menos importantes; en efecto, a principios de 1823 no había en la Casa de la Moneda de Bogotá más de 7.022 castellanos, seis tomines de platino y 2.276 castellanos de oro, que a doce francos cada uno representan 27.312 francos.

De modo que antes de que los ingleses le hubiesen adelantado cerca de 40.000.000 millones de piastras, el nuevo gobierno, privado de la casi totalidad de sus rentas, estaba reducido, para llenar las arcas del Tesoro, a recurrir a los empréstitos forzosos, a las donaciones de los patriotas y a todas las demás medidas revolucionarias que paliar el mal sin curarlo y que en realidad lo agravan con los atrasos.

Sin embargo, con el dinero que se consiguió de los ciudadanos ricos, con los objetos en especie que obligó a entregar a los ciudadanos en situación menos desahogada, el Gobierno pudo terminar la guerra, bastante peligrosa, que sostenía Morales, y enviar al Ejército del Sur una ayuda pecuniaria lo bastante considerable para permitirle entrar en el Perú, donde encontró la *paga, el vestuario y los viveres*, de que carecía en el territorio patrio y cuya falta absoluta pudo haber dado lugar a una sublevación.

Estos milagros demuestran que los miembros del Gobierno no carecían de talento y de audacia. El Ministro de la Guerra, sobre todo, no es el que tiene menos que

hacer ni sobre el que pesan menos preocupaciones; cierto que en algunas ocasiones ha permitido a sus soldados que se provean de lo que necesiten en los países de cuya defensa están encargados; y también es verdad que un ejército que no está organizado, como los nuestros, gasta mucho menos que los de Europa.

Los soldados que se designan con el nombre de granaderos, dragones, húsares etc., no llevan uniforme parecido a los nuestros. Es muy raro que tengan más de una guerrera, una camisa y unos pantalones de lienzo, no usan ni botas ni zapatos, costumbre ésta que tiene la ventaja de habituar al soldado a andar por cualquier terreno sin herirse los pies, lo que les da una superioridad tremenda sobre el soldado europeo, cuyos pies magullados, en cuanto se les rompen los zapatos, tienen que quedarse rezagados.

Los infantes van armados con fusiles y los jinetes con lanza, y sólo un número muy reducido de éstos lleva sable y tercerola.

La República tiene 50.000 fusiles, que están en muy mal estado, todos de fabricación inglesa y de la peor clase que darse pueda.

La ración alimenticia está fijada en una libra de carne, una libra de pan y cuatro onzas de arroz por día y por hombre, pero en realidad pocas veces consta de otra cosa que no sean plátanos.

La paga de la tropa, de la que el Gobierno retiene una tercera parte, es la siguiente:

	Piastras.
General en Jefe.....	500
General de División.....	400
General de Brigada.....	300
Coronel.....	200

	Piastras.
Teniente Coronel.....	150
Jefe de Batallón.....	100
Capitán	60
Teniente	40
Subteniente.....	30
Médico.....	50
Capellán	40
Sargento 1.º.....	18
Sargento 2.º.....	15
Cabo 1.º.....	12
Cabo 2.º.....	11
Tambor.....	11
Soldado.....	10

En 1821 había 22.975 hombres en filas. En estos últimos tiempos ese número se ha elevado a 32.466, así: 25.750 de infantería, 4.296 de caballería, y 2.520 de artillería; en éstos están comprendidos 400 obreros.

En cada Departamento hay un Comandante General cuyo Estado Mayor se compone de un Jefe, dos Ayudantes y dos Secretarios; los Comandantes de las Provincias y de las plazas fuertes que haya en los Departamentos forman parte de él.

La infantería está dividida en batallones; hay 25 de línea y 5 de tropas ligeras. Cada batallón consta de 8 compañías. En cada batallón de línea hay una compañía de cazadores, una de granaderos y seis de fusileros. Cada compañía consta de 100 soldados y de 4 oficiales.

La caballería está constituida por 24 escuadrones. Los seis escuadrones que forman la guardia del Presidente constituyen una brigada.

Cada escuadrón tiene 3 compañías para la táctica antigua y 2 para la moderna. Las primeras tienen 50 sol-

dados y 3 oficiales; las segundas constan de 80 soldados y de 4 oficiales.

Hay 18 escuadrones de línea que se denominan dragones y lanceros y 6 ligeros de húsares.

Aunque la artillería está, en comparación con las otras armas, mejor atendida, se encuentra a pesar de todo completamente desorganizada; lleva uniforme de paño a la europea. Está de guarnición en todas las plazas marítimas.

Todavía no hay artillería ligera. Lo que llaman el cuerpo de ingenieros está representado por 2 o 3 oficiales.

La guardia presidencial está constituida por 2 batallones de infantería y por 6 escuadrones de caballería.

Se incorporan a este cuerpo los soldados que más se han distinguido en el ejército. Durante la última guerra fueron incorporados 2 batallones y un escuadrón.

El ejército es, en cuerpo y alma, del gobierno actual, menos talvez por entusiasmo por las instituciones que éste representa que por adhesión a los hombres que las establecieron; si Bolívar pidiera a sus soldados la corona, éstos le llevarían en triunfo.

Los soldados de Colombia, que son tan aficionados a infringir la disciplina, no son exigentes en cuanto a la paga. Pocas veces la falta de pago de sus haberes constituye un caso de revuelta. Hoy en día se conforman con cobrar sólo los dos tercios.

El soldado andino no tiene tantos vicios como el de los Llanos. Es menos propenso a la crueldad y al pillaje, pero en cambio es más dado a emborracharse. Todos, sin embargo, ignoran los deberes que en todas partes se imponen al soldado, y a veces se conducen en su propia tierra como en país conquistado. Se advierte que los des-

órdenes los cometen cuando están mandados por oficiales extranjeros, porque éstos, para hacer olvidar su origen, recurren con frecuencia a una tolerancia culpable; manera segura de hacerse adorar de los soldados, pues en efecto a sus órdenes se baten con una confianza ciega.

El colombiano aprende con sorprendente facilidad las maniobras y las evoluciones; la mayoría de los oficiales instructores son alemanes; los reclutas les oyen y les obedecen mejor que a los del país, quienes con demasiada frecuencia emplean los castigos corporales.

Al ser incorporados al Ejército, los colombianos se muestran en los primeros momentos muy recalcitrantes, pero en seguida adquieren el espíritu militar y se muestran muy adictos a una profesión que lleva consigo muchos privilegios y una consideración tan grande, que teniendo el menor grado se puede hacer temblar a todo un pueblo.

Los ciudadanos oriundos de los Llanos son excelentes soldados de caballería y el choque de sus escuadrones es terrible; pero en cuanto encuentran la menor resistencia hacen como los árabes: se dispersan en el acto y cuesta trabajo agruparlos de nuevo. Los hombres de la cordillera entran bien en fuego, pero no se les estima en mucho para la guerra de sitio; para ésta se prefiere emplear a los negros de los Llanos.

En resumen, el soldado colombiano es sobrio, sufrido y fuerte. Ni las fatigas, ni las privaciones, ni los vivasques le hacen mella con tal de que no se les haga pasar bruscamente del clima helado de las montañas al tórrido de los Llanos, o de las ciudades de la costa, pues el cambio súbito de temperatura les es tan funesto como a los europeos.

Lo que se llama milicia no es más que la reunión mensual de unos cuantos infelices indios reclutados los domingos a la salida de la misa para ejercitarlos en un oficio que les repugna. Las milicias de las ciudades reciben una instrucción mejor y se las puede considerar tan eficaces como las unidades de línea, con la diferencia de que, integradas por burgueses descontentos en su mayor parte, son mucho menos temibles.

Los españoles tenían sus plazas fuertes en un estado tan admirable, que si hubieran sido mejor defendidas, si sus murallas estuvieran en mejor estado, hubieran sido inexpugnables; pero municiones, hombres, conocimiento del arte de defensa de las plazas, todo faltaba, y además hay que tener en cuenta que los españoles sólo saben atacar y tomar las plazas. En esas plazas es en donde únicamente hay parque de artillería, almacenes y cuarteles; en todos los demás sitios el soldado se aloja cómo y donde puede.

En las inmediaciones de Bogotá y de Quito el Gobierno tiene dos fábricas de pólvora que no dan abasto para cubrir las necesidades, siendo los ingleses los que suplen lo que falta.

La flota de Colombia consta de diez y nueve navíos de guerra a saber: seis corbetas, siete bergantines y seis goletas. Desde luego se advierte que no puede tener una gran eficacia en la protección de mil leguas de costa; sin embargo, ha prestado grandes servicios en la guerra de Morales al bloquear a Maracaibo. La necesidad de tener una flota no ha escapado al Gobierno, que ha pedido, para ponerla a la altura debida, la suma de 4.770.845 piastras y 2 reales. ¿Pero dónde se encontrará esa suma?

Si ha habido muchos ingleses que se han alistado en el Ejército, en cambio muchos franceses se han engançado en la marina colombiana, y a las órdenes del mulato Padilla, que es el Comandante en Jefe, han logrado todos los triunfos.

En favor de todos estos extranjeros se ha dado una ley que les concede los derechos de ciudadanía al cabo de dos años de residencia en el país, y a los que se casen o a los que compren una tierra por valor de 6.000 pias-tras, se les reconocen iguales derechos al cabo de seis meses.

Al entrar un pueblo nuevo en la gran sociedad de naciones del mundo civilizado es natural que haya gran curiosidad por saber cuál es su disposición para con los otros Estados, con los que va a establecer relaciones de amistad y de alianza, de modo que voy a dar a conocer las de los colombianos.

A este respecto, lo mismo que en todas partes, se advierten dos clases de afectos: uno el del Gobierno y otro el del pueblo.

Colombia está unida a España por una infinidad de costumbres, y desea vehementemente que le reconozca la independencia, tanto más cuanto que el carácter inflexible de los españoles inspira serios temores.

El pueblo también habla siempre con respeto de Roma, que sigue siendo para él la ciudad santa.

Los Estados Unidos creyeron que, dada su proximidad, podrían figurar en primer lugar entre los países amigos del nuevo Estado; pero se equivocaron de medio a medio; los ingleses les desplazaron haciéndoles colocar después de los nuevos Gobiernos independientes, de modo que en realidad, con respecto a Colombia,

los Estados Unidos gozan casi de la misma consideración que el Perú, Chile y Buenos Aires.

Los imperios de México y del Brasil inspiraron durante algún tiempo un poco de envidia y de temor, pero el derrumbamiento del primero y la distancia que separa a Colombia del segundo han disipado esos sentimientos.

El Perú, por su proximidad, llamó en seguida la atención de Bolívar. En la entrevista que en 1822 tuvo con San Martín, en relación con la ocupación de Guayaquil, el general chileno (sic) le propuso que accediese a la elección del Príncipe de Sajonia-Coburgo para el trono del Perú; Bolívar pareció en un principio favorable a ese proyecto, pero al perder San Martín el protectorado Bolívar consideró rotos sus compromisos al respecto, y estimando que había llegado el momento de dar a los asuntos de un país limítrofe con la República una dirección menos favorable a las miras de los extranjeros, entró con su Ejército en territorio peruano.

La influencia inglesa no tiene rival en Colombia; no se conocen sino sus armadas; sus productos son casi los únicos que se compran; sus comisionistas y sus representantes están en todas partes y sus soldados han contribuído en esta República al éxito de la causa de los independientes.

Estas relaciones con Inglaterra no son de ahora; datan casi desde el establecimiento de las colonias españolas en América, pues a medida que la metrópoli aumentaba las leyes prohibitivas, la audacia de los contrabandistas ingleses iba en aumento. (1) Los americanos tenían, pues, relaciones incesantes con ellos; España las

(1) Véase Ulloa.

favoreció en distintas épocas, y muy especialmente en 1796, con leyes que las autorizaban abiertamente.

Al año siguiente adquirieron un carácter de intimidad todavía mayor (1). Los descontentos de las colonias españolas, arrogándose la calidad de Diputados de América, dieron a Miranda, el 22 de diciembre de 1797, el encargo de gestionar cerca del gabinete inglés que protegiese su independencia, ofreciéndole en cambio la suma de 750.000.000 de francos, el istmo de Panamá y las Floridas. Esta última cesión de territorio estaba destinada a los americanos del Norte en pago del cuerpo de ejército que debían suministrar. El General Miranda era el designado para mandar la expedición.

Esta designación y aquellas condiciones fueron del agrado de Pitt; este Ministro tuvo con Miranda una conferencia en enero de 1798: se convino un plan entre ellos; la ejecución de ese plan debía llevarse a cabo en seguida, pues en una carta escrita el 6 de abril de 1798 a Hamilton desde los Estados Unidos, Miranda se felicita de la próxima liberación de su país, y en otra carta de 19 de octubre se expresaba en términos mucho más esperanzados aún y hasta decía que sólo se aguardaba la decisión del Presidente. Por esta correspondencia se sabe que el Gobierno inglés se había comprometido a suministrar el dinero y los buques y que se esperaba que los Estados Unidos enviarían 10.000 soldados. Adams, Presidente a la sazón de los Estados Unidos, no envió ninguna ayuda y la expedición no se llevó a cabo.

No se volvió a hablar del asunto hasta 1801, época en que Addington, hoy Vizconde de Sidmouth, era primer

(1) *Journal of a residence and travels in Colombia during the years 1823-1824.* by Capt. ch. Stuart Cochrane, página 280, tomo I.

Ministro. Durante su gobierno se volvieron a considerar los antiguos proyectos relativos a la América española; se redactaron los planes de campaña y hasta se hicieron preparativos que se interrumpieron por el Tratado de Amiens.

En 1803 estalla la guerra, y Pitt, de nuevo en la Presidencia del Gobierno inglés, vuelve a sus antiguos proyectos sobre la América Española. Lord Melville y Sir Home Popham fueron los encargados de ponerse de acuerdo con Miranda para su ejecución.

Los asuntos del Continente y una expedición poderosa enviada contra Buenos Aires (1), sin conocimiento de Miranda, suspendieron la misión que se quería confiar a este general. Los descontentos de Venezuela y de Nueva Granada, refugiados en los Estados Unidos y en La Trinidad, no esperando ya ayuda de Europa ni de Norte América como consecuencia de los arreglos relativos a la Luisiana, decidieron liberar por sí mismos a sus patrias respectivas. En 1806 Miranda sale para Caracas al frente de escasas fuerzas. Ya dije antes cuál fue el resultado de esta expedición.

Cuando en 1810 estalló la revolución, la gente se acordó menos de los estragos debidos a los almirantes y a los filibusteros ingleses y del ataque de Vernon a Cartagena en 1740, que de la ayuda que se podía esperar de Inglaterra.

Esta les facilitó ayuda de todo género, y a crédito: ¡armas, soldados, barcos y víveres, todo afluyó a América! Ayuda cara y onerosa que la ocasión la hacía pa-

(1) En 1806 el General Beresfort y Sir Home Popham se apoderaron de esa ciudad por sorpresa; pero un año después los ingleses, derrotados en Witleck, tuvieron que abandonar sus conquistas.

recer inestimable; se olvidó que en Buenos Aires la bandera británica había ondeado sobre sus murallas.

La conducta de los ingleses sirvió admirablemente las intenciones de su Gobierno; éstos, que en todas partes se caracterizan por su hostilidad contra las ceremonias del culto católico, se asociaron a ellas en Colombia con una devoción y un respeto iguales a los de los católicos más fervientes.

Además, los comerciantes de la Gran Bretaña, sabedores de la miseria que reinaba en las provincias de América del Sur, hicieron buenos negocios enviando allí telas magníficas, bonitos dibujos y bronce estupendos; empezaron por popularizar sus mercancías, poniéndolas al alcance de las fortunas modestas sin que la calidad se resintiese, ni el aspecto dejase qué desear, con el objeto de que las relaciones entre los países se estrechasen con el cebo de la *baratura*, que es uno de los principales métodos del monopolio. De esa suerte fueron estableciendo una admirable progresión en el alza de los precios, cuyo punto de partida fue un real en espera de que la vanidad y los prejuicios le elevaran a onzas de oro, estando seguros de que el volumen del comercio nunca bajaría del punto inicial en caso de que las fortunas en lugar de aumentar disminuyesen. Este cálculo era exacto. Las colonias fueron abandonando los gustos españoles para adoptar los ingleses, y la Gran Bretaña se aprestó a acaparar mediante su industria los despojos de América que estaban a punto de ser arrebatados por la competencia de las otras naciones.

La previsión británica fue más lejos: presumiendo la ventaja que los americanos podrían obtener por el flete de sus buques, de estas naciones que carecían de marina, asustó a los hispanoamericanos con el temor a

los piratas. Los ingleses les persuadieron sin dificultad de que sus buques eran los mejores; extremaron las atenciones al punto de enviar sus barcos para recibir el dinero al módico precio de uno y medio por ciento, conduciéndoles además gratis a la Jamaica. Y no conformándose con todas estas atenciones les hacían escoltar por buques de guerra, de modo y manera que los colombianos estuvieron encantados viendo en la misma puerta de su casa las mercancías, los buques para transportarlas y las fragatas para defenderlas.

La antipatía religiosa se fue dominando. El agradecimiento unió a los pueblos y se recibió al herético como a un hermano. En cuanto los ingleses tomaron pie en el territorio establecieron sus factorías con grande habilidad, difundieron por todas partes sus mercancías, sus trajes y sus costumbres, introduciéndose de esta suerte en el país sin llamar demasiado la atención. El ejército adoptó sus uniformes, excepto en lo que al color rojo se refiere, pues en ese aspecto se prefirió el color de los uniformes franceses. Colombia tuvo periódicos ingleses para dirigir la opinión, del mismo modo que tuvo buques para proteger su comercio.

Los colombianos fueron generosamente recibidos en Jamaica; adquirieron algunas costumbres inglesas y por la opulencia de aquella isla dedujeron lo que debía ser el poderío de Inglaterra.

La primera sensación de los patriotas que viajaban fue de admiración; la segunda, de temor.

Los ingleses se dieron cuenta de ello; prometieron a los colombianos atemorizados por la última revolución de España, protegerlos contra ésta y ayudarlos. Para conseguir esa garantía los colombianos se estimaron dichosos con abandonarles las rentas del Estado: las sali-

nas, las esmeraldas, la pesca de perlas, los territorios de las Misiones, los buques de vapor, los empréstitos; todo en una palabra fue entregado a Inglaterra o pedido a los ingleses.

Ventajas tan considerables debían ligar a éstos con la causa de la Independencia. El Gobierno colombiano tuvo en seguida la prueba de ello.

Al principio de la revolución americana, los Comandantes en Jefe de las fuerzas navales inglesas en El Callao y en Jamaica eran los únicos agentes encargados de la protección de los súbditos británicos cerca de los gobiernos que se sucedían unos a otros. Esos Jefes otorgaban a los Capitanes de los buques que estaban a sus órdenes poderes discrecionales, autorizándoles a capturar, según la urgencia del caso, los buques de los patriotas y los de los realistas. Sin que ella se diera cuenta, resultaba que la América española dependía de la jurisdicción del Almirantazgo británico.

En 1823, el Gobierno británico, movido por un sentimiento de benevolencia para con los nuevos Estados, restringió la inmensa jurisdicción de aquel tribunal marítimo enviando cónsules para amparar en forma más legal el comercio inglés en aquellos países, cuya independencia se prometía reconocer más adelante. ¡Y cosa rara! A pesar de esas mutuas pruebas de amistad y de consideración entre ingleses y colombianos, la simpatía de éstos estuvo siempre del lado de Francia; en primer lugar porque en los franceses veían unos buenos parroquianos, en segundo porque la lengua, la literatura, las costumbres y la religión principalmente les acercaban más a los franceses.

SEGUNDA PARTE



Señora de la altiplanicie y señora de tierras cálidas

CAPÍTULO PRIMERO

Salida de Bogotá para Popayán. - Guaduas. - Chaguaní. - San Juan. - Regreso a Guaduas. - Breve estancia en esta ciudad. Beltrán. - Ambalema. - San Luis. - Chaparral. - Natagaima. - Payandé. - Samboja. - Villavieja. - Neiva.

A principios de agosto, y después de haber pasado tres meses en Bogotá, me dispuse a abandonar la capital.

Varias rutas se me ofrecían para regresar a Europa; todas presentaban el mayor interés, no tenía más que escoger. La primera y la más frecuentada, la de Caracas, permitía conocer una extensión considerable del país; pero esta región, explorada con anterioridad por viajeros ilustres, pocas novedades podría reservarme. La del Orinoco, por la importancia que este río habrá de adquirir andando el tiempo, hubiera merecido mi preferencia de no haber ya recorrido una región análogo al navegar por el Magdalena; finalmente, la ruta de Maracaibo, que las victorias de los patriotas habían dejado expedita, me hubiera parecido preferible a las otras dos; si, después de haber explorado la Cordillera Oriental, no hubiera estimado que sería curioso y útil recorrer la Cordillera Occidental, más rica en minerales.

Pedí, pues, mi pasaporte para Buenaventura, donde pensaba embarcarme, y salí de la capital el 9 de agosto de 1823, a las seis de la mañana.

El equipaje que ahora llevaba conmigo era mucho más reducido que el que traje al venir de Cartagena; dos mulas bastaban para transportarlo. El guía que me acompañó en mi viaje al Socorro me sirvió otra vez de arriero.

Para ir a Popayán había dos caminos: el de la Mesa Grande o el de Guaduas. Escogí este último.

Los caminos que atraviesan el llano de Bogotá están en tan buen estado en esta época del año, que muy pronto llegamos a Fontibón; poco después pasamos por Serezucla, y no tardamos mucho en encontrarnos en Facativá. Al día siguiente, por los senderos estrechos y escabrosos que surcan las montañas que parecen mullones destinados a sostener una enorme bacía, descendí por las vertientes de la inmensa meseta de Bogotá.

Felizmente el tiempo era bueno. Los valles situados al Oeste, que están sometidos a las mismas estaciones de la llanura que les domina, gozan de los mismos días buenos de la altiplanicie, con la sola diferencia, sin embargo, de que en ésta hace un frío intenso al paso que en ellos la temperatura es abrasadora. Cabe observar aquí que cuando es verano en las regiones situadas al oeste de la meseta de Bogotá, las que se encuentran a la misma altitud hacia el este, se ven inundadas por las lluvias torrenciales que a diario vierten las nubes provenientes de los llanos del Meta. Me llamó la atención una peculiaridad mucho más interesante: en los valles situados al Poniente, el bocio y las epidemias son frequentísimos, mientras que en los que están al Este no se conoce ninguna de estas calamidades (1). Además para hacer resaltar la diferencia que existe entre los va-

(1) En algunos sitios sólo hay lepra negra.

lles del este los y del oeste de la meseta de Bogotá, hay que tener presente que en los primeros la recolección tiene lugar en octubre y en los segundos en agosto.

Los caminos están en bastante buen estado, pero las personas que viajaban conmigo, auncuando mucho lo celebraran, no podían menos de maldecir a los españoles por el sistema bárbaro que habían empleado para repararlos, consistente en hacer trabajar en ellos a los presos políticos a razón de una libra de pan y de carne por día.

Por fin perdimos de vista las montañas altísimas que sustentan la meseta de Bogotá, y a hora temprana llegamos a Villeta, pueblo que está a trece leguas de la capital.

En la bajada de la inmensa pirámide de la cordillera encontré por todas partes las mismas conchas que ya había visto en el Socorro. Hubo otro espectáculo que me llamó la atención, y análogo al que tanto me afectara en Monquirá: era un muchacho, casi un niño, que iba atado a una mula en la misma forma que se emplea en Francia para llevar los corderos y que a pesar de sus gritos se le conducía a Bogotá para responder del delito de desertión. Muchas veces me quedé sorprendido al constatar cómo un pueblo enervado por tres siglos de paz pudo en tan poco tiempo haber adoptado unas costumbres tan diferentes de las que durante tanto tiempo fueron las suyas. ¿No podrá encontrarse la causa de esta transformación en las corridas de toros, importadas por los españoles, que al acostumbrar a estos pueblos a los espectáculos sangrientos les preparaban para otros mucho más bárbaros? Claro es que en esas espantosas diversiones pocas veces se termina el último acto con la muerte; pero los americanos habrían de ver en esas fies-

tas, además del peligro, una imagen de la guerra, que les familiarizaría con las que el día de mañana se arriesgarían a desencadenar.

Guaduas, tengo que confesarlo, me pareció un pueblo menos alegre, ahora que venía de Bogotá, que la otra vez que pasé por él en mi primer viaje; las fisonomías de los habitantes, en general más bien de rasgos agradables, me parecieron pálidas; observé gran cantidad de bocios de los que no me había dado cuenta cuando pasé por aquí la primera vez, en medio de las ilusiones que en mí despertara este pueblo al salir de los horribles antros del Magdalena; advertí también con verdadera pena que los mismos hombres que entonces me parecieron tan alegres no eran en realidad más que unos borrachos molestos y alborotadores.

En efecto, la gente se dedica casi exclusivamente a beber aguardiente anisado, so pretexto de que esta bebida es conveniente en los climas cálidos; máxima que, a condición de no abusar, tendría talvez su fundamento, ya que es curioso que la raza enclenque y dominante de los blancos no pueda vivir ni trabajar en los trópicos más que a fuerza de beber; en cuanto hace calor empiezan a quejarse; la prueba palmaria de los tormentos que sufren nos la suministran los habitantes de Guaduas. Aunque hace calor en esta ciudad, la temperatura es soportable, y sin embargo se quejan continuamente; unas veces del calor, cuando no de dolores de estómago o de cabeza. Las personas de la alta clase social, sobre todo, tienen una salud poco robusta; en ellas es en las que más abunda el bocio.

Tuve que permanecer en Guaduas hasta el 20 de agosto; confiando ciegamente en los informes que me

dieron algunos de los vecinos tomé el camino que éstos me indicaron.

Salí de Guaduas a las diez y media de la mañana; a las doce llegué a la cima de las montañas que cierran por el Oeste el valle de este nombre, desde donde contemplé, admirado, las inmensas llanuras que atraviesa el Magdalena. Bosques espesísimos cubren sus márgenes, y creí que al caminar por ellos tendría una temperatura fresca que mitigaría los torrentes de fuego que, en forma de vapores, veía errar por esos campos abrasadores; no bien hube descendido hasta ellos me vi envuelto en una atmósfera calurosa en extremo, que, al llegar a las faldas de las montañas, se hizo sofocante; caminaba a la sombra, es verdad, pero ni un soplo de aire estremecía las hojas de los árboles, cuyo follaje espeso contribuía a impedir el paso del aire, de por sí escaso, que se hubiese respirado en un lugar despejado.

Me habían prevenido de que no encontraría ni una sola casa en esos parajes desiertos; contaba con encontrar por lo menos agua, pero el lecho desecado de los torrentes no contenía ni una sola gota en todo su curso; era como si en algunas horas hubiese pasado de las provincias meridionales de Francia a las playas abrasadoras del Africa. Estaba tan abrumado de fatiga, que, confiándome al guía que había tomado en Guaduas, me desvié del camino y llegué, siguiendo un sendero estrecho, a un lugar habitado que se llama Puerto del Corral y que no dista mucho del Magdalena.

La proximidad del río ha transformado en pescadores a los agricultores que se han establecido en este sitio. Al ver las grandes redes extendidas sobre los setos vivos que protegen los campos de caña de azúcar de las

depredaciones de los ganados, creí que podría conseguir pescado; cuando lo pedí me dijeron que en la época del año en que nos encontrábamos, en la que dominan los vientos del Sur, los peces no podían remontar el curso del río, cuya corriente aumentan esas brisas.

En esa época estas pobres gentes pasan por un período de gran miseria: los campos agostados no producen nada; no hay pastos; ni siquiera en las márgenes de los ríos, cuyos cauces pedregosos sirven ahora de camino, se ve ni un rastro de hierba. Todo está marchito por aquí en esta época que los europeos llamamos primavera. La escasez atormenta por igual a los hombres y al ganado; el banano es su único alimento, y unas cuantas cañas de azúcar constituyen un festín que le hacen olvidar los calores enemigos de la salud.

Y sin embargo los blancos que habitan las tierras cálidas y que, como todos los hombres de esa raza que viven en los trópicos, cualquiera que sea la época en que sus antepasados se hayan establecido en ellos, son indolentes, sacan provecho de esta estación; durante ella queman las malezas que cubren los campos, que al volver la estación de las lluvias se transforman en verdes praderas; queman también los bosques, en los que habrán de plantar el maíz o la caña de azúcar; esas quemás, que consumen grandes extensiones de selva, alumbran espléndidamente las noches. Menos ingeniosos que los africanos, los habitantes de estas regiones dejan que sus ganados se vayan debilitando poco a poco en vez de buscar, como lo hacen aquéllos, en las hojas de los árboles un pienso que les permita soportar el tránsito, tan terrible, de la sequía a las

Maldiciendo una y mil veces a los que nos habían aconsejado seguir este espantoso camino, que además es el que utilizan los contrabandistas, llegamos a las nueve a Puerto Chaguaní. Aquí estábamos en las orillas del Magdalena, que ya conocía; el calor sofocante me hacía presentir el mal que aquella misma noche habría de hacer presa en mí.

En efecto, antes de llegar al Palmar, el sol y la sed me hicieron sentir los escalofríos de la fiebre; tuve que apearme en el cobertizo de un trapiche donde, inquieto en cuanto a los resultados de tan súbito malestar, hube de permanecer hasta el día siguiente por la tarde. El día 22 me dirigí al Palmar; los vómitos continuos me hicieron ver que no sería allí donde podría restablecer mi salud; en vista de ello resolví adentrarme de nuevo en las montañas, y al día siguiente empecé a ascender hacia sus cumbres. A medida que iba subiendo empecé a sudar, la respiración se hizo menos jadeante, y cuando llegué a San Juan me encontraba mucho mejor. Este pueblo, realmente bonito, está situado en una de las montañas que dominan el Magdalena, es muy limpio y da una idea del desahogo con que deben de vivir sus habitantes, ya que es el sitio donde descansan los comerciantes de tabaco, que han pasado el río al venir de Ambalema para ir a Santafé.

Pero ni la belleza del lugar ni el paso constante de forasteros han logrado inspirar a los miembros de la familia Rubio, que son los que constituyen toda la población, el generoso sentimiento de hospitalidad. No encontré, pues, dónde alojarme, y hubiera tenido que marcharme del pueblo a no haber sido por el cura, hombre joven y compasivo, que me ofreció albergue en su casa. Durante los dos días que pasé en ella mi salud se resta-

bleció a ojos vistas; pero sin embargo no estimé la mejoría suficiente para poder dirigirme de inmediato a Popayán, y pareciéndome más prudente ir en busca de otros cordiales más eficaces que los de San Juan, tomé la decisión de regresar a Guaduas.

Me despedí del obsequioso curita, que, recién llegado a San Juan, supo, en medio de los homenajes, o por mejor decir de la adoración de que era objeto, ya que a su paso todo el mundo se arrodillaba, prodigarme todas las atenciones propias de la amistad. A mediodía llegué a Chaguaní, mísera aldea donde la pobreza de sus habitantes no podía ofrecerme amparo de ningún género.

El día 26 tomé de nuevo el camino de Guaduas, adonde llegué antes del mediodía. Pasé allí dos semanas atendiendo exclusivamente al restablecimiento de mi salud que tres días de enfermedad, debida al brusco tránsito de una temperatura soportable al calor del ecuador, había quebrantado tremendamente.

El día 15 de septiembre estimé que estaba ya en condiciones de ponerme en camino para ir a Popayán. Me acompañaba un mestizo que me recomendó el Jefe Político de Guaduas. Seguí el camino que había tomado la primera vez, y aquella misma noche llegué a La Mora, aldehuela situada a la orilla del Magdalena. A pesar de la gran contrariedad que me proporcionó el retraso debido a mi enfermedad, era indudable que lo avanzado de la estación habría de ofrecerme condiciones más favorables para el viaje que las que presidieron a mi primera salida de Guaduas. El cielo, ahora más encapotado, me preservaba de los rayos del sol y las brisas del Sur, más fuertes, hacían más soportable sus ardores.

Al día siguiente llegué a las dos de la tarde a Beltrán, puerto en el que se cruza el Magdalena para ir a Ambalema. Me aconsejaron que al remontar el curso del río siguiese constantemente su margen derecha, pero preferí seguir la izquierda, que, a mi modo de ver, me ofrecería más probabilidades de hacer observaciones útiles o interesantes, sobre todo en lo relativo al cultivo del tabaco en Ambalema.

Me embarqué, pues, en una piragua a la que se ataron las mulas. Aunque el trayecto suele ser peligroso esta vez se efectuó sin peripecia alguna, llegando sin novedad a la otra orilla. El paso del río me costó una piastra. En una hora franqueamos la distancia que media del punto de desembarco hasta Ambalema.

Este pueblo, en cuyo territorio se encuentran extensas plantaciones de tabaco de excelente calidad, disfruta de un cierto bienestar; hay mucha animación y la gente padece menos enfermedades debido a que se alimenta más y mejor. Las casas son bastante malas, y la iglesia, caso excepcional en Colombia, no merecería atención de ningún género a no ser por la música que toca una orquesta de violines y de instrumentos de viento que se puede comparar con lo mejor que en este estilo haya en el resto de la República.

El tabaco que se cosecha en Ambalema se estima en unas dos o tres mil cargas. Su estanco sería muy conveniente para el Gobierno si el contrabando activísimo que se hace, a pesar de los veinte guardias a los que se pagan veinte piastras por mes, no viniese a privarle de la mayor parte de los ingresos. La tolerancia culpable de los vigilantes no basta para ponerles al abrigo del odio del

pueblo. Por lo visto, en todas las partes del mundo esta clase de gente es objeto de la pública animadversión.

El tabaco de primera calidad le cuesta al Gobierno tres piastras la arroba; el de segunda, diez reales, y los revende a los particulares al doble. La compra tiene lugar en los meses de abril, mayo y junio. A poca distancia de Ambalema, en dirección al Este, hay un sitio llamado Peladero, en el que según se dice hay varias minas de oro.

El 18 de septiembre, después de haber tomado un nuevo guía, indispensable para aventurarme por los llanos del Magdalena, en los que los caminos se confunden, salí de Ambalema. Del otro lado del río no se ven más que montañas altísimas cubiertas completamente de bosques, mientras que la margen en que me encuentro está desprovista de árboles y no ofrece ninguna protección contra el calor del día. El terreno pedregoso refleja con violencia extrema el calor; se padece mucho y sólo se encuentra agua para refrescarse; ésta es muy fresca y límpida porque viene de los páramos que forman la Cordillera Occidental. Atravesamos el Venadillo, arroyo que estaba casi seco, aun cuando en esta época del año los ríos que nacen en las montañas del Oeste crecen de pronto debido a la fusión de las nieves, a tal punto que los viajeros tienen que esperar a veces varios días para poderlos vadear. En la otra orilla, por el contrario, como los ríos no están alimentados sino por las lluvias, su lecho desecado ofrece en esta época un camino fácil y cómodo.

A ambos lados del río los únicos refugios que se encuentran están constituidos por cabañas aisladas construidas con cañas en las que vegeta una población enclenque y enfermiza de diferentes razas; mientras en Africa

los negros tienen que vivir agrupados en aldeas para defenderse de los ataques de sus vecinos, aquí los habitantes de estas regiones viven alejados los unos de los otros; unas cuantas vacas constituyen su fortuna y el vino de palma su consuelo. A veces tienen un caballo; en este caso unos estribos de madera, una cuerda a guisa de freno y una albarda por silla constituyen todos los arreos de sus corceles, cuya delgadez atestigua los frecuentes ayunos a que se ven condenados en estos llanos agostados. Claro es que su precio no es elevado, y se suelen vender de diez a veinte piastras cada uno. El amo padece tanta hambre como sus animales, y la harina de maíz constituye su único alimento.

A las seis echaba pie a tierra a la puerta de la choza de uno de estos salvajes. El sitio donde estaba situada se llama Puertillo. La choza era tan exigua que casi no cabían en ella mis bártulos; la suave temperatura que hace por las noches me indujo a dormir fuera. Mis huéspedes estaban sumidos en la miseria más negra; se les hubiera tomado por una familia mora. El vestido de las mujeres me recordaba el que llevan las del Sahara: consistía en una especie de bata de tela ordinaria de color azul, sin mangas y sujeta por encima de los hombros por una cinta de algodón; los hombres sólo llevaban calzoncillos, y la desnuda espalda está tan tostada por el sol, que parece casi negra. Toda la noche la pasaron bebiendo vino de palma.

Como desconocen el método africano para extraer el jugo, lo obtienen cortando la palmera por el pie. Este sistema pronto agotaría el manantial del placer, a no ser por el número infinito de palmeras de esta clase y por exiguo de la población.

Muy de mañana salimos de la casita de estos cristianos salvajes del Magdalena, y en seguida nos encontramos con unos vecinos de Ibagué que iban en peregrinación a Méndez, aldea que está a poca distancia de Honda. Su celebridad se debe a una estatua de la Virgen; cuando la colocaron en el santuario era de muy reducidas dimensiones, pero desde entonces todos los años aumenta de tamaño de modo milagroso. La religión, al santificar de ese modo determinados lugares, ha abierto caminos al comercio y ha establecido relaciones entre los hombres, a pesar de los malos caminos, de los peligros y de la política española que tendía a aislar a los habitantes.

El calor me parecía que aminoraba a medida que nos dirigíamos más hacia el Sur y que nos íbamos acercando al curso alto del río. La causa de ese cambio en la temperatura se debía a la proximidad de las cimas nevadas del Quindío; el campo era mucho menos árido y el terreno menos pedregoso; la hierba no era ya rala ni estaba agostada; la vista de la vegetación, aunque todavía escasa, reanimó a nuestras caballerías y recreó nuestros ojos. En realidad caminábamos por las extensas praderas de la cordillera, y a no haber sido por el ardor del sol y por las palmeras que por doquier balanceaban majestuosamente sus cabezas empenachadas, hubiéramos podido creer que habíamos salido de las tierras ardientes de los trópicos y que estábamos en uno de los valles de clima europeo de los Andes.

Atravesamos primero el Totare y después el China. Estos dos ríos, cuyo cauce en la época de las lluvias es muy ancho, llevaban ahora muy poco caudal y los pasamos sin peligro, aunque gastamos mucho tiempo en en-

contrar el vado; nos acogimos al amparo de una choza que había a corta distancia.

Mucho me congratulé de haber seguido para ir a Popayán el camino del Magdalena en vez del de la Mesa, que es el que se toma de ordinario y que pasa por las montañas hasta llegar a Samboja, pues resulta sumamente agradable recorrer en toda su extensión el inmenso valle del Magdalena, cuya belleza no es inferior a la de la meseta de Bogotá. Además tuve la ventaja de disfrutar de una brisa del Sur, muy fresca. Todos los días empezaba a soplar hacia las dos de la tarde y duraba hasta la noche, lo preciso para templar los ardores del sol. La gente que encontraba por el camino me permitía juzgar de la de los llanos del Orinoco, con la que, según me aseguraron, tenía una gran semejanza.

Siendo todavía temprano atravesamos el Chipalo y varios otros ríos cuyos cauces abiertos en valles profundos cortaban a cada paso el camino, circunstancia ésta que antes no se había presentado, ya que no habíamos encontrado sino torrentes cuyas aguas corren al mismo nivel que el del llano. Dejamos a Ibagué a la izquierda, y aunque estábamos a gran distancia de la ciudad distinguíamos el campanario de su iglesia, punto apenas perceptible en medio de las cimas prodigiosas del Quindío que la rodean. Aunque no hubiera estado firmemente decidido a seguir el curso del Magdalena hasta Neiva, la vista de ese panorama imponente me hubiera hecho tomar de repente la resolución de pasar por el Quindío, para entrar por el valle del Cauca. Todo parecía propicio a inspirarme ese deseo: la estación favorable; el Quindío, entonces muy frecuentado, no ofrecía peligro alguno, y sin necesidad de recurrir a las espaldas de un cargador, se podía, por diez y seis días

tras, franquear ese paso terrible en cinco días, sirviéndose de unas mulitas a las cuales, desde hace poco tiempo, se les ha acostumbrado en Ibagué a hacer ese recorrido.

Con todo, seguí el camino de Neiva y no tuve por qué arrepentirme. Debido al influjo de las montañas cubiertas de nieve que forman el Quindío, la vegetación por doquier se mostraba en todo su esplendor; los arbustos menos marchitos acusaban una temperatura menos abrasadora que la de la zona inferior. Y en esta misma jornada apreciamos todavía mejor los efectos saludables de ese cambio de temperatura al bajar al abismo profundo por donde corre el Coello. Este río, cuyas aguas límpidas y heladas nacen en el páramo de Cartago, corre por un terreno mucho más bajo que el nivel de los llanos vecinos, de modo que cuando se baja hasta él y se levanta la cabeza para mirarlos, parecen verdaderas montañas.

El fresco que se siente en esos abismos profundos es verdaderamente delicioso; la vegetación asombrosa. No hay nada tan magnífico, por ejemplo, como los desfiladeros por donde corre el Coello. Se podría decir que está compuesto de varios pisos: a medida que se descende, la fertilidad aumenta; a esto se debe que hayan plantado tabaco; el que allí se cosecha es el mejor del Magdalena. La anchura del valle del Coello es considerable; se camina mucho tiempo antes de llegar al extremo opuesto, pero el camino se hace corto gracias al espectáculo maravilloso que se contempla. Cuando en los trópicos se siente un calor suave, cuando se camina a la sombra de las palmeras y de los bambúes y cuando se pisa una hierba fina, cabe considerarse en el colmo de la felicidad; se olvida el cansancio. Nuestra satisfacción fue completa al ser acogidos en la casa de

uno de los guardianes de estas tierras feraces. Los habitantes han apreciado a tal punto el valor y la riqueza de estas fincas, tan aptas para la cría de ganado, que las han cercado con setos vivos, muy cuidados y muy resistentes, con una puerta que cuidan celosamente los guardianes.

El encanto indescriptible de estos lugares ha hecho indudablemente ameno el carácter de los habitantes. Estos no tienen la cara adusta de sus vecinos que moran en los llanos de Puertillo; son serviciales, obsequiosos y hospitalarios; tienen aspecto robusto, sin duda porque se alimentan bien (1). Muy próximo a la Puerta de San Francisco, donde habíamos pasado la noche, empieza lo que llaman Llano Grande, llanura que se distingue de las que antes habíamos recorrido por su verdor perpetuo, por la escasez de piedras y por el mayor número de ganado vacuno y de caballos que se ven pacer por todas partes. En la Puerta de San Francisco confluyen tres caminos: uno va al Espinal, aldea próxima a las orillas del Magdalena; otro al Guamo, que está un poco lejos, y el último a San Luis, que se alza en las estribaciones de la Cordillera Occidental. Tomé este último. Viajábamos en domingo, de modo que los caminos estaban muy frecuentados; todo el mundo iba a casa de su párroco; los que iban a San Luis pronto me dejaron atrás; hombres y mujeres todos iban a caballo. Estas, para protegerse del sol iban tapadas de pies a cabeza con una tela de algodón, pues, lo vuelvo a repetir, tanto los blancos como los mestizos que habitan estas regiones no pueden, como los negros, soportar los ardores del sol. Después de haber atravesado

(1) Secan al sol grandes cantidades de carne de vaca; la cortan en tiras y la venden por anas (el ana equivale a 1 m. 20).

Las Guaduas nos fuimos aproximando a la cordillera; luego tuvimos que bajar al abismo por el que el río Luisa se ha abierto paso: este valle es de una aridez espantosa, no se ve una mata de hierba más que en las orillas mismas del río. El paso por donde el Luisa franquea la cordillera parece ocasionado por un terremoto.

Nos encontrábamos en un verdadero laberinto; tuvimos que atravesar varias veces el cauce bastante peligroso del Luisa y seguir por sus márgenes arenosas; empleamos una hora en salir de ese abismo y entonces divisamos a San Luis, donde no tardamos en llegar. Ofrecía un aspecto desolador. Unos días antes la mitad del pueblo había sido destruída por las llamas, y apesar de la generosidad de N. Caicedo, uno de los propietarios más ricos de la región, mucha gente todavía tenía que dormir en la calle.

Gracias a este hombre, cuya generosidad es digna de todo encomio, no me vi en esa misma situación, pues me proporcionó albergue en casa del sacristán; tuve que pasar en ella dos días, pues hubo que cambiar una de las mulas que estaba herida y contratar un nuevo guía. Todo se arregló a mi entera satisfacción.

San Luis está muy bien situado: al abrigo de las montañas que le protegen de los vientos del Nordeste, recibe, en cambio, continuamente unas brisas que refrescan la atmósfera. Alejado de todos los caminos frecuentados, San Luis no parece que debiera tener mucho comercio, y sin embargo la venta del azúcar que se produce en sus inmediaciones atrae a muchos comerciantes.

En las montañas vecinas hay minas de plata. Casi toda la población padece del bocio; y la que no, tiene una especie de lepra que ennegrece la piel de los blancos y blanquea la de los negros; esta enfermedad desfi-

gura tanto a los unos como a los otros en forma repugnante.

Llegué a San Luis el 22 de septiembre, cuando ya las lluvias empezaban a caer en estas llanuras, de modo que el 23 me puse de nuevo en camino con el objeto de llegar a la parte alta del río antes de que cambiase el buen tiempo. Al anochecer me detuve en una cabaña aislada. Desde hacía mucho tiempo había tomado la costumbre de llevar conmigo víveres para varios días, y entre ellos pan, pues en todas estas comarcas no se cultivan los cereales, que se cosechan en la Cordillera Oriental.

Mi guía, del que quedé contentísimo, lejos de tener la apatía característica de los indios, era locuaz, y su conversación resultaba interesante. Nacido en el Socorro tenía toda la vivacidad de sus conterráneos, había viajado mucho y observado atinadamente y, sobre todo, conservaba muy bien en la memoria lo que había visto. Me contó que en la cadena del Quindío, por cuyas faldas caminábamos, había todavía muchos indios independientes, cuyo encuentro no ofrecía peligro, según pudieron darse cuenta buen número de proscritos de las últimas guerras civiles, cuando se refugiaron en los bosques que cubren aquellos montes.

Hacia el Suroeste divisamos al Chaparral, altura aislada al fondo de un llano dilatado y que una cadena de montañas separa de la llanura en que nos hallábamos. Ese lugar, que está a un día de camino de San Luis, es célebre en la región por las tormentas que estallan a diario y por las riquezas minerales que se encuentran por doquier. El entrante en que está situado el Chaparral, en el que vienen a precipitarse los vientos del Nordeste, que soplan con violencia terrible durante la estación de las

lluvias, provocan sin duda los continuos relámpagos que surcan el cielo constantemente cargado de nubes.

Muy temprano llegamos a las orillas del Saldaña, río que nace en el Chaparral. En las arenas que deposita en sus orillas se coge oro; el viajero atormentado por la sed, al llegar a sus márgenes, aprecia la sombra de las palmeras que protegen sus aguas como un tesoro mucho más valioso aún que éstas; sus aguas, a pesar de no ser tan límpidas como las del Coello, son igualmente frías y menos peligrosas. Por la módica suma de dos reales pasamos al otro lado del río en una piragua.

Aquí entramos ya en las tierras de los indios de Coyaima. La aldea de este nombre se encuentra en las estribaciones de las montañas que se elevan al Oeste. Al alejarse de las orillas del Saldaña sólo se ven llanuras de inmensa extensión cubiertas de hierba marchita; sin embargo la naturaleza del suelo es buena, pero esta región nunca se ve favorecida por las brisas refrescantes que soplan de las cumbres nevadas del Quindío.

Talvez no haya error al decir que los indios no tienen ninguna de las virtudes que en los mestizos compensan sus muchos defectos. No son ni serviciales ni hospitalarios, y de ello nos dimos cuenta en un bohío que encontramos en el camino, donde nos detuvimos para pasar la noche, pues fue lo único que había en estas soledades. No atribuí la frialdad con que nos acogiera su dueño a lo que generalmente se dice de que para el indio todos los extranjeros son herejes, sino al egoísmo del indígena y al odio inveterado que siente por todos los que no son de su raza. Como todos los indios que viven en los llanos, la familia de nuestro huésped no llevaba por vestido sino una

especie de taparrabos enrollado a la cintura, al estilo de los africanos; el resto del cuerpo lo llevan desnudo. Un rebaño de ovejas constituía todo el haber de estos indios, rebaño que cuidan con el esmero peculiar que se advierte en toda la región de la cordillera. Recogen con todo cuidado la preciosa lana y la venden en los pueblos próximos, a 12 reales la arroba. Esto ya constituye un progreso, pues antes se pagaba por esquilar las ovejas, sin aprovechar la lana que se obtenía. Esta es de mala calidad. Poco a poco las artes y la civilización van progresando; ¡pero con qué lentitud! El extranjero sigue siendo considerado como si fuera un Triptolemo, un Baco o un Vulcano; por fuerza éste tiene que ser, en estas regiones donde todo se ignora, un gran bienhechor. Considerando el grado de adelanto que los europeos hemos alcanzado, la América Meridional está en relación con nosotros en el mismo estado en que se hallaba en relación con España, cuando ésta la descubrió: entonces no se conocía aquí nada, y ahora sólo se conocen las cosas de oídas o por algunos libros que las personas que tienen alguna cultura empiezan a leer.

Al día siguiente hacia mediodía pasé por Natagaima, que es otro poblado indígena. Antaño estaba emplazado en otro sitio; el cambio de emplazamiento se debió a razones de orden sanitario y de utilidad pública. El santo patrono (según la tradición popular) ha incendiado ya por dos veces la nueva iglesia, de modo que Natagaima carece de templo. Esta aldehuela es muy mísera, y no me explico por qué siguen dándole el nombre de pueblo de indios, pues son muy pocos los indígenas que hay en ella; casi toda la población está constituida por mestizos, y como sólo dista seis leguas de Purificación, mucha gente de este puerto del Magdalena ha venido

a establecerse en Natagaima. Enfrente, en la Cordillera Oriental, se divisan los pueblecillos de Páramo y de Alpujarra.

En el sitio por donde crucé el Anchiqué, las dos cordilleras se aproximan un poco, y ya los llanos empiezan a estar cubiertos de bosque.

Desde hacía dos días teníamos a la vista una montaña que se adentra en la llanura a manera de promontorio; llegamos a ella a las seis de la tarde. Era el Payandé: en ella hay una mina de cobre. El origen volcánico de esa montaña no ofrece la menor duda, lo que se comprueba por las piedras eruptivas que se ven por todas partes; por el cono que forma su cumbre y por los desgarramientos del suelo, que se advierten a cada paso. En las inmediaciones había algunas chozas aisladas; pedimos en una de ellas hospitalidad, y un niño nos la otorgó. Mientras hacíamos nuestros preparativos para disfrutar de ella, nuestro joven huésped desapareció para avisar nuestra llegada y dar la alarma a sus padres, que estaban ocupados en las faenas del campo. Hasta las diez de la noche fuimos dueños y señores exclusivos del albergue; a esa hora los dueños fueron llegando, sin duda tranquilizados sobre nuestras intenciones, y parecieron satisfechos de ver que nos habíamos instalado en su casa sin consultarles. En el fondo tal vez esos indios nos maldecían, pues el paso continuo de tropas indisciplinadas ha provocado en todas partes el recelo de los habitantes. Si se cree que un viajero es militar, la gente huye en cuanto le ve como si se tratase de un enemigo implacable, de suerte que se queda dueño de cuanto posee el propietario atemorizado; fortuna ésta bien mísera, ya que por lo general consiste únicamente en bananos verdes y en un poco de maíz. Mi

aspecto, que a la legua denunciaba mi condición de extranjero, me ha hecho pasar muy malos ratos, pues cuando después del cansancio de todo un día de camino esperaba encontrar un albergue cómodo, sucedía a veces que no podía conseguir ni agua ni fuego y tenía que contentarme con la provisión de bananos, de pan y de carne en cecina que a todo evento llevaba conmigo. Cuando por casualidad el dueño de la casa se quedaba en ella, indefectiblemente me hacía siempre la misma pregunta: «¿Viene la tropa con usted, señor Coronel?» Y al contestar que no venía tropa de ninguna clase conmigo la alegría volvía a iluminar su rostro, y desde aquel instante, y ya sin temor alguno, aquel hombre me atendía con una amabilidad que no estaba dictada por el miedo.

Hoy, día 26, salimos del territorio de los indios de Natagaima. No he visto región más despoblada. A las once pasé por el sitio en que la cumbre de la Cordillera Occidental es poco ancha, de modo que en cuanto se llega a ella se empieza en seguida a bajar en dirección al Poniente. Desde allí se ve la aldehuela de Lateko, en cuyas inmediaciones se encuentran las minas de oro de Aporé, que, según dicen, son muy ricas. Más allá entramos en una región poblada de árboles y de palmeras cuyos troncos son más gruesos que los de Africa; se comercia con el aceite que se extrae de estas últimas y que se emplea para los mismos usos que la mantequilla. De trecho en trecho hay mojones para indicar las distancias y los tambos (1) para albergue de los viajeros, pues es muy raro que se encuentre alguna vivienda; las pocas que se ven están enca-

(1) Palabra peruana que significa *caravanserrallo*.

ramadas sobre las peñas más escarpadas y a tal distancia unas de otras, que indudablemente han de mantener muy escasas relaciones sus habitantes entre sí. La distancia considerable a que se halla de cualquier parroquia obliga a sus habitantes a enterrar los muertos en el campo. Por lo general esas tumbas están a la orilla de los caminos: hé aquí, en plena cordillera, una costumbre común a griegos y romanos. Estas sepulturas, única huella del paso del hombre, no inspiran ideas lúgubres; indican que a poca distancia se encuentra la casa de la familia del sér que yace en su última morada. De modo que se siente una cierta satisfacción al advertir que no está uno en un lugar completamente desierto. Sin embargo, no traté de encontrar ninguna de esas viviendas ocultas en el fondo de los bosques, y me apresuré a llegar a las márgenes del Magdalena, que atravesé por un lugar denominado Samborja. La anchura del río no es excesiva y el color verdoso de sus aguas indica que éstas se alimentan con las de los manantiales de los páramos.

No tardamos en llegar a la otra orilla, donde unos pescadores nos dieron albergue, que compartimos con unos bogas que llevaban a Honda unas balsas cargadas de cacao: cada balsa llevaba unas quince cargas, a razón de seis piastras por todo el viaje. Este género de transporte es el más usual en estas regiones por el gran número de bancos de arena que hay en el río, además de que los champanes suben muy pocas veces más allá de Ambalema.

Tanto el calor como el alboroto que hacían mis compañeros de albergue me determinó a irme a dormir al aire libre, aun a riesgo de que los mosquitos me devoraran. No fue este el único inconveniente que trajeron a mi

memoria las míseras covachas del Bajo Magdalena. En éste, el llanto de los niños, el miedo a las serpientes, a los escorpiones y a los ciempiés, que abundan sobremanera en esta región, no me dejaron descansar ni un instante. Me hubiera estimado feliz si, para distraerme del fastidio de toda una noche de insomnio, la dueña de la choza hubiera seguido meciéndose en su hamaca y musitando canciones indias al són de la guitarra. A las doce todo el mundo dormía, menos yo que no pude cerrar los ojos por el ruido infernal que durante toda la noche hacían los perros y los cerdos que se asustaban recíprocamente a cual más con sus ladridos y gruñidos.

Al rayar el alba di orden de ensillar las mulas, y loco de alegría salí de aquella desdichada choza de Samborja. Antes de que fuesen las 10 llegué a Villavieja, que dista unas seis leguas españolas, y donde pasé todo el día bajo un cobertizo de cañas que me cedió uno de los vecinos. El trayecto desde Samborja hasta Villavieja fue penosísimo, pues desde hacía ya algunos días habían cesado las brisas que amortiguan el calor de los llanos de Ambalema y de San Luis. Durante toda la mañana caminamos por una región abrasadora, donde el suelo está constituido por guijarros y rocas, que semejaban fortalezas en ruinas: las pirámides naturales que Ulloa vio en el Perú no son más extrañas que estas moles, que se creerían debidas a la mano del hombre.

Villavieja está a poca distancia del Magdalena; el calor que hace es sofocante debido a que la distancia que separa a las dos cordilleras es muy reducida y a que como la Oriental es baja y compacta, los vientos que soplan del Este pasan por encima y van a caldear las aguas del río. La gente pretende — y no me ha sido posible comprobarlo — que esos vientos no atraviesan

el Magdalena. No sucede lo mismo con los que soplan del Norte, cuyo influjo es general.

La iglesia de Villavieja merece mención aparte; cuando estuve allí la estaban construyendo. El arquitecto era un negro, tenía gusto y había seguido algunos estudios en Bogotá. El proyecto con arreglo al cual la edificaba era un plano regular. La iglesia costará a la parroquia unas 14.000 piastras; esta cantidad exorbitante la pagarán todos los vecinos que tengan una posición desahogada; cada uno de ellos, al morir, tiene que dejar una cantidad equivalente al costo de una vara cuadrada de edificación.

Frente a Villavieja se encuentra Aipe, pueblo de indios, a quienes las gentes del lugar consideran duchos en astrología.

El calor que padecí el último día me hizo arrepentirme amargamente de no haber seguido el consejo que me dieran mis guías de viajar de noche. Esta vez lo seguí, y salimos de Villavieja a las dos de la mañana; a las diez estábamos en Fortaleza: almorzamos allí en compañía de unos mercaderes que se dirigían a Bogotá para comprar sal y llevarla a Popayán. Reanudada la marcha, nos encontramos al final del llano árido, por el que habíamos andado toda la mañana, un bosque cortado por una infinidad de caminos; la cortina que formaba nos velaba la vista de Neiva; por lo menos su sombra nos protegió del calor sofocante que pasamos en aquella llanura de Villavieja: en ese bosque eran los arroyos los que mantenían principalmente una temperatura fresca; el agua corría por todas partes por canalillos que a manera de sangrías han practicado los vecinos de Neiva para regar los pies de los cacaotales. La temperatura que se disfruta en esos lugares es muy agradable;

el ambiente está embalsamado por el aroma de las flores que crecen al borde del agua. Este jardín delicioso me hizo olvidar todos los anteriores sufrimientos. ¡Cuánto habríamos padecido en la época de lluvias, que transforman el suelo en un pantano intransitable y que juntamente con el desbordamiento de los ríos detienen al viajero!

A las dos llegamos a Neiva, y la hospitalidad nos fue otorgada en seguida; la debimos a uno de los vecinos más ricos. La solicité para dos días, y él por su parte no fijó límite alguno; el plazo que pedí me bastó para encontrar mula, pues una de las mías se había inutilizado en Fortaleza. Como no tienen la precaución de herrarlos, son muchos los animales que se estropean; tenía también que contratar un nuevo guía, pues el que me había acompañado hasta aquí desde San Luis tenía que regresar a su casa.

Neiva dista diez y siete días de camino de Bogotá: es capital de la provincia del mismo nombre; está situada en las orillas del Magdalena. Su primer emplazamiento estuvo en las montañas; los andaquíes, tribu salvaje de los alrededores, degollaron a la población, y el terror que infundieron hizo que la nueva ciudad se levantase en las orillas del río, con objeto de poder embarcarse y ponerse a salvo a la menor alarma.

La temperatura de Neiva es ardiente; pero a pesar de ello, las aguas del Magdalena son muy frías debido a que vienen de los páramos próximos. Su color es verdoso; aunque su sabor no es desagradable, la gente prefiere beber las de los arroyos que atraviesan la población. Los caimanes nunca se ven en las inmediaciones de Neiva.

Enfrente de la población está el caserío de San Andrés, en cuyas inmediaciones se encuentran minas de oro. En los alrededores del pueblo de San Antonio, situado en las tierras frías de la Cordillera Oriental, se cosechan muchas legumbres. En esa región se podrían, pues, sembrar cereales; la rutina de los habitantes prefiere traer de Bogotá las harinas, a razón de 16 piastras la carga, a cosechar el grano a sus mismas puertas sin gran esfuerzo.

La riqueza principal de Neiva la constituye el cacao. Se estima que la provincia puede producir unas dos mil cargas al año; una gran parte de esa cantidad se produce en Timaná, a pesar de que su población no pasa de dos mil almas. El precio de la carga de cacao es de 30 piastras; el costo del transporte hasta Honda es de 20 reales por carga. Este producto con el café y el azúcar es uno de los que no están gravados con el diezmo en algunas provincias. Neiva no produce azúcar; ésta se trae de la Mesa o de la Plata y se paga a un real la libra; la sal también se trae de esos mismos sitios y su precio es el mismo que el del azúcar.

Los habitantes de Neiva se comunican por Timaná con los indios andaquíes, que viven no lejos de las fuentes del Magdalena; hay ocho días de camino para llegar a los territorios de esos indios. Se les llevan cuchillos, espejos y chucherías de vidrio a cambio de cera, de una blancura deslumbrante, y de barnices que se emplean para pintar recipientes de madera de distintas clases. El procedimiento es sencillo: el obrero pone la resina en la boca, la masca, la extiende en láminas y la aplica sobre los colores pintados en la madera. Neiva no es una ciudad rica: la guerra, así como las frecuentes invasiones de hormigas en los cacaotales,

la han arruinado. No hay más de unas seis casas con techos de teja, y las calles no están empedradas. La población, en gran parte, está constituida por gente de color. Las enfermedades más frecuentes son la elefantiasis y la lepra.

La ciudad más importante después de Neiva es Timaná, situada cerca de las fuentes del Magdalena. Esta ciudad es la última población que la República cuenta en la cuenca del Magdalena; luego ya no se encuentran sino caseríos, chozas aisladas y salvajes. No se puede ir a caballo hasta el nacimiento del Magdalena, pues la angostura del camino que pasa por las cimas más elevadas de las montañas solo permite ir a pie.

Por todos estos sitios la navegación se hace en balsas que tienen por quilla un tronco y cuyo puente y bodega están hechos de caña. En muchas ocasiones toda una familia se aventura en esas frágiles embarcaciones que se gobiernan con un remo sobre la rápida corriente del río, teniendo la seguridad de que los flexibles materiales con que están construidas cederán en caso de choque contra las rocas, sin romperse. De esta suerte cuando un pobre agricultor se dispone a ir a Honda, construye a toda prisa una balsa, carga en ella algunos sacos de cacao, instala a su mujer, pone a su lado el perro y dirige por entre las rompientes del río la frágil navicilla que lleva sus esperanzas y a su amiga, cuya mantilla de tela de algodón, izada a veces en lo alto de un palo, se hincha e impulsa la marcha de la embarcación.

CAPÍTULO II

Tambo del Hobo. - Paso de Los Domingarios. - Puente de cuerdas. - La Plata. - Pedregal. - San Francisco. - Inzá. - La montaña del Guanaco. - Totoró. - Paniquita. - Popayán. - El volcán de Puracé.

Salí de Neiva el 30 de septiembre a las siete de la mañana; a la caída de la tarde vimos cerca del camino una choza de muy buen aspecto; pero ¡cuál fue nuestra sorpresa al acercarnos! todo estaba sin orden ni concierto, o destrozado; los dueños, saqueados por los soldados, habían huído a las montañas; no había otro sitio donde pasar la noche; mis guías dominaron el miedo que les infundían los aparecidos, y nos instalamos en aquella vivienda solitaria. Para sustituir la olla de que carecíamos para hacer la cena, pusimos unas piedras en el fuego; cuando estuvieron caldeadas las echamos en una totuma con un poco de chocolate, y esa fue nuestra pitanza.

Al día siguiente (1.º de octubre), muy de mañana, ya habíamos dejado atrás los pueblos de Hobo y de Sevilla, situados a nuestra izquierda, y desayunamos en el tambo del Hobo. El tambo es una especie de cobertizo con techo de paja que se levanta en las proximidades de

las poblaciones sobre el camino real, para servir de abrigo a los viajeros. Por lo general no se suele encontrar en ellos nada absolutamente. En las cercanías del tambo de Hobo hay unas cuantas chozas en las que unas mujeres preparan una comida de lo más ordinaria, pero que uno está encantado de encontrar; no se concibe cómo no se ha hecho otro tanto en las inmediaciones de los otros tambos, atrayendo allí gentes que podrían prestar los mayores servicios a los transeúntes. Bien es verdad que la mayor parte de los viajeros llevan consigo su avío, consistente en unas cuantas varas de carne seca y en chocolate; suelen también llevar consigo panela, pues en esta región casi no se bebe agua sin antes haber comido un poco de dulce, razón por la cual este artículo tiene un consumo tan considerable.

Después del tambo del Hobo se pasa una serie de barrancos cuyas arenas lavan los habitantes de la región para sacar las pepitas de oro que hay en ellas; luego se sale de los llanos para entrar en las montañas, donde se separan, para volver a reunirse después, los senderos que de Neiva van a Timaná y a Gigante, y por otro lado al Magdalena: éste fue el que tomamos nosotros.

Antes de anoecer llegamos de nuevo a las orillas de este río que atravesamos por el paso de Los Domingarios; no nos llevó mucho tiempo el paso del río, pues el cauce no tiene aquí más de unas treinta toesas de ancho. En cuanto llegamos a la otra orilla, cuyo suelo está constituido por piedras y rocas, nos dirigimos hacia una cabaña que conocía nuestro guía; estaba situada bastante lejos del camino, y como él nos dijo, el dueño la había construido allí con la intención de

sustraerse al alojamiento de los soldados y de evitar sus depredaciones.

Este hombre nos recibió amablemente y nos alojó en su propio cuarto, que no era más que un palomar inmundo; las palomas que en él habían anidado nos impidieron, con sus arrullos, dormir durante toda la noche; nuestro huésped aprovechó la vigilia para contarnos el pesar que había experimentado con la destrucción de una capilla que había en las inmediaciones de su cabaña y cuya guarda le había confiado el cura de Neiva, empleo que le fue conferido con la condición de colocar en la capilla una imagen milagrosa. De acuerdo con lo estipulado, el pobre hombre hizo el viaje penosísimo hasta Santafé, donde adquirió, de una mujer muy devota, una imagen favorecida con el dón de hacer milagros, y, encantado por haberla conseguido por la módica suma de doce piastras, regresó más que a escape a su capilla y a su choza.

El cura, satisfecho por la escrupulosa exactitud del hombre, no tardó en descubrir en la sagrada imagen las virtudes más eficaces; la colocó con la mayor pompa en el sitio más vistoso, e instituyó una festividad en honor de aquella patrona, fiesta a la que sus feligreses eran invitados a concurrir anualmente. El viaje desde Neiva al paso de Los Domingarios es tan agradable, por entre la feraz campiña, que todo el mundo acude en masa. Nuestro huésped, en pago de sus desvelos, veía afluir a su cabaña en calidad de parroquianos a los devotos peregrinos, a cuya disposición ponía toda clase de víveres que no le era muy difícil conseguir, pues las ofrendas que la piedad aportaba, consistentes en huevos, aves, etc., servían para alimentarlos. Esta prosperidad no duró mucho: la guerra estalló; los soldados de la

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
CATALOGACION

República se contentaron con comerse las ofrendas respetando la imagen; pero los españoles la hicieron añicos: «De modo, añadió nuestro huésped, con la evidente satisfacción de la venganza, que esos *godos* (1) impíos se ven ahora derrotados en todas partes. Dios les castiga en todas las batallas por su infame sacrilegio».

Al día siguiente continuamos subiendo, pues el terreno se iba elevando cada vez más, y los caminos por lo tanto eran peores. La población era tan escasa, que nos veíamos obligados a descansar en pleno campo: de costumbre nos deteníamos debajo de un árbol en las orillas de algún arroyo; en los trópicos constituye una verdadera felicidad poder almorzar a la sombra y con agua límpida y fresca al alcance de la mano.

Si de una parte la dispersión de la población, ante el temor que les inspira el paso de las tropas, favorece el desmonte de nuevas tierras y el aumento de la población, que tiende constantemente a disminuir en las ciudades, por otra, debido a la destrucción de los caseríos, los mercados semanales no se celebran; cada cual no siembra sino lo indispensable para la subsistencia de los suyos; hasta el ir a la iglesia no es ya motivo de reunión, pues los eclesiásticos sólo suben al púlpito para pedir el pago de los impuestos y predicar el alistamiento. Así, pues, los hombres se van acostumbrando a vivir aislados, se visitan poco, y sabido es que cuando en un país las comunicaciones cesan, el comercio, la agricultura y la industria se extinguen, la ignorancia aumenta y el bandolerismo es la natural consecuencia.

(1) *Godos* es el nombre con que los colombianos designan a los españoles. Sabido es que éstos lo emplean en poesía del mismo modo que los ingleses en sus composiciones poéticas se dan el nombre de *bretones*.

La Cordillera Occidental, en la que entonces nos encontrábamos, no me pareció mucho más practicable que la Oriental: los caminos eran igualmente malos y peligrosos. El paso que franqueamos a las nueve de la mañana, que lleva el nombre de El Volador de Neme, no deja de presentar peligros. Con la palabra *volador* se indica una montaña en cuyo flanco se ha logrado trazar un sendero tan estrecho, que en muchos sitios no pueden pasar de frente dos mulas; cuando esto sucede, hay que volver grupas hasta llegar a un sitio en que la senda sea más ancha; además esas veredas resbaladizas están flanqueadas por precipicios espantosos.

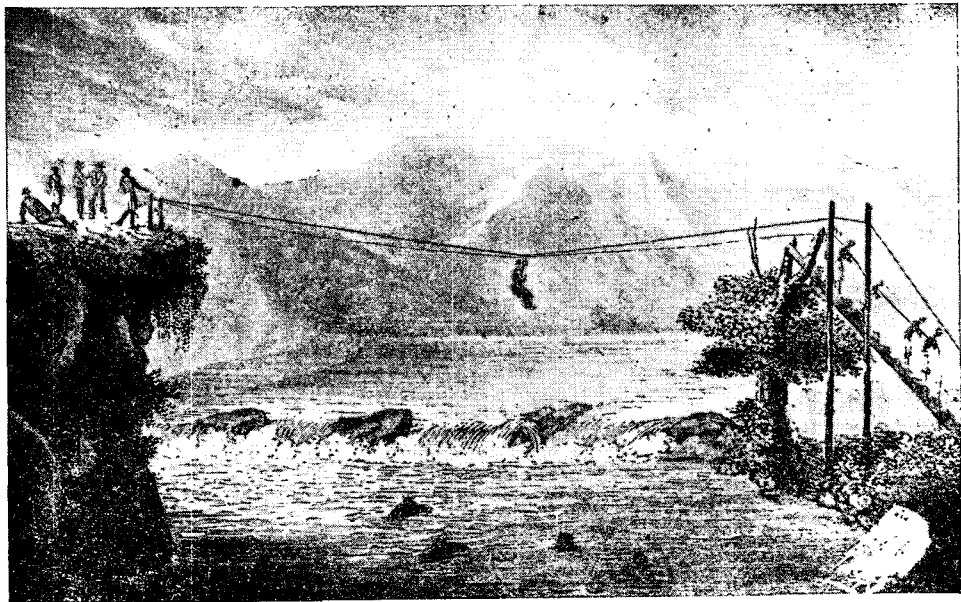
Cuando salimos de ese paso peligroso nos encontramos en una llanura de extensión bastante considerable que se encuentra en la cima de una montaña muy elevada; esta llanura es sumamente fértil y disfruta de una temperatura suave en extremo; su anchura no es más que mediana, de modo que a la derecha y a la izquierda podíamos ver a nuestros pies valles profundos cubiertos de ricas praderas. El valle que teníamos a nuestra derecha está regado por el Pay, que desemboca en el Magdalena en el paso de Los Domingarios. Al noroeste está Carnicería, caserío de escaso vecindario, y en lontananza, sobre un collado muy alto, se divisa Nataya, que está habitado por indios que tienen un idioma especial.

El calor estaba atemperado por los vientos oeste suroeste, que no dejaron de soplar hasta que llegamos a Paicol. Este pueblo estaba desierto; el año anterior había sido despoblado por una epidemia cuyas características eran dolor de cabeza y de riñones con vómitos de sangre negra; la muerte sobrevenia por lo general al onzavo día. El único remedio que se empleó fue el ponche, que dio buenos resultados en algunos enfermos.

Esa epidemia no atacó a los indios, hecho que justificaba el dicho de los mestizos de que «el indio no enferma nunca».

Al día siguiente, abandonando las orillas del Pay costeamos las del río de La Plata, afluente del primero, y antes de las dos de la tarde avistamos la población de este nombre, pero no pudimos llegar en seguida, pues el puente que sirve de medio de comunicación no permitía el paso rápido del gran número de gente que iba o venía de La Plata, como podrá darse cuenta el lector por la descripción que del mismo voy a hacer: En ambas orillas se fijan en el suelo unos postes a los que se atan unas correas. Sobre esta *tarabita* (este es el nombre que se da a estos puentes, tan especiales) se coloca una tabla, pendiente de una polea, provista de correas que sirven para atar al pasajero, y, según la dirección en que vaya, se tira de ella desde tierra en un sentido o en otro. Esta manera de pasar produce espanto al principio, pues causa estremecimiento el verse suspendido sobre un abismo y asegurado con unas cuerdas que la lluvia pone tensas, dando la impresión de que van a reventarse; sin embargo los accidentes no suelen ser frecuentes. Las caballerías pasan a nado.

Cuando llegué a la orilla del río La Plata, un individuo vino a ofrecerme alojamiento. Aunque desconfiase de esa oficiosidad, que en los pueblos de origen español se ve pocas veces, acepté encantado su invitación, teniendo en cuenta lo que me dijo al oído otro de los vecinos sobre la causa de su ofrecimiento, que no era otra sino la de que mi futuro huésped había matado un buey, hecho éste que en los pueblos constituye un acontecimiento de importancia considerable. Para llegar a la choza que debía servirme de habitación tuve que atravesar una



Tarabita - Río de la Plata

parte del pueblo. Hasta el presente no había visto nada más misérrimo; toda la gente que encontré en el camino, hombres de color, estaba en su mayor parte desfigurada por bocios enormes; además eran de una suciedad repugnante, y por si esto fuera poco, a través de los jirones de los harapos que cubrían sus cuerpos se advertían además las manchas de la lepra.

Quedé encantado de mi huésped; me proporcionó guías y mulas, me compró los víveres que necesitaba para atravesar el territorio casi desierto del Guanacos, y, en una palabra, tuvo para conmigo todo género de atenciones. En La Plata conocí a un General prusiano que venía de Popayán con ánimo de embarcarse para Europa, encuentro que no dejaba de ser singular en los desiertos de Nueva Granada. Al pie de la *tarabita*, a la vista de las cimas de prodigiosa altitud donde nace el río de La Plata y donde antaño estaba emplazada otra ciudad del mismo nombre, dos habitantes del Viejo Mundo, como los americanos llaman a Europa, tuvimos la satisfacción de recordárnoslo mutuamente.

Ya me disponía a despedirme del Alcalde al que debía algunas atenciones que había tenido para conmigo, cuando me dijeron que su colega, que era a la vez su deudor, le había hecho encarcelar por opiniones políticas. Esto me apenó; estaba tan convencido de la bondad de la causa del Alcalde y me parecía tan honrado, que no dudé ni por un momento que hubiera salido bien de ese asunto. Hacia la mitad del trayecto entre La Plata y el lugar donde debíamos pernoctar, pasamos por delante de una mina de hierro muy rica; los habitantes de las inmediaciones no la explotan (1).

(1) Sorprende que desde hace siglos los africanos exploten sus minas y que los indios no hayan nunca pensado en laborar las suyas.

Continuamos caminando a lo largo de las márgenes del Pay. Este río da el nombre a una jurisdicción de diez y ocho aldeas indias que se encuentran en las montañas que hay al este-suroeste de La Plata. Cada una de ellas está regida por un jefe de su elección; el conjunto de esas aldeas está administrado por un blanco que reside en Huila. Esos indios son cristianos y están sometidos; tienen un régimen municipal especial, como sucede en todas las regiones que antaño se denominaban *tierras de indios*.

Una tempestad nos cogió cerca de un rancho situado en un lugar denominado Cuevas. Nos acogieron en él. Cuando el amo que estaba fuera llegó, su hija se arrodilló delante de él para que la diera su bendición, y, cuando ya de noche encendió una vela, salmodió una plegaria bastante larga. Esta costumbre es muy frecuente entre los campesinos.

Al día siguiente, debido a las lluvias que caían desde hacía ya algunos días, nos costó gran trabajo transponer una montaña muy alta, cuyas laderas estaban sumamente resbaladizas; de modo que llegamos muy tarde al pueblo indio de El Pedregal; en él no quedaba sino el cura; todos sus pobladores habían huído. Desde la guerra, la hospitalidad, como ya lo he anotado, se había constituido en una verdadera calamidad, a la que sólo podía la gente sustraerse ocultando su vivienda en los lugares más inaccesibles. Los indios, familiarizados con el yugo de la sociedad, le sacuden y se vuelven a los bosques para tornar a sus primitivas costumbres salvajes.

Seguimos por las orillas de un río que lleva el nombre de *Ullucos*. En lo alto de las montañas que forman su margen occidental divisamos, Santa Rosa, que se distin-

que desde mucha distancia por lo blanco de sus casas. Este pueblo ofrece en medio de aquellas espantosas alturas una perspectiva encantadora; en las orillas del Ullucos hay unas factorías en las que se prepara la sal que se saca de la mina de Segovia, que está un poco más lejos; su producción no basta para el consumo de la región.

Después de pasar por San Francisco llegamos a Inzá, donde pasamos la noche. Por ninguna parte se veía gente, y a esta contrariedad había que añadir la desazón producida por las picaduras de mil insectos de todas clases. Esta incomodidad no se experimenta en la Cordillera Oriental, a pesar de que el frío no es más intenso que en la Occidental.

En Santafé se me hizo una descripción aterradora del Guanacos; pero no exageraron. Cuando viajé por el Socorro creí haber recorrido los peores caminos; aquello no era nada: los de aquí no presentaban el aspecto espantoso de las rocas del Guacha, pero las dificultades que ofrecían no eran menos terribles. Para hacer accesibles esas montañas se han puesto de trecho en trecho trozos de madera en los que los cascos de las mulas resbalan a cada paso; además la humedad que desde hace siglos empapa este terreno, forma unas charcas en las que los caballos se hunden, con riesgo de desaparecer para siempre. Todo contribuye a aumentar los peligros, pues además hay muchos manantiales cuyas aguas, que brotan con violencia, arrastran los trabajos rudimentarios de los indios, y escapándose por todas partes forman torrentes en los que se está expuesto a perecer ahogado. Hasta en la época de sequía está uno empapado, porque las nubes que cubren esas montañas

se resuelven en una llovizna muy fina que traspasa y entumece a los pobres viajeros.

Llegamos muertos de frío al tambo de La Ceja, donde sólo nos detuvimos el tiempo indispensable para que descansasen un poco las mulas; esta sería la última habitación que habíamos de encontrar en los dos días siguientes.

Una de las mulas que estaba extenuada se detuvo de repente en medio de este camino peligroso, y como uno no puede detenerse mucho tiempo, tuve con gran sentimiento que abandonar al pobre animal en medio del camino, donde estaba destinado a ser la presa de las fieras, de los mosquitos, o víctima del frío.

Como la lluvia seguía cayendo y la noche se avecinaba, tuvimos que apresurar el paso a pesar de las fatigas de la jornada; todavía se veía algo cuando llegamos al tambo de Los Corrales; dos indios negociantes en sal estaban ya instalados y preparaban su comida en un fuego que encendieron con mucho trabajo. Los tambos están tan descuidados que en ellos no siempre se está al abrigo de las inclemencias del tiempo. El Gobierno no destina cantidad alguna para mejorar el estado de esos míseros refugios, únicos que el viajero encuentra en medio de las noches tempestuosas del páramo; el agua chorrea por todas partes y la madera está tan mojada que arde con mucha dificultad. Así es que después de pasar una noche con la ropa empapada, tiritando de frío y devorados por los mosquitos, al día siguiente hay que pasar el terrible Guanacas sin haber comido más que unos plátanos y a veces hasta sin comer nada. Nosotros pasamos por todas esas contrariedades; la lluvia nos inundó y no tuvimos más calor que el que

nos proporcionaron las mulas al venir a disputarnos nuestro miserable albergue.

En cuanto amaneció nuestras miradas se dirigieron hacia la cumbre del Guanacas, y mis guías, que tenían mucha experiencia, me predijeron un día bueno y un paso sin contratiempos. En seguida ensillaron las mulas, y con la esperanza de que el tiempo en el páramo fuese bonancible, nos pusimos en camino. Al principio, lo mismo que el día anterior, continuamos caminando por entre espesos bosques, cuyos árboles poco elevados y empapados nos mojaban cada vez que una de las mulas tropezaba con las ramas. El camino tal vez era un poco mejor que el de la víspera, porque como el piso era rocoso, el agua corría por su superficie, y no formaba esos pantanos tan peligrosos con que habíamos tropezado en otros sitios.

A medida que íbamos avanzando, la vegetación era menos vigorosa, y no tardamos en advertir que nos aproximábamos al páramo al ver blanquear por todas partes osamentas humanas. Tal vez serían ¡ay! las de los proscritos que se habían refugiado en estas inhóspitas latitudes en la época de las últimas guerras; aquéllo parecía un campo de batalla; aquí había unos zapatos, más allá un vestido de mujer, y un poco más lejos la cabeza de un niño indicaba que había perecido después de muerta su madre. Nuestro grupo, al avanzar por estas cumbres desoladas, fue perdiendo la locuacidad y la alegría; por la mañana reíamos; más tarde no proferíamos ya ni una palabra; no hacíamos sino mirarnos para ver si el cansancio no provocaba en alguno de nosotros el funesto deseo de dormir, con el objeto de impedir que se entregase al sueño. Pronto vimos solamente árboles torcidos, desmedrados, cubier-

tos de musgo y que parecían estar a punto de morir de vejez; luégo ya no vimos sino frailejones cuyas flores amarillas resaltan en medio de este panorama, impregnado de profunda tristeza. Nos encontramos frente a una charca de muy reducidas dimensiones. El peligro es inminente si se pasa cuando la tempestad encrespa las aguas y sopla un viento helado, que es mortal para los que ceden al sueño y al deseo de descansar.

Cerca de ese sitio temible vimos los hábitos de un cura y los trajes de sus dos criados negros muertos a su lado. Cuando nos hubimos alejado un tanto de esos parajes, en los que se encontraban muchas mulas abandonadas, que comían frailejones, en espera de que la tormenta viniera a poner fin a sus sufrimientos con la muerte, caminamos por un terreno menos pedregoso y más seco; habíamos llegado a la vertiente occidental del Guanacos. El cielo estaba encapotado pero no amenazador; de tiempo en tiempo salía el sol; como en los días de invierno de nuestro país, su disco sin rayos nos calentaba apenas, y sin embargo a una jornada el paisaje estaría deslumbrante de luz y el sol vertería sus torrentes de fuego sobre los habitantes de las márgenes del Cauca.

La jornada fue larga y llegamos a las ocho de la noche a Totoró, cuyos pobladores hablan un idioma especial. En las paredes de la choza en que pasé la noche alguien escribió dos versos franceses que expresaban un dolor mortal y que estaban muy en armonía con el aspecto de la región que acabábamos de pasar.

A pesar de las penalidades que sufrí la víspera, no se me pasó por las mientes quedarme en Totoró, pues los vecinos de este lugarejo, que son todos indios, tienen

fama de ladrones; de modo que al despuntar el sol salí de esta aldea. Al llegar a las alturas que dominan a Totoró divisé el soberbio valle de Popayán. A medida que iba bajando hacia esas tierras tan feraces hacía más calor y, por tanto, la temperatura era más agradable. No tardamos en llegar a Paniquita. Los indios de la región hablan una lengua diferente de la de los de Totoró. A pesar del poco aseo que hay en sus habitaciones, se advierten el gusto y el cuidado que han puesto en la alineación de las calles del pueblo. El agua corre por unos canalillos tapados a derecha y a izquierda de las calles, y la iglesia de Paniquita está limpia como una patena.

Desde que divisé a Popayán ardí en deseos de verme allí. ¡Qué largo y fatigante me pareció el camino a pesar de la variedad que prestan al panorama las hermosas casas de campo y las tierras cultivadas con esmero! La llanura de Popayán, que vista desde la cima de las montañas me dio la sensación de ser completamente plana, está cuajada de montículos que venían a entrecortar el camino de manera muy desagradable. Es una región desigual por el estilo de la del valle del Socorro, tan pareja cuando se la contempla desde lo alto de la cordillera y tan desigual en realidad. Pasamos el Palacé por un frágil puente de cañas. El cauce de este río corre a una profundidad prodigiosa por entre dos muros de roca que dan la sensación de haber constituido uno solo en tiempos pretéritos. Este lugar no dejaba de tener interés para mis guías, pues les recordaba la batalla que Nariño presentó a los españoles, y de la que salió victorioso a pesar de lo desventajoso de las posiciones que ocupaba, del reducido número y de la poca disciplina de sus tropas.

A ambos lados del camino se alzaban hermosas residencias, cuya opulencia se colegía por el aire que tenían los mayordomos negros encargados de su guarda, que montaban caballos muy buenos y muy bien enjaezados. Al pasar a su lado y al reconocer en mí a un extranjero, los hacían caracolear, mostrándose muy ufanos. A las cuatro pasé por el pueblo de Cauca, en cuyas inmediaciones está situado el río del mismo nombre; crucé un puente de ladrillos bastante hermoso, pero muy estrecho, que es obra de los españoles. Luégo, tomando por un camino muy bonito que lleva a Popayán, entré en esta ciudad a las cinco de la tarde. De acuerdo con la costumbre de la región, se me alojó en una tienda.

Es fama que la situación topográfica de Popayán parece haber sido escogida por la imaginación de los poetas; en efecto, difícilmente las habrá más bellas. Su emplazamiento fue escogido por Belalcázar, menos conocido que Pizarro, Cortés y Quesada, pero cuyo nombre merecería ser citado con más frecuencia, ya que se le debe la fundación de un gran número de ciudades todas muy bien situadas.

El valle de Popayán no tiene la grandiosidad imponente del de Santafé, pero el aire que en él se respira es puro. El campo, por la proximidad de las cimas nevadas del Puracé, es muy feraz; la temperatura es tan suave, que se estaría tentado de darle la preferencia sobre el de la otra cordillera, si la permanencia en él no la hiciesen casi imposible toda una serie de insectos repugnantes, y en especial las pulgas.

La comparación entre las ciudades de Bogotá y de Popayán es difícil de establecer, pues ambas tienen un mérito considerable pero absolutamente distinto. Santafé, aunque con peores casas, tal vez guste

más a los forasteros por la razón de ser la capital. Las casas de Popayán tienen un aspecto más alegre, y hay algunas que no desdirían en cualquiera de los barrios más hermosos de nuestras ciudades de Europa: la calle de Belén especialmente es digna de mención. Todas las casas tienen un piso, están en correcta alineación y las aceras bien pavimentadas; tienen balcones y carecen de esas rejas que dan siempre un aspecto triste.

La arquitectura de las iglesias (hay once) es elegante, aun cuando como en todos los edificios de Popayán, la profundidad es demasiado grande en relación con la anchura, lo que choca a muchos europeos que están acostumbrados a proporciones más armónicas.

En Popayán hay una casa de moneda y dos hospitales, y hasta trescientas ochenta casas de ladrillo y cuatrocientas noventa y una de adobe. Las tiendas no tienen aspecto alegre; como no se celebra mercado en la ciudad, todos los víveres se venden en ellas. Estas son tal vez, en relación con la población, más numerosas que en Santafé.

Las plazas no tienen nada de particular, y la mayor parte de las casas que las rodean están en ruinas por los combates que se han librado en la ciudad. La decadencia de Popayán se advierte también por otros signos: antes había varios habitantes que tenían una fortuna de un millón de piastras; hoy la excesiva sobriedad del pueblo, sus trajes, su aspecto, todo indica que la guerra ha arruinado por completo esta ciudad, antaño tan próspera y rica por el comercio que hacía con Santafé y con Quito y por las minas de oro que sus vecinos tenían en el Chocó y en las márgenes del Cauca. Todavía hay hoy cuatro familias que tienen un capital de cuatrocientas mil piastras, que no son más que res-

tos de sus inmensas fortunas, que sacrifican todos los días a la República cuya causa han abrazado.

En Popayán sólo hay un convento de franciscanos; los otros cinco monasterios, con gran desesperación de los hijos de esta ciudad, han sido convertidos en cuarteles; sus rentas se aplican a la fundación de un colegio. Estas disposiciones han desagradado mucho al pueblo de Popayán, que es muy afecto a los frailes; hasta se llegó a temer con este motivo que hubiese una sublevación en Popayán, como sucedió en Maracaibo.

El comercio de Popayán consiste en telas de lana que la guerra ha hecho que se exporten por la costa de Barbacoas o de Buenaventura a Quito y a Guayaquil. Las franelas se traen de Europa, la sal de Santafé, las harinas de Pasto, el cacao de Timaná, el azúcar de Cali. Las franelas que tienen más aceptación son las encarnadas, amarillas y verdes, que se venden a veintidós reales la vara.

Si hubiera de creerse lo que los santafereños dicen de los popayanejos, habría que reputar a éstos como gentes poco sociables. Hay que convenir en que tienen modales un tanto altaneros; su conversación es muy afectada; en general son más distinguidos que los de Santafé. Por lo demás, si son más afectuosos y corteses, en cambio son de una avaricia extremada. Se les reprocha su indolencia: cosa natural en una gente que tiene esclavos.

Tanto las mujeres como los hombres tienen facciones muy regulares; conservan la gravedad y los rasgos de los españoles: hay algunas familias que parecen ser de origen judío. El número de negros y de mulatos es considerable: son ellos quienes se ocupan tanto de las haciendas como de las minas. El carácter turbulento de

los esclavos, que debido a la guerra pueden considerarse casi como libres, inspira mucho temor a los blancos. Desde Pasto hasta Cartagena, casi no hay en la Cordillera Occidental más que negros.

Hace pocos años organizaron éstos un congreso cuyos miembros tomaron los nombres de sus antiguos amos. La ciudad de Barbacoas en la que se reunió esta asamblea legislativa fue tomada por asalto por las tropas de la República, y, sin hacer caso de los derechos que esos esclavos invocaban en nombre de la independencia, se les infligieron los castigos corporales más duros. No era éste el medio más eficaz para someterlos a la obediencia. En 1823 volvieron a apelar a las armas: al principio eran pocos, tan pocos, que para dar a su movimiento un aspecto temible vistieron de hombres a sus mujeres y las hicieron empuñar el fusil, y así todos los días conseguían alguna victoria. Una noche hasta lograron penetrar por sorpresa en uno de los barrios de Popayán, envolviendo los cascocs de los caballos con trapos para que no se oyese el ruido de sus pisadas. A pesar de estas precauciones fueron descubiertos, se dio en seguida la alarma y se logró rechazar a esos saqueadores en el momento en que se llevaban algunas cabezas de ganado. Esta alarma causó vivas inquietudes a los vecinos de Popayán, que se sentían lejos de todo auxilio, a la merced de los esclavos negros, para quienes la libertad y el bienestar no tienen menos valor que el que pueda tener la independencia para todos los colombianos. Los blancos cuentan con el apoyo de los indios, enemigos mortales de los negros. Ayuda que representa poco para hacer frente a hombres robustos, decididos y diestros en el manejo del caballo y de las armas.

En 1807 la población de Popayán alcanzaba a siete mil setecientos catorce almas, divididas así: tres mil cinco mestizos; trescientos cincuenta y cuatro indios; mil doscientos diez y ocho mulatos; mil trescientos cincuenta y nueve esclavos y mil diez y ocho nobles. Había quinientas mujeres más que hombres.

Los indios de Popayán difieren poco de los de Santafé: tal vez tienen el color más oscuro y son más pequeños. El traje es el mismo, aparte del sombrero o montera que se asemeja al que llevan los mandarines chinos y que está confeccionado con trozos de paño de diversos colores. Los blancos llevan las mismas modas que los de Santafé, pero, como provincianos que son, sin gusto y sin gracia.

Las minas de oro, abandonadas, apenas si producen lo indispensable para que los que todavía las explotan puedan vivir; los conventos del Carmen y de la Encarnación, que poseían unas bastante ricas (véase la nota 1 al final de la obra) han visto disminuir su rendimiento debido a la deserción o a la muerte de los esclavos que trabajaban en ellas.

Si del clero tanto regular como secular no se puede decir que sea rico, en cambio el Obispo tiene pingües rentas; éstas se estiman en unas 40.000 piastras anuales.

Concebí, durante mi permanencia en Popayán, el proyecto de visitar el Puracé, cuya cima nevada (2.300 toesas) domina y fertiliza su valle. Así fue como me puse en camino el día 14 de octubre, dirigiéndome hacia el Este; aunque el camino estaba seco y poco escarpado, llegué ya bastante tarde a la orilla del Vinagre, río que desciende del volcán del Puracé y cuyas aguas tienen la acidez del vinagre; desde allí fuimos a la

montaña, bastante alta, donde está situado el pueblo de Puracé, en donde debíamos pernoctar. Cuando entramos en la aldea salían de ella un número considerable de individuos que llevaban nieve a Popayán.

El emplazamiento de Puracé es muy agradable puesto que domina el valle de Popayán. Está uno constantemente molesto por el polvo negro que levantan los vientos del Nordeste, que son muy fríos. A pesar de esa temperatura más bien baja hay una palmera en el centro del pueblo.

Tanto en el trazado de las calles como en la distribución de las casas de Puracé se advierte mucho gusto. Cada una de ellas, construída con barro, se levanta en el centro de un terreno bastante grande; del lado de la calle está el patio y detrás de la casa hay un jardín cuidado con esmero, en el que se siembran maíz, patatas y trigo, y en el que suelen haber algunos manzanos. Por las calles principales corren arroyos de agua límpida. Aprovechando el declive del terreno, cada vecino ha hecho a la puerta de su casa una especie de fuente, de donde toma el agua. Los indios de Puracé son sumamente apacibles; las palabras de su idioma tienen muchas consonantes, que lo hacen muy áspero; es el mismo que se habla en Totoró. Les gusta la agricultura y se entregan con pasión a los trabajos del campo; pagan al cura 700 piastras en concepto de diezmos, cantidad que nos da la medida de su riqueza.

En la choza en que pasé la noche, los dueños tuvieron para conmigo todas las atenciones imaginables. Muy de mañana me puse en camino para escalar la montaña. Primeramente pasé los páramos que se encuentran al pie de la región de las nieves y que no ofrecen tantos peligros como los de Guanacos, circunstancia

que se debe a su situación en relación con el viento. Después de haber pasado la región en la que las criptógamas, en su dimensión diminutiva, tienen el porte y el ramaje de los grandes vegetales, y en que brotan en familias apretadas las unas contra las otras, como si quisieran calentarse mutuamente, llegué con mis peones al punto donde termina la vida vegetal. Rocas y grava forman la región en la cual los rayos del sol, sin fuerza, dejan acumularse los hielos. En el preciso momento en que entrábamos en ella, la tempestad se desencadenó en lo alto de la montaña, y como una tromba se precipitó sobre nosotros.

El viento, cargado de moléculas de granizo y de nieve, nos helaba; empezábamos a respirar con dificultad. La oscuridad era profunda y ya teníamos que llamarnos los unos a los otros para no perdernos.

El viento soplaba por ráfagas; cuando amainaba se percibían los silbidos del volcán que se hubieran podido tomar por los de las aves nocturnas. Avanzábamos con gran trabajo sobre las cenizas que cubren la montaña y las nieves que llenan las hondonadas, pero acabamos por acercarnos al volcán. Este lanza constantemente un humo espeso cuyo olor fétido se extiende por los alrededores. Han debido producirse frecuentes explosiones a juzgar por las materias volcánicas que se encuentran por doquier. Algunas veces su cráter se cierra; el azufre que tapiza sus paredes obstruye el orificio, a tal punto que los vapores se escapan con mucha dificultad, produciéndose entonces, según dicen, temblores que amenazan destruir a Popayán. Para prevenir semejante peligro se envían de vez en cuando cuadrillas de indios para limpiar el cráter. Estos hombres, fuera de esas ocasiones, están siempre en la montaña ocupa-

dos en recoger el azufre y el hielo, que bajan a vender a la ciudad a razón de diez francos la carga.

Se dice que en la vertiente oriental de la montaña hay otro cráter mucho más espacioso; hay unos pocos indios que conocen los caminos que llevan a él. Es en esos abismos donde nace el río Vinagre, que crucé la víspera, y cuyas aguas ácidas son muy estimadas para los tintes, aunque funestas para bebida del hombre y para los peces, que no pueden vivir en ellas.

No pude permanecer tanto tiempo como hubiera querido en el Puracé, pues mis guías asustados me amenazaron con abandonarme si persistía en permanecer en aquel sitio, donde la tempestad iba adquiriendo proporciones terribles. Debo confesar que yo también descendí con gusto, pues respiraba con tanta dificultad que ya no podía seguir subiendo. Poco tardamos en bajar hasta el pueblo de Puracé, y después de atravesar una campiña fértil pero mal cultivada, donde se dan los cereales de Europa, llegamos a Popayán a las ocho de la noche.

CAPÍTULO III

Descripción de Quito - Camino de Quito a Cuenca.

Me hubiera gustado ir a Quito, pero la sublevación de Pasto y del Patía no me permitía seguir ese camino sin exponerme a caer en manos de los insurrectos, enemigos implacables de todos aquellos que no combatían en su favor. Tuve, pues, que renunciar al placer de visitar a Quito.

A cambio de las observaciones que hubiera podido recoger en el camino que proyectaba seguir de Popayán a Guayaquil, haré un análisis muy resumido del viaje de un bogotano por esas mismas regiones (1). Su relación servirá para completar el conocimiento de las regiones montañosas de Colombia, de las que sólo he atravesado una parte, y además es interesante conocer la opinión de un colombiano sobre su país y sus compatriotas.

«Quito (2) es la ciudad de mayor población del Virreinato de Nueva Granada; sin parar mientes en lo que

(1) Viaje de Caldas, manuscrito, 1805. Este americano, nacido en Bogotá (sic) se distinguió por su afición a la botánica; fue fusilado en 1816 por orden del Virrey.

(2) Quito comunica por el camino de Malbucho con el puerto de Carondelet, en el Pacífico.

al respecto dice Ulloa, que fija el número de sus habitantes en 60.000, se estima generalmente que aquél puede ser de 35 a 40.000; casi todos ellos son indios o mestizos.

«La mayor parte de las casas son de adobe y están mal construídas. Los techos están cubiertos con hojas de maguey o de chaguarquero (agave americana). El interior es muy sencillo; sólo el salón donde se reciben las visitas está decorado; es esa la sola habitación cuyas paredes están empapeladas o decoradas con pinturas de lo más ordinarias. Algunos quinqués sujetos en las paredes y una lámpara colgada del techo constituyen el alumbrado de las casas. El piso está cubierto con alfombras que se fabrican en el país, y el amueblado se completa con unas mesas para escribir y unos canapés forrados de seda; la cama es el mueble principal: suele estar en una alcoba con maderas talladas, ricamente doradas y con las paredes tapizadas de damasco o de terciopelo; las sábanas de Holanda con encajes, se suelen cubrir con una colcha de muselina; por el día se descorren las cortinas para que se vea la cama, que es, repito, el mueble que constituye el lujo principal de los quiteños.

«A la entrada de las casas hay un vestíbulo; suele estar muy sucio porque no lo limpian jamás. Los patios sirven de cuadras; la alfalfa para los caballos (*medicago sativa*) la ponen en la escalera; los corredores, las antecámaras, el interior de las casas, las cocinas, todo en una palabra, apesta y exhala un aire mefítico. En casi todas las casas hay un gabinete en el que suelen retirarse las señoras para hacer labores: se llama *obrador*. Esta habitación es indispensable en Quito, donde las señoras se pasan la vida sin hacer nada o de visitas. El *obrador* está bastante bien decorado, aunque el gusto no presida

la manera de amueblarlo. En los tejados hay una terraza que las señoras adornan con macetas de flores. Sirven esas terrazas para calentarse al sol y respirar al aire libre; esto no siempre resulta agradable porque en ellas están también los excusados, y además se aprovechan para lavar los platos y tender la ropa.

«Tanto la nobleza como la burguesía habitan los pisos altos de las casas; el pueblo ocupa el entresuelo o piso bajo. Todas las familias suelen alquilar alguna habitación, lo que hace que en cada casa haya un barullo y un ruido infernal.

«Las calles están mal empedradas, sucias y son estrechas: es muy poco frecuente que las casas tengan fuente; sólo se cuentan tres en la ciudad; la cárcel no tiene nada de particular; el hospital es pequeño y está mal cuidado; en cambio el hospicio para los pobres y los huérfanos está muy bien atendido y se caracteriza por el orden que reina y por la economía de su administración. En un momento dado se tuvo la intención de establecer un depósito de mendicidad, pero, como tantos otros proyectos, éste no se realizó. En Quito hay pocos paseos; el más hermoso fue creado por el Presidente Villa Lengua, y lo destruyó su sucesor.

«La vida en Quito es bastante cara; la carne de vaca no es de buena calidad, y no siempre está uno seguro de que la haya; la de cordero es todavía peor, porque sólo se matan las ovejas viejas. La leche no tiene nata, el queso es detestable, y como no le ponen sal, casi siempre está echado a perder, a pesar de que el quiteño consume grandes cantidades de queso, lo toma con la sopa, con las mermeladas, con el chocolate; por la mañana, por la tarde, en una palabra, a todas horas.

«La sal la traen de Guayaquil: la gris se prefiere a la blanca. El azúcar es caro y malo, proviene de Ibarra; el quintal cuesta por lo menos 20 piastras y a veces sube hasta 30. El artículo de consumo que más se vende y que fabrican los molinos de azúcar de Ibarra es la *raspadura*; una especie de chicha; el pueblo bebe una cantidad considerable. El cacao viene de Guayaquil y es inferior en calidad al de Timaná y al del Magdalena. Las mermeladas que se confeccionan en Quito son regulares, las patatas, excelentes, constituyen el principal alimento; el maíz tiene poco sabor: la altitud es la causa de su insipidez; las coles y las lechugas son buenas; en toda época se dan las peras, las manzanas, varias clases de duraznos, las naranjas, las cidras, los limones, las fresas, las moras, los higos chumbos (*cactus opuntia*), los aguacates, las guamas (*mimosa inga*), las papayas y los melones; de tierra caliente se traen los plátanos y unas ciruelas pequeñas.

«El agua de Quito es mala; el pañ no es bueno, a pesar de estar bien cocido, porque con la harina de trigo se mezclan las de guisantes, lentejas y avena.

«Quito, encerrada en sus montañas y no pudiendo traer nada de Europa sino a precios fabulosos, ha tenido, por fuerza, que crear algunas industrias: hay fábricas de tejidos cuyos artículos fuertes, aunque ordinarios, tienen mucha aceptación en Antioquia, en el Chocó, en Timaná, en Barbacoas y en Guayaquil; esta última los paga en cacao, y las otras con el oro de sus minas.

«Las artes lo mismo que la industria carecen de modelos; están en la infancia; la escultura, de cuyos ejemplares están cuajados todos los monumentos, es bárbara todavía; los Fidias sin aspiración, de esta ciudad, sirven imitadores de sus predecesores, siguen representando

a San Antonio de Padua con un niño en brazos, a Santo Domingo con un perro a sus pies, a los ángeles con colas de pavo real, y a todos en éxtasis. Con la pintura sucede lo mismo que con la escultura, y la arquitectura está tan atrasada como las dos primeras; ahora bien: la pasamanería se perfecciona. No sucede lo mismo con la carpintería, la ebanistería, la orfebrería y la cerrajería. Los sastres y los zapateros carecen en absoluto de gusto.

«Puede decirse de los conventos de Quito lo que de todos los demás y de todas las instituciones que envejecen: los escándalos de los partidos, las intrigas que los dividen, las simonías, el despotismo de los vencedores para con los vencidos, la hipocresía, las bajas complacencias de los prelados para con sus amigos, la sensualidad, los gastos profanos, todo esto encuentra en ellos ambiente propicio para desarrollarse; en una palabra, para llegar a ocupar el puesto de Provincial, que confiere un poder casi absoluto en el convento, juntamente con la libre disposición de las rentas y con la facultad de prodigar las riquezas, no hay vicio con que no se deshonoré el clero regular de Quito.

«Hay dos colegios: el principal está dirigido por los dominicos; las vanas discusiones, la poca severidad para el estudio y para el orden, los muchos recreos y el atildamiento en el vestir, tal es la disciplina de esta casa de enseñanza. El Colegio de San Luis no está mejor regentado.

«La Universidad de Quito está constituida por un número infinito de doctores de toda casta, condición y pelaje, presididos por un rector elegido por ellos mismos. Si se exceptúan unos cuantos que se han formado en el recogimiento del estudio, los demás son de una igno-

rancia supina; razón por la cual en los exámenes hacen gala de una indulgencia excesiva; nunca niegan nada, nunca amonestan al alumno, los examinandos siempre contestan bien. ¡Júzguese por esto si los alumnos tendrán ganas de llegar a ser ellos a su vez doctores! Así, Quito es el único país que desmiente el proverbio *Non omnes doctores*.

«Las monjas.—Bien sea timidez natural de su sexo, bien sea efecto de la reclusión en que se las mantiene, o de la vigilancia que ejercen los Obispos, las víctimas de la avaricia de los padres, de la envidia de los hermanos o de la desesperación conyugal y muchas veces de un amor excesivo al Señor, son las que practican más concienzudamente las virtudes a cuyo culto han consagrado su vida. También hay algunas que sucumben, y hasta la Orden austera de Santa Teresa se ha relajado mucho; pero por lo menos no se advierte ese desorden escandaloso que con tanta frecuencia profana los conventos de frailes. Las mujeres, a veces, tienen debilidades; los hombres, casi siempre vicios.

«Para ir de Quito a Cuenca se va primero a Turubamba; todas las posadas que uno encuentra en el camlño están provistas de pan de queso y de chicha; luego se pasa por las ciudades cuyos nombres vamos a citar:

«Machake, a 0°25' de latitud sur, cuenta 2.200 habitantes, de los cuales 800 son indios. El termómetro Réaumur habitualmente marca en el pueblo 6° sobre cero.

«Salquilice, a 0°50'10" de latitud sur; hay fábricas de chucherías.

«Taquaco. Al salir de este pueblo se atraviesa un páramo de tres o cuatro leguas para llegar a Tihua. La re-

gión donde está enclavado este caserío está llena de baños de ovejas, cuya lana es muy apreciada.

«Taguolo, a 0°53'' de latitud sur; produce caña de azúcar; se hacen muchas mermeladas.

«Macuchimina es rico en minas; la región está cortada de tal modo por tantos precipicios y tantos ríos, entre otros el Yana, el Yacu y el Pilalo, que no se puede viajar por ella sino a lomo de indio. Los bosques de Macuchimina producen quina en abundancia.

«Pilalo. Este pueblo tiene 2.000 almas. En los meses de julio, agosto y septiembre, los vientos soplan con violencia extremada.

«Al salir de Pilalo se dirige uno hacia Ambato. La región que se atraviesa antes de llegar a Ambato está cubierta de arena que vomitan los volcanes.

«Ambato es un pueblo bonito, las calles están tiradas a cordel, las casas son agradables; las que están un poco alejadas del centro del pueblo están rodeadas de un seto vivo constituido por chumberas, ciruelos, perales, duraznos y otros muchos árboles frutales; algunos cactus cubiertos de cochinilla consolidan esos setos y los hacen impenetrables. Todas las chozas aisladas y semiocultas por una cortina de follaje producen un efecto delicioso. Las iglesias son de madera y de escasa elevación en razón a los temblores. Ambato ha sido destruido más de una vez por estos cataclismos. La población numerosa y en general en situación desahogada se compone en gran parte de indios.

«Al salir de Ambato para ir a Cuenca se atraviesa el puente y el pueblo de Querro, el páramo de Sabanag, la aldea de Ilapo, el llano de Tapi; al salir de éste se pasa por las ruinas de Riobamba, que fue destruída el 4 de febrero de 1797 por un terremoto. Los habitantes que

escaparon con vida de los estragos de este cataclismo trataron de fundar otra Riobamba en el llano de Tapi. Este poblado se va formando lentamente, como si bajo la amenaza de las sacudidas del Chimborazo, del Guairazo, del Tunguragua y del Altar, volcanes que le rodean por todas partes, temiese verse de nuevo aplastado bajo las masas incandescentes que lanzan esos colosos de los Andes. Las ruinas de la antigua Riobamba se adivinan más bien que se ven. Esta tierra desolada inspira tal amor a algunos de sus habitantes, que éstos han preferido correr el riesgo de verse sepultados como lo fueron sus padres, antes que abandonar los manes de las personas amadas. Así, las chozas míseras que hay por allí adquieren, cuando se las contempla, la belleza de esos altares que evocan el culto a la amistad y el amor a la patria.

«Después de haber recorrido una región en la que sólo se ven los estragos causados por los terremotos, se llega a Guamote, que está situado a 1°55' de latitud sur. Allí ya se distinguen perfectamente los dos ramales de la cordillera. El del Oeste es el menos elevado. Se ve el ancho corte que la Naturaleza ha abierto para dar salida a las aguas. Este se inicia, en la Provincia de Esmeraldas, en Tuipulco, y en la de Marañón, en Totorillos. La abertura o corte a que nos referimos constituye el lecho profundo del río Guayaquil.

«En Guamote hace mucho frío, y sin embargo no se cansa uno de admirar su situación; es de las más pintorescas. Guamote está rodeado de montañas muy altas; el terreno en que se levanta este caserío constituye una isla formada por dos ríos cuyas márgenes son en extremo fértiles. Guamote no tiene más que unas cuantas chozas de paja y una iglesia,

«Y sin embargo esta aldehuela fue el foco donde se inició el terrible movimiento que en 1803 asoló estas comarcas. La palabra *aduanas*, cuyo significado la gente de estas montañas no alcanza a comprender, y algunos nuevos derechos o impuestos que se quisieron establecer, hicieron estallar esa sublevación: no hay que buscar otra razón a este movimiento; en él no se advierte ninguna de las características que han marcado las revoluciones en los otros países. Recordando los esfuerzos que hubo que hacer cuando se intentó establecer en esta región de la Provincia de Quito el estanco del tabaco y del aguardiente, los indios temieron que se tratase otra vez de someterles. Algunas palabras imprudentes bastaron para que cogieran las armas y las teas. De repente ese odio que sienten contra el mestizo y que sólo estaba adormecido, se despertó en ellos, se excitaron con la matanza, y la carnicería marcó la huella de su paso. En efecto, el indio, tan cobarde cuando es el más débil, se hace cruel e implacable cuando se siente el más fuerte. Si ve que se le teme, amenaza, hierre y mata; él, que huye a la vista de una espada cuando no le animan el odio o la cólera.

«Esta vasta conspiración, dirigida principalmente contra los blancos, que debía extenderse por todas estas montañas, fue iniciada prematuramente por los habitantes de Guamote. Las otras aldeas que debían tomar parte en el movimiento no estaban aún listas para secundarlo; el movimiento fracasó y fue sofocado. Se hizo un escarmiento terrible para asustar a los indios; Guamote fue arrasado.

«Siguiendo por el camino de Cuenca nos encontramos con Puma Chaca; aquí es donde se empieza a bajar: los pueblos y los cultivos abundan más. Lo mismo

que en el Cabo de Buena Esperanza, se emplean los caballos para trillar los cereales.

«Se llega después a Alausi, caserío que está situado a 2°20' de latitud sur; tiene 5.500 habitantes, de los cuales 2.000 son indios. En Alausi empiezan esos inmensos bosques que se extienden hasta el Gran Océano. Puma Chaca, donde uno se detiene, está a la misma latitud que Quito. De aquí se entra ya en el Asuay. Este páramo es pedregoso. Las partes más elevadas llegan hasta la altitud donde la vegetación termina. Al salir de Puma Chaca, a las cinco de la mañana, se empieza a subir sin cesar hasta Sabanag, que es una meseta en la que se descansa. De ésta se pasa a la de Piches, en la que se siente un frío glacial. La subida hasta Litan es suave, pero larguísima. Aquí es donde en realidad empieza el páramo de Asuay, tumba de muchos viajeros. Cuando sopla el viento del Este es tal la cantidad de granizo y de nieve que arrastra, que el aire se oscurece; el viajero, pasmado de frío, con el agua hasta las rodillas, siente que sus miembros se agarrotan, y a veces, si tiene la suerte de escapar a la muerte, se queda lisiado. En el Asuay hay un estanque de unas 70 varas de largo (180 pies); la temperatura del agua de esa charca es de 9°R. sobre cero. Más allá hay otra que mide de 500 a 600 varas de largo por unas 200 a 300 de ancho. No muy lejos de este sitio empieza el llano de Puyal, peligroso por los pantanos profundos que se encuentran en él; al final del Puyal están las ruinas de un palacio de los incas, construído con piedras y sin argamasa: los indios han demostrado tener un gusto muy singular al escoger el emplazamiento de esta casa de recreo, pues durante ocho meses del año llueve y graniza en esos parajes.

«Después de pasar el Alto de la Virgen se llega a Delek, aldea poblada de indios. El aspecto del paisaje es más risueño, los caminos son mejores, la población es más densa; todo anuncia la proximidad de una ciudad importante; no se engaña uno, se llega a Cuenca, que está situada en una llanura de considerable extensión cuya elevación, sobre el nivel del mar es de 1.279 toesas.

«La temperatura de Cuenca es agradable; de día pocas veces baja de 12° y nunca sube de 15; las noches son muy frescas, pues el termómetro con frecuencia no pasa de 6°.

«El cielo a veces se cubre de nubes pero llueve menos que en Quito, y las tormentas que estallan en los meses de octubre y de marzo son de corta duración. Las lluvias, frecuentes en los equinoccios, son más bien raras en los solsticios: entonces las nubes se disipan, el cielo azul resplandece; es la estación de los días buenos; con esta diferencia, sin embargo, durante el solsticio de primavera hay tres o cuatro meses magníficos mientras que durante el de invierno hay unos quince o treinta días de lluvia.

«La región donde se alza Cuenca es llana, arenosa y árida. Las calles, tiradas a cordel, tienen cada una 125 varas (323 pies) de largo por 12 varas de ancho (31 pies). La mayor parte de ellas están empedradas.

«Cuenca es la única ciudad que tiene la ventaja de tener agua en todos los barrios. Todas las casas, que están construídas con ladrillos sin cocer, carecen de elegancia y de adornos; son muy bajas y sucias. La suciedad es una de las características de la Provincia de Quito.

«Las iglesias son pobres y están mal decoradas. La ciudad carece de edificios, si se exceptúa el colegio de los jesuitas. El Capítulo de la Catedral está constituido por un Deán, un Archidíacono, un Penitenciario, un Doctoral y dos Diáconos. El Gobernador tiene un sueldo de 2.500 piastras. El número de habitantes es de 19.000, incluidos 3.000 indios. Hay conventos de frailes dominicos, franciscanos, agustinos, de San Juan de Dios, betlemitas y carmelitas. Se cuentan dos parroquias: San Blas y San Sebastián; los conventos de Cuenca dependen de los de Quito. La falta total de instrucción y de conocimientos hace que el clero de esta ciudad sea muy inferior al de Quito. Se trabaja la concha con bastante gusto; el arte de moldear en cera y el de la escultura se van perdiendo.

«La sociedad de Cuenca se compone de tres clases: la nobleza, que no hace absolutamente nada; la burguesía, que se dedica al comercio, y el pueblo, que se ocupa en los trabajos más duros, pues los curas y los jefes (me refiero a los indios) le abruma con las cargas más penosas.

«Cuenca recibe de Piura el algodón y el jabón; de Guayaquil, el cacao, el arroz, la sal, el pescado, el vino, el aceite, y de Europa, la loza; de Quito algunas telas ordinarias; en cambio suministra a Loja y a Guayaquil los granos y los productos de las montañas que la rodean.

«El valle del Paute depende de la jurisdicción de Cuenca; está a siete leguas al nordeste de esta ciudad; se han descubierto minas de mercurio. Los bosques que pueblan las montañas vecinas producen mucha quina, que en el país se conoce con el nombre de *pata de ga-*

linazo; se cosecha a una altura superior en 403 varas a la de Quito.

«San Cristóbal, en las orillas del Supay, Uccu y Quacacéo, están en la jurisdicción de Paute. En los alrededores se cosechan la cochinilla y caña de azúcar; se explotan también minas de oro. Guagal-Suma es una colina famosa en la región porque se sospecha que en ella los indios continúan sacrificando niños a los manes de sus incas; el cristianismo y la vigilancia de los españoles no pudieron conseguir la abolición de esta costumbre bárbara. Los indios, a pesar de no tener ni historiadores ni monumentos, no han olvidado ni sus antiguos amos ni sus pasadas desgracias».

CAPÍTULO IV

Salida de Popayán. - La mina de Alegrías. - Quilichao. - El Cauca. - Jamundí. - Cali. - Salida de Cali. - Las Juntas.

Todo presagiaba la proximidad del invierno; temía sobremanera que me sorprendiera en las llanuras inundadas del Cauca; me determiné, pues, a no permanecer por más tiempo en Popayán.

Me puse en camino para Cali: lo mismo que en el valle del Magdalena, veía a la derecha y a la izquierda, al recorrer el del Cauca, la cordillera elevarse majestuosamente como si quisiera refrescar y proteger los campos que riega el río del mismo nombre.

El valle del Cauca está constituido por dos mesetas que se diferencian perfectamente por su elevación y por su temperatura, y es mucho más rico que el del Magdalena. La capa de tierra es profunda, los pastos son jugosos y abundantes como lo demuestra la gordura de los animales, que por el contrario, en el valle del Magdalena, con excepción de los que pacen al pie del Quindío, están escuálidos. Los bosques también aquí están más verdes y menos agostados por los ardores del sol, que, en las márgenes del Magdalena seca todas las plantas durante el verano.

Mientras que a lo largo del Magdalena no se ven sino cabañas míseras y gentes vestidas de harapos y en

estado semisalvaje, en las riberas del Cauca, por el contrario, el bienestar se advierte por doquier. Las casas de las haciendas son amplias, están bien construídas y recuerdan bastante a las magníficas estancias de nuestras colonias. Los negros que las trabajan van bien vestidos y tienen el aspecto de comer abundantes alimentos, sanos y nutritivos. Si aún se ven chozas de paja y algunas mujeres con vestidos hechos jirones, en cambio en todas partes se usan copas de plata, y a esas mismas mujeres tan mal vestidas se las ve los días de fiesta adornadas con collares de oro. Toda la gente tiene modales finos, y hasta los arrieros, orgullosos de su sangre blanca, se avergüenzan de andar a pie, de modo que cuesta trabajo distinguir al pobre del rico.

Este bienestar y esta prosperidad se deben a la tierra, de por sí feraz y mejor cultivada que en muchas regiones del Magdalena, y a las minas de oro, muy ricas aunque mal explotadas. Por todas partes la tierra, salpicada de manchas rojas y amarillas, delata la presencia del oro: se puede decir que se anda sobre él; y, como decía un ingeniero español, los arroyos que después de un chaparrón corren por el centro de las calles arrastran partículas de ese metal.

Pernoctamos en Los Corrales. Los dueños de esa choza son muy acogedores y religiosos. Por la noche al acostarse y por la mañana al levantarse, todo el mundo reza el rosario, devoción que dura bastante tiempo y que en muchas casas se reza con el mayor fervor.

Antes de rayar el alba nos despertaron los cantos religiosos; esto ya me había sucedido en Africa entre los mahometanos. Siguiendo en dirección norte pasamos la quebrada de Tuina. En las montañas próximas hay un pueblo indio de ese mismo nombre. Poco después pasa-

mos el Pescador y el Oveja, dos ríos bastante profundos ya que hay puentes para atravesarlos. Luégo dejamos atrás la montaña de Madomón, del otro lado de la cual, al Oeste, hay una mina de oro célebre en la región.

Llegado que hube a la mina de Alegrías, me quedé estupefacto al oír la enumeración de todas las que, por doquier, me señalaba mi guía con la mano: al Oriente, Quina Maion, Domingullo, Campo, San Vicente; al Poniente, Cerro Gordo, Santa María, San Miguel, Portugalete, Honduras y una infinidad cuyos nombres no recuerdo; la mina de Alegrías me dio una idea exacta de las otras y del trabajo de los mineros. Unas cuantas chozas habitadas por negros están diseminadas en medio de bosquecillos de bananos, su planta favorita. Por todas partes se ha abierto el suelo y se le ha removido a escasa profundidad; por esos cortes pasan arroyuelos, de modo que por todas partes corre el agua, no ya como en el delicioso valle de Neiva para regar la tierra, sino para arrastrar la que luégo se ha de lavar en unas bateas, lo mismo que se hace en Africa. No se puede uno imaginar nada más árido que el terreno inmediato a las minas; el color rojo de las tierras, indicio de su riqueza, no lo es de la del suelo. El agua, mal llevada por los canalillos, se expande por todas partes sin fertilizarle.

El panorama que, visto desde esos montículos auríferos, presenta la llanura del Cauca, es admirable: al fondo se alza una palmera que parece indicar el límite de las tierras cálidas del Cauca, y aunque sea menos notable que la palmera de Puracé, tiene un aspecto talvez más imponente, pues parece que fuera el jalón puesto por la

Naturaleza para señalar el tránsito de la temperatura de Europa a la de Africa.

Por debajo de la meseta de Popayán está el pueblo de Quilichao. Su situación es muy ventajosa: está en el límite de las tierras calientes, de las templadas y de las frías, siendo merced a ella el punto convergente de los productos de todos los climas; además hay en su demarcación muchas minas de oro. Quilichao disfruta de un gran bienestar. Fui a pasar la noche un poco más lejos a una venta donde encontré buen número de mercaderes que iban a Popayán con mulas cargadas de azúcar.

Al día siguiente entramos en las llanuras pantanosas que las aguas del Cauca inundan periódicamente; están cubiertas de juncos y de cañas. Dejando a nuestra derecha el pueblo de Caloto, famoso por sus minas de oro, cruzamos poco después el camino de Cartago: al pasar luégo por propiedades extensísimas que pertenecen a los vecinos de Popayán, comprobé que la agricultura estaba en todas partes abandonada al trabajo de los esclavos. El orgullo de la sangre no es menor en el valle del Cauca que en colonias de las Antillas; y llega esto a tal punto, que las gentes pobres no cultivan sino las tierras de las montañas donde el frío no permite emplear a los negros. A cierta distancia, a la derecha del camino, corre el río Palo, célebre en el país por la batalla que libró Sámano y en la que fue vencido: su ejército, en gran parte constituido por peruanos, fue completamente derrotado por los independientes.

En dirección a Caloto mi guía me llamó la atención sobre el camino de Pitaion, aldea que goza de merecida celebridad por la quina que se recoge en las inmediaciones y cuya calidad es, según dicen, mejor que la de

Loja. Se vende la corteza a dos piastras la arroba. Pitaion está a dos jornadas de La Balsa. Esta población produce hoy mucho menos azúcar que antes, porque las últimas guerras acabaron con la mayor parte de las bestias de carga que se utilizaban en su cultivo. Hoy produce solamente unas nueve mil libras de azúcar anuales. Las calderas que utilizan para hacer el azúcar son de cobre.

A mediodía pasamos el Taula, río cuyas aguas se desbordan con frecuencia cubriendo grandes extensiones; luégo, después de haber atravesado con grandes trabajos un bosque lleno de bejucos y de bambúes, volvimos a encontrarnos en las riberas del Cauca. El curso de este río es tranquilo y por aquí es poco ancho; lo pasamos en piragua y continuamos en dirección a Cali; a las tres de la tarde llegamos a Jamundí. Era ya de noche cuando entramos a Cali; la ciudad estaba iluminada y las músicas atronaban el aire con motivo de la inauguración de un colegio cuya fundación decretara el Gobierno. Me costó mucho trabajo encontrar alojamiento, pues como el Alcalde presidía los festejos, no le fue posible sino a hora muy avanzada ocuparse en encontrarme posada en una tienda donde pasé una noche bastante mala.

El emplazamiento de Cali me pareció excelente: esta ciudad se alza en la vertiente de la Cordillera Occidental. Se dice que antaño esas montañas estaban a veces cubiertas de nieve; en la actualidad no están nunca nevadas. Cali no sólo está bien situada desde el punto de vista panorámico y del clima, sino desde el comercial, ya que en esta ciudad convergen todas las vías de comunicación con Popayán y el Pacífico. Esas relaciones son hoy día frecuentes e importantes, gracias al tabaco

de Llano Grande, pueblo situado entre Caloto y Buga; se le exporta al Perú y a Panamá, donde es muy apreciado. Comprado en el lugar de la producción cuesta dos piastras la arroba; en Panamá se vende a seis reales la libra.

Las calles de Cali están bien alineadas y las casas son de ladrillo o de tierra encalada, lo que da a la ciudad un aspecto de limpieza poco frecuente en la Cordillera Oriental.

Se están empezando a edificar dos iglesias. Su arquitectura es notable por lo acertado de las proporciones y por el buen gusto; se queda uno admirado al encontrar en medio de las soledades de Nueva Granada templos como éstos, construídos con tanto esmero. Antes había tres conventos pertenecientes a las órdenes de La Merced, de los agustinos y de los benedictinos, que fueron suprimidos quedando sólo el de los franciscanos, que cuenta con diez y seis frailes. Las rentas de los suprimidos se han aplicado a la fundación y al sostenimiento de un colegio. Se han creado ocho becas, cuatro para los hijos de los militares muertos en campaña, y las otras cuatro para las familias del Chocó y de Popayán. El rector tiene un sueldo de 2.000 francos. Los profesores de retórica y de filosofía reciben 1.500 francos, el de gramática 1.200, y el de mineralogía 1.000. Cada alumno paga 500 francos de pensión.

A pesar de que en Cali hace bastante calor y de que los cocoteros que se dan profusamente indican que la temperatura es casi tropical, el clima es sano; no se ven por aquí esas deformidades que se observan en el valle del Magdalena. Sólo he visto una persona que tuviese bocio; era una francesa oriunda de Bayona, que, establecida en Cali desde hace muchos años, acabó

por olvidar las costumbres y su lengua natal. A pesar de esto el pueblo español está tan poco acostumbrado a ver extranjeros, que en la ciudad no se la conoce más que por *la francesa*. Es viuda de un funcionario de la Administración española.

En Cali hay mucha gente de color; son de natural pacífico, talvez porque tienen una posición social casi igual a la de los que se dicen blancos; sin embargo no se les permite llevar armas. La gente de Cali es rica. Sin duda la situación de su ciudad contribuye al bienestar de que disfrutan, pero sin embargo envidian la de Cartago, que ofrece ventajas más reales. En efecto, esta ciudad, situada en el extremo del valle del Cauca, en el punto en que el acercamiento de ambas cordilleras no deja más que un estrecho paso a las aguas del río, Cartago es el depósito obligado de las mercancías de Santafé que llegan por el Quindío y de las que vienen del mar de las Antillas y del Pacífico por Nóvita, que está cerca del río San Juan. Pero con todo, la situación de Cartago dista mucho de tener el encanto de la de Cali. ¿Puede haber aguas tan puras, un río tan hermoso, árboles tan majestuosos, campos más verdes y una perspectiva tan imponente como la que ofrecen a Cali las llanuras del Cauca?

Seis días tuve que pasar en Cali para contratar un nuevo guía y alquilar otras caballerías, dilación debida a pachorra de los habitantes; todo se debe a los negros y los mulatos, que naturalmente tienen poca actividad para los negocios. Con gusto salí de Cali a pesar de que sabía las fatigas y las penalidades que me esperaban al paso de la cordillera, pero tenía ya prisa por llegar al puerto y embarcarme.

La primera jornada fue más bien corta; los caminos eran tan estrechos y resbaladizos que había que caminar muy despacio; ya se avecinaba la noche cuando bajamos a un vallecillo donde había una casa muy bonita conocida con el nombre de La Portera. El Dagua nace a poca distancia de allí.

Al día siguiente el camino seguía en dirección Oeste-noroeste. Lo hicimos en compañía de unos negros que fueron hechos prisioneros en el Patía; habían tomado parte en el movimiento de que hablé antes, que estuvo a punto de haber puesto fuego a Popayán por los cuatro costados; los llevaban a Buenaventura.

La forma en que iban atados me llamó la atención: llevaban las manos amarradas sobre el vientre con unas cuerdas que pasaban por un trozo de madera hueco colocado debajo de la barbilla y anudadas fuertemente al rededor del cuello, de suerte que al menor movimiento que los presos hiciesen para escapar, les estrangulaba. Esta clase de esposas dicen que proviene de los indios. A pesar de las molestias espantosas que esos negros debían experimentar, caminaban tan de prisa como nosotros que íbamos a caballo.

Todos nos detuvimos en un sitio denominado Papayaguero; desde que salimos de esa aldehuela no dejamos de caminar por el estrecho valle que riega el Dagua; siete veces tuvimos que pasar este torrente antes de llegar a una hacienda que lleva el nombre de este río.

Hasta entonces no habíamos tenido que escalar sino alturas fáciles; el terreno era más bien desigual que montuoso, y a pesar del escaso número de personas que habíamos encontrado en el camino, éste me pareció menos penoso que todos los que antes había tenido que pasar. Al salir de la hacienda del Dagua la subida se

hizo muy pronunciada antes de llegar a unas chozas que llevan el nombre de Las Hojas; pero esto no era nada; después de haber dejado descansar un poco a las mulas nos adentramos por unos bosques espesísimos, por donde subimos hasta las dos de la tarde, hora en que llegamos a Las Juntas.

El camino de Las Juntas es uno de los más arriesgados de Colombia. El suelo, al ceder bajo los cascos de las mulas —pues el tránsito entre el Pacífico y el Valle del Cauca es muy intenso—, ha formado, al hundirse, muros de tierra a cada lado, que protegidos por el follaje de los árboles, dan la impresión de que se anda por un túnel tan angosto que sólo da paso a una cabalgadura, hasta el punto de que me veía obligado a cruzar las piernas sobre la silla. Antes de aventurarnos por esos desfiladeros, el guía a intervalos daba fuertes voces, y sólo cuando se convencía de que nadie venía en sentido contrario entrábamos en aquellas gargantas; ahora es cuando van a empezar los trabajos y hasta los peligros, pues todo aquello estaba completamente lleno de agua; por todas partes se habían formado lo que los españoles llaman *cajones*, que son unos hoyos en los que las mulas se hunden hasta el pecho. Como en ellos solamente les cabía la mitad del cuerpo, constantemente tenían que saltar por encima de esas cavidades llenas de barro y de ramas de árboles; desplegaron los animalitos tanta destreza que al fin llegamos a Las Juntas sin mayor tropiezo.

Esta aldea está situada en un istmo que baña por un lado el Dagua y por otro el Pepita, que se unen allí mismo. El pueblo de Las Juntas está habitado por mercaderes de Cali; la actividad de esos hombres se puede

sólo comparar con la que en la Cordillera Occidental despliegan los socorranos. La población de Las Juntas tiene que soportar la escasez de víveres, y claro que es poco numerosa; el incentivo de las ganancias que proporciona el comercio de la sal y del oro la hace vivir en este sitio inhóspite, de donde no se sale sino para entrar en unos bosques impenetrables.

CAPÍTULO V

Navegación peligrosa por el Dagua. - Buenaventura. - Descripción de la Provincia del Chocó. - Salida de Buenaventura en una goleta peruana. - Llegada a Panamá. - Observaciones acerca del Gran Océano.

Al día siguiente de nuestra llegada a Las Juntas me dispuse a embarcarme en el Dagua, a pesar de que durante la noche estalló una tormenta que aumentó considerablemente su caudal, pero quería llegar cuanto antes a Buenaventura; además no conocía los peligros que me habían descrito, y pensé que con ello sólo querían asustarme con objeto de hacerme renunciar a mi proyecto y a prolongar mi estancia aquí.

Me proporcionaron dos negros reputados como marineros excelentes y una piragua larga y estrecha. Mis bártulos, para no comprometer el equilibrio, se cargaron por pesos iguales en cada uno de los extremos de la embarcación; se me reservó un espacio de tres pies en el centro para que acomodase mi persona, que habría de ir casi doblada en dos; los negros, uno empuñando un remo y el otro una pértiga, se colocaron a proa y a popa de la piragua: cuando todo estuvo listo se soltó la amarra que nos retenía a la orilla, y en el acto

nos arrastró la corriente con la velocidad de una flecha y nos llevó ante un verdadero muro de rocas que las aguas franqueaban con un ruido espantoso. ¿Por dónde se podría pasar?, esto fue lo que me pregunté a la vista de un escollo tan temible; más rápida aún que el pensamiento, la piragua, dirigida con pasmosa habilidad, se embocó por una abertura estrechísima y se deslizó en aguas ya más tranquilas. Salimos de este peligro para caer en otro; teníamos que descender desde las altas montañas de Las Juntas al nivel de la llanura que baña el Gran Océano, y cuando creía que el Dagua, había llegado a su nivel, me di cuenta de que sus aguas agitadas corrían algunos pies debajo del lugar donde nos hallábamos.

Piloto experto, el negro que empuñaba la pértiga evitaba con gran destreza la corriente demasiado rápida; atrevido, se aventuraba por entre las revueltas que formaban las rocas, y sin miedo a estrellar la piragua, la hacía que se deslizase por esos pasos angostos; pero a veces una piedra nos detenía en la bajada, y el agua que borbotaba contra ese nuevo obstáculo amenazaba sumergirnos; eran los momentos críticos. Entonces los dos hombres se arrojaban al agua y, aligerando de ese modo la piragua, la retenían con fuerza, impidiendo así que se precipitase en el remolino en que iba a abismarse.

Estos peligros de tan nueva especie impresionan al viajero que, aprisionado en el centro de la piragua y sin atreverse ni siquiera a parpadear para no ocasionar un naufragio, maquinalmente suspira de satisfacción cada vez que se ha evitado un escollo o que se ha franqueado un raudal; esto me sucedía también a mí, y los negros, tomando mis suspiros de alegría por lamentos

me preguntaban con irónica tranquilidad: ¿Se ha mojado el señor?, y efectivamente estaba empapado. La lluvia caía a torrentes, y el marinero, atento siempre a evitar las rocas, no hacía sino golpear con los pies con el objeto de disminuir el agua que llenaba la piragua.

Tardamos sólo una hora en llegar a un sitio que llaman El Salto; el raudal es aquí tan fuerte que las piraguas se pasan por tierra y se traspasa en la Bodega (almacén o depósito público) donde el Gobierno tiene un agente para ejercer la policía en el río. Los dos negros, después de haber desembarcado mi equipaje bajo una lluvia torrencial, quisieron abandonarme so pretexto de que no se les había contratado sino hasta aquí. No sabía materialmente qué hacer; solo, en medio de estas espesuras me hubiera muerto de hambre o de enfermedad en espera de otra embarcación; el encargado de la bodega se apiadó de mí, y uniéndose a mis ruegos instó a los negros a que siguiesen conmigo. Claro es que empleé otros argumentos para decidirles. Les había dado cuatro piastras por esta primera etapa, aunque generalmente no se pagan más que dos, y les ofrecí tres por la segunda: esto significaba pagar el doble de lo que pagaba la generalidad de los viajeros, de modo que aceptaron mi propuesta con alegría y al momento echaron al agua otra piragua.

Carentes de autoridad o más bien temerosos de hacer uso de la de que están investidos, los agentes del Gobierno colombiano pocas veces hacen respetar al viajero, en particular cuando éste es extranjero. Es sólo a fuerza de ruegos o de dinero como éste puede hacerse obedecer, pues tanto los marineros como los arrieros son los únicos guías que permiten sortear los peligros

de la navegación o de los caminos. Los agentes del Gobierno les respetan porque, como todos éstos son también traficantes, temen indisponerse con ellos si les hacen observar las leyes. Cuando los caminos estén en mejor estado, cuando se tenga mayor experiencia de la navegación, estos asalariados tendrán menos exigencias y uno podrá hacerse obedecer.

Una vez que los negros, que desde Las Juntas me habían traído hasta aquí, se decidieron a seguir conmigo, me embarqué en otra piragua y me lancé de nuevo a correr otros peligros tan terribles como estos que acabábamos de sortear. Sin embargo, tranquilizado al ver la destreza de los negros, tantas veces puesta a prueba, el viajero empieza a familiarizarse con los incidentes de una navegación tan espeluznante; acaba por distinguir los escollos realmente peligrosos de aquellos que sólo tienen de temible el estruendo que producen las aguas al estrellarse contra ellos; de todos modos dudo mucho que su tranquilidad llegue al punto de permitirle dormir en la piragua como muchas personas me han asegurado que son capaces de hacerlo, pues sin querer está uno intranquilo, y aunque sólo fuese por la dificultad para respirar debido a la velocidad con que la corriente arrastra la piragua, el hecho es que no se pueden cerrar los ojos ni un momento.

No tardamos en llegar al Saltico. En las inmediaciones de este paso peligroso se ven algunas chozas; perdí varias horas en convencer a mis negros que siguiesen conmigo; estuvieron mucho tiempo indecisos y acabaron por decidirse a llevarme hasta Buenaventura con la promesa por mi parte de pagarles cinco piastras; y después de haber cambiado otra vez de piragua, reanudamos la navegación. Fui a pie hasta pasar la catarata,

lo mismo que lo había ya hecho en El Salto, y allí encontré los negros que me esperaban con la piragua. El lector podrá darse cuenta de lo que es esta clase de navegación al saber que desde la orilla por donde caminaba se veían los largos surcos que dejan las piraguas, pues al navegar tienen que arrimarse lo más posible a la orilla.

Después del Saltico, el Dagua tiene un curso más sosegado, sus aguas ya no se precipitan en forma de torrente impetuoso; no es más que un río de corriente muy rápida pero que sigue siendo muy peligroso, porque no ha llegado todavía ni mucho menos a su nivel: el desnivel no era ya más que de un pie por cien toesas, en vez de dos o tres como antes.

El negro que manejaba la pértiga no daba ahora las indicaciones a su compañero con aquel silencio sobrecogedor con que lo hacía antes, silencio muy conveniente además para no perder un tiempo precioso en vanas palabras; ya no era sólo con el gesto con el que guiaba al timonel y su voz dominaba el bramido de las aguas; a poco ya pudimos hablar acerca de los peligros que habíamos corrido y de nuestra satisfacción por llegar en breve al puerto; antes de llegar a él tuvimos que detenernos en Santa Cruz, aldehuela donde pasamos la noche.

Al día siguiente, un cielo despejado, fenómeno raro en esta región donde siempre llueve, nos prometía un tiempo bueno, y además el río que por aquí se ensancha contribuyó a hacer esta última parte de la navegación muy agradable. Aunque los troncos de los árboles a medio sumergir ofrecen aún algún peligro, el cauce del Dagua ancho y profundo permite sortearlos; en fin, después de haber sido arrastrada durante algún tiempo

con bastante velocidad por la corriente, la piragua, para avanzar, necesitó la ayuda de los remos.

Era, pues, a fuerza de remo como ahora descendíamos el curso de este río que el día anterior nos arrastraba a pesar de todos nuestros esfuerzos. Al aproximarse a su desembocadura es cuando alcanza su nivel. Sus aguas turbias y profundas están bordeadas por orillás bajas y fangosas, permanentemente inundadas y en las que crecen árboles imponentes. En ellas es donde el mangle y otros grandes árboles que se desarrollan perfectamente en las aguas salobres, extienden lejos de sí sus numerosas raíces. El Dagua, que aguas arriba, aprisionado entre los murallones altos y estrechos de la cordillera, corría saltando de cascada en cascada, se desliza ahora con una corriente casi imperceptible y su curso es tan apacible como el mar en que desemboca. Las aguas del mar y del río se unen sin que la vista se percate, pues no hay barrera alguna que las detenga y el navegante no se da cuenta de que está en el sino sólo por el sabor de las aguas. Por un fenómeno que contradice todas las observaciones, los cocodrilos no se ven en todo el curso del río; es sólo al llegar a las aguas del océano y en sus playas arenosas cuando y donde se suele ver, a veces, este temible saurio.

Por fin, sin peligro, pero no sin trabajo, llegamos a ese puerto de Buenaventura en que tantas ganas tenía de verme.

Por la importancia y por la belleza de su situación, Buenaventura debería ser una ciudad considerable; un comercio activo debería dar animación a su puerto; una población rica e industrial debería llenar sus calles, y numerosos barcos deberían entrar y salir sin cesar, pero sin embargo no hay nada de eso. Una doce-



Vista de Buenaventura— Cascakral)

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS ÀNGEL ARANGO
CATALOCACION

na de chozas habitadas por negros y mulatos, un cuartel con una guardia de once soldados, tres piezas puestas en batería; la casa del Gobernador, lo mismo que la de la Aduana, es de paja y de bambúes, situada en la islita de Cascajal, cubierta de hierbas, espinos, fango, serpientes y sapos: eso es Buenaventura.

Y sin embargo el comercio que se hace por este puerto no deja de tener cierta importancia, a pesar de que son sólo productos de los más ordinarios los que por él entran y salen, tales como sal (1), cebollas y ajos. Esto es lo que por lo general traen las goletas de Paita, a lo que hay que añadir los sombreros de jipijapa y las hamacas; extrañas importaciones para una provincia tan rica en oro. Las exportaciones consisten en tafia, azúcar y tabaco. La penuria de víveres aflige constantemente este lugar malsano; con gran dificultad se consiguen plátanos verdes, pan de maíz y queso. Una gallina cuesta una piastra; el pescado escasea y parece que es nocivo.

Buenaventura, hoy por hoy, no es nada. Este villorrio puede, con el tiempo, adquirir un incremento prodigioso si, de acuerdo con un proyecto planeado hace algún tiempo, se traslada su emplazamiento al nor-noroeste del sitio en que hoy está. El terreno en que se proyecta crear el nuevo puerto está un poco más elevado y por lo tanto es menos húmedo, y como está emplazado en el Continente se podrá extender y será más fácil construirle con materiales más resistentes que el bambú. Las casas que en él hayan de edificarse cerrarán mejor que las de ahora, que cierran sólo con unas correas, ofreciendo ma-

(1) La sal de Paita cuesta 5 francos el quintal. También proviene de los buques que traen de Costa Rica carne salada; se paga a 8 piastras el quintal; origina la disentería.

yor seguridad para el comercio, y finalmente no habrá esa humedad excesiva y constante tan funesta para los extranjeros que residen en Cascajal. De ese modo el puerto de Buenaventura figurará un día entre los primeros del Pacífico. En lugar de esas piraguas que hoy constituyen toda su marina, se verán en él buques de alto bordo, y sus chozas repugnantes se trocarán en magníficos almacenes para depósito de los productos de la India y de Europa.

En el Pacífico se suele decir que cualquier ensenada constituye un buen puerto; en efecto, ese mar es tan tranquilo en los trópicos a lo largo de la costa de América, que cualquier sitio, por poco abrigado que esté, constituye un refugio. A esta ventaja, común a todas las anconadas de esta costa, la bahía de Buenaventura añade la de su gran extensión y la de su profundidad. El fondo es excelente y permite que los buques de guerra entren y permanezcan en ella sin peligro. La entrada de la bahía se abre al oeste-suroeste de Cascajal, mientras que la desembocadura del Dagua se encuentra al sur-este de aquella isla. A esta bahía van a desembocar otros ríos además del Dagua.

— El puerto de Buenaventura depende de una provincia de Nueva Granada tan interesante como poco conocida: el Chocó. Esa región empieza en la costa del mar de las Antillas, confina al noroeste con el territorio de las hordas bárbaras que están a tres días de marcha de Panamá, comprende una parte de la Cordillera Oriental, limita al Oeste con el Océano Pacífico y termina al Sur en Iscuandé, situado al sur-sureste de la Gorgona, a dos jornadas de Buenaventura (1).

(1) Fue en la isla de Gorgona donde Pizarro permaneció varios meses con trece de sus compañeros, cuando fue a la conquista del Perú.

Si sólo a fuerza de obras de ingeniería Holanda logró poner en comunicación por agua todas sus provincias entre sí, el Chocó en cambio está cuajado de canales naturales que establecen medios de comunicación cómodos desde el mar de las Antillas hasta el Gran Océano; para hacerlas más fáciles bastaría perforar el istmo de San Pablo; entonces de Buenaventura se iría a la quebrada de San Joaquín, que se puede remontar en seis horas; dos horas bastarían para atravesar por tierra el espacio que separa a San Joaquín del Guineo, afluente del Calima. Se descende este río hasta su desembocadura en el San Juan; desde aquí se tarda un día para llegar a Monguidó; del Monguidó a Panamá, otro día; de Panamá a Noanamón, un día; de Noanamón a la boca de Dispurdu del Guasimón, un día; de Dispurdu a la boca de Tamaná, un día; de la boca a Nóvita, seis horas; de Nóvita a la boca de San Pablito, un día: se atraviesa el istmo de San Pablo en cuatro horas; del otro lado a San Pablo se va por el río Quibdó; se llega en un día a la Boca Certiga, y en otro día se va de la Boca Certiga a Citará, en el Atrato; de Citará a la embocadura del río hay ciento treinta y cuatro leguas. De modo que en quince días se puede ir por agua, de un extremo de esta provincia al otro, es decir, de Iscuandé a la embocadura del Atrato (véase nota IX).

Esta cantidad de agua, tan ventajosa para las relaciones comerciales, produce en todo el país un exceso de humedad que la naturaleza del suelo contribuye a mantener. En efecto, de las orillas del mar hasta la cordillera, el Chocó no es más que una llanura, que en su parte más ancha puede medir treinta leguas, muy baja y cubierta de bosques impenetrables: el viento del oeste-noroeste, que sopla todos los días en esos parajes, em-

puja las nubes contra las montañas donde se concentran y se resuelven en torrentes de lluvia que alimentan ese número infinito de ríos que surcan la región en todas direcciones. Sería, pues, muy difícil, a menos de hacer gastos enormes, tener caminos regulares por tierra; a este respecto la configuración física del país fue favorable a la política española, que temía en extremo que las provincias del interior pudieran tener relaciones con el Gran Océano; y hoy mismo cuesta Díos y ayuda conseguirlo.

La humedad constante hace que la temperatura en el Chocó sea muy soportable, pero a la vez convierte su clima en uno de los más insalubres; el calor es moderado en esas tierras pantanosas, pero como por otra parte no hay defensa contra la humedad, la salud más robusta se resiente; todos los europeos enferman. Pocas veces se ve el sol, que casi siempre está velado por las nubes; algunas veces, sin embargo, cuando va declinando hacia el horizonte brilla con un resplandor muy vivo y parece como si, con los reflejos de púrpura y oro con que baña el cielo, quisiera consolar a esa tierra tan rica en tesoros, de las pocas veces que la alegra un día claro.

—El suelo del Chocó no ofrece gran variedad; sólo se ven rocas en los lechos de los ríos; las tierras que hay en las inmediaciones de las montañas son feraces, pero se ven pocas que estén cultivadas, a pesar de que las que de trecho en trecho lo están, debieran, por las cosechas abundantes que producen, estimular el cultivo de las demás. El terreno, de color rojo vivo por lo general, es ondulado y forma valles en los que hay magníficos pastos; las montañas que les dominan están cubiertas de bosques que el hombre no ha hollado todavía y de los que salen una infinidad de arroyos. Cuando se

desciende hacia la costa uno se encuentra con un terreno llano que, como las partes altas de la región, está cubierto de bosques. El suelo está formado por capas de cascajo, arena, piedras y arcilla, superpuestas con regularidad y paralelas al horizonte. Esta disposición geológica empieza a los 260 pies sobre el nivel del mar y termina al llegar a los 2.072. Es en ella donde se encuentra oro, siempre mezclado con platino; pasado el límite máximo antes indicado, ya no se encuentran metales. De modo que no sólo la superficie del Chocó posee los bosques más ricos, sino que su seno atesora las riquezas más estimadas, en gran abundancia; por cualquier parte que se cave, dentro de los límites indicados, se encuentra oro.

En medio de tantas riquezas, el hombre, sin embargo, es pobre y desgraciado, no se ven viviendas sino sobre los oteros que de trecho en trecho hay a lo largo de los ríos; allí es donde el hombre ha tenido que construir su casa levantándola sobre pilotes; las vigas y el bahareque con que está hecha, lo mismo que el techo que la cubre, todo, todo es de bambúes. Las hortalizas no se pueden cultivar directamente en la tierra porque la humedad las podría, de modo que los habitantes de esa región levantan a algunos pies del suelo una barba-coa de bambúes que cubren con una espesa capa de tierra, y así es como gracias a esas extremadas precauciones las legumbres que se siembran en esos verdaderos campos artificiales prosperan y se dan a maravilla. Para el maíz, la caña y el plátano no hay que recurrir a esos procedimientos; esas plantas se dan perfectamente en esas tierras pantanosas, y se darían en mucho mayor abundancia si no fuese porque la humedad constante impide quemar los bosques y limpiar grandes extensio-

nes de terreno para dedicarlas a esos cultivos. Por esta misma razón no abundan los pastos, de modo que se ve poco ganado; mientras que en la vertiente oriental de la cordillera no hay por qué preocuparse de la ganadería, en cambio en el Chocó se esfuerzan en vano en multiplicar los animales domésticos.

En estas condiciones los habitantes del Chocó no disfrutan como los del Magdalena de un solo día bueno para consuelo de sus males; todos los días la lluvia inunda sus hogares, convierte en un fangal el terreno en que se alzan; la piragua es tal vez el lugar más sano para vivir, aunque no esté más seco que todo lo demás, por lo cual pasan metidos en ella la mayor parte de los días. Sus chozas no son más que cloacas inmundas, y cuando por un palo cortado en forma de escalera se sube al cuarto donde duermen, el techo entreabierto deja pasar por todas partes la lluvia. Los habitantes del Chocó son, pues, en extremo desgraciados, y será muy difícil que la población pueda aumentar en esa región.

El número de habitantes no pasa de 20.000 almas (véase nota X), aun cuando la provincia tiene cerca de cien leguas de extensión. El número de aldeas, si puede darse ese nombre a unas dos o tres chozas agrupadas en un mismo sitio, es escasísimo. Están casi exclusivamente habitadas por hombres de color y por algunos indios. Estos, aunque pacíficos por naturaleza, están casi en estado salvaje. Van completamente desnudos; las mujeres no llevan sino sólo un delantal. Se tiñen el pelo de varios colores; a eso lo llaman vestirse. Es de advertir que los hombres emplean de preferencia el rojo y las mujeres el negro. Se hacen en las orejas grandes agujeros por los cuales pasan huesos, cañas o plumas. Se embadurnan de negro los dientes. Esas tri-

Los no son valientes; en cuanto ven llegar un extranjero al poblado huyen a los bosques. Las mujeres se echan a llorar en cuanto se les dirige la palabra y se tapan la cara con las manos. Los indios sienten una antipatía marcadisima por los negros, aunque, por temor, les dan como a los blancos el título de *amo*. Por lo general los hombres tienen facciones más correctas que las mujeres y se conservan mejor en la vejez. Las industrias de estos indios se limitan a la confección de canastos o a fabricar sombreros con hojas de palmera. Como todos los de su raza, detestan a los blancos, les temen y no tratan de mezclarse con ellos.

El idioma de los indios del Chocó llama la atención por lo duro y lo áspero de la pronunciación. Si se interroga a estas gentes se puede averiguar qué objetos conocían antes de la llegada de los españoles, pues si emplean las palabras castellanas para designar el caballo, la vaca, el trigo, etc., se valen de los nombres indígenas para indicar la patata y el maíz. (Véase nota XI).

Los negros predominan en el Chocó. Casi todos ellos son esclavos y trabajan en las minas. El número de mulatos es escaso; constituyen aquí lo que pudiéramos llamar la clase de los patricios. Casi todos son dueños de minas.

Además del oro y del platino (el platino se vende a 15 o 20 francos la libra), se podrían exportar cantidades considerables de maderas preciosas, de resinas, de gomas, de concha y de perlas de la Gorgona. La carestía de los víveres, la dificultad de reunir los productos en determinado lugar, el abandono en que están las ciudades y los puertos, la insalubridad del clima, que ha obligado al Gobierno a pagar a los funcionarios un tercio del sueldo como prima, apartarán al comercio toda-

vía durante mucho tiempo de esta región. Lo que se necesitaría más que nada es un buen camino que del mar fuera al Valle del Cauca; todos los que hay son malísimos. Los puertos más frecuentados hasta hoy son, en el Gran Océano: Iscuandé, El Varo, Buenaventura, Chirambirá y Cupica; en el mar de las Antillas todo el comercio se hace por el Atrato. Los buques de mayor tonelaje se quedan en la embocadura del río, donde se puede uno entender con el capitán que guarda la entrada. Con él se negocia la compra de la concha; los ingleses prefieren entenderse con los cunacunas, a quienes engañan fácilmente. De modo que en Citará, que es el puerto del Atrato y la ciudad más importante de la parte septentrional de la provincia, no se suelen ver más barcos que los champanes de Cartagena. Citará no tiene más de unos mil habitantes.

En Cascajal había tres franceses. El lector se imaginará la sorpresa y la alegría que experimentamos unos y otros al encontrarnos tan lejos de la patria. Mis compatriotas no habían hecho buenos negocios, y se embarcaron rumbo a Guayaquil, quedándome otra vez solo. El placer que experimenté al encontrar unos compatriotas en un rincón del mundo donde jamás pensé que pudiera haber ninguno, avivó en mí el deseo de volver a la patria. La suerte no empezó por favorecerme. En el puerto sólo había un buque y una goleta de Paita, que debía hacerse a la vela rumbo a Panamá; aunque había oído hablar muchas veces de las incomodidades que se sufren a bordo de esos barcos, no dudé ni un momento en tomar pasaje a bordo, el cual fue estipulado en 45 piastras.

El cargamento que trajo el barco era de cebollas y de sal. El retraso que sufrió la venta de esas mercaderías

repercutió en el de la salida. La contrariedad que esa demora me originó, las privaciones que sufrí y la deficiente alimentación a que, desde Cali, estuve sometido, me produjeron una fiebre alta; hubo momentos en que pensé que no saldría nunca de Cascajal, pero mi constitución pudo más que la enfermedad; mejoré rápidamente, y el 4 de noviembre estuve en condiciones de subir a bordo. Los víveres que llevábamos consistían únicamente en unos cuantos trozos de carne seca.

A bordo me alojaron en el pañol; esa era la cámara. Como por la noche empezara a llover, la tripulación se refugió allí y cerró todos los resquicios; me ahogaba; el calor, las fétidas emanaciones que exhalaban los ajos, las cebolletas, el tocino y las ropas mojadas de los marineros me impidieron cerrar los ojos; pero la esperanza de hacernos a la mar aquella misma noche me hizo soportar con paciencia estas incomodidades.

Esta esperanza mía resultó fallida, pues el Capitán no subió a bordo hasta el amanecer; entonces fue cuando el buque se dispuso a hacerse a la vela. Salí de aquel tugurio donde había pasado una noche tan desagradable; en cubierta me encontré con que a bordo iban siete tripulantes, ocho pasajeros y los tres negros con quienes había hecho el camino hasta Las Juntas. El Capitán cogió el altavoz y dirigió la maniobra con la sangre fría y la suficiencia que dan la experiencia y el conocimiento del oficio. Todo el mundo puso manos a la obra, pero con tan poca habilidad, que se tardó mucho tiempo en izar las velas, a pesar de que entre los marineros había dos genoveses; no pude menos de extrañar que dos compatriotas de Cristóbal Colón estuviesen a las órdenes de un Capitán indio. Este, a pesar de los humos que se daba de ser español, no presentaba ningún rasgo que a

ese respecto pudiera engañar a un europeo; era regordete, muy bajo, tenía la cara cuadrada, el color muy oscuro, los ojos pequeños y oblicuos, el pelo largo y trenzado como los chinos, justificando así el nombre de chinos que se da a los habitantes de Paita (1). ¿Sería exagerado suponer que después de la destrucción de esa ciudad por Anson, los españoles la hubieran repoblado con chinos de Manila?

Por fin nos hicimos a la vela, doblamos el banco de arena que está a la izquierda de la bahía y las dos rocas aisladas que le limitan por la derecha. Los peruanos me hicieron formar una pobre idea de sus conocimientos marítimos, y mucho temí que su imprudencia me costara caro; pero pronto rectificué mi primera opinión al verles lanzarse, atrevidos, mar adentro, y a pesar de las velas de algodón, de los cordajes recalentados, del aparejo de su goleta, pesado y difícil de manejar, alejarse de las costas y sin más que una brújula y unos cuantos puntos de referencia que les eran perfectamente conocidos, sin sextante y sin corredera, pasar cerca de las islas de Las Perlas y arribar a Panamá sin contratiempo.

He de confesar, sin embargo, que no siempre estuve libre de preocupación en cuanto a su experiencia náutica, aunque en parte me tranquilizara el estado del mar. Los marinos del Gran Océano son tan pusilánimes que los que tripulaban la goleta, en cuanto el mar se agitaba lo más mínimo, entonaban cánticos que parecían presagiar grandes peligros; a tarde y a mañana se reunía la tripulación para impetrar la ayuda de los santos, cuya existencia, con impío descaro, negó más tarde el Capi-

(1) San Martín, hace algunos años hizo cortar el pelo a los soldados de Paita, medida que provocó una fuerte oposición.

tán en cuánto los vientos se calmaron y cuando ya estábamos próximos a Panamá.

Fondeamos en la rada de esta ciudad el 12 de noviembre después de ocho días de navegación. Aunque era de noche y a pesar de que ocho días de dieta y de fiebre me habían debilitado, bajé a tierra. Encontré una habitación, una mala comida y una hamaca; pero durante los instantes de reflexión que precedieron al sueño saboreé el placer inexpresable de sentirme en tierra firme, de verme lejos de aquellos miasmas pestíferos del barco de Paita, de los marineros groseros que lo tripulaban y de todas las contrariedades inherentes a la travesía de Buenaventura a Panamá.

La región intertropical del Gran Océano goza, lo mismo que la cordillera, de una temperatura casi siempre uniforme. La atmósfera está en constante calma, que pocas veces alteran esas espantosas tempestades que asuelan las playas del mar de las Antillas (1). Lo mismo que en la cordillera, el aire se refresca con los vientos que forman los monzones. Por esta razón las esperanzas de los navegantes, lo mismo que las del cultivador en los Andes, pocas veces se ven defraudada; no tienen que temer el verse detenidos por la ausencia total del viento en las calmas chichas. Entre el Trópico de Cáncer y el ecuador, el viento del Norte sopla desde noviembre hasta abril y trae lluvia; durante los otros seis meses sopla del Sur y reina tiempo seco. Este orden a veces se altera con vientos del Oeste o con brisas del Este, que, en ciertas ocasiones, en el istmo de Panamá, suelen convertirse en viento fresco. Estas excepciones

(1) Para la navegación por el Pacífico, los buques de vapor serían muy útiles y su implantación costaría poco: dentro de unos años los ingleses tendrán un servicio entre Lima y Panamá.

no modifican la influencia que la cordillera ejerce sobre el Gran Océano, influencia que se advierte, según dicen, hasta doscientas leguas de tierra. En el Pacífico se han observado dos grandes corrientes, que al igual de las mareas, son muy fuertes.

El cielo de estos mares no es ni azul como el de las Canarias, ni blanco ceniza como el de la costa del Sahara; se parece más bien al de nuestras provincias marítimas del oeste de Francia. A medida que la cordillera se aproxima a la costa, el cielo va siendo menos sombrío; cerca ya de Panamá sólo está cubierto de nubes: desde Paita hasta Lima tiene el color del bronce; las nieblas sustituyen a las lluvias que periódicamente caen en la región comprendida entre Guayaquil y el Veragua. Entre Lima y México el Pacífico está casi desierto; pocos son los navíos que se encuentran. El comercio está circunscrito a seis puertos principales: Valparaíso en Chile, Callao en el Perú, Guayaquil y Panamá en Colombia, San Blas y Acapulco en México. No hay más que unos pocos ingleses, franceses, genoveses y americanos del Norte que vayan más allá de Guayaquil. Los ingleses de la Jamaica, que tienen monopolizado el istmo de Panamá, envían, según dicen, mercancías por valor de dos millones de piastras. Los barcos de poco tonelaje que hacen ese tráfico van escoltados por un buque de guerra; ponen gran cuidado en que esos cargamentos no lleguen sino en determinadas épocas, con el objeto de evitar que el abarrotamiento de las mercancías perjudique los precios en el mercado de Panamá; las mercancías que de México se exportan por esta vía consisten en plata; las de Guayaquil, en oro y en cocos.

Los barcos de Paita son los únicos que hacen el cabotaje. Ese puerto peruano, incendiado por dos corsarios ingleses, Anson en 1741 y Cochrane en 18...., tiene una población mestiza muy activa. Son los bretones del Pacífico; se les encuentra en todas partes. Los cargamentos que exportan y que bastan para mantener las relaciones con Panamá, Guayaquil y el Perú, consisten en vino de Lambayeque (ciudad del Perú), sal, cebollas, ajos y cebolletas. La cotización de esos productos, juntamente con la de la lantana de Cuba y de Cartagena, concentra la atención de los comerciantes mucho más que la que puedan alcanzar el oro y las perlas. No hay que olvidar que la base de la prosperidad de Holanda fueron los arenques; pero Paita dista mucho de eso.

Hoy el puerto más importante del Pacífico es Guayaquil; la abundancia y variedad de productos que allí se concentran atrae una gran cantidad de buques; en efecto allí se encuentra cacao, café, maderas de diversas especies, y cocos. Aunque el precio de esta fruta es bajo, tiene mucha demanda; por lo general la prosperidad de los países tuvo su origen en la venta de las cosas más vulgares y ordinarias. Pocas veces se toca en Buenaventura o en Panamá; en el primero no hay nada, y en el segundo sólo hay un comercio de tránsito monopolizado por los ingleses; se prefiere, por lo tanto, cuando de Guayaquil no se hace rumbo a Europa, emplear dos meses en subir hasta San Blas para vender allí mercurio u otros productos y cargar a cambio lingotes. Aunque en el Pacífico el número de buques armados no sea muy considerable, el comercio de hierro, de brea y de cordajes no carece de importancia; el hierro se paga a cincuenta francos, los cordajes a ochenta,

la brea a ciento cuarenta o a ciento cincuenta francos el quintal.

En todos los puertos los víveres escasean y son caros; en ellos ya no hay que contar con la hospitalidad obsequiosa de la gente de la cordillera; aquí todo se vende a exorbitantes precios; los favores, las atenciones, todo está sometido a tarifa, y teniendo en cuenta las relaciones progresivas de estos países con Europa, no se sabe hasta dónde podrá llegar el alza de los precios. La gente que habita la costa del Gran Océano desde Lima hasta Panamá tiene rasgos y costumbres asiáticas; es codiciosa e interesada; ha conservado el carácter físico y moral de sus antiguos conciudadanos de las Filipinas.

CAPÍTULO VI

Descripción de la ciudad de Panamá - Las mujeres de Colombia.

Panamá estuvo hasta 1822 en poder de los españoles. En esa época el Gobernador del Istmo, que había destacado mil cien hombres de su guarnición para enviarlos a Quito, se encontró sin fuerzas suficientes para hacer frente al partido independiente, pues por entonces no quedaron en Panamá más de trescientos españoles; las tropas que se esperaban de La Florida no llegaban. La ocasión pareció propicia a los criollos para sublevarse; pero temiendo que los negros se aprovecharan del movimiento para insurreccionarse, ellos, a su vez, se ingeniaron para prevenir esa catástrofe. Se pusieron al habla con los oficiales españoles, persuadiéndoles de que toda la población estaba de acuerdo para acabar con ellos, les hicieron ver la confianza que tenían en sus propias fuerzas comparándolas con el escaso número de hombres que ellos tenían bajo sus órdenes; no les costó mucho trabajo inducirlos a traicionar su bandera pagándoles a toca teja los dos meses de sueldo que les debía el Gobierno español; aquel mismo día se les envió a Chagres, desde donde se embarcaron para La Habana.

Una vez dueños de su independencia los panameños, se dieron cuenta de que no tenían bastante fuerza para constituirse, como hubiera sido su deseo, en ciudad libre, y como por otra parte temían que Bolívar, por un lado, e Iturbide por otro, se opusieran a sus aspiraciones, el temor de que sus vecinos se aprovecharan de su indecisión para poner fin a la misma por las armas, les llevó a incorporarse a Colombia.

Las casas de Guayaquil son de madera, las de Buenaventura de paja, y las de Panamá han conservado algo de esas dos clases de arquitectura; sin embargo, a primera vista esta ciudad tiene para un europeo algo agradable: vuelve a encontrarse con casas de tres pisos, en las que viven varias familias; con los gritos, con el ruido y con el constante ir y venir de sus ciudades.

A esta primera impresión de parecido hay que añadir otras más desagradables, principalmente una suciedad excesiva que agrava la indolencia natural de los climas cálidos y de todo pueblo de origen español. En Cartagena no se encuentra una silla, pero aquí se está materialmente agobiado por los muebles; por todas partes se meten las gallinas y las palomas, al paso que en el patio los cerdos se alimentan con todas las basuras que se tiran por las ventanas, único sistema que hasta ahora se haya descubierto para hacerlas desaparecer.

Las calles son estrechas, mucho más oscuras que las de Cartagena y hasta mucho más sucias; durante la noche están bastante bien alumbradas por las luces de las tiendas que hay en ellas y en las que los comerciantes se ocupan en poner orden y en mantener una limpieza, que demuestra a la legua las relaciones que tienen con los ingleses. Las tiendas de comestibles, en particular,

están mucho mejor surtidas que las de las ciudades del interior; se encuentran muchos artículos de los Estados Unidos y una gran cantidad de vinos y de licores de todas clases. Hay un sitio en Panamá donde no se sirve sino café: en las ciudades de la costa del Pacífico se toma mucho esta bebida, que ya empieza a sustituir al chocolate.

Panamá consta de dos ciudades: la alta y la baja; esta última se llama El Varal; es la más poblada: por sus calles no se ve sino gente de color: ésta, aunque esté admitida en sociedad y a pesar de que se afecte tener consideración y deferencia para con ella, sin embargo, en un baile que hubo a poco tiempo de llegar yo, las señoras blancas se negaron a bailar con los oficiales negros de la guarnición; fué preciso que los maridos interpusieran toda su autoridad para que consintiesen en bailar con ellos.

En realidad, Panamá carece de puerto; en efecto, allí no se ven ni muelles, ni dársenas ni astilleros. Próximo al lugar en que se desembarca hay una escalera por donde se sube a un pasadizo oscuro, que es donde se celebra el mercado. La rada es muy poco segura debido a los vientos del Norte, que a veces soplan con gran violencia.

Panamá está edificada en una península, de suerte que está rodeada de agua casi por todas partes; el aire es malsano y las epidemias son muy frecuentes; hace mucho calor y las lluvias duran bastante tiempo. Los panameños han tenido en más de una ocasión que rechazar los ataques de los indios; hoy disfrutan de una gran tranquilidad. Los indios se han retirado a sus montañas, situadas a cuatro días de marcha de la ciudad, y solamente bajan de ellas para el trueque de productos. Se

cree que son antropófagos, y por esta razón se teme aproximarse al cabo Garachiné, donde se les ve algunas veces. Sin embargo se ha logrado hacer pasar por el Darién los correos para el Gobierno, y aunque nunca hayan sido atacados, los caminos son tan malos que se prefiere utilizar el antiguo camino abierto por los españoles por el mar entre Panamá y la capital; pero en lugar de ir a Cupica como antes, hoy se va a Buenaventura. Ese servicio está muy mal organizado.

Tanto los hombres como las mujeres se visten a la inglesa; éstas van sin sombrero y llevan el pelo recogido en trenzas, que les caen por la espalda. En general, en el vestir, hay más elegancia en Cartagena y más originalidad en Santafé. Las mujeres del pueblo conservan los vestidos con volantes y encajes que ya no se usan en Francia desde hace mucho tiempo; se suelen sonar con los puños de la chambra y tienen la extraña costumbre de guardar en el pelo el dinero y los cigarros.

No podía emitir juicio en relación con las mujeres de Colombia antes de haber visitado las dos regiones que constituyen el país: la cordillera y los Llanos. No quise, pues, tratar este delicado asunto antes de haber llegado a Panamá, y no sin razón, pues esta ciudad me ha permitido obtener innumerables datos que faltaban en el retrato que esboqué de la mujer colombiana. Se suele decir que los españoles son celosísimos y siempre se les representa con el puñal en la mano: pues bien, no es en América donde esto sucede. Tanto bajo climas tan diferentes como son el de los Andes y el de los Llanos, las mujeres ejercen sobre sus maridos, ociosos y enervados, una influencia irresistible. Lejos de estar encerradas detrás de rejas, a las mujeres todo les está permitido: diversiones, visitas y bailes, sin que estén constreñidas por la vigi-

lancia de sus maridos, que pocas veces las acompañan. Los esclavos en las regiones cálidas y las doncellas en las frías son las únicas personas que saben de sus idas y venidas, puesto que las acompañan.

Suele ser creencia muy general la de que el cabello de las mujeres es tanto más negro cuanto más calor hace en el país, y la de que en los países fríos las mujeres son por lo general rubias. Esta observación, exacta en Europa, no lo es aquí, donde sucede todo lo contrario. En Cartagena se ven mujeres rubias y hasta pelirrojas, y en Santafé, donde hace tanto frío, no se ven más que morenas. También sorprende ver en la costa de Colombia, a diez grados del ecuador, mujeres cuya abundante cabellera es tan larga que causaría envidia en Europa. Claro que las que la tienen así, cuidan de hacer del pelo uno de sus adornos más preciados. En Panamá lo llevan peinado en dos trenzas que les caen por la espalda; en Cartagena se lo peinan formando ondas espesas que les caen por delante, sujetas generalmente con peinetas de concha, entre las que se ponen con gracia infinidad de flores de diversos colores. En algunas regiones de la cordillera las mujeres se ponen en el pelo cocuyos, o gusanos de luz, cuyos destellos eclipsan el brillo de las esmeraldas.

Lo más bonito que tiene la mujer en las regiones cálidas es la cabeza; las facciones son de tal delicadeza y los ojos tienen un brillo que sólo se ve en las caras de las españolas. Tienen también las manos preciosas y los pies diminutos, pero esto tal vez perjudique al perfecto equilibrio del cuerpo, pues le imprime un contoneo constante al andar que resulta poco airoso. Sin embargo las señoras de las regiones cálidas tienen un porte mucho más distinguido que las de tierra fría;

las primeras tienen modales de grandes señoras, las otras con mucha frecuencia tienen la cursilería de las burguesas.

Las mujeres de tierra fría, si bien es verdad que no tienen el pelo tan bonito como las de la costa, si su mirada carece de expresión, si sus pies y sus manos no tienen el encanto de los de sus rivales, en cambio su cuerpo conserva toda su esbeltez hasta bien entrada en la edad madura, y sin esa delgadez que se puede advertir en las otras; las mujeres de los Andes hasta serían mucho más bonitas si la mayor parte de ellas no tuviesen mala dentadura; su cutis, sobre todo, tiene que resultar encantador para un extranjero, aunque no pueda compararse con el de las mujeres de Europa. En general es el tipo flamenco el que puede darnos una idea del de los descendientes de los españoles de la cordillera; ambas razas, oriundas de una estirpe común y ateridas por un clima igualmente frío, presentan un parecido notable hasta en el acento, que casi se puede decir que es el mismo; las señoras de las tierras frías, al igual que las flamencas, tal vez un poco metidas en carnes, no tienen ni la melancolía de las inglesas, ni la languidez de las alemanas; llevan estereotipada en su boca una sonrisa llena de gracia, que es tal vez lo que verdaderamente las caracteriza; la cara tiene esa expresión de bondad y de dulzura que está además confirmada por su manera de ser humana y caritativa. La gangosidad árabe, que las mujeres de la costa tienen muy acentuada, hace su hablar un poco desagradable; las mujeres de la cordillera, por el contrario, hablan con la misma cadencia y lentitud que las criollas de nuestras Antillas.

El traje de las mujeres de la cordillera es muy original: para salir a la calle se ponen una falda de seda ne-

gra, lo bastante ceñida para que se adivinen las formas, un paño azul en la cabeza que cae formando un triángulo hasta el talle y que por su forma permite tapar los brazos, que siempre los llevan descubiertos; de la cara no se ven sino los ojos y la nariz. Por encima de esa mantilla se ponen un sombrero que no entra demasiado en la cabeza y cuyas alas y forma recuerdan los que usan nuestros marineros. Las mujeres de la costa van poco a poco abandonando el elegante vestido andaluz para adoptar el de las inglesas.

La educación de las hispanoamericanas es bastante más atrasada que la de las angloamericanas; pocas son las que saben cantar o tocar algún instrumento; y sin embargo tienen un mayor talento natural para la música que éstas; su inteligencia es viva, comprenden en seguida y aprenden con facilidad; hay algunas que hasta son eruditas; pero con todo, sólo se cita en el territorio de la República una mejor escritora, Ana Madiedo, que ha traducido en forma muy estimable el *Guillermo Tell*, de Florián.

No se puede decir que las colombianas se adoren entre ellas; el espíritu de partido no es la única causa de esta antipatía que se suelen profesar. La envidia, la rivalidad de rango, de fortuna, de origen y de casta difunden en la sociedad un hálito de odio que al principio no se trasluce entre el sin fin de caricias con que se abruma y que además demuestra la gran habilidad que para el disimulo tienen las gentes de los países cálidos. Pero cuando dos amigas, si las hay que lo sean, se descubren mutuamente el fondo de sus corazones, entonces el prójimo sale muy mal parado; se agotan todos los sarcasmos que la maledicencia pueda sugerir; género de

conversación muy frecuente entre mujeres que salen poco y que se pasan el día hojeando un libro que el aburrimento hace tirar veinte veces, o trezándose los cabellos, o mejor aún, fumando, tumbadas en un diván.

La crítica mordaz no es el único tema de las conversaciones de las colombianas: también el amor es objeto muy principal de las mismas; y se habla de él con esa libertad con que se expresan los hombres en Francia. Se habla del amante de Serafina, de Concha, de Encarnación, con una crudeza de expresión que haría sonrojarse a una europea bien educada. Muchas muchachas entregadas desde la más tierna infancia a los cuidados de las sirvientas, toman de las conversaciones de éstas sus primeras ideas, y ya conocen las expresiones del vicio cuando todavía ignoran las de la virtud que hacia los doce años les explica un confesor, a veces ignorante y con frecuencia peligroso. Salidas de los conventos donde sólo las enseñan a leer y a escribir, entran en sociedad a los quince años, sin tener, para hacer frente a los peligros del mundo, más que aquellas primeras ideas que adquirieron en la infancia. En vez de ocupar su imaginación en quehaceres útiles o en artes agradables, no conocen más distracción que la de fumar.

Y así llegan a la época en que, hartas de una vigilancia larga y con frecuencia inútil, los padres piensan en casarlas. La elección de marido no es cosa que pida mucho tiempo, pues para decidirse no se toman en consideración más que las conveniencias de los intereses; el matrimonio se celebra, los ardientes deseos se agotan en poco tiempo, y pronto caen en la cuenta de que el amor nunca existió en su unión; el odio sigue de cerca a esta primera observación. Por lo general se suelen guardar las apariencias del buen entendimiento y de la amistad hasta

que tienen el segundo hijo; luégo rompen amistosamente, el marido se aleja de su mujer, y así terminan muchos de los matrimonios de la Cordillera Oriental.

En la Costa y en la Cordillera Occidental no sucede lo mismo; la conducta de las mujeres es más severa; dondequiera que hay ilotas las mujeres tienen que ser muy circunspectas, con objeto de que sus esclavos las respeten y las obedezcan. En cambio las costumbres de los hombres en estas regiones son más licenciosas que en las otras. Se dice frecuentemente que las mujeres de las regiones cálidas son mucho más interesadas que las de tierra fría: de ser eso cierto, ¿cabría decir que la virtud, más o menos austera, no sería sino interés mejor o peor calculado? Todas las mujeres son muy devotas, sin ser fanáticas, les gustan las prácticas del culto porque están ávidas de distracciones.

Las mujeres de la cordillera y las del llano no tienen el mismo tipo de belleza; pero sin embargo no se observan grandes diferencias ni en sus costumbres ni en su manera de ser; la antipatía que existe entre unas y otras es muy marcada; las de la costa llaman a las de los Andes *lanudas* porque se visten de paño, y éstas designan a las primeras con el apodo de *calentanas*. Los odios nacionales, en muchas ocasiones, no tienen otro origen en el fondo que las rivalidades y los antagonismos de las mujeres; aquí la configuración del terreno podría contribuir además a fomentarlos y a consolidarlos.

Ya estoy a punto de salir de Colombia después de haberla recorrido por espacio de un año; durante ese lapso dilatado he tenido ocasión de recoger una serie de datos de los que algunos no son muy conocidos; los he consignado en la relación que precede, pero mi tarea no ha terminado; sólo de pasada he tratado de

la industria, del comercio y de la agricultura de este país; no debo abandonarle sin hacer una reseña más detallada de esas ramas de la prosperidad pública. Me propongo intercalar algunas reflexiones relativas al aspecto físico de Colombia y al espíritu político de sus habitantes, que servirán para explicar algunas particularidades que parecen desmentir las ideas generales que se tienen sobre las regiones equinocciales de América y los hombres que las pueblan.

CAPÍTULO VII

Descripción física de la República de Colombia. - Montañas. Clima. - Atmósfera. - Estaciones. - Temperatura. - Vientos. Lluvias. - Influencia tropical. - Cosechas. - Bosques. - Ríos. Quebradas. - Minas. - Salinas. - Volcanes. - Lagos. - Mares. Mareas. - Animales salvajes. - Animales domésticos. - Los Llanos del Orinoco. - Aspecto general del país.

La República de Colombia comprende por una parte todas las regiones situadas entre Tumbes y el golfo Dulce, y por otra las que están situadas entre Esequibo y el río Culebras, frontera natural de Guatemala; engloba dos regiones totalmente diferentes, que ya el Gobierno español había también separado en la división política por él establecida.

1.º La Nueva Granada: Virreinato que estaba constituido por las Provincias de la cordillera desde Guayaquil hasta Mérida, por las de Casanare y de San Juan de los Llanos.

2.º Caracas: Capitanía General que comprendía Cumaná, Barcelona, Caracas, Barinas y la Guayana, es decir, la mayor parte de los Llanos.

La Cordillera de los Andes, al llegar a 2º al sur del ecuador, se divide en tres ramales, de los que uno solo, el más occidental, se prolonga por el Istmo de Panamá hasta la América Septentrional; los otros dos mueren en

la costa del mar de las Antillas. Los tres se dividen en *tierras calientes*, que son por lo general los valles de los ríos y las provincias marítimas; *tierras templadas*, *tierras frías*, *páramos*, y finalmente *los nevados*. A veces una misma montaña nos ofrece todas esas variedades. Es de advertir, y es el fenómeno más curioso de los Andes, que en un solo día se puede pasar del clima abrasador de la costa del Africa Central al de las regiones glaciales de Laponia: tránsito que no ofrece peligro alguno cuando no es súbito.

Así las personas enfermas que en Bogotá no pueden soportar el frío, a veces riguroso, van a las tierras cálidas como en Francia se iría a un balneario a tomar aguas, pero con esa ventaja singularísima de poder encontrar el mismo día de su salida de la capital, una temperatura mucho más suave. Así, si van a Cáqueza, después de atravesar a la salida del sol los magníficos campos de cebada y las verdes praderas y de haber franqueado, hacia las once de la mañana, rápidamente, los brezos de las montañas húmedas y heladas que las dominan, descienden a las tres de la tarde por sus declives a la sombra de los quinos, y antes del anochecer se pasean por entre los bananos, los campos de caña de azúcar, las chirimoyas y los cafetos. Privilegio inapreciable de esta tierra afortunada, que por lo demás no es privativo de una región determinada.

El aspecto de sus montañas es tan variado como su temperatura. A sus pies en algunos sitios se extienden potreros dilatadísimos y en otros bosques impenetrables. En general, los valles, si se exceptúan los de los ríos, se encuentran a grandes alturas.

El clima de las *tierras calientes* comprendidas en las montañas es cálido sin ser malsano; el europeo sufre

del calor, pero sucumbe pocas veces. La temperatura es demasiado elevada para que le sea agradable, pero como está refrescada y purificada de vez en cuando por las brisas saludables de los Andes, no es mortal. En cuanto uno se eleva a 400 toesas, ya se respira un aire más fresco pero que todavía es caliente; a 600, el europeo está en el umbral de la temperatura que le conviene; a 900, ya está en ella; de 1.000 a 1.400 se encuentra en las tierras frías. Vuelve a encontrar el clima a que está acostumbrado a pesar de que durante algún tiempo sienta un poco de frío. Más arriba, el clima de los *páramos* se le hace riguroso y en el de los nevados a veces, parece lo mismo que las gentes del país, aterido por los vientos helados. Pero si en las altas regiones de los Andes, a la sombra el frío es muy intenso, en cambio los rayos del sol son ardentísimos.

Así pues el aire que se respira es muy diferente según la altitud a que uno se encuentre; al pie de la cordillera, el aire, que se ha hecho pesado por los vapores de que está saturado, produce en el olfato una sensación desagradable que recuerda a los que han recorrido las otras partes del mundo situadas en los trópicos, aquella atmósfera que reina en las regiones bajas y las emanaciones malsanas de que está cargada. Por encima de esos lugares abrasadores, el aire, embalsamado por la suave fragancia de las flores y de las plantas aromáticas, halaga todos los sentidos y uno se creería transportado a Europa.

En la cordillera hay dos estaciones secas y dos lluviosas. Las primeras empiezan con los solsticios, las segundas con los equinoccios; sus épocas varían a veces en unos quince días,

En cuanto a la temperatura, no varía con las estaciones, y esa es la principal diferencia que existe entre las nuestras y las de América. Dos grados producen una diferencia sensible entre la temperatura de la estación invernal y la de la época seca; sin embargo, hay que tener presente que esa diferencia es mayor a medida que se baja hacia el pie de las montañas; entonces puede ser de un tercio; después de una lluvia el termómetro baja a veces de 24 grados a 16; pero nunca baja a cero grados como en el desierto africano, donde hay que encender fuego y mantenerlo toda la noche para combatir el frío.

Las montañas nevadas del Cocuy refrescan las partes bajas y las tierras del interior que las rodean, del mismo modo que las que están más próximas al ecuador atemperan el calor que sin ellas hubiera abrasado las provincias que baña el Gran Océano. De trecho en trecho se vuelven a ver en la Cordillera Occidental algunas de esas cimas cubiertas de nieve como el Coconuco y el Quindío; más abajo ya no las hay, pero al Este, las montañas de Santa Marta, que se elevan hasta la región de las nieves perpetuas, refrescan la atmósfera de las zonas bajas que se extienden a lo largo de la costa que baña el mar de las Antillas; y más allá, la cordillera, comprimida entre dos mares, está expuesta por todas partes a los vientos y las tempestades.

Aunque en la cordillera los vientos son variables, hay sin embargo dos que generalmente dominan: el del Norte y el del Sur, que siguen la dirección de la cordillera: el del Sur trae el buen tiempo, el del Norte la lluvia y las tormentas. Esta ley, sin embargo, no rige para las regiones situadas al Este, y fuera de las montañas, éstas están sometidas a los vientos de los Llanos,

del mismo modo que las provincias cuyas costas baña el Gran Océano lo están a los vientos del mar y que las que se encuentran al sur del ecuador quedan bajo la influencia de los vientos del Noroeste.

En la cordillera llueve pocas veces durante la estación seca, y viceversa pocas veces se ve un día bueno durante la época de lluvias; de modo que se puede, como en todas las regiones equinociales, contar seis meses de lluvia y seis de sequía, aunque estén, claro es, distribuidos de distinto modo; en efecto, llueve en marzo, abril, mayo y junio; el cielo está despejado en julio, agosto y septiembre; vuelve a llover en octubre, noviembre y diciembre, y de nuevo hace buen tiempo desde fines de diciembre hasta principios de marzo.

Hasta en aquellas regiones en que el clima y los productos son análogos a los de Europa, como en Tunja y Santafé, se advierte la misma influencia tropical. Los árboles siempre están verdes, la naturaleza ha sustituido las lluvias, que desde junio hasta octubre inundan los llanos, por unas nieblas heladas que hacen que los días de la canícula sean sumamente fríos. A estas revoluciones atmosféricas, tan diferentes de las nuestras, se suelen atribuir las enfermedades morales, que son tan frecuentes y que nosotros atribuimos al exceso de calor.

En cambio, esta disposición benéfica de la naturaleza produce cosechas más abundantes, pocas veces malogradas por la inconstancia de las estaciones; si por alguna circunstancia se pierden en un sitio, esta calamidad queda compensada por las excelentes cosechas que se cogen un poco más allá.

La tierra pocas veces defrauda las esperanzas del labrador. Sus cultivos varían según la región donde siembre. En los llanos ardientes del Magdalena o del

Cauca se da excelente tabaco; también se cultivan el banano, la caña de azúcar, el cacao y, por supuesto, el maíz, compañero inseparable del hombre dondequiera que éste se establezca, pues lo volvemos a encontrar al lado de los campos de trigo, avena y patatas que cubren la región de las tierras frías.

En las zonas elevadas se siembra el trigo en marzo; a media altura el maíz en julio, y en los valles en septiembre. Las cosechas tienen lugar aquí en enero; más arriba en octubre, y en las proximidades de los páramos en agosto.

Cuanto más abrasada está la tierra por los rayos del sol y a la vez inundada por la lluvia con más frecuencia, tanto más los bosques son extensos e imponentes. A medida que aumenta la altitud, los árboles disminuyen de altura, y a 1.300 toesas se encuentran ya muy pocos.

Por el territorio de Colombia corren muchos ríos que tienen importancia desde el punto de vista de las comunicaciones: el Zulia desemboca en el lago de Maracaibo; el Atrato en el mar de las Antillas, después de atravesar una parte del Chocó; el río San Juan, que baña la región occidental de esta provincia, desemboca en el Gran Océano; el impetuoso Dagua, que nace en las alturas de Cali, va a parar al mismo mar por Buenaventura; el río de Las Esmeraldas, que nace en las alturas de Quito, y el río de Guayaquil, por el que los productos de las provincias vecinas del Chimborazo llegan a la costa, van igualmente a parar al Gran Océano. En la vertiente oriental de los Andes nacen ríos mucho más importantes que los que tienen su origen en la Cordillera Occidental y ofrecen el tributo de sus aguas al Orinoco y al Amazonas, que ambos van a desembocar al Atlántico después de haber unido

VIAJE POR COLOMBIA

sus cauces con el río Negro y el Casiquiare. Los principales son el Apure, que riega la Provincia de Barinas; el Meta, que nace en sitio distante de la capital y en la misma cadena de montañas donde aquélla está emplazada; y finalmente, el Putumayo, afluente del Amazonas y que nace en un lago situado en uno de los páramos de las montañas de Pasto.

Pero la naturaleza no sólo ha dotado a Colombia de esos medios de comunicación sino que ha perforado por doquier los murallones de la cordillera abriendo pasos por medio de un sinnúmero de ríos pocas veces navegables, debido a las rocas que obstruyen sus cauces. Torrentes, quebradas y arroyos, al fertilizar la tierra, abren a veces al hombre caminos que éste, a pesar de todos sus esfuerzos, no habría nunca podido abrir. Las aguas que brotan en la cordillera y que por lo general corren por un lecho de rocas y de cantos, son limpiadas y frías, razón por la cual se les suele atribuir cualidades dañinas, que podrían también deberse a las moléculas de metales que arrastran con ellas. En sus arenas suelen encontrarse pepitas de oro, piritas ferruginosas, esmeraldas y otras piedras preciosas que la ignorancia deja sin recoger.

No debe uno, pues, representarse la cordillera como un conjunto de montañas inaccesibles, aspecto éste que tiene de lejos. Por la primera línea de alturas, que vienen a ser los arbotantes destinados a sostener el arco prodigioso de los Andes, por las quebradas y los barrancos que las lluvias han ahondado y que sirven para dar salida a sus aguas, el hombre encuentra por doquier rampas que le ayudan a escalar esas montañas; al adentrarse por ellas se encuentran valles que la naturaleza ha situado de distancia en distancia y que se ha com-

placido en adornar con todos los encantos imaginables; por fin se llega a las mesetas que, como las de Bogotá y Quito, constituyen el límite máximo de tantas maravillas; al llegar a los páramos donde se detiene la vegetación, no se piensa en quejarse del intenso frío que hace al considerar que precisamente son los páramos los llamados a conservarla, toda vez que los vientos calientes y malsanos de los llanos se depuran en sus cimas y descienden en forma de brisas salutíferas sobre los valles que dominan, al par que de sus flancos se escapan los arroyuelos que las fertilizan.

Pero si la tierra suministra abundantes cosechas; si la montaña ofrece los productos de Europa y un poco más abajo los de los trópicos; si los bosques, que cubren parte de su superficie, proporcionan en abundancia plantas medicinales, gomas, resinas y maderas preciosas para el tinte o la construcción, sus entrañas atesoran riquezas inmensas. Hay provincias como la del Chocó, en las que, por decirlo así, el suelo está cuajado de oro. Tanto los metales como los productos agrícolas, salvo algunas excepciones, están perfectamente escalonados. A 50 toesas de altura se inicia la zona del oro y del platino, y un poco más arriba la de la plata; las del cobre y del hierro tocan casi a las regiones superiores de las montañas.

Desde Cartagena hasta Cuenca la Cordillera Occidental está llena de volcanes, algunos apagados, pero la mayor parte de ellos en actividad; en la Cordillera Oriental no se sabe que haya ninguno.

La mayor parte de las minas de sal gema se encuentran en las cimas de los Andes; la sal se encuentra casi a flor de tierra. Los manantiales salinos están al pie de

las montañas, al paso que los termales se encuentran en diversos lugares de sus cumbres.

En las inmediaciones de los principales páramos hay lagos cuya extensión es a veces considerable; sus aguas son profundas y se agitan como las del mar. Se les puede considerar como las fuentes de esos ríos numerosos que defienden los Andes contra la sequía que la proximidad del ecuador debería ocasionar sin esa sabia medida de la Providencia. En esos lagos sólo se pesca una clase de pez, el chimbí, que es una especie de morena.

Los mares que bañan las costas de Colombia son apacibles: la temperatura y el clima de la región del Pacífico son idénticos a las del Continente. El Atlántico presenta pocos peligros para los navegantes: pero el mar de las Antillas, en cambio, está cuajado de ellos; los huracanes y los piratas conspiran contra el comercio; unos y otros llevan el terror y la desolación por por mar y tierra.

Las mareas son muy vivas en el Pacífico; en el Océano Atlántico lo son un poco menos; en el mar de las Antillas no se advierten.

Entre los animales dañinos, el jaguar, el puma (tigre y león de América), las serpientes, los cocodrilos y los grandes lagartos, los ciempiés, los escorpiones, los sapos, las garrapatas (*acurus americanus*), cuyas mordeduras y picaduras son mortales para los caballos, aumentan la tristeza de esos llanos tórridos y siembran el terror. El viajero no sabe dónde podrá detenerse para descansar o dormir; el aullido del viento, el rumor de las hojas al moverse, todo le inquieta; las luciérnagas o cocuyos, que iluminan los bosques durante la noche,

se asemejan a los ojos brillantes de una serpiente y hielan de espanto.

No han transcurrido más de tres siglos desde que se introdujeron en América los primeros animales domésticos de Europa, y ya su número es incalculable; en África, en cambio, a medida que uno se aleja de las soledades habitadas por los moros, al norte del Senegal y del Dialliba, su número tiende a disminuir.

En todas partes, y por regla general en tierras cálidas y bajas, se desarrollan animales de gran tamaño y considerables fuerzas; la elevación del suelo y el frío detienen su crecimiento. Pero en el inmenso territorio de Colombia se advierte todo lo contrario: en los llanos los animales son pequeños e indómitos, mientras que en las montañas son grandes, fuertes y dóciles (1); hecho insólito, ya que en las Antillas esos animales han conservado los hábitos, las formas y el tamaño que tienen en Europa. Esas islas tienen en todo y por todo una fisonomía todavía colonial; el Continente es el único que ha adquirido fisonomía propia.

Al pie de esas alturas se extienden los llanos casi deshabitados que riegan el Meta y el Orinoco, y, más allá, en dirección norte, las ricas campiñas de Venezuela. La descripción física de esas regiones es la misma que la de todas aquellas comarcas abrasadas por el sol del ecuador. Seis meses de lluvia, de abril a noviembre, y seis de sequía, se reparten el año; durante los primeros imperan los vientos del Este, y durante los segundos, los del Norte. La naturaleza se adorna aquí con todo el brillo y exuberancia que le presta el clima de los trópicos; bosques inmensos, sabanas inconmensurables

(1) No sucede lo mismo con las aves, que son más fuertes y más gordas en los llanos que en las montañas.

surcadas por ríos que durante seis meses están encajonados en sus lechos, pero que durante otros seis se expanden e inundan grandes extensiones. Tal es el cuadro que ofrecen las provincias de los Llanos, de la Guayana y de Casanare. Hay que entrar en las de Caracas y Cumaná para verse libre del diluvio que transforma todas esas regiones en pantanos y en lagos. Así es como mientras una temperatura suave y unas tierras más secas atraen a los blancos (americanos) a cultivar las magníficas regiones de Venezuela, la cría de ganado es lo único a que puede el hombre dedicarse en medio de los pantanos que forman las aguas de los ríos salidos de madre y de los bosques que cubren sus márgenes, y cuyos árboles, en la época de las tormentas, sirven de refugio a algunas tribus de indios.

De esta suerte, en una extensión inmensa de 91.950 leguas cuadradas, que es la que se cree que tiene la República de Colombia (1), presenta mil aspectos diferentes; pocas veces esos aspectos están animados por la presencia del hombre. En la naturaleza reina un profundo silencio; las extensiones son tan inmensas que durante todo un día se puede andar por regiones que se dirían no descubiertas todavía. Los nombres de los sitios, de los pueblos, de las provincias; las costumbres, los hábitos, los emplazamientos en que se asentaban los pueblos indígenas, todo está igual; nada ha cambiado. La soledad es tan profunda, los bosques tan impenetrables, las montañas tan inaccesibles, los seres viven tan aislados, que todo, en una palabra, salvo las ciudades y los puertos, se encuentra en estado tan salvaje como cuando llegaron los españoles.

(1) Humboldt.

CAPÍTULO VIII

Población. - Habitantes de los páramos. - Los de las montañas en que se produce trigo. - Los de los llanos. - Indios bravos. - Esclavos negros. - Religión.

Bajo la dominación de la Península, sostenida por un sistema parecido al que mantiene a chinos y japoneses aislados del resto del mundo, los americanos constituían una gran familia española ligada por la igualdad de costumbres, leyes, lengua y religión; por mejor decir, no había en América más súbditos y esclavos sometidos a un rey. Ahora sucede lo contrario. La soberanía no reside ya en una sola persona: pertenece a todos. A los títulos han sucedido los derechos; a las clases sociales, las diferencias de color y de castas que sólo el transcurso de los siglos podrá borrar; pero hoy existen aquí blancos, allá negros; por un lado mestizos, por otro mulatos: la independencia ha realizado las aspiraciones de los individuos, pero no ha satisfecho las esperanzas de las razas: todas aspiran al poder. ¿Por qué razón una sola de ellas habría de continuar ejerciendo ese privilegio? Esta pregunta, repetida a cada paso en un país donde cada individuo tiene su opinión, sus prejuicios, sus títulos impresos en los rasgos de su fisionomía, me invita a entrar en consideraciones sobre

el origen y el carácter físico y moral de los pueblos de aquellas partes del Nuevo Mundo que he recorrido.

En Colombia, y podría decirse en la América del Sur, la reunión de hombres ha dado lugar a la confusión de colores y de castas, del mismo modo que su dispersión, antes de la llegada de los españoles, originó la de los idiomas. La diversidad del color en los pueblos de América del Sur es tal, que constituye una nación que se diría integrada por chinos, malayos, javaneses, abisinios y árabes: en Caracas creeríamos hallarnos en presencia de portugueses, españoles o italianos; en Quito, de holandeses; en Bogotá, de alemanes. No es fácil pues, reconocer a primera vista a qué casta pertenecen los habitantes actuales de Colombia, del mismo modo que en Asia, no se puede determinar con exactitud el origen de ninguna de ellas, pues son el producto de constantes cruzamientos, durante tres siglos, de tres razas diferentes venidas de Asia, Europa y Africa. Por lo que a la de Asia se refiere, no se encuentra pura más que en las tribus independientes que habitan en las selvas de los llanos y en algunas montañas donde los españoles no han penetrado nunca.

A pesar de los infinitos matices de color que, según acabo de indicar, existen entre los colombianos, a éstos se les divide solamente en tres razas principales: mulatos, mestizos y zambos. Estos individuos, novedad en América, desprovistos de tradición genealógica, pretenden pertenecer a razas primitivas. ¿Pero se les puede clasificar entre ellas, teniendo en cuenta que el zambo —negro de cabello lacio y cara alargada— proviene del cruce de negro con indio; que el blanco americano es hijo de indio y de europeo; y finalmente que el mestizo de cabello rizado descende del cruce de europeo

con negro? Observemos de paso la superioridad física de la raza india o de los indígenas de América, cuando se une a otras, ya que es la única que transmite a sus mulatos sus facciones y su pelo. Si se clasificase a los hombres por razón de la fuerza de su temperamento, el indio figuraría en primer lugar y el europeo en el último.

Las razas en los hombres van perdiendo la fuerza de su constitución a medida que se cruzan; pero a medida que las facultades físicas se van debilitando, las morales adquieren una energía prodigiosa. También la belleza parece corresponder a las razas cruzadas; éstas son las únicas que presentan finura en los rasgos, viveza en la mirada y barba corrida, *a condición de que no vivan en los trópicos*. En efecto, los criollos blancos de Panamá y de Cartagena tienen poca barba, mientras que los de los Estados Unidos y Chile la tienen abundante.

Los indios y los negros de pura raza son bajos, rechonchos, sus facciones carecen de expresión y de agrado a la vista, y es curioso que cualquiera que sea el clima a que se les lleve no pierden nunca ninguna de las características físicas que les son propias. Así, un negro será negro lo mismo en Guayaquil que en Quito, y un indio no tendrá nunca barba, ya viva en Cartagena o en Bogotá. Por el contrario, la fisonomía de los hombres producto del cruce se altera a medida que cambia el clima; se colorea o palidece según la temperatura del país en que habiten.

Ni los negros ni los indios son propensos a las enfermedades y a los achaques linfáticos. Sus órganos están dotados de una fuerza y de una precisión admirables; sus miembros, más bien poco fuertes, tienen gran agilidad, aunque no se prestan para realizar trabajos delicados que requieran atención mental, pues en general no

son aptos para aplicarla. Estos tienen barba rala, su pelo tarda mucho en blanquear y sus dientes se conservan siempre en buen estado.

La organización física de los negros es demasiado conocida para insistir en ella. En lo tocante a los indios, sí añadiré que, lo mismo que los kalmucos, tienen la cara redonda, más ancha que larga y un poco convexa; la frente aplastada y estrecha, cubierta de pelo hasta dos dedos de las cejas; el cráneo es también aplastado; la nariz pequeña y alargada; los ojos negros, oblicuos y sin expresión; los pómulos muy salientes; los labios un poco gruesos. Su estatura es mediana, el cuerpo más bien ancho, y está sostenido por unas piernas cortas y arqueadas; el color es cobrizo.

En Colombia, lo mismo que en todas las regiones equinocciales de América, las castas cuanto menos se alejan del tipo primitivo, indio o negro, son tanto más valientes y capaces de soportar las más duras privaciones y las marchas más penosas: por el contrario, las castas en que la sangre india o negra se ha debilitado más a consecuencia de numerosos cruces con sangre europea, no suelen ser sobrias ni resistentes para las marchas; las primeras se entregan con pasión a la caza o llevan la vida de los pastores; las segundas se dedican a las artes o a la agricultura.

En general, los criollos, que en Colombia se llaman blancos, provienen del cruce de la raza española con negros e indios. En las provincias del litoral, los negros han ido entrando en las familias europeas, y en la cordillera se han visto obligados a admitir a los indios. En efecto, así se explicaría cómo la América española contaría ahora con un número tan considerable de blancos

cuando sesenta años después de la Conquista no había en ella más que quince mil españoles (1).

Y sin embargo los criollos no quieren descender ni de los primeros conquistadores españoles, de los indios ni de los negros; se avergüenzan de semejante ascendencia. Pretenden descender de familias venidas de la Península en épocas posteriores a la Conquista. Esta pretensión carece de fundamento, y además no deja de ser un poco ridícula, ya que considerable número de indios fue ennoblecido por los Reyes de España y que uno de ellos, el descendiente de Moctezuma, fue creado grande de España. Además, desde los tiempos de Pizarro ya vemos en puestos muy principales a los hijos de Almagro y a Garcilaso de la Vega, ambos mestizos indios.

Los blancos de la costa tienen todos los rasgos de los españoles, pero poca barba; los de las regiones frías de la cordillera la tienen más poblada; se parecen mucho a los europeos del Norte, a pesar de que sus ojos hayan conservado en mucha parte la oblicuidad de los de los indios, y que por lo general tengan el pelo negro y áspero como el de los indios del Nuevo Mundo.

Muchos de los habitantes de Colombia están desfigurados por dos enfermedades horribles: la *sífilis* y el *bocio*; algunos niños, al nacer ya llevan el germen. La primera parece que es endémica en el país. Descuidada por la ignorancia de los habitantes, toma mil caracteres diferentes, pero no adquiere la violencia que tiene en Europa, debido a que los remedios están por todas partes al alcance del hombre y detienen los progresos del mal.

(1) Robertson, tomo IV, página 188.

No hay remedio contra el bocio (1); hay sitios donde, sin que se sepa por qué, todo el mundo padece de esta enfermedad. Esta se presenta lo mismo en las regiones frías que en las más cálidas; pero en general sólo se presenta en los valles y en las regiones alejadas *de la influencia de las brisas del mar*. No se ve esta enfermedad ni en la Cordillera Occidental ni en la vertiente oriental de la otra cordillera. Los indios y los negros cuya raza no ha estado cruzada con la blanca, no sufren de ella; ya no ataca sino a los mestizos y a los mulatos. En las montañas del Fontadiallon los mestizos fulahs, o sean hijos de rojos y de negros, también son propensos a esta enfermedad.

Si no se ven bocios en la gente que vive en las provincias del litoral atlántico, en cambio se dan muchos casos entre los sarcocoles (2).

Las enfermedades cutáneas son más corrientes entre los habitantes de las regiones equinociales del Nuevo Mundo que entre los de Africa; el consumo de carne de cerdo y de bebidas alcohólicas, que consiente el cristianismo, talvez sea la causa de esa diferencia que se advierte entre gentes que viven en una misma latitud.

Los indios, antes reducidos a la condición de siervos, han sido todos declarados libres desde la revolución, de suerte que ya no existe la distinción en *indios reducidos*; pero se ha conservado la de *indios racionales* o *civilizados* e *indios bravos, irracionales y salvajes*.

Todos los indios de las montañas, salvo los que habitan en las alturas de Santa Marta y en algunas regiones

(1) Se emplea la esponja para reducirlo; los preparados yódicos talvez dieran mejor resultado.

(2) Lo mismo sucede en el Brasil en la Guinea y en la Senegambia.

del macizo del Quindío, están comprendidos en la primera categoría; en la que también podría entrar un pequeño número de indios de los llanos; el resto forma parte de la segunda.

A los primeros se les estima por su constancia para el trabajo, por su vigor, que les permite resistir las inclemencias del tiempo, aunque no soportan los trabajos excesivos, y también para labores que exigen paciencia, y sobre todo por su sumisión.

En lo referente a los indios de las montañas, se atribuye a la costumbre que tienen de establecer sus chozas en las orillas de los lagos y de los pantanos y también al uso inmoderado de la chicha, la flojedad característica de los habitantes de las regiones cálidas y húmedas. En efecto, los indios de Chile y del Canadá son muy valientes porque viven en un clima riguroso y fuera de los trópicos.

Un clima templado y sin variaciones da costumbres pacíficas; Además, tres siglos de paz, la abundancia que procura una agricultura sencilla y que es de su agrado, la tranquilidad que garantiza la ausencia o la lejanía de enemigos temibles, han tenido que conservar en el indio ese carácter bondadoso y dócil que ya tenían en la época de la Conquista; la forma de gobierno era la monarquía, establecida por doquiera con el mayor brillo; desde México, por la cima de los Andes, se iba de una monarquía a otra hasta llegar al Perú.

En los picos más altos de la cordillera se ven indios que apacientan sus rebaños, o retirados en sus cabañas, sin más traje que una camisa y un pantalón de algodón; pocas veces encienden fuego para calentarse, mientras, en los desiertos de Africa, como ya lo dije, no se puede dormir por la noche sin prender fuego. Estos indios

no disfrutan sino en muy contadas ocasiones de la vista y del calor del sol. Rodeados constantemente de nieblas, ateridos de frío por los vientos helados que bajan de los picos nevados, de los que en ocasiones no les separan más que algunas toesas, casi desnudos pero acostumbrados a una vida mísera, pasan sus días ignorados del resto de los hombres, cuya existencia también éstos ignoran. Felices con tener esa libertad que nadie envidia, van errantes entre los brezos de los páramos, sin pensar que a sus pies está el universo; para ellos la creación empieza en la zona de las criptógamas y termina en la región de las nieves.

¡Qué poco se ha hablado de la existencia de este pueblo de pastores que habita a más de 2.000 toesas sobre el nivel del mar, que posee pastos tan ricos como los de las llanuras de Rusia y que vive en unas estepas que se extienden a una altitud igual a la del pico de Tenerife!

De estas regiones en las que la vegetación casi se extingue, se desciende a aquellas en que renace y en las que la naturaleza recobra su vigor. En estas últimas nos encontramos con otra clase de indios, con otro pueblo: éste es agricultor; sus campos están cubiertos de mieses, cuyas semillas vinieron de Europa.

Al indio no le gusta vivir en sociedad; es melancólico y pocas veces tiene vecinos que vengan a importunar su tranquilidad. Tal vez desde los primeros tiempos el indio se haya diseminado de esta suerte con objeto de no verse sujeto a un español bajo la denominación de cura o de alcalde.

El indio de las montañas no es, como el negro, estrepitoso en sus diversiones, aunque ame con pasión la música y el baile, aunque a unos y otros les

gustan de manera diferente. Cuando baila, el negro brinca, salta, patalea; el indio, por el contrario, en sus bailes anda lentamente, con mesura; el uno sólo se inflama con el redoble del tamboril y con el estruendo de sus enormes trompetas de marfil; el otro no se estremece sino a los sonidos tristes y melancólicos de una caña hueca; oye en éxtasis a uno de sus bardos cuando agita cadenciosamente un bambú hueco lleno de granos de maíz o cuando rasca con un palo la quijada de una mula, únicos instrumentos musicales que poseen los indios de la cordillera. Sus gustos, sus diversiones tienen la misma tranquilidad que el ambiente que respiran.

Hacia la región media de los Andes (600 toesas de altura sobre el nivel del mar), donde reina una primavera perpetua, espacio favorecido por una gran feracidad y que separa los productos vegetales de Europa de los de los trópicos, vive un pueblo cuyo carácter, mezcla feliz de la alegría de los habitantes de los llanos y de la cortesía reservada de los indios de los páramos, agrada sobremanera al viajero.

Sus cabañas, rodeadas de bananos, de campos de caña de azúcar o maíz, en más de una ocasión, son centro de diversiones. Una boda, la venta del excedente de la cosecha, dan lugar a reuniones, y para concurrir a ellas viene la gente desde muy lejos; los forasteros siempre son acogidos con amable cordialidad. Así es como cada propietario, a pesar del aislamiento en que vive, encuentra la manera de instalar a la puerta de su casa, en medio de las danzas y de los regocijos, un mercado donde pone a la venta sus productos y donde compra, a bajo precio, las cosas que necesita.

En todo tiempo sus chozas son refugio agradable para el viajero; el espectáculo de que disfruta le recuerda la felicidad, calma sus fatigas y le hace olvidar sus sufrimientos. En efecto, esas chozas aisladas respiran la paz y la unión más sinceras. Las mujeres, ocupadas en coser o en tejer telas, tienen a veces a su lado una cuerda que al tirarse imprime suave balanceo a una red, en forma de hamaca, en la que duerme un niño envuelto en mantas primitivas; si se despierta y llora, le aplican en la boca, para acallar su llanto, un pedazo de algodón empapado en leche.

Un poco más allá el hombre trabaja unas veces en la confección de cestos, otras en la recolección de los bananos o del maíz, cuyas mazorcas ya maduras hay que triturar entre dos piedras para hacer harina y tortas que se cuecen bajo la ceniza.

Cuidados y trabajos de mayor importancia vienen a veces a introducir una variación en su tranquila existencia, cuando las cañas de azúcar están a punto de madurar y hay que cortarlas y llevarlas al trapiche; del jugo que obtiene fabrica la chicha. Otras veces lleva a los verdes prados, que alfombran la cima de la montaña, a sus mulas, a las vacas y a los cerdos que integran su corral. ¿Por qué no adiestra a su perro para que le ayude en esas penosas faenas? Porque ese fiel animal, tan estimado por el europeo, inspira una repulsión general a los habitantes de los Andes; no se le cría más que para guardian de la casa, pero nunca se le acaricia; se le considera como un animal importuno, que está siempre dispuesto a devorar la comida de su amo. ¿Esta antipatía vendría por tradición de los indios, contra quienes los españoles emplearon, tan bárbaramente, el instinto de sus perros para darles caza?

El campesino americano de la cordillera, y en particular el mestizo, es de una cortesía que sorprende y encanta, a la vez, al extranjero. En esas regiones, cuando dos personas se encuentran, se saludan, se informan del estado recíproco de la salud y emplean frases de exquisita delicadeza tanto para ofrecer como para aceptar; el sentimiento que produce la separación, el gusto que da el volver a verse, todo se expresa valiéndose de los términos adecuados. La discreción se acentúa en extremo; no se entra en una casa sin haber pedido permiso y sin descubrirse. Las prerrogativas se respetan sin bajeza, el rango se conserva sin avergonzarse; en una palabra, en cualquier choza se observan las reglas elementales de la buena educación. ¿No admira el ver que esas reglas se hayan arraigado en gentes poco antes salvajes y que se hayan conservado entre sus descendientes en medio de las soledades en que viven?

A medida que uno se aleja de las altiplanicies, cambian tanto el aspecto de la naturaleza como el del hombre. En las orillas de los ríos, regiones que por lo general están sometidas a un calor asfixiante, se advierten ya otras costumbres, otra clase de vida, se echan de menos la mansedumbre del pastor y la cortesía del labriego, al advertir el carácter violento y áspero de los ribereños y de los pescadores.

La población de los llanos del Orinoco y del Apure ofrece una variedad infinita de pigmentación; su carácter es vivo y violento. Si en las ciudades esa vivacidad degenera en grosería, en los llanos se convierte en audacia y en valor. El negro emancipado o el mulato, en las provincias del litoral, si no es marinero, es obrero; el de los llanos vuelve a los gustos naturales de todo africano, tan diferentes de los que se observan en los in-

dios de las montañas; sus aficiones son montar a caballo, cazar, guerrear. En efecto, a los indios de la cordillera les gustan las faenas pacíficas de la agricultura, son apegados al terruño, conllevan pacientemente las fatigas y temen los peligros, que el hombre del llano busca con afán: perseguir los jaguares, domar un caballo fogoso, enlazar un toro, hé ahí sus pasatiempos y sus ejercicios. Tan valientes en el combate como cuando sueltan a los toros en los bosques, los llaneros se sirven para cogerlos de un lazo de cuero que lanzan con tal destreza, que el animal queda en seguida sujeto. En las pampas de Buenos Aires otros hombres parecidos a éstos se sirven de unas correas largas en cuyas puntas ponen unas bolas de hierro; arma terrible que raras veces falla.

Nada les detiene en su carrera o en sus empresas. A caballo, han llegado hasta apoderarse de barcos que se creían al abrigo de sus acometidas; así fue como Páez destruyó la flota española en el Orinoco.

Claro está que estos nuevos árabes desprecian a las gentes pacíficas e indolentes de la cordillera. La civilización se les antoja una flaqueza que designan con todos los diminutivos de la lengua española. Los habitantes de los Andes, para ellos no son gente valiente ni fuerte; no son más que unos *blanquillos*.

Los llaneros se dividen, como todos los habitantes de las tierras calientes, en hijos de europeos y de indias, o de negros y de indias. Entre ellos también se encuentran todavía tribus que conservan intactas sus costumbres salvajes; la abolición de las misiones no permite esperar que renuncien a ellas, a menos que se les obligue a incorporarse a los nuevos habitantes de los Llanos.

Los *indios bravos* no tienen la mansedumbre de los que se llaman *reducidos*, ni la audacia valerosa de los

zambos que ocupan su territorio. No sin ser feroces, atacan a sus enemigos por sorpresa, y cuando cae alguno de éstos en sus manos se lo comen. El origen de esos festines horripilantes talvez haya que buscarlo en el hambre que esas tribus debieron de padecer cuando por primera vez bajaron a estas regiones inmensas.

En Colombia hay un gran número de indios bravos; y aunque los geógrafos antiguos y modernos les han considerado bajo la dominación española, siempre han disfrutado de una completa independencia, bien fuera que España se la dejara o que la adquirieran refugiándose en antros inaccesibles. Talvez, si España hubiera podido conquistar toda la América en el primer siglo del Descubrimiento, esos indios se hubieran plegado a sus leyes, pero después de ese lapso ya no se quería sino disfrutar de lo conquistado, y el sometimiento de esos salvajes no presentaba ningún aliciente para los españoles. Así fue como se dejó en paz, mientras no tomaran la ofensiva, a los goajiros, que habitan entre Santa Marta y Riohacha; a los indios del Darién y de San Blas (que todos hablan inglés); a los andaquíes, que viven al sur de Timaná, y a todas esas tribus que vagan errantes desde las orillas del Amazonas hasta las del Apure.

A algunas de esas tribus, España les pagaba tributo, tributo que la República, cuyas finanzas absorbían las necesidades de la guerra, no ha podido pagar con igual puntualidad; este olvido, en más de una ocasión, ha suscitado la cólera de esas tribus y motivado sus venganzas, pero no suelen turbar la paz de sus vecinos civilizados que a su vez les dejan tranquilos. Poco a poco la colonización les va rechazando más y más lejos, y hoy ya no se buscan esposas en esas tribus. Los celos de los hombres han sabido inspirar a las mujeres una

antipatía profunda hacia los blancos, cuyas primeras invasiones todavía se recuerdan. El sistema de repartimientos prevenía este inconveniente; al reducirlos a la condición de siervos, les hacía considerar como un honor el entrar en la familia de sus amos. Estas uniones son las que han dado origen a una población pacífica, agrícola e industrial en regiones que antes de esta medida, necesaria por las circunstancias, se veían ensangrentadas por los sacrificios de seres humanos.

La independencia de que gozan todos esos mulatos, negros o indios salvajes, y la naturaleza de las regiones en que viven, debería disuadir a los jefes del gobierno de la idea de intentar de nuevo la aclimatación del camello en América, y deplorar un poco menos que el primer ensayo, dificultado por las guerras civiles, no diera resultado. En efecto, si hubiera tenido éxito, es muy probable que el habitante negro y casi en estado salvaje de los llanos, montado en ese navío del desierto, con algunos plátanos, y encontrando un licor embriagador inagotable en los troncos de las palmeras, es muy probable, repito, que no hubiera querido en modo alguno plegarse a una vida sedentaria. Desde la guerra, hay ya gran cantidad de llaneros que la abandonan, miran con desprecio las cimas heladas de los Andes y desafían al pacífico poblador de las montañas, como si le esperaran en sus llanos, en los que sedientos y agobiados por el calor, les ofrecería una presa fácil.

Estas hipótesis no carecen de fundamento. En efecto, el habitante de los llanos abrasadores de América ha adquirido, por las torturas del calor, por las picaduras de los insectos, por los peligros de las fieras, un valor que no tienen los montañeses. La suave temperatura de que disfruta el indio mestizo en sus valles, le ha dado

una compleción menos robusta, que le hace tan sensible como el europeo al calor de los llanos; pocos son los que no adquieren las fiebres o que no sucumben a sus accesos. De modo que ese nuevo pueblo de beduinos que se supone habita en los llanos, si tuviese a su disposición los elementos que favorecen las costumbres nómadas, como son el camello, el caballo, grandes rebaños y el banano, talvez renovara contra Santafé de Bogotá, Caracas y en general contra todas las ciudades, incursiones a que le induciría la esperanza del pillaje. Talvez entonces en los caminos de Caracas, infestados por los bandoleros, no habría seguridad sino comprándola como se hace para ir a la Meca.

Un continente inmenso donde era tan fácil ocultarse, obligó a los españoles a adoptar un sistema de indulgencia y de suavidad para con sus esclavos. Pero si se evitó el peligro de la deserción, no se obvió el que representaba el abandono de la agricultura, de modo que todos los cultivos iban decayendo a tal punto que los productos de la tierra que daba el continente eran muy inferiores a los que producían las Antillas. Aunque el número de esclavos fuese considerable, éste disminuía todos los años debido a la costumbre que tenían los españoles, antes de morir, de darles la libertad. El nuevo Gobierno, heredero de los principios de la Península, se muestra muy favorable a los esclavos, y con la ley que acaá de vo tar, dentro de cuarenta años no habrá ya un esclavo en Colombia.

El mayor número de negros se concentra en las provincias del litoral. En las de Antioquia, Magdalena, Cauca, Guayaquil y Chocó hay muchísimos; su número ha aumentado en forma tal, que, al igual de lo que sucede en nuestras colonias, un blanco llama la atención,

En la rama oriental de la cordillera sólo se ven blancos e indios.

En toda la gente del pueblo, cualquiera que sea su color, la paz familiar no se suele ver turbada por la discordia; y si bien es verdad que los miembros de familia entre sí son poco efusivos, en cambio se guardan todas las consideraciones y el mayor respeto. El padre de familia es objeto de una verdadera veneración; sus hijos le tratan de *su merced*, y al levantarse y al acostarse le dan los buenos días y las buenas noches y le piden, de rodillas, su bendición.

La generosa hospitalidad que los habitantes de Colombia, hasta los más pobres, practicaban antes con verdadera satisfacción, constituye para ellos hoy un motivo de pesar y de inquietud: antes la brindaban; hoy, en muchas partes solamente la otorgan ante las amenazas del Alcalde: engañados, saqueados por la soldadesca, el viajero les parece un tirano que viene a instalarse a la fuerza en su casa. Antes, la hospitalidad era gratuita, hoy se paga o por lo menos se da algo al huésped. Es así como las calamidades de la guerra y los abusos han engendrado el interés, siendo de temer que éste, dentro de pocos años, llegue a un límite excesivo.

Hé aquí un estado de la población de Nueva Granada:

Blancos (hijos de europeo y de mestiza).	250.000
Mestizos (hijos de blanco y de india).....	400.000
Indios.....	450.000
Mulatos.....	550.000
Negros libres y esclavos.....	94.600
	<hr/>
	1.744.600
	<hr/>

A la Provincia de Caracas se atribuye una población de 900,000 habitantes; los dos tercios son de color, de modo que en una población de 1.744.600 individuos no hay más que una tercera parte blanca, contando en ella a los indios mestizos, que para aspirar al título de blancos y hacer olvidar su origen no les falta sino medio siglo (V. nota V.).

En las revoluciones, parece como si la gente, al igual del dinero, desapareciera. En efecto, en cuanto la paz reina y los peligros de la guerra cesan, una y otro resurgen como por milagro; esto es lo que sucederá en Colombia, cuyo número de habitantes, después de algunos años de tranquilidad, se aumentará, sobre todo si se multiplican las máquinas de vapor, invención que contribuirá al aumento de la población americana por las facilidades que da para su enriquecimiento, lo mismo que la de la pólvora sirvió hace tres siglos para subyugarla y destruirla.

La revolución y los agentes de Santo Domingo han enseñado a todas las castas que componen la población de Colombia a cotizarse. Todas quieren la expulsión del extranjero, pero cada una por lo que pueda favorecer a los de su color. Los indios son los únicos que, indiferentes al nuevo amo que les caiga en suerte, echan de menos las consideraciones que los españoles les tenían al dejarlos disfrutar de una verdadera independencia en sus aldeas, designadas con el nombre de *pueblos de indios*, y no apetecen una igualdad que les asimile a los negros, por quienes sienten profunda antipatía.

El lazo más poderoso que une todas estas razas y les impide combatir entre sí es la religión. Esta en todas partes predica, para no romper la unidad del culto, la

concordia entre los pueblos; en todas partes su voz se oye con respeto; todas las castas y clases sociales acatan sus decretos y templan sus odios cuando la Iglesia lo dispone.

El clima, la prudencia del clero, la educación que los españoles dieron a esas gentes, que durante tres siglos no se alteró por contacto alguno con el extranjero, todo eso ha inspirado a los colombianos un profundo respeto por el culto; por esto a sus ojos el título de mayor valía que tiene el francés es el de *cristianismo*, y si envidian algo a Francia es por el gran número de santos que ha dado a la Iglesia.

La autoridad del cura es absoluta; el respeto que se le tiene es tal, que por nada en el mundo se le robaría lo más mínimo de las primicias que se le deban. Además se ve con beneplácito que entre gentes casi salvajes haya hombres prudentes que con su ascendiente sepan someter el pueblo a las leyes y puedan así compensar la tiranía de las autoridades municipales. Se suele reprochar al clero su odio contra los herejes y su dureza para con los indios: pero se olvida que dondequiera que haya hombres se cometerán abusos.

A pesar de la relajación de que se acusa al clero, en las iglesias se advierte la mayor compostura. La devoción de los fieles que asisten a los oficios divinos no es menos sorprendente; con la mirada fija en el oficiante, no se distraen jamás con la lectura maquinal de los devocionarios; todas las oraciones se las saben de memoria y las rezan a su debido tiempo. En cuanto a fervor, todo les parece poco a los católicos americanos; los hay que durante horas enteras tienen los brazos en cruz; otros, en el momento de alzar se golpean el pecho

con verdadera violencia; la mayor parte oyen de rodillas toda la misa.

Como en España, las mujeres no pueden sentarse sino en el suelo; en contra de lo preceptuado por San Pablo, deben llevar la cabeza descubierta. Las vísperas sólo tienen lugar los días de fiesta. No se puede uno casar sin haber jurado que no es francmasón y sin hacer un retiro y una penitencia más o menos largos.

No son éstas las únicas prácticas religiosas que difieren de las nuestras. En los entierros el cadáver se lleva sin tapar y ricamente vestido, y se conserva la costumbre india de bailar y de divertirse cuando muere un niño. Pocas son las ciudades que tienen cementerios y hasta ahora se entierra en las iglesias.

El Gobierno de Colombia, conocedor de la influencia que ejerce el clero, trató en 1823 de hacer que pasara a sus manos, procurando conseguir el derecho de patronato sobre las iglesias de América, que Julio II había concedido a los Reyes de España.

Para ello empezó por ganarse las voluntades del Cabildo de la Catedral de Bogotá; pues aunque su jurisdicción no se extendía más allá de la Diócesis de Bogotá, la opinión de los hombres doctos que lo integra pesaba enormemente en la conciencia de muchas gentes.

Después se halagó la ambición de los miembros del clero que, sin temor a desligarse de Roma, pudieran establecer un principio que sería fatal para ellos mismos; y como deseaban ardientemente sustraerse a aquella supremacía lejana, y sobre todo querían tener una corte eclesiástica, finalmente, el Gobierno, apoyándose en el celo republicano de los canónigos Andrés María Rosillo y Francisco Xavier Guerra, reunió hacia

enero de 1823 el Cabildo eclesiástico, seguro de que sus decisiones corresponderían a sus miras en lo referente a la reivindicación del patronato de los Reyes de España.

El Cabildo secundó ampliamente las miras del Gobierno, como se puede apreciar por el acta de la sesión: «Hoy 21 de enero de 1823 se reunió el venerable cabildo de Bogotá, integrado por los doctores Andrés María Rosillo, magistral de esta santa iglesia catedral y presidente del mismo; Fernando Caicedo y Flores, penitenciario; Juan Nepomuceno Cabrera y Francisco Xavier Guerra, prebendado suplente: la sesión se abrió con la lectura del informe del magistral y del penitenciario que dan cuenta del resultado de la comisión que se les había confiado cerca de Su Excelencia el Vicepresidente, relativa a la necesidad de designar prebendados para el servicio de la santa iglesia catedral, de acuerdo con la resolución adoptada por el anterior cabildo acerca de las reclamaciones de los suplentes. Los referidos comisionados informaron que Su Excelencia, lleno de celo por el bien de la Iglesia, se mostró de acuerdo con que se eligiesen las cuatro primeras dignidades, cuatro canónigos de gracia, dos beneficiados y dos suplentes; que habían pedido, por lo que a las canonjías vacantes, o que pudieran vacar, se refiere, que el título no se expidiese hasta el fin de la guerra, en atención a las necesidades del Estado. Se trató después de la necesidad absoluta de proveer lo más pronto posible esas vacantes porque hay tres canónigos muy ancianos, y si llegaran a morir no habría número suficiente para elegir los beneficiados que deberían constituir el cabildo. Se convino en que, hasta el siglo trece, tanto la costumbre como las reglas de la Iglesia habían atribuído siempre a los cabildos la elección de sus canónigos y

procuradores, y que, a pesar del derecho de reserva establecido por la Santa Sede, por motivos que estimaba justos y razonables, la situación y las circunstancias por que atravesaba la catedral de Bogotá podrían exponer a la grey de la diócesis a verse en un abandono calamitoso si no se procedía a la elección de los nuevos ministros del culto. También se estuvo de acuerdo en que no se podía tratar con el monarca a quien se había conferido el derecho de presentación como patrono, ya que la nueva república de Colombia estaba en guerra con las Cortes y con el rey de España, a quien había resuelto no reconocer nunca más y que por lo tanto no se podía ya disponer del mismo medio por el cual el Soberano Pontífice proveía anteriormente a la elección de los prebendados por la presentación del patrono en calidad de mandafario suyo. Por estas razones y no pudiendo pensarse que el Vicario de Cristo prefiriese la rigurosa conservación de las reservas y de los privilegios concedidos al rey de España al mantenimiento del culto, de la jurisdicción eclesiástica, del sacerdocio y de la religión católica en todas estas regiones, estima indispensable el cabildo proveer a las necesidades de la Iglesia mediante la elección, conforme a las intenciones de los Pontífices y ateniéndose a una interpretación justa y meditada de las leyes eclesiásticas; por esto los miembros del cabildo declararon que se encontraban en las circunstancias antedichas a reserva en todas las demás de la revisión y aprobación del Jefe Supremo de la Iglesia, al que quieren permanecer ligados juntamente con todos los fieles del Arzobispado de Bogotá, como hijos obedientes y verdaderos católicos, prometiendo dar cuenta de su resolución a S. S. pidiendo su aprobación y remedio para el porvenir y que consienta en

la inmediata designación y elección de los miembros designados; en primer lugar a la de algunos canónigos para que en unión de los otros puedan proceder a la elección de las dignidades. Al propio tiempo, como es un deber el actuar de concierto con la suprema autoridad del Estado, que en la actualidad está en manos del Vicepresidente de Colombia, de acuerdo con lo decidido por el Congreso, y debiendo tenerse presente el que el jefe del poder civil es protector nato de la Iglesia y que en su calidad de representante de la soberanía del pueblo proporciona alimentos a los ministros del culto, y muy especialmente a los beneficiados al cederles una parte de los diezmos, los miembros del cabildo han acordado por unanimidad que, en en cuanto se terminen las elecciones, se notificaría a Su Excelencia el nombre de los elegidos para que los presentase, con objeto de recibir las bulas de institución, y escribiese a la Corte de Roma que apruebe su designación con objeto de poder recibir su parte correspondiente de la masa decimal de la caja del diezmo según las normas de esta iglesia metropolitana.

El Cabildo de Bogotá no se limitó a esto; declaró renunciar al derecho de ocho piastras que antes recibía de las personas que solicitaban dispensas.

El Gobierno tuvo por seguro su triunfo y se apercibió a presentar para la próxima sesión una ley sobre el patronato; pero pronto exteriorizaron algunos síntomas de descontento los eclesiásticos; algunas palabras imprudentes dejaron traslucir inoportunamente esperanzas culpables y proyectos peligrosos que alarmaron al clero: éste, mientras se trató sólo de tolerancia, guardó silencio; pero no pararon aquí las cosas. Se supuso que se podría establecer un nuevo culto aprovechando la

incultura del pueblo: se corrió la voz de que un reformador osado, combatiendo algunas de las prácticas del catolicismo, conseguiría éxitos indudables entre los habitantes de los llanos del Orinoco. Se quiso asustar al clero, y el resultado fue que se le volvió a hacer intransigente; a la vista del peligro con que se le quería atemorizar tomó el partido de resistir. Para calmar sus temores el Gobierno recurrió a otro expediente. En marzo se imprimió una carta que el anciano Obispo de Mérida, partidario de la república, había escrito por agradecimiento, el 20 de agosto de 1821, al Papa Pío VII, y la contestación de éste.

CARTA DE RAFAEL, OBISPO DE MÉRIDA

«Desde 1810, esta parte de América, o mejor dicho todo el Continente pugna por sacudir el yugo de España; al principio esta revolución se señaló por movimientos sediciosos y por guerras espantosas; por fin la paz puso fin a ellas. Los males de esa época son inenarrables; sólo me voy a referir a los de la Iglesia. Todos los Arzobispos y Obispos están desterrados en viaje, de suerte que me encuentro solo. Caracas y Santafé no tienen Arzobispo; los Obispos de Santa Marta y de la Guayana murieron, el de Cartagena huyó, los de Popayán y Quito están en las filas de los enemigos de la república. Pero además, según los términos de la Constitución (la de 1812) que jurara el Rey católico, la soberanía vuelve a la fuente de donde emana, es decir al pueblo español: ¿por qué no habría de volver a nuestras manos también? Además rechazamos los decretos que emanan de la Península, decretos que América jamás aprobará. *Quidem ab hac America non comprobata non comprobanda*».

**BREVE DEL PAPA PÍO VII EN RESPUESTA A LA CARTA
DEL OBISPO DE MÉRIDA**

«Roma, 7 de septiembre de 1822.

«Venerable hermano, salud y bendición.....»

«Nós hubiéramos deseado tener detalles más circunstanciales relativos a la situación del clero a consecuencia de los disturbios políticos. Os encargamos por lo tanto de comunicárnoslos a la mayor brevedad posible; y, puesto que hay varios Obispos que han abandonado su sede deseábamos conocer la situación de sus diócesis. Lejos de Nós la idea de inmiscuirnos en los asuntos del gobierno; no nos ocupamos más que de aquellos, que atañen a la religión, a la iglesia que regimos y a la salvación de las almas. Dolorosamente afligidos por los males de la iglesia de las Españas, queremos conocer su intensidad para curarlos; en todo caso os recomendamos con insistencia que cuidéis de la iglesia que regís y os enviamos del fondo de nuestro corazón así como a la grey que os ha sido confiada, nuestra bendición apostólica».

La decisión del Cabildo de Bogotá, las cartas y los discursos del Obispo de Mérida, los elogios hechos por el Gobierno, de los dominicos y de los frailes en general, no bastaron para calmar los temores que la indiscreción de algunos exaltados despertaron por todas partes; los curas temieron que las proposiciones del Gobierno encubrieran una celada; además se difundió la especie de que se iba a abolir el diezmo a cambio de un sueldo anual; se decía que la clausura de los conventos iba a ser abolida, rumor que confirmaban las cartas que algunas religiosas dirigieron al Senado pidiendo la ex-

claustración; las sociedades masónicas que había en algunas ciudades vieron aumentar el número de sus miembros y muy principalmente con dominicos. El clero ante todas estas innovaciones se creyó amenazado en su hegemonía; de suerte que cuando se presentó el proyecto sobre patronato lo rechazó temiendo que los nuevos Magistrados lo transformaran en un gobierno teocrático, como lo hizo Enrique VIII en Inglaterra.

El Gobierno, inquieto ante la actitud amenazadora que asumía la montaña —así se designaba al partido del clero—, clausuró las logias masónicas y retiró el proyecto de ley, pero con la secreta intención de volver a presentarlo en cuanto los espíritus se hubiesen serenado.

Sin embargo, el clero, carente de jefes audaces, no constituía un verdadero peligro para el nuevo Gobierno. Contentos con conservar sus bienes, y con el quieto y pacífico goce de sus prebendas, los primados del clero, halagados con los homenajes y con tal de obtener mayores triunfos, renunciaron a todo proyecto hostil. Solamente el bajo clero estaba dispuesto a provocar disturbios, ya que era joven y apasionado; pero la jerarquía romana es tan inmovible que hay que estar con ella o lanzarse por el camino de la herejía. De este modo, el clero optó por el primer partido. La revolución americana, en parte obra del clero que esperaba dirigir sus movimientos y recoger sus frutos, es un campo de acción que bastó por entonces a sus ambiciones.

CAPÍTULO IX

Carácter de los colombianos.

Después de haber trazado un esbozo de las razas que integran la población de Colombia, queda por describir el carácter nacional. Algunos de los trazos de mi dibujo parecerán talvez exagerados a aquellos que sólo han conocido a los hombres de saber que están a la cabeza del Gobierno, de las altas clases sociales y del clero bogotano. Desde luego el cuadro que esbozo no se refiere a esos personajes ni a ese círculo selecto, pues no hay que olvidar que las ciudades capitales tienen una fisonomía característica que se aparta muchísimo de la que presentan las de provincias. En éstas es donde hay que estudiar un país para conocerle a fondo: el que no conozca sino a Bogotá, el que no haya vivido más que en la sociedad de las personas distinguidas que viven en la capital, no tendrá, ni mucho menos, una idea exacta de los colombianos: la cantidad de extranjeros que han pasado por esa ciudad ha cambiado gran parte del carácter nacional; éste sólo conserva su pureza en las ciudades alejadas de la costa y de la capital.

El colombiano que habita la tierra caliente suele ser delgado, de tez amarillenta; en general es bajo de estatura y pocas veces está bien constituido. El estado de debilidad en que languidece proviene del empobreci-

miento sanguíneo que sufre la raza blanca en el trópico a medida que la sangre negra, que por lo general se mezcla con la de los europeos, se va alterando y desapareciendo.

A medida que uno se eleva hacia las regiones más frías, el color de los blancos va siendo menos amarillento; todavía se muestra pálido hasta a una altura de seiscientas toesas; al llegar a mil toesas ya se ve buen color, y magnífico en la altitud en que se encuentra Santafé de Bogotá, donde los hombres, sobre todo en la infancia, suelen ser hermosos, y, aun cuando su constitución no sea en extremo robusta y sean propensos en la edad madura a contraer muchas enfermedades, su alta estatura y su esbeltez disimulan perfectamente su decrepitud precoz.

El colombiano no tiene vivacidad en la fisonomía; su figura es sombría, triste e inexpressiva; no refleja sino indolencia, y sus movimientos lentos prueban, al menos, que aquellos signos no engañan.

La paciencia será pues una virtud indispensable para el extranjero; cuanto más quiera estimular la actividad de una persona con quien esté asociado en un negocio, menos conseguirá, y hasta podría suceder que por efecto de su insistencia las buenas disposiciones de que se hiciera gala en un principio se transformaran en aversión. Las prisas con un colombiano son como despertar intempestivamente a alguien que esté durmiendo: no le gusta actuar más que según su capricho; pretender reglamentarle es imposible, y hasta pudiera ser contraproducente para el que lo intentara.

Claro está que el alma del colombiano no es menos ardiente que la del europeo; pero nacido bajo el dominio de un pueblo suspicaz, tomó la costumbre de disi-

mular, bajo su aparente impasibilidad, los sentimientos que experimenta. Sin embargo, hay gran diferencia entre el hombre de los llanos y el de las montañas. El de Caracas, especialmente, comparado con el de Bogotá, parece mucho más vehemente y hasta arrogante, mientras este último da la sensación de estar dotado de un fondo de bondad, de sencillez y de buen sentido.

El orgullo, que constituye la base del carácter nacional, es la fuente de donde dimana la prevención que muchas personas tienen contra los extranjeros; prevención que suavizan con la más exquisita cortesía. También se podría pensar que el sentimiento de emulación que inspiran a los colombianos los buenos éxitos de las actividades de los europeos, es la causa de la poca simpatía que éstos inspiran, ya que su único pensamiento, el que les obsesiona y les embarga en todo momento, es el del interés. Ese interés activo, que en el americano del Norte es germen de su industria y el que la hace progresar, en el colombiano solamente es un interés pequeño y personal parecido al del avaro; es esa necesidad de acumular, de acaparar y no la de tener para poder gastar, para disfrutar, interés este último que desarrolla un gran movimiento comercial. La mentalidad del colombiano es la del comerciante al detal.

Si en los negocios trata de ocultar el interés minuciosamente calculado bajo la apariencia de una tranquilidad desinteresada, en los asuntos políticos se contenta con sonreír y con formular protestas, cuyo disimulo es menos impenetrable de lo que se cree. Su manera de pensar en política la declara sin inconveniente; pero no se conocen las medidas que toma sino

por su aplicación; y cuanto más severas sean, menos trascienden al exterior.

A cuanto se le pide contesta afirmativamente; cualquiera que sea el favor que de él se solicite nunca dirá que no, pero promesa hecha, promesa olvidada. Siempre dispuesto a poner *diligencia*, nunca da un paso. Esto no obstante, por su manera de expresarse, resulta que siempre está dispuesto a hacer cualquier cosa por el prójimo; todo está a *su disposición*; cuando se pregunta por la salud de una persona, ésta contestará siempre: *para servir a usted*. Error profundo sería el creerlo, y la confianza que se ponga en sus buenos oficios con frecuencia se verá defraudada.

Oiga cuanto oiga no se alterarán los rasgos de su fisonomía. A juzgar por lo que dicen, los colombianos serían excesivamente modestos, ya que ponen a Europa muy por encima de América en cuanto a conocimientos y a saber. Todas estas protestas no suelen ser sinceras, y se les halagará en grado sumo si se les dice que en Europa no se hace nada mejor que en América.

A los colombianos no les gusta, por otra parte, que se establezcan paralelismos entre ellos y los europeos; en especial suelen estar muy ufanos del talento de sus generales. En Colombia hay mucha gente que coloca a Bolívar, como genio militar, muy por encima de Bonaparte, porque miden la importancia de sus victorias por la amplitud del teatro donde las obtuvo, en vez de considerar la de los ejércitos que tuviera a sus órdenes. Para ellos hay muy pocos sabios más eminentes que Mutis, Caldas y Zea. Vásquez, su pintor; Mosquera, su primer orador en la Cámara, son, a juicio suyo, hombres cuyo talento no ha sido igualado por los más grandes genios de Europa. Al decir esto no exagero,

pues es la opinión casi general. Si algunas personas callan delante de un extranjero, ese silencio debe atribuirse a su exagerada modestia. Ni hay que decir que no tienen estimación alguna al soldado europeo; sus victorias sobre las huestes españolas pueden confirmar su desprecio por las tropas de nuestro Continente.

Estos sentimientos no deberán sorprender si se tiene en cuenta que muchos colombianos, además del orgullo español, poseen tan sólo un conocimiento muy superficial de Europa; es pues, natural que no sientan admiración sino por aquellos compatriotas que han descollado, y esto precisamente demuestra que ya tienen un espíritu verdaderamente nacional. Sin embargo reconocen a Europa una superioridad literaria que por de contado habrá de inspirarles el deseo de igualarla.

Les encantan los pleitos y detestan las disputas. De modo que, en tierra caliente, con tal de que las mujeres les dejen mecerse en sus hamacas a su gusto, fumando un cigarro, la paz reinará inalterable en el hogar tanto más cuanto a pesar de su calma aparente, tienen un temperamento tan ardiente como el clima en que han nacido. En las montañas, la indiferencia y la indulgencia garantizan la tranquilidad de los esposos.

Salvo la pasión por el juego y por las empresas ridículas, que llegan al extremo, parece que todos llevan una vida ordenada y tranquila. No se da un caso de suicidio; solamente en Quito, donde hay *pueros*, especie de círculos donde a veces pasan los socios hasta tres días en terribles bacanales.

Los extranjeros, bajo la influencia de las descripciones publicadas en Europa sobre el número considerable y la riqueza de las minas de oro de Nueva Grana-

da, sólo sueñan con explotaciones de ese tipo, mientras que los habitantes del país no consideran al oro más que como un metal común y corriente, y no piensan sino en descubrir minas de platino y de diamantes.

La mayor parte de los colombianos carecen de conocimientos y aptitudes para lo que pudiéramos llamar las artes agradables; algunos sin embargo saben el francés, a casi todos les gusta nuestra literatura y la prefieren a las de otros países; a los sacerdotes, principalmente, les entusiasman nuestros escritores sagrados.

Los cuadros que en Europa se pintaban con anterioridad a Rafael pueden darnos una idea de los que se pintan en Colombia; el dibujo es incorrecto; las figuras carecen de expresión; no hay en ellos perspectiva alguna; y en general no se ven indicios de imaginación. Los de Vásquez son una verdadera excepción de esa ley.

Si los americanos no pueden todavía eclipsar en elocuencia o en poesía a los españoles, sus composiciones, sin embargo, están exentas de ese ridículo que hace imposible la lectura de los escritores franceses anteriores al siglo de Luis XIV. Sus predicadores, lejos de parecerse a los nuestros de esa época, ponen la mayor gravedad y unción en sus sermones. Desde el punto de vista literario, la gente de mundo en América está menos atrasada que en lo relativo a las artes y a las ciencias.

En los discursos de los oradores en las Cámaras, pocas veces se encuentran la elevación y los ademanes que arrastran la opinión en una asamblea. Y sin embargo no faltan las ocasiones propicias para producir grandes efectos oratorios, ya que la Cámara se ha dividido

en valle y en montaña. Pero el estilo parlamentario no se ha formado todavía; si el orador se anima, monta en cólera: hasta he visto a varios parlamentarios llorar de ira. Hay sin embargo muchos oradores que tienen facilidad de improvisación.

Los españoles reprochan a los colombianos su afición a los neologismos. Debemos nosotros estarles agradecidos de ese defecto, pues gracias a él, desde la revolución, se han introducido en el idioma español infinidad de expresiones francesas. Esta predilección por nuestro idioma, dado el ascendiente que está tomando el inglés en todo el territorio de la República, no durará mucho. En efecto, hasta en las cosas más insignificantes, las modas inglesas están suplantando a las españolas y a las nuestras. En todas las clases sociales se advierte una cortesía y una suavidad en los modales y en las expresiones, que en algunas personas son ya exageradas. Las gentes de abolengo tienen la virtud de la hospitalidad, que desde hace ya tanto tiempo se ha perdido en Europa.

Sin embargo no siempre tienen ese sello de espontaneidad que resulta tan simpático a los ojos de un forastero. Por lo general se atiende al extranjero según su vestido; éste unas veces le valdrá muestras de deferencia y otras le expondrá a ser tratado con familiaridad; y si su permanencia se prolonga terminará cansando o se hará antipático.

Una norma que conviene no olvidar es la de que no se debe volver a una casa donde se estuvo alojado anteriormente. Claro está que hay que justificar esa actitud con un pretexto, pero cualquiera que se dé será admitido. En efecto, si se vuelve a una casa, se puede

pasar por una persona que trata de mandar, que cree tener derecho a ser recibida, máxime si se ha sido generoso y desprendido con los dueños, pues entonces se teme que el forastero adopte aires de superioridad, que hieren la susceptibilidad de la gente.

El respeto a los padres, base y fundamento de toda sociedad, es general en Colombia, y los niños sólo los tratan de *señor* y de *señora*.

La mentira, la envidia y la ingratitud son los vicios predominantes; verdad es que cada país tiene los suyos. Si nos atuviéramos al proverbio popular «Para perdonar, Dios; los hombres, nunca», se podría añadir que son rencorosos.

A veces se suelen llevar cubiertos de plata o telas a los extranjeros para obtener dinero, dejándolos en prenda; éste deberá negarse siempre, porque no es el deudor el que contrae la obligación sino el acreedor; en efecto, si tiene la osadía de reclamar la cantidad prestada a lo menos que se expone es a que le llamen *tirano*. Muy principalmente deberá resistirse a la tentación que puedan inspirar las cartas en que se pida con frases zalamerías, sólo por unos días, una onza de oro, insinuando muy hábilmente que se devolverá. La mayor parte de las veces no se vuelve a ver ni el dinero ni la trapacera.

Tanto si se da como si se presta se oirá con frecuencia esta frase, que suena tan bien en los oídos de un bienhechor, pero que resulta espantosa en los de un prestamista: *Dios se lo pague*; y con mucha frecuencia hay que recurrir a su bondad infinita para obtener el pago de las deudas que se contraen con un hombre determinado, como si se tratara de toda la humanidad. Pero sin embargo, no puede uno menos de admirarse al com-

probar el sinnúmero de servicios remunerados, entre la gente del país, por medio de esa expresión tan trivial. ¿Se pasa un puente, se ha permanecido durante varios días en una casa? Se dan las gracias y se marcha uno tan tranquilo sin pagar. Esta es la razón por la cual, sin duda, en algunas ocasiones le niegan a uno esos servicios, negativa que se suele expresar con una delicadeza tal que no es posible enfadarse, aunque a veces carezca de fundamento, pues muchas gentes para excusarse de hacer un favor contestan *somos pobres*, y no siempre lo son.

El extranjero deberá poner el mayor cuidado en no decir o hacer todo cuanto pueda despertar celos, fuente eterna de todos los odios; claro está que no me refiero a esos celos que se suelen achacar a los españoles, porque son muy diferentes de los celos americanos. El extranjero no debe exhibir talento, ni ingenio, ni más conocimientos que los indispensables; en cuanto al lujo, sólo cuando éste vaya acompañado de una generosidad inagotable; sobre todo no deberá alabar el mérito de un hombre delante de otro; sería de mal gusto ponderar las riquezas de un ciudadano ante un pobre hidalgo vecino suyo. Por eso se reprocha a los ingleses, que están constantemente hablando de su país, porque parece como si quisieran establecer comparaciones de mal gusto entre la pobreza de Colombia y la magnificencia de la Gran Bretaña. Como norma de conducta deberá tenerse presente que cualquier preferencia que se manifieste o el elogio más mesurado, son ofensas que la susceptibilidad, que constituye el fondo del carácter nacional, no perdona. No debe olvidarse que muchos colombianos se angustian con la sola idea de ver a su patria expuesta por las revoluciones a ser presa de ex-

tranjeros rapaces; muchos de ellos, como los españoles, llegan al extremo de considerar como verdaderas usurpaciones las posesiones europeas de las Guayanas y de algunos puntos de la costa del mar de las Antillas.

Tampoco se suele encontrar en todos los americanos esa exquisita delicadeza que podría definirse como la esencia de la probidad. En muchos de ellos todavía se encuentran huellas recientes de la esclavitud, que autoriza a valerse de la astucia y en ocasiones de la trampa para conseguir algo que no se pueda obtener de la generosidad o de la justicia de los amos.

Se les podría hacer el reproche, que tampoco carece de fundamento, de no ser frecuente en ellos el sentimiento de la gratitud. Los beneficios se reciben con satisfacción, pero pronto se olvida la mano que los hizo. Se consideran como alcanzados exclusivamente por la insistencia que se puso en pedirlos, y entonces se sienten relevados de volver a acordarse de ellos. Pedir con insistencia, recibir con transportes de alegría y olvidar con facilidad, son defectos comunes a muchos colombianos. Si sus antepasados tuvieron el defecto de ser injustos, sus descendientes tienen el de la ingratitud.

En sus diversiones, en sus fiestas, en sus ceremonias, carecen de dignidad. Todo en seguida degenera en una familiaridad que recuerda una igualdad que no era la de los altivos republicanos. Pero por otra parte, esa misma familiaridad en sus relaciones con los extranjeros tiene una amenidad que resulta sumamente agradable.

Cuando han visto a una persona una vez, la saludan; cuando le han hablado, le dan la mano y la llaman afectuosamente *mi amigo*; y si tiene el mismo nombre, le dan el título de *tocayo*. Hay que contestar a esos saludos y a esas afectuosidades con amabilidad pero

pocas veces con confianza; todo lo que se dice se repite; no hay secreto que no le exponga a uno a cualquier disgusto. Por otra parte, un extranjero no debe nunca dejarse llevar por esas efusiones o por la manía de dar *consejos*, pues por la altivez española, que todavía subsiste, se toman en seguida por las gentes como humillación.

La conversación, cuanto más subida de color, más agrada; pero la licencia debe estar más en la intención que en las expresiones, porque éstas llevan como secuela algún castigo en el tribunal de la penitencia, que siempre inspira temor.

Algunas personas, incluso los eclesiásticos, hacen gala de la más profunda incredulidad, a la vez que manifiestan el mayor respeto por las prácticas externas del culto. Se pueden leer *La Guerra de los Dioses*, o las *Obras de Boulanger*, pero no se puede dejar de asistir a misa o al sermón, razón por la cual todos los colombianos asisten a ella puntualmente. Hasta los hombres llevan una cruz de oro en el pecho y las mujeres un escapulario.

Al hablar de la energía y de la fuerza moral de los habitantes de las tierras calientes, no he querido referirme al desarrollo de sus facultades intelectuales. Los calores abrasadores y muy especialmente las nubes de mosquitos que asuelan esas regiones, impiden la concentración del espíritu y debilitan todos los resortes para que permitan entregarse a las meditaciones constantes que engendran los grandes descubrimientos.

Además, en las regiones equinocciales la misma naturaleza parece convidar al reposo y a la molicie; hasta parece haber quitado al hombre el deseo y la necesidad que aguzan el ingenio. No desea nada, y la abun-

dancia le sonríe por doquier. El apetito pocas veces apremia su estómago, y abundantes cosechas de fácil recolección rodean su vivienda. Las ropas le abruman durante el día, y por la noche le son indispensables; los campos est n cubiertos de un plum n fácil de tejer en telas ligeras para el calor del día, y en paños de abrigo para el frío de las noches.

 Qu  grado de perfeccionamiento alcanzarán las artes, distracciones inútiles para la indiferencia de los habitantes aletargados de los trópicos? La pintura carece de colorido, la escultura de encanto, porque no ofrece esa picante novedad que presenta en Europa al traicionar el secreto de formas que est n siempre veladas. Él habitante libre de los trópicos cultivar  con entusiasmo el arte de los Perrault, para levantar con mil esfuerzos de imaginación palacios suntuosos, ya que pasa los días y las noches bajo una bóveda cien mil veces más deslumbrante que la de los alcázares de los reyes? Y por eso mismo, á quienes se atribuyen esos monumentos que se encuentran en las regiones de los trópicos? A reyes o a pontífices crueles y soberbios, pues sabido es que alrededor de esos templos fastuosos, el pueblo, lo mismo que hoy, vivía en chozas de caña y de barro.

Los países abrasados por el sol del ecuador son la patria del valor, de la alegría loca, de la habilidad y de la imitación; así son las *tierras calientes*. Los que por gracia de la naturaleza no reciben sino un calor suave, son la patria de las artes, del gusto y de la melancolía pensativa; así serán los Andes. Y ya en este momento los habitantes de esas montañas tienen un gusto más refinado por las artes que el pueblo calculador de los Estados Unidos,

A los colombianos les ha faltado hasta ahora esa energía emprendedora del Gobierno ruso o del pueblo de los Estados Unidos, que en pocos años ha elevado esos dos países al primer plano entre las naciones civilizadas. El Gobierno no tiene poder bastante para hacer reaccionar la molicie asiática de sus habitantes, y el pueblo no es lo suficientemente amigo de los extranjeros para desearlos verdaderamente y para ayudarlos por todos los medios a su alcance. Con todo, si no los quiere, tiene a orgullo el tratarlos bien. Los negocios se harán con el norteamericano; pero la vida se vivirá con el hispanoamericano, porque si sus modales son menos francos, en cambio son menos rudos. Los vicios y las vicisitudes de Colombia son comunes a todas las naciones que no han alcanzado el grado de civilización a que nosotros hemos llegado. Y si se exceptúan los crímenes políticos cometidos por represalia, no hay nada hasta ahora que merezca criticarse.

También se advierte ya por todas partes, en medio de los prejuicios y de la ignorancia en que yace una gran parte de la población, un deseo ardiente de aprender y una disposición natural, una tendencia a favorecer todas las empresas útiles. Si las innovaciones en materia política y moral se consideran todavía, por algunos, como verdaderas herejías, en cambio los inventos y los adelantos en las artes se admiran y se reciben con entusiasmo por la mayoría de los colombianos.

CAPÍTULO X

Agricultura. - Industria. - Reflexiones sobre el banano. - Minas. - Moneda. - Salinas. - Comercio. - Exportaciones. - Importaciones.

La agricultura, que no deja de tener importancia, carece de estímulo por falta de salida para sus productos, a tal punto que la mayor parte de las tierras son baldías.

En las tierras frías se utiliza el arado porque lo permiten las llanuras que hay en ellas; en los valles cálidos no se emplea sino el azadón.

Aunque se haya apreciado el valor de las tierras muy por lo alto, se estima que producen un tres por ciento. Se exceptúa un reducido número de propietarios debido a una circunstancia especial: que teniendo inmensos terrenos con pastos, pueden criar infinidad de cabezas de ganado, cuya venta da una renta considerable.

La feracidad del suelo varía según su altura sobre el nivel del mar y según las regiones. No hay datos generales sobre el valor de las tierras. Claro está que las desmontadas valen más que los baldíos, y además son también las mejores. Sin embargo se estima que una tierra buena para el cultivo del trigo y para la cría de ganado vacuno, de unas treinta cuerdas de largo por quince de ancho, valdría en la región fría mil piastras, y en la re-

gión cálida, doscientas. Una cuerda equivale a sesenta y ocho metros.

Una tierra de pan llevar, sólo de doce cuerdas por seis, de pasto para ovejas, se estima que puede valer en tierra fría quinientas piastras, y en tierra caliente, ciento.

Hace tiempo se llegó a cambiar una tierra de alguna extensión por una mula ensillada. Todavía hoy se suelen hacer negocios por el estilo, pero dentro de poco, esto cambiará seguramente.

Las haciendas mejores son las que están en las proximidades de las ciudades, especialmente de Bogotá. Tienen edificios buenos, y los graneros parece que contienen bastante grano, y podrían tener más si se dedicara menos terreno a los pastos; pero por otra parte, si se disminuyera la extensión de éstos ¿qué sería de la gran cantidad de mulas y de caballos indispensables para las comunicaciones? Porque el terreno es tan quebrado que se necesitan muchas bestias de carga para transportar poca cosa. Desde Bogotá a Sogamoso se podría subsanar ese inconveniente abriendo caminos carreteros.

Aunque la ganadería dé enormes beneficios, sobre todo cuando los animales se crían en los llanos, no han sabido los ganaderos imitar la prudente organización de los jesuitas, que, para evitar a los animales la transición demasiado brusca entre el clima de las orillas del Meta y el de las del Bogotá, tenían, a distancias determinadas, fincas en que dejaban descansar al ganado varios días; de esa manera los animales se iban preparando poco a poco para soportar un clima tan diferente del en que habían nacido; se evitaban así pérdidas enormes cada año, pérdidas ocasionadas en su mayor parte; bien por el frío, bien por el desgaste que las piedras

producen en los cascos demasiado blandos de los bueyes nacidos en el Meta. De todos los animales que atraviesan los páramos, los caballos son los que sufren menos percances.

El cultivo de los productos coloniales se ha perfeccionado mucho menos que el que hemos denominado *cultivo europeo*; el primero, aunque produce más por el valor de los productos, resulta menos ventajoso debido a la incuria del cultivador. Da pena ver el abandono del cultivo del cacao, del algodón y del azúcar; la indiferencia con que se dejan crecer, sin cuidado de ningún género, el café, el añil y el nopal, que se llena de cochinitas. El colono, encantado con la abundancia que, sin trabajo, ve a su alrededor, se contenta con sangrar el pie de los bananos o con cortar la caña de azúcar, con cuyo jugo se emborracha.

El actual Gobierno de Colombia se dio cuenta de la necesidad de favorecer y alentar por todos los medios posibles la agricultura, y por Decreto de 11 de octubre de 1821 fijó un precio muy bajo para la venta de terrenos baldíos. Los daba a razón de dos piastras la fanegada en las inmediaciones de la costa, y de una piastra en el interior.

La fanegada de tierra se ha fijado en 100 varas cuadradas o 20 estadales, es decir, a 400 estadales cuadrados de superficie o 45,97 áreas francesas.

Esta generosa medida del Gobierno colombiano se amplió recientemente. La última Legislatura ha puesto a disposición del Gobierno 2.000.000 de fanegadas de tierra para que se distribuyan gratuitamente entre las familias extranjeras que quieran establecerse en el país, con la condición de roturar la parte correspondiente dentro del año en que la concesión les fuera hecha.

El mayor obstáculo para el progreso de la agricultura en América del Sur lo constituye el cultivo del banano; cultivo que si es útil en las regiones templadas, porque permite aumentar el desarrollo de la industria, consagrando a las fábricas un número de brazos que en las regiones de clima más riguroso hay que dejar a la agricultura, resulta funesto en las tierras calientes, donde el excesivo calor incita al descanso y favorece la apatía natural de los habitantes de los trópicos.

En las llanuras de América del Sur, el banano debe producir los mismos efectos que la palmera datilera ha dado en Africa; el plátano hará beduinos en Occidente, lo mismo que el dátil ayuda a conservar los beduinos en Oriente. ¿Y cómo no estar convencido de ello al ver la abundancia de fruta que da esa planta, la rapidez de su crecimiento y la facilidad de su cultivo?

Dondequiera que el hombre, para comer, no tenga que trabajar la tierra, se hace nómada; cuando el hombre se ha creado la necesidad de alimentarse de maíz, arroz, gachas de harina o de otros cereales, por muy grandes que sean las cosechas, se apega al terruño, tiene residencia fija.

Por el contrario, en las regiones en que el agua de coco, el cogollo de una palmera, el dátil, la resina de una mimosa, el fruto de la higuera, basta para acallar las necesidades de su mesa, el hombre vive errante y no se encariña con ningún sitio. ¿Por qué habría de establecerse en un lugar determinado, si la naturaleza le obsequia con los mismos alimentos en todas partes? En viaje constante, de vez en cuando se sienta, descansa, saca algunas frutas de su zurrón, come, duerme, recoge la tienda y se va a otra parte.

La naturaleza, cuya munificencia es infinita en los países cálidos, no se ha limitado en Colombia a suministrar al hombre alimento sin esfuerzo y sin trabajo, sino que le ha dado infinidad de plantas de las cuales saca un sinnúmero de cosas útiles. Talvez, las más útiles de todas sean el agave y la cañabrava; se dan en todas partes y suelen formar alrededor de las viviendas setos vivos muy resistentes.

Con la fibra del agave se hacen alpargatas, telas de envolver, cuerdas y albardas para las mulas; con la cañabrava se hacen sombreros. No necesitan estas plantas cuidados de ningún género. Para sacar la fibra se utilizan dos palos atados uno a otro, que hacen las veces del peine con que se rastrilla el cáñamo. Para utilizar la cañabrava, basta un cuchillo para cortar las pajas de la finura que se desee.

Esta facilidad con que se obtiene todo sin gran trabajo no es la única causa que detiene el progreso de la industria y mantiene su rutina entre los colombianos; pero ¿cómo podrían apartarse de la rutina mientras una competencia extranjera ahogue el impulso de su industria? A esto obedece que la loza que fabrican no sea sinó una alfarería mal barnizada; que las telas de algodón sean de dibujos y de tejido ordinarios; que sillas, mesas, camas y, en una palabra, todos los muebles que se fabrican sean pesados y carezcan de elegancia. No se conoce la fabricación del vidrio: éste se importa de Inglaterra.

En resumen, salvo en las ciudades del litoral y en las capitales frecuentadas constantemente por los extranjeros, el resto del país se encuentra, desde el punto de vista de las artes y de la industria, en el mismo estado de adelanto que Europa en tiempos de Fernando y de

Isabel. Es un cuadro vivo del siglo XV; las reminiscencias de esa centuria se advierten en los usos, las costumbres y hábitos de las gentes; las costumbres del pueblo recuerdan esa época pretérita; la industria es tan rudimentaria como lo era en aquel entonces, porque los españoles no favorecían su desarrollo en sus colonias, desarrollo que por lo demás era también muy escaso en la propia metrópoli.

Y sin embargo, ya dije que hay algunos edificios que denotan buen gusto y un talento notable; esas obras merecen la atención por cuanto no es fácil formarse idea del trabajo que costó su edificación. En 1814, para edificar la catedral de Santafé, el arquitecto tuvo que empezar por enseñar a algunos muchachos a labrar la piedra; luégo hubo que fabricar una serie de herramientas y de artefactos que hasta entonces no se conocían. El empedrado de las calles exige mucho tiempo y trabajo, porque los obreros no utilizan sino unas palancas, a lo sumo de un pie de largo; emplean sacos en vez de carretillas, y por palas unos pedazos de cuero. Cosa análoga sucede con los otros trabajos; las herramientas más sencillas, o no las hay en el país o están mal hechas, y por lo tanto son deficientes para los trabajos finos.

Si los productos de la agricultura y de la industria de Colombia ofrecen poco interés para Europa, durante mucho tiempo no tendrá que temer una competencia que pudiera serle desventajosa; no sucede lo mismo con los de la minería, que podría llegar a alcanzar una gran importancia en cuanto la exploten gentes más preparadas.

Será muy difícil que los europeos puedan vender a Colombia cobre, hierro y plomo en cuanto esos mine-

rales se extraigan en cantidad suficiente de las montañas del Opón, de Trujillo, de Moniquirá y de Guanacas. (Véase nota VI). Cuando el laboreo de las minas de oro y de plata de Mariquita se perfeccione, su producción se triplicará; resultado tanto más necesario para el país cuanto éste sólo negocia con los ingleses, que no importan nada o casi nada, y tiene por lo tanto que pagarles con los metales preciosos que antes se llevaban los españoles. Esos metales toman el camino de Jamaica con tal rapidez y en tan gran cantidad, que muy pronto en el país del oro no se encontraría una molécula si no fuera porque los ingleses imprimen la mayor actividad posible a la explotación de esas minas.

Las del Chocó y Popayán siguen en explotación: ésta es deficiente. Los negros, siempre dispuestos a alistarse como soldados, dejan casi abandonados los más ricos placeres. Una mina que emplea sesenta esclavos y que da al año veinte libras de oro, se considera como bastante buena.

Antes de la revolución de América del Sur, las Casas de Moneda de Nueva Granada producían:

	Santafé. Piastras.	Popayán. Piastras.
1801.....	1.506.356	962.748
1802.....	1.240.476	962.748
1803.....	1.192.791	965.686
1804.....	1.274.576	663.696

(Véase nota VII) 5.214.199 3.554.878

No debe sorprender la cantidad considerable de oro que los ingleses sacan de Colombia a pesar de la disminución de la producción de las Casas de Moneda, si se considera que proviene en gran parte de la fundición

de las joyas y de las vajillas, de las que todo el mundo se despoja. Por el país circula mucha moneda falsa; muchas de las piecillas, designadas con el nombre de *pesetas*, son falsas; es de advertir que vienen de Jamaica y de Curazao.

Hay algunas provincias que producen oro. Hasta ahora ese metal se ha descubierto en mayor cantidad en la Cordillera Occidental y principalmente en las inmediaciones de las playas del Gran Océano; sin embargo, Santafé recibe cantidades importantes de Pamplona y de Girón; el oro de esta última procedencia es el más estimado; se paga a 1.300 francos la libra, peso de marco. La Provincia de Antioquia está llena de minas de oro (1) que antes producían grandes cantidades; el oro tenía mucha demanda, y aunque fuese de baja ley (diez y ocho quilates) se pagaba a 10 francos 40 céntimos el castellano (2 adarmes 6 granos).

En la Provincia de Antioquia se extrae en gran cantidad oro de muy poca ley, llamado *oro bajo*, que no se paga sino de tres a seis reales el castellano.

Se ha venido observando que el oro se suele encontrar en zonas situadas a una altitud media, pero sin embargo, Pamplona está casi en la región de los páramos, y Santa Rosa, en la Provincia de Antioquia, está situada a 1.324 toesas sobre el nivel del mar. Las minas del Chocó y de Barbacoas se consideran como las más ricas; las del Cauca, aunque ricas, lo son mucho menos; parece como si la abundancia de oro en el Chocó influyese en su calidad, que no es tan buena. El oro de esa región, casi siempre unido al pla-

(1) El jornal de un minero es de 2 frs. 50.

tino, no se suele pagar a más de 12 reales el castellano.

En todas esas regiones hay muchas minas de plata. Las más célebres son las de Mariquita; las hay también en Pamplona, Leiva y en la región de la ciudad de La Plata, que debe su nombre, según dicen, a las minas de plata que se descubrieron. Ya explicamos los motivos que impulsaron a España para cerrar esas minas, motivos que con el régimen actual han desaparecido; por esta razón varios ingleses han pensado ya en explotar las de Mariquita, pues los extranjeros pueden, lo mismo que los nacionales, poseer y explotar las minas.

Las minas de hierro, cobre y plomo abundan en el país; las de cobre y de plomo se explotan con algún cuidado; de las de hierro nadie se ocupa.

En Muzo había en explotación minas de esmeraldas y se había sacado una cantidad considerable de esas piedras preciosas, de las que están recargados los mantos de las madonas de las iglesias. Cuando España prohibió continuar la explotación, no se pudo presumir más razón para ello que la codicia.

Se encuentran también otras piedras preciosas como cornalinas, ágatas, etc.

Pamplona es célebre por sus canteras de mica, y Zipaquirá por su mina de sal gema.

Esta mina está situada, como sucede en Colombia con la mayor parte de las de su especie, al pie de un páramo. El espectáculo que ofrece es imponente. La sal, como si fuera una roca inmensa de cristal, brilla con destellos deslumbrantes cuando los rayos del sol hieren sus prismas. Cuesta mucho trabajo extraerla, y sólo a fuerza de golpes de pico se logran sacar algunos

bloques. Se les echa en seguida en una charca formada, al pie de la mina, por las lluvias. Esa agua va por una tubería de arcilla a las distintas secciones, donde se hierve durante un día y una noche para evaporar el sulfuro. Para esta operación se utilizan vasijas de barro, todas de la misma forma aunque de diferente tamaño. Las más grandes cuestan un real y no se utilizan sino una sola vez. Los indios, ayudados por algunos negros, son los que suelen trabajar en esta mina. Constituye para ellos, puede decirse, un trabajo hereditario, puesto que fueron ellos los primeros en explotar esa mina riquísima, y se siguen empleando en su explotación sus mismos procedimientos, lo que equivale a decir que éstos son de lo más primitivos.

La mina de Zipaquirá no es la única en su género: existen también las de Tausa y Nemocón, que están situadas en terrenos similares; todas tres son de una riqueza y de una abundancia inextinguibles; la sal de Nemocón, la más apreciada, es exactamente igual a las sales gemas de Europa.

La sal de Zipaquirá se suele vender a 6 o a 7 reales la atropa (25 libras); se consume una cantidad considerable.

El producto de la mina de Zipaquirá, mal administrada, cuyos gastos de explotación son enormes debido al costo de las vasijas de barro, y de la madera, que se trae de muy lejos, puesto que no la hay en la región circunvecina, se eleva por año a cerca de 150.000 piastras. De esa cifra hay que deducir los gastos de administración. Hay tantas salinas en el país, que el producto de esa mina habrá de disminuir a medida que las otras salinas se vayan explotando.

Un inglés, un tal Thomson, so pretexto de perfeccionar el sistema de explotación que hasta ahora se venía empleando en la mina de Zipaquirá, ha obtenido el privilegio exclusivo, mediante el pago mensual al Gobierno de 5.000 piastras.

Hay algunas minas de salitre: las de Tunja, descubiertas por Jollivet, miembro de la Convención, las explota desde la muerte de éste un colombiano de apellido Baños. El producto es apenas regular.

El comercio interior no deja de tener actividad; la pequeñez de las transacciones se compensa con su continuidad; no hay comercio más activo, por ejemplo, que el de la sal; ésta en tiempo del Virreinato venía a ser una especie de moneda tan corriente como la de plata, y cuyo valor, casi invariable, servía para fijar el precio de muchas compras. No hay cambio más lucrativo ni más frecuente que el de la sal por azúcar y telas.

No se hacen operaciones comerciales como no produzcan un beneficio de ciento por ciento; éste es el único aliciente para arrostrar las penalidades de los caminos.

El cacao es, después de la sal, la mercancía más importante, y su consumo es tan prodigioso como su abundancia. El cacao del Magdalena es el preferido; en Neiva y en Timaná se vende a 30 piastras la carga de diez arrobas; en Antioquia a 40 piastras, y a 50 en Cartagena, por los portes. Cúcuta produce una cantidad considerable que se exporta a Europa, vía Maracaibo; el de Guayaquil, que se envía al Perú y a México, constituye la riqueza de aquel puerto.

La harina, cuyo precio en Bogotá es de 8 piastras la carga (10 arrobas), no es ni tanta ni tan buena para que pueda abastecer los puertos de la República y compe-

tir con las magníficas harinas de América del Norte, que se obtienen a 10 piastras el barril.

El azúcar, a pesar de la gran cantidad que se produce, se consume todo en el país, debido a lo mucho que ese producto les gusta a los españoles. Sin embargo, dado el bajo precio del azúcar del Socorro, de Guaduas y del Cauca, se estima que con un cultivo más racional y con caminos un poco mejores, se debería, trayéndolo de esas provincias del interior, pagarlo más barato en Cartagena, Panamá y en los otros puertos de la República, en los que el precio asciende a 4 reales la libra, mientras que en el interior se paga a 5 y a 10 reales la arroba.

El café se cultiva escasamente, y es poco apreciado por los habitantes de la cordillera; se vende todavía en las boticas; su precio es de 2 reales la libra; la cosecha podría ser veinte veces mayor que la de toda Jamaica. Si ésta en Colombia alcanzase esa proporción, el aliciente del bajo precio determinaría a todos los ingleses y a los americanos a consumir café, que ya muchos de ellos prefieren al té. ¿Qué pasaría entonces con esa rama tan importante del comercio de China?

Como el tabaco es de uso casi universal, entre los hispanoamericanos la calidad suele ser buena; pues es más por gusto que por cálculo por lo que se ha perfeccionado el cultivo de esta planta. El tabaco del Cauca es el que tiene más fama; los de Girón, Ambalema y Varinas, más suaves, son los preferidos por los europeos.

Los holandeses compraban antes diez mil quintales de tabaco de Varinas, que vendían luégo bajo el nombre de tabaco de Holanda.

El Gobierno tiene el tabaco sometido al régimen de estanco; lo compra al cultivador a 30 céntimos la libra,

y lo vende a 1 franco 30. La exportación de este producto, quitándosela al monopolio, produciría al Gobierno cuatro veces más por razón de impuesto, pues el de aduanas, aunque deficiente en cuanto a la vigilancia, es más eficaz aún que los impuestos indirectos.

El Gobierno ha dispuesto por una ley que el excedente del tabaco se envíe a los puertos más inmediatos, para venderlo al extranjero; pero a pesar de esta sabia medida, no se suele encontrar en ellos sino tabaco de La Habana o de los Estados Unidos.

El algodón, mal cultivado, se consume casi todo en el país, y su cosecha apenas si permite cargar cinco o seis buques que tocan en Cartagena o en Santa Marta. Caracas, que fomenta más ese cultivo, ha hecho de él una de sus principales exportaciones. Andando el tiempo se verán campos inmensos cubiertos de esa riquísima borra.

La quina de Loja, que se exporta por Guayaquil, constituye una de las ramas más importantes del comercio de esa provincia. Se han exportado más de 10.000 cargas anuales. Esa cantidad ha debido disminuir desde que se ha averiguado que la del Alto Magdalena es de muy buena calidad. La quina de Loja tendrá menos demanda todavía cuando la de Pitayón se conozca en el mercado extranjero.

Las maderas tintóreas constituyen el principal objeto del comercio marítimo, y son los únicos productos que los ingleses toman a cambio de sus géneros.

Las pieles o cueros que sirven para envolver el cacao, o de cama a la gente, no abundan en la cordillera; antes se encontraban en grandes cantidades en Caracas, ya que se exportaban por el puerto de La Guaira 50.000 al año; su número ha disminuído considerablemente

desde la guerra. Por otra parte, los transportes, en algunas regiones, aumentan considerablemente el precio, pues comprados a 4 reales en el Magdalena, valen hasta 12 y 14 reales en Cartagena.

Los ingleses compran mucha concha de tortuga en el golfo de Darién, en las islas de San Blas y en la costa del Chocó; no se suele pagar a más de 4 piastras la libra; se podría exportar una cantidad considerable.

Las perlas, que en Europa se cree que constituyen la riqueza de estas regiones, sólo dejan un exiguuo beneficio; se estima que el valor de las que se exportan por Panamá no excede de 40.000 piastras; tal vez Riohacha no produzca tanto.

El nácar, que desde hace ya varios años compite con el de Oriente, y que se vende a 10 piastras el millar de conchas, no tiene demanda.

La pesca de perlas ha sido concedida a un sobrino de Cochrane para aumentar los ingresos. Desde Riohacha hasta las islas del Rey Jorge, en el Pacífico, los ingleses van a tener campanas y buzos, y dentro de poco se dedicarán exclusivamente a esa pesca. Pondrán tal vez en práctica el proyecto de un vecino de Guayaquil de traer los buzos de las islas de Los Amigos para emplearlos en la pesca de perlas en Panamá.

Pasando ahora a un examen más general de las exportaciones de Colombia, veremos cómo las de las Provincias de Caracas, que antes ascendían a 4.400.000 piastras, han disminuído desde hace algunos años. Esto se comprueba por el número de barcos que entran en La Guaira, que es el puerto más frecuentado de la Provincia de Caracas. En 1809, los barcos que tocaban en él ascendían a 338, mientras que en 1823 sólo entraron 228; de otra parte, las exportaciones, que antes

de la revolución, por este puerto nada más, alcanzaban la cifra de 2,805.225 piastras, hoy sólo llegan a la tercera parte. Desde luégo se comprenderá que estas cifras son sólo aproximadas.

La guerra, al dispersar los esclavos, arruinó muchas explotaciones agrícolas; sin embargo todavía se sigue produciendo en Caracas una cantidad considerable de cacao, café, añil, algodón, cobre, bueyes, mulas y caballos. La Guaira, que forma parte de esta Provincia, produce además una gran cantidad de bálsamo de copaiba; y la de Varinas, como ya se dijo, 10.000 quintales de excelente tabaco (1).

También las exportaciones de Nueva Granada han disminuído algún tanto: antes, al tratar de las rentas de Colombia, las estimé, lo mismo que las de las Provincias de Caracas, en 4.000.000 de piastras. (Véase nota XIV). Esa cantidad es más bien la del valor de los productos del país que podrían exportarse fácilmente, que la de las verdaderas exportaciones de Nueva Granada, pues varios autores coinciden en avaluar éstas nada más que en 2,500.000 piastras; sin embargo, si se piensa en la prodigiosa cantidad de azúcar que se desperdicia por el procedimiento defectuoso empleado para la destilación de los aguardientes; al algodón y al añil que necesitan los fabricantes del país, y que emplean mucho más del requerido para la fabricación de las telas; y en fin, si se tiene en cuenta la gran cantidad de cacao que se envía a las provincias de los llanos y que se paga en ganados y en otros productos, habrá que convenir en que, por una parte, las pérdidas debidas a la ignorancia de los cultivadores y de los fabricantes, y por otra, el co-

(1) En la elaboración del tabaco se emplea el carbonato de sosa natural.

mercio a base de trueque establecido entre Nueva Granada y la Capitanía General de Caracas y las provincias septentrionales del Perú, pueden, sin temor a sobrestimarse, elevar en los años de prosperidad las exportaciones de Nueva Granada a 4.000.000 de piastras. No obstante, se considera que sólo las tres octavas partes de esa cantidad van ahora a parar al extranjero.

Esta situación durará aún algún tiempo; anualmente le cuesta a Colombia 500.000 piastras, o sean 25.000.000 de francos en diez años; es decir, la mitad de la plata y del oro amonedado que poseía el país antes de la revolución. Si esta cantidad considerable, que pasó a Inglaterra para equilibrar la balanza de las importaciones y de las exportaciones, produjo una gran miseria en Nueva Granada, con el tiempo podrá originar un gran beneficio; veamos cómo y por qué: De los 4.000.000 de productos coloniales que produce el país, van al extranjero las tres octavas partes; otras tres octavas partes se emplean, con gran pérdida para el comercio, debido a la falta de conocimientos de química y de mecánica de los colombianos, y las dos octavas partes restantes van a parar a los Llanos. La afición de los habitantes de estas regiones al azúcar y al cacao, la necesidad apremiante que tienen los habitantes de los Andes de tener ganados, mantendrán constantemente las relaciones comerciales de esas dos regiones, que perdurarán a pesar de que se haga la paz con España y de la facilidad de encontrar nuevos mercados. El millón de piastras, que debido a la guerra va a parar a los Llanos, no irá al comercio extranjero; pero la necesidad de satisfacer las demandas de Europa y de restablecer el equilibrio entre las exportaciones y las importaciones,

LISTA DE LAS MERCANCIAS QUE SE CONSUMEN EN LA REPUBLICA DE COLOMBIA

NOMENCLATURA	Precios en Jamaica		Precio en Santafé	
	Frs.	Cts.	Frs.	Cts.
Paños finos $\frac{3}{4}$, azul y negro, la yarda.....	30 00	a 35 00	55 00	a 70 00
Paños finos $\frac{3}{4}$, carmesí, la yarda.....	30 00	» 35 00	65 00	» 70 00
Paños finos $\frac{3}{4}$, entre fino azul y negro, la yarda.....	17 00	» 18 00	35 00	» 38 00
Paños finos $\frac{3}{4}$, ordinarios azul y negro, la yarda.....	7 50	» 8 00	14 00	» 15 00
Casimires finos $\frac{3}{4}$, colores varios, la yarda.....	10 00	» 11 00	16 00	» 17 00
Casimires $\frac{3}{4}$, entrefino, colores varios, la yarda.....	4 50	» 5 00	8 50	» 9 00
Calicós $\frac{3}{4}$, 36 anas, la pieza.....	55 00	» 60 00	80 00	» 90 00
Calicós $\frac{3}{4}$, 34 anas, la pieza.....	30 00	» 35 00	60 00	» 65 00
Tela de algodón blanca $\frac{3}{4}$, 15 anas, la pieza.....	19 00	» 20 00	30 00	» 35 00
Tela de algodón azul $\frac{3}{4}$, 15 anas, la pieza.....	25 00	» 30 00	45 00	» 50 00
Tela de algodón satinada $\frac{3}{4}$, la ana, la pieza.....	2 50	» 3 00	4 50	» 5 00
Bazin blanco y de color, la ana.....	3 00	» 3 50	5 00	» 5 50
Nanquin azul, la pieza.....	7 00	» 8 00	14 00	» 15 00
Nanquin amarillo, ancho.....	4 50	» 5 00	11 00	» 12 00
Nanquin amarillo estrecho, la pieza.....	3 50	» 4 00	6 50	» 7 00
Calmuck $\frac{3}{4}$, la yarda.....	5 00	» 5 25	8 50	» 9 00
Indianas de colores finos, 20 anas, la pieza.....	25 00	» 25 50	40 00	» 45 00
Indianas 24 anas, la pieza.....	15 00	» 15 50	25 00	» 30 00
Cintas estampadas, 24 anas, números 1 a 3, la pieza.....	2 00	» 10 00	3 50	» 20 00
Cintas de raso, de colores ordinarios, números 1a 6, la pieza.....	7 00	» 12 00	10 00	» 25 00
Seda torzal carmesí, azul y negro, la libra.....	15 00	» 16 00	35 00	» 40 00
Pañuelos de muselina, blancos, la docena.....	15 50	» 16 00	25 00	» 30 00
Pañuelos ordinarios, la docena.....	3 00	» 3 50	5 00	» 6 00
Chales de algodón con dibujos $\frac{3}{4}$, la docena.....	60 00	» 65 00	90 00	» 100 00
Chales de casimir $\frac{3}{4}$, el chal.....	25 00	» ..	40 00	» 45 00
Bretaña de algodón, 4 anas, la pieza.....	2 00	» 2 25	3 00	» 3 50
Bretaña de hilo, 6 anas, la pieza.....	18 00	» 20 00	30 00	» 35 00
Pañuelos con dibujos, de algodón, la docena.....	15 00	» 16 00	25 00	» 30 00
Medias de algodón finas, la docena.....	60 00	» 65 00	100 00	» 110 00
Medias de algodón ordinarias, la docena.....	15 00	» 18 00	30 00	» 40 00
Hayetas, 26 anas, la pieza.....	150 00	» 160 00	320 00	» 350 00
Papel, la resma.....	25 00	» 30 00	50 00	» 60 00
Muselina blanca, 9 anas, la pieza.....	20 00	» ..	40 00	» 50 00
Percal blanco, 9 anas, la pieza.....	20 00	» ..	35 00	» 40 00
Sombreros para hombre, finos.....	25 00	» ..	80 00	» ..
Hierro en barras, el quintal.....	40 00	» 50 00	100 00	» 120 00
Percepo de algodón, la ana.....	3 00	» ..	6 00	» ..
Lienzo de Irlanda, la pieza de 19 anas.....			40 00	» ..

provocará, sin duda alguna, mayor actividad y aumento en la agricultura.

En resumen, considero que las exportaciones han experimentado, desde la revolución, una disminución por valor de 500.000 piastras, mientras que antes excedían las importaciones en una suma equivalente, ya que en vez de equilibrar la balanza comercial con dinero, Colombia recibía una gran cantidad de numerario de México a través de España (1).

Las importaciones las hacen casi exclusivamente los comerciantes de Jamaica; pueden ascender a 8.000.000 de piastras; una gran parte de esa cantidad se paga en dinero, porque, además de las razones que he expuesto antes, los habitantes de la América Meridional, únicos comerciantes que van a Jamaica, que es donde las compras se realizan, encuentran más cómodo efectuarlas a crédito o negociarlas al contado, que de tomarse la molestia de hacer los cargamentos en su país. No comprenden del mismo modo que los españoles la venta al detal de sus mercancías. Caracas ha conservado, mejor que Nueva Granada, el comercio de cambio porque llegan más extranjeros a sus puertos. Guayaquil tiene también esa misma ventaja.

Las mercancías detalladas en el cuadro adjunto son las que más demanda tienen y cuya venta está siempre asegurada.

La quincalla surtida proporcionaría buenas ganancias, pues no se hacen en el país palas, azadones ni cerraduras; se importan las limas, sierras, martillos, etc. etc.

(1) Los productos coloniales no han subido de precio en los puertos de Colombia, desde la revolución, sino por su escasez. Esta carestía es la que ha impedido que la diferencia entre las importaciones y las exportaciones fuese inferior a la que he señalado. Pero con la Independencia, pronto excederán del límite que alcanzaron bajo el antiguo régimen.

Los artículos de lujo son todavía demasiado caros para los colombianos, bien porque éstos se hayan arruinado con la guerra, o porque la pérdida de una parte de su fortuna con la revolución les haya inducido a ocultar la mayor parte de la misma con objeto de sustraerla a la rapacidad de los soldados y a las necesidades del Gobierno. Las señoras de la capital no compran al año cincuenta chales y veinte piezas de telas de seda; no compran sino baratijas. Además una gran parte de la población sólo usa trajes o vestidos hechos con tela de algodón o de lana fabricadas en el país.

Lo que perjudica mucho a nuestro comercio es, por una parte, la clase magnífica de nuestras mercancías, que obliga a venderlas a altos precios, y por otra, nuestra repugnancia a conceder largos plazos a los compradores. A esto obedece que nuestros paños, a pesar de su calidad superior a la de los ingleses, se vendan menos que éstos; que nuestros lienzos se compren menos que los de Irlanda y que los de Rusia, y que las sedas de China se prefieran a las nuestras. Tal vez nuestros géneros de algodón podrían imponerse exclusivamente en el mercado si su precio fuese menos elevado. Hé aquí por qué esta clase de géneros de Inglaterra es la preferida, a pesar de considerarse los dibujos de sus telas menos bonitos que los nuestros. En los puertos del mar de las Antillas se prefieren los vinos y los aceites de España, y las harinas y salazones de los Estados Unidos a los productos similares de Francia. En las Provincias de la costa del Pacífico todavía se prefieren más, en razón del bajo precio a que se venden, los vinos del Perú, los aceites de Chile y las salazones de Costa Rica. A juzgar por estos datos, cabe colegir que dentro de poco Colombia importará

todos estos artículos de los países vecinos sin tener que recurrir a importarlos de Europa.

La moneda es la misma de la época española; pero ya se empieza a sustituirla por otra; las monedas de plata que ahora se acuñan tienen una ley algo inferior a la de las antiguas. Parece que la moneda de oro no ha sido alterada; se acaba de crear una de cobre por valor de 1.000.000 piastras; es la primera vez que se usa en el país ese metal para las monedas. Las de oro llevan por efigie una cabeza de la Libertad, y las de plata un gorro frigio.

Todo el comercio marítimo se hace por los puertos de La Guaira, Ríohacha, Santa Marta, Cartagena, Chagres, Porto Bello, Panamá y Guayaquil. Los extranjeros frecuentan poco los puertos de Santo Tomé, Puerto Cabello, Maracaibo, en el mar de las Antillas, y Buena-ventura, en el Pacífico.

Los ingleses tuvieron gran acierto al establecer Consulados en La Guaira (puerto de Venezuela); en Maracaibo, que es una de las principales salidas de la cordillera; en Cartagena, verdadera puerta del Magdalena; en Panamá, que es la llave del Pacífico, y se extraña uno al ver que no los tienen en Santo Tomé y en Guayaquil.

Algunos barcos franceses y muchos de los Estados Unidos con cargamentos de harina, bacalao y madera, hacen la competencia a los ingleses; los buques de estos últimos, después de descargar las telas que traen, se vuelven con lastre de oro y plata, despojos de América (1).

(1) Las importaciones de los ingleses en toda América ascienden cada año a cerca de 275.000.000 de francos; el total de las exportaciones del resto de Europa en América no alcanza, a lo sumo, a la tercera parte de esa suma.

El miedo a los piratas, cuyo número es considerable en los archipiélagos que se extienden a lo largo de la costa de América desde el Darién hasta el río Bravo, la poca costumbre que tienen las Provincias de comunicarse entra sí, la escasez de productos, la facilidad que dan los buques ingleses, todo esto se opone al desarrollo del cabotaje entre los puertos del mar de las Antillas; éste no se realiza en grande escala sino en la costa del Pacífico, y no son los colombianos quienes lo hacen. Buques del Perú, cargados de cebollas, ajos, cebolletas y sombreros de paja, son los que van a Panamá, de donde regresan cargados con las mercancías inglesas para su país. Sin su concurso en el Pacífico y sin el de los buques ingleses en el mar de las Antillas y en el Atlántico, ¿cómo se podrían establecer comunicaciones entre los Departamentos con las piraguas, que son las embarcaciones que constituyen, por lo general, la marina de Colombia?

CAPÍTULO XI

Vías de comunicación por tierra y por agua. - Leyes comerciales.

Las comunicaciones por el interior todavía son mucho más difíciles. Si se hacen por tierra, no hay más que precipicios, cenagales y peligros de todo género; cuanto más importantes son los caminos, se encuentran en peor estado, por la sencilla razón de que son los más frecuentados y de que no los arreglan nunca. De modo que los caminos más malos son los que llevan a la capital y los que van del Cauca al Pacífico y de Panamá a Cruces.

Los gastos de transporte son también por esta razón el triple de lo que debieran ser; de manera que el transporte de las mercancías que se envían de Cartagena a Bogotá se puede estimar en un treinta y cinco por ciento. Pero también es verdad que se compensan para los tejidos por la diferencia del metraje, que es de un cuarenta por ciento a favor nuestro y de un ocho por ciento a favor de los ingleses cuando se vende sobre precio de factura, ya que se pide por una vara el mismo precio de una ana o de una yarda.

El trazado de los caminos lo hacen las lluvias; los terremotos los abren y los torrentes los cavan; sólo se puede andar por ellos en mula y en algunos sitios en bue-

yes, que gracias a la seguridad de su paso pueden salir de los cenagales y de los profundos pantanos en que a cada momento uno se atolla; en algunos sitios ni siquiera se puede utilizar este animal, y hay que recurrir al hombre, en cuyas espaldas se hace uno transportar a poco costo, a pesar de las fatigas terribles que sufren esos infelices. En esta forma pasan el Quindío y la cordillera que separa el Cauca del Gran Océano.

Todas las carreteras reales han sido desembarazadas de los árboles que las obstruían; tienen quince varas de ancho; este importante servicio se debe a España, pero claro está que no remedia un sin fin de otros inconvenientes, como se verá más adelante.

En algunos sitios las montañas son tan abruptas que el único medio de suavizar lo escarpado de la pendiente es trazar el camino en zigzag, y en otros sitios construir verdaderos peldaños, que constituyen una escalera tan angosta y tan empinada como las de algunas de nuestras torres, pero no obstante se bajan a caballo.

A cada paso se encuentran valles, y en cada uno de éstos hay torrentes. La comunicación entre las dos orillas se hace mediante puentes contruídos con dos árboles sobre los que se ponen transversalmente palos cubiertos con una delgada capa de tierra. Estas obras rústicas se bambolean, y al pasar parece como si estuvieran a punto de hundirse; no tienen barandilla, y, por rara coincidencia, ninguno de esos puentes mide más de cuatro pies de ancho. Si uno de sus travesaños podridos viniese a ceder bajo las patas del caballo, el animal al forcejear arrastraría al jinete a las profundidades del abismo, donde perecería estrellado contra las rocas que erizan los cauces. Y sin embargo la seguri-

dad, debida a la costumbre, es tal, que se pasan esos frágiles puentes lo mismo de noche que de día y sin experimentar el menor temor al oír el estruendo que producen las aguas al precipitarse de salto en salto.

Por lo general, el terreno adyacente a los extremos de esos puentes suele ser pantanoso; los habitantes de los alrededores colocan troncos de árboles que casi siempre dejan sin afirmar.

No se concibe cómo después de doce años de guerra ninguno de los bandos contendientes haya hecho una carretera militar. En efecto, los ejércitos al mando de jefes expertos, cuando luchan contra naciones bárbaras, bien sea para penetrar en ellas, bien sea para conquistarlas, suelen dejarles, para indemnizar los estragos que les han ocasionado, caminos y puentes que el comercio aprovecha en seguida para aportar después la abundancia y los conocimientos. En las guerras colombianas, que no fueron sino luchas de partidos, las peñas, los abismos, los malos caminos, se convertían en otras tantas fortalezas en que las tropas se emboscaban. Por otra parte, éstas, cuando no llevan impedimenta y tienen artillería ligera, sólo necesitan trochas para sus movimientos: esta es la razón de no considerar necesario el ensanche de caminos.

Sin embargo Morillo mejoró notablemente muchos de ellos, principalmente el que va de Santafé, por Cáqueza, a los Llanos, y el que va de la capital al Magdalena. Pero este General, preocupado con las necesidades de la guerra, descuidó otros muchos de la mayor importancia.

Por ejemplo se pudo haber evitado la peligrosa navegación del Magdalena abriendo al comercio un camino más seguro y más corto entre Guarumo y Guaduas.

Otro, trazado al este de Bogotá por Choachí, hubiera permitido ir en tres días hasta la desembocadura del Orinoco. Finalmente, un tercero, mejorando el trecho entre la capital y el Zulia, hubiera permitido seguir el camino, siempre más sano, de la cordillera.

El actual Gobierno ha comprendido una parte de esas ventajas, y en su virtud ha especificado en la concesión exclusiva a un alemán para el establecimiento de buques de vapor, que el *contratista habrá de abrir una carretera de Guaduas a Guarumo*. Sin embargo este proyecto no deja de presentar dificultades, a pesar de que todo el terreno sea propiedad del Coronel Acosta, partidario acérrimo de las reformas, circunstancia que allanaría muchos inconvenientes; la dificultad estriba en la elección de uno de los tres caminos que hoy se utilizan y que requieren una serie de obras si se desea un camino mejor que cualquiera de los actuales.

Estos caminos parecen menos malos cuando se ha viajado por vía fluvial, aunque las incomodidades que deben soportarse en los ríos provienen menos de las privaciones de todo género que hay que sufrir que de los acompañantes.

Los principales ríos navegables, o que lo son gracias a las embarcaciones ligeras que se utilizan, son: el Magdalena, el Orinoco, el Zulia, el Cauca, el Atrato, el Dagua, que desemboca en el Gran Océano en las inmediaciones de Buenaventura, y el Chagres, que vierte sus aguas en el mar de las Antillas.

Todos estos ríos tienen el mismo aspecto salvaje; la navegación es la misma: por eso la descripción hecha de la del Magdalena puede servir para darnos una idea de la navegación por el Zulia y el Orinoco.

El Magdalena comunica entre sí las Provincias de Neiva, Popayán, Mariquita, Antioquia, Santa Marta y Cartagena. La anchura de este río y la profundidad de su cauce permitirían a buques de gran tonelaje remontarlo hasta Nare en la época de sequía, y hasta Honda en la de lluvias. No es probable que pudieran subir, como los champanes, hasta Neiva, pues éstos tardan desde Honda veinte días, y eso que navegan a la sirga.

Los bancos de arena, que obstruyen y estrechan en algunos sitios el cauce del río, serán grave inconveniente para la navegación de buques de gran calado como los de vapor. El percance acaecido cerca de Garrapata, a una chalupa de Santa Marta que se desfondó al chocar con un tronco, constituye una prueba palmaria.

Para salvar el inconveniente que ofrecen esos bancos de arena habría que disminuir el gran canal de irrigación que viene a ser el Magdalena para convertirlo en un verdadero canal comercial, pues la multitud de brazos, al fecundar enormes extensiones de terreno, quita profundidad al cauce del río y hace menos segura la navegación. Así, en los sitios en que debería ser más profundo por el número de afluentes, resulta que se pierde una cantidad prodigiosa por las sangrías que las llevan tierra adentro. Por último, siguiendo el ejemplo de la Naturaleza, que por mil medios despeja las márgenes del río, el hombre debería talar algunas partes de las orillas cubiertas de bosques muy espesos y de malezas, y limpiarlas de troncos y de rocas a las cuales, con mucha frecuencia, hay que aproximarse para evitar las corrientes.

De esa manera la exclusiva concedida al empresario de los buques de vapor será de verdadera utilidad, y los barcos que gracias a ella surcaran el Magdalena ha-

rían menos penosa para el europeo la navegación por ese río al procurarle una serie de comodidades que la tornarían más llevadera.

El establecimiento de la navegación a vapor por el Magdalena ofrece grandes ventajas; acelerará el comercio y mejorará la agricultura en la región de la cordillera al convertir ese río en un canal de valor inestimable, por el cual las riquezas extraídas de las entrañas del suelo y las producidas por las cosechas podrán descender hacia el mar de las Antillas, al paso que el Orinoco llevará los productos de los Llanos de Casanare y de la Guayana al Océano.

Para la navegación por el Magdalena sólo se emplean piraguas y champanes. Las primeras las utilizan los viajeros que no llevan mucho equipaje, y los correos del Gobierno; no son sino un tronco de árbol vaciado a hachazos; una piragua de diez y seis a veinte varas suele costar doscientas piastras; no se pueden transportar en ellas más de veinte cargas.

Las que se toman en Barranca o en Santa Marta no pasan de Mompós, y gastan tres días para subir desde la orilla del mar hasta esa ciudad; para ir a Honda emplean más de veinte.

El champán sirve para el transporte de mercancías; es un barco bastante grande, de dimensiones parecidas a los que transportan por el Sena las frutas en el otoño; tiene un techo de bambúes que preserva el cargamento de las inclemencias del tiempo y sirve también de puente para que los bogas, encaramados en él, empujen el barco con sus largas pértigas. Un champán lleva generalmente doscientas cargas que pagan flete de diez piastras de Mompós a Honda. La tripulación de un champán es de veinticuatro bogas, que cobran a razón de

doce piastras cada uno. Además es de cuenta del viajero la alimentación de esos hombres y el alquiler de la embarcación, que vale cuatro piastras. A veces se tarda más de un mes en subir hasta Honda.

Esos medios de transporte son sumamente incómodos y dispendiosos por el tiempo que se pierde en vencer los raudales del Magdalena y por la pereza de los bogas, que son indisciplinados.

Estos hombres deben ocupar el último escalón en la clasificación de la especie humana: son una mezcla de individuos de todos los colores que no han conservado sino los vicios de las distintas razas de donde provienen; si están descontentos del viajero, le abandonan en la orilla y se escapan a los bosques, dejándole en la situación más espantosa que darse pueda.

Los otros ríos nos ofrecen la misma clase de gente e idénticas embarcaciones; si hay algunos que presenten mayores peligros que el Magdalena en cuanto a la navegación; otros en cambio ofrecen menos.

El Cauca, que atraviesa la Cordillera Occidental y riega sus fértiles valles, sólo es navegable hasta Cartago, donde las montañas estrechan su cauce, y lo obstruyen con rocas y troncos. Si se pudiera, aguas abajo, franquear los escollos que cortan su cauce, el Magdalena se convertiría en un canal doblemente importante, puesto que el Cauca, su principal afluente, le aportaría todas las riquezas agrícolas que desde Popayán a Anserma se dan con una abundancia maravillosa, y el Nare, que constituye hoy la vía de comunicación más directa entre Antioquia y el Magdalena, no sería ya la única entre esa Provincia y el río.

Una de las vías de comunicación más importantes es la que va de Cali por Buenaventura al Gran Océano; el cami-

no es tan malo que de ordinario se suelen utilizar hombres para llevar la carga; el río que luégo hay que bajar no es más que un torrente, tan lleno de escollos, que a cada paso se corre el riesgo de perecer; por eso no se utilizan sino unas piraguas muy pequeñas que van muy poco cargadas.

El Zulia es una arteria magnífica, poco ancha, que corre entre Maracaibo y Cúcuta (1), centro muy importante del comercio del cacao. Día vendrá en que este río será objeto de mejoras por parte de un gobierno más decidido y mejor orientado; los ingleses ya han calculado las ventajas que ofrece, puesto que han solicitado la autorización para establecer buques de vapor; sus proposiciones no han sido todavía aceptadas.

El Orinoco, el río más hermoso de Colombia, tiene sus márgenes, lo mismo que las del Magdalena, casi desiertas; la navegación está confiada a unos bogas groseros e ignorantes. Este río ofrece la doble ventaja de tener un cauce ancho y profundo y de ir a parar al Atlántico, ventajas que le hacen muy superior al Magdalena, cuyo cauce está cortado por rocas y cuyas aguas van al mar de las Antillas, tan lleno de peligros, ya por las tempestades que se desencadenan, ya por los corsarios que lo infestan y que tienen sus guaridas en el inmenso archipiélago que le cierra por el Este y cuyos pasos están casi todos en manos de los ingleses. ¿Quién sabe si con el tiempo el Orinoco no será el único medio de comunicación entre el Océano y la cordillera? Los ingleses, que no dejan escapar nada que pueda contribuir a asegurar su influencia, ya han soli-

(1) Hay nueve jornadas de camino de una a otra de esas ciudades.

citado una exclusiva para establecer barcos de vapor en el Orinoco.

El Atrato cierra la lista de los ríos más importantes de Colombia. Este río estuvo a punto de arrebatarse a Panamá una parte del comercio del Pacífico. Si el Gobierno no hubiera tenido que hacer frente a tantas dificultades y hubiera podido unir el Atrato con el río San Juan, habría hecho al país un beneficio incalculable; los trabajos de esa empresa, abandonados en manos de un oficial carente de los conocimientos necesarios, no tuvieron el impulso debido, y finalmente han sido abandonados.

Guayaquil es el puerto principal de la Cordillera Occidental y viene a ser el almacén de donde se surten Lima y Panamá. Cartagena, Santa Marta y Maracaibo son los puertos de la Cordillera Oriental; Puerto Cabello y La Guaira, los de la Provincia de Caracas; pero Panamá y Portobello están llamados a tener un gran porvenir, pues los ingleses proyectan hacer de Panamá el centro de las relaciones entre Europa y Asia.

En Francia se creía que Colombia pensaba abrir un canal para comunicar los dos mares por el istmo de Panamá. Esta República no tiene medios suficientes para emprender una obra de esa envergadura, tan costosa y tan llena de dificultades. Además, haría mal en realizarla, porque se atravesaría su territorio sin tener que solicitar su autorización y hasta tal vez sin pagarle ningún derecho de paso.

Los ingleses han estudiado la posibilidad de realizar ese canal. Se desconocen los resultados de sus estudios. Según las gentes del país, la apertura de un canal para el paso de piraguas no ofrece dificultades, pero sería

imposible hacer uno que permitiera el de los grandes buques.

Los caminos y los medios de comunicación por el interior de Colombia presentan en la actualidad muchas dificultades, pero en cambio se viaja por ellos con seguridad absoluta. El hecho de que después de guerras civiles tan largas no haya bandolerismo y que muy pocas veces le insultan a uno, es una comprobación que honra a sus habitantes.

Las posadas suelen estar situadas en los sitios en donde hay agua y pasto; y generalmente solamente hay eso. Esto también es lo que suele acontecer en las márgenes del Magdalena, continuamente expuestas al saqueo de la tropa; en todos los demás sitios se encuentran pollos, huevos, plátanos y chicha, que es la cerveza del país. No suele haber más cama que la piel de un toro o una estera; pero a pesar de que las puertas no tienen ni cerradura ni cerrojos, las mercancías se respetan. ¿En qué lugar de Europa se podrían dejar los artículos más valiosos sin otra seguridad que la que ofrece un cordel, y dormir en medio de los bosques rodeado de cosas muy tentadoras, sin que llegue a faltar nada?

El Gobierno actual dictó varias disposiciones que estimó convenientes para el fomento del comercio. Así, por ejemplo, redujo a dos y medio por ciento los derechos que las mercancías extranjeras tienen que pagar en el interior del país, y a un seis por ciento el impuesto que pagan los extranjeros si las venden ellos. Cuando éstas vienen consignadas a un comerciante del país, están exentas de ese impuesto. Pero en todo caso no se paga sino cuando se haya vendido la mercancía. Los derechos de puerto son de media piastra por tonelada. La tonelada colombiana es, lo mismo que la fran-

cesa, de veinte quintales. Ese impuesto es pagadero a más tardar a los diez días de haber entrado el barco en el puerto.

La necesidad de armarse para la guerra ha hecho que se declaren libres de derechos el plomo y los fusiles que se introduzcan en la República, y que se rebajen en un cinco por ciento los derechos sobre las mercancías traídas a bordo de buques cargados con armas.

Finalmente, para favorecer el progreso de las ciencias se han exceptuado del pago de derechos:

1.º Los instrumentos de física, geodesia y matemáticas; los mapas, los libros impresos, los grabados, los cuadros, las estatuas, las colecciones de antigüedades, los bustos y las medallas.

2.º Los aperos de labranza, las plantas y las semillas, las máquinas y herramientas para trabajar el oro, la plata, el platino, el mercurio, el cobre y el acero; las que puedan servir para mejorar la navegación por los ríos y la elaboración del algodón y de la lana; los troqueles para acuñar el oro, la plata y todos los metales preciosos.

Por otros decretos se prohibió la introducción de tabacos extranjeros, aunque al principio estaba autorizada su importación mediante el pago de un derecho del 50 por 100. También se ha prohibido la introducción del café, del añil, del azúcar y de las melazas del extranjero, y la salida del platino y del oro en polvo o en lingotes.

El cabotaje está única y exclusivamente reservado a los naturales del país. Los extranjeros sólo pueden transportar de un puerto a otro del país las mercancías que han importado y que figuren consignadas en los manifiestos.

El Arancel de Aduanas se reduce a dos leyes: una llamada de exportación y la otra de importación. Esta última fue promulgada el 2 de agosto de 1823; el cuadro adjunto contiene todos los detalles.

Todas las mercancías que no figuran en esta ley pagan el 25 por 100 cuando se importan de las colonias en buques nacionales, y el 17½ por 100 cuando proceden de Europa o de los Estados Unidos y se transportan en los mismos buques. Cuando por el contrario son originarias de las colonias, y vienen a bordo de buques extranjeros, están sujetas al pago de un 30 por 100 o de un 25 por 100 si proceden de Europa o de los Estados Unidos.

Todos los objetos de procedencia de las antiguas colonias españolas, y que no son productos del país, pagan los mismos derechos que las mercancías originarias de las colonias; en caso contrario, reciben el mismo trato que las procedentes de los Estados Unidos o de Europa.

Todos los productos *que provienen de Asia*, con tal de que no sean de las colonias españolas, *devengan un 12 por 100 si vienen a bordo de buques nacionales*, y un 25 por 100 cuando no vienen directamente de Asia; cuando proceden directamente de Asia a bordo de buques extranjeros, pagan un 20 por 100, y un 25 por 100 cuando no vienen directamente.

Este artículo merece, más que otro alguno, ser objeto de una atención especial, ya que no es ningún disparate por parte de los americanos el pensar que, cuando la población de su continente se haya aumentado por medio de la inmigración, habrá de establecerse un comercio directo entre ellos y Asia.

DERECHOS DE ENTRADA

MERCANCIAS	Importadas de las colonias en barcos nacionales.	Importadas de Europa o de Estados Unidos en barcos nacionales.	Importadas de las colonias en barcos extranjeros.	Importadas de Europa o de Estados Unidos en barcos extranjeros.
Hierro en barras.....	17½ %	15 %	20 %	15 %
Láminas de hojalata o de cobre.....				
Papel.....				
Medicamentos.....				
Aparejos de pesca.....				
Resina de pino.....				
Brea.....				
Cables.....	17½ %	10 %	22½ %	17½ %
Cordelería.....				
Tejidos de algodón.....				
Tejidos de lana.....	20½ %	20 %	25 %	20 %
Tejidos de muselina.....				
Paraguas.....				
Sombreros de castor, lana o seda.....				
Cera.....				
Blanco de ballena.....				
Vinos.....				
Vinagre.....				
Aceite.....				
Relojes de oro y de plata.....				
Galones.....	22½ %	15 %	27½ %	15 %
Sillas para hombre o para mujer.....				
Loza de Europa o de Asia.....				
Cristales y vidrios.....				
Sedas.....				
Piedras preciosas.....				
Cueros curtidos.....				
Encajes.....				
Pañuelos.....				
Flores artificiales.....				
Plumas de adorno.....				
Espejos.....				

En efecto, ¿qué potencia europea, en el Pacífico, podrá oponerse a que vayan ellos a los puertos de las Filipinas, independizadas a su vez, para adquirir los productos manufacturados de Asia, que se venderán más baratos que los de Europa? ¿Por ventura sería un error el suponer que las relaciones de Europa con Asia habrán de llevarse a cabo sólo por el istmo de Panamá, ya que es evidente que las vías por el cabo de Hornos y por el de Buena Esperanza son más caras?

Este pronóstico habría de realizarse desde luego, y el oro de nuestro Continente retornaría a la fuente de donde provino, si Inglaterra cesara de ejercer el monopolio en América, o si Europa dejase de seguir las rutas de Asia Menor o de Egipto por las que antaño se encaminaba su comercio, y que abandonó única y exclusivamente en los siglos XIII y XIV a consecuencia de las invasiones de los turcos. Los doscientos millones a que anualmente ascienden las transacciones que se hacen en Nijni-Novgorod demuestran suficientemente que las rutas terrestres no son las más desventajosas ni las menos seguras para establecer relaciones con Asia, mal que les pese a las naciones marítimas.

Pero mientras Europa vuelve a un sistema de comercio continental, los cálculos de los colombianos van perdiendo de día en día cuanto en principio tenían de hipotéticos; claro está que, ya habrá supuesto el lector, esta es la opinión de los ingleses, puesto que previamente reconocieron la independencia de Estados como México y Colombia, ricos en metales indispensables para el comercio de Asia, y dueña ésta última del istmo, punto importante, cuya posición, los americanos, por su escasa población, no estarán durante mucho tiempo en condiciones de aprovechar para ellos las ventajas que ofrece. Desde luego,

éstos querrían que no fuese así, pero ¿cómo negar el paso a los dueños de Jamaica?

Por la ley de exportaciones se han gravado:

Los cueros, el cacao y el añil, con un 10 por 100 calculado sobre los precios corrientes en plaza.

Con 15 piastras, cada cabeza de ganado mular o caballar.

Con un 12 por 100, los borregos.

Los otros productos del país no especificados en el Decreto pagan un 5 por 100, con excepción del café, el algodón, el azúcar moreno o blanco, el aguardiente de caña y las maderas de construcción: esos objetos están excluidos del pago de derechos durante diez años.

El oro amonedado paga un 3 por 100, y para evitar el fraude, se ha conservado en vigor el derecho conocido con el nombre de *extracción presunta*, es decir, la facultad de apreciar, por las mercancías introducidas, la cantidad de dinero que sale, y la de fijar sobre ella el monto del impuesto de aduanas por exportación de oro amonedado.

Todos los puertos de la República pueden servir de depósito para toda clase de víveres y comestibles procedentes del extranjero, bajo palabra dada por el capitán de la nave de exportarlos a otros puertos de países neutrales o amigos de Colombia; esto deberá tener lugar en el término de seis meses, so pena de tener que pagar los derechos de importación.

El panorama que actualmente ofrece la agricultura, la industria y el comercio en Colombia no es halagador; esto obedece en parte a la escasez de población, pero en breve se producirán cambios importantes: hé aquí una mudanza que los colombianos contemplan con satisfacción.

En primer lugar están persuadidos de que la industria agrícola de su país, del mismo modo que la prosperidad industrial de la India, ahora en manos de Inglaterra, en breve se emancipará de su omnipotencia, que cederá bajo el peso de tantos intereses desiguales. Aunque Inglaterra vuelve a explotar las minas, dicen, ese sistema seguido por España y que fue tan desastroso para la agricultura de estos países, no podrá impedir que los colonos acudan en masa a América, donde creen que existen por doquier explotaciones agrícolas cuyas cosechas abundantes y ricas acabarán con la agricultura de la India y contribuirán así al resurgimiento de la industria de esta última, tan perjudicial para los intereses de las manufacturas inglesas.

Pero es más: esperan que la feracidad del suelo de su país les emancipe de toda supremacía comercial, por lo menos desde el punto de vista de la agricultura: la prosperidad de ésta, según dicen, inevitable desde la abolición de las leyes españolas contrarias a la agricultura, hará imposible la importación de los productos agrícolas que antes se traían de Europa. En efecto, la diversidad de climas permitirá que las cimas de las montañas se coronen de viñedos, trigales, olivares y de moreras, mientras al pie de las mismas se cosecharán todos los productos de los trópicos, con tanta abundancia, que serán superfluas las importaciones que de los mismos hace Europa trayéndolos de Asia a fuerza de dinero, por las rutas del cabo de Hornos y del de Buena Esperanza.

Pero no es esto todo: al decir de los colombianos, la América anglosajona no puede escapar a una revolución comercial, ya que la América del Sur puede producir diez veces más de algodón, caña de azúcar y tabaco que las Provincias de la Unión. Sería inútil, añaden, que

quisieran inclinar la balanza en su favor procediendo a la ocupación de Cuba, ya que la conquista de esta isla, lejos de aumentar su poderío, lo disminuiría con el contrapeso que significa el número considerable de españoles, católicos y negros, que son sus enemigos más temibles.

A quienes ponen en cuarentena la realidad de esas esperanzas, los colombianos les hacen observar, por una parte, los constantes envíos que hace Inglaterra de dinero, emigrantes y maquinaria de vapor (1), y de otra, que el clima insalubre de sus costas es un aliado invencible que les pone al abrigo de toda invasión europea. Las esperanzas de los colombianos son desde luégo prematuras, pero con el tiempo descansarán sobre una base sólida, a menos que ésta no se destruya con una inmigración en grande escala de africanos llamados por la población americana de raza negra, pues el problema de la raza de color, que, lo repito, es el último que queda por resolver, surge en las regiones abrasadoras que se extienden a lo largo de las costas desde el mar de las Antillas hasta las márgenes del río de La Plata.

(1) Los cambios que este invento puede provocar en América son incalculables. Lo reducido de la población no es un obstáculo para acometer ninguna empresa, ya que la fuerza industrial de cien máquinas de vapor de sesenta caballos cada una, es equivalente a la que representa toda la población de Bogotá. De esta suerte pronto podría haber en el Nuevo Mundo más productos que vender a los europeos, que consumidores para comprar sus mercancías.

CAPITULO XII

Salida de Panamá. - Cruces. - El río Chagres. - La Gorgona.
Chagres.

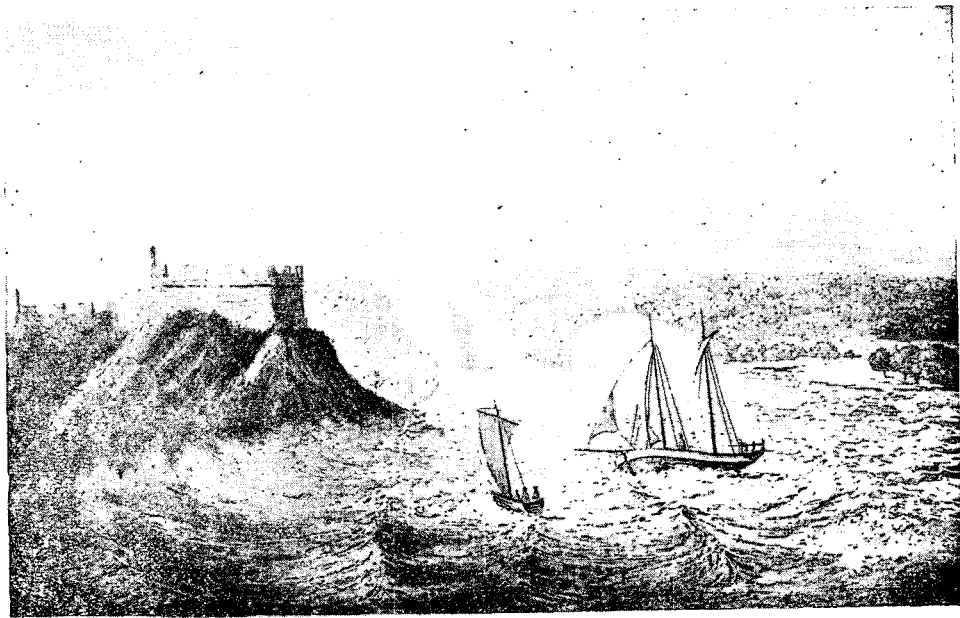
Salí de Panamá el día 18 de noviembre a las seis de la mañana, acompañado de un arriero que llevaba dos mulas de carga, en una de las cuales monté; estaban herradas, presagio de que los caminos habrían de encontrarse en pésimo estado. Estos presentimientos no resultaron fallidos.

La altura de la cordillera es por aquí, en comparación con la que tiene en las otras regiones que visité, muy escasa, ya que su elevación es a lo sumo análoga a la de los Vosgos. El terreno, constantemente inundado por las lluvias, que las tormentas, formadas en ambos mares descargan todos los días, se convierte en fangal profundo y peligroso del que es casi imposible salir, a pesar de las piedras que se han echado en él para afirmar el piso. A cada instante se resbala uno y cae; durante todo el camino se marcha dentro del agua. Al llegar a la mitad de éste aproximadamente, se empieza a descender la vertiente de las montañas, descenso que es mucho más rápido por el lado que mira al mar de las Antillas que por el del Pacífico. La lluvia y el mal estado de los caminos no me permitieron llegar antes de las siete de la noche a Cruces, aldea poblada exclusiva-

mente por gente de color. Si el camino hubiera estado mejor, en tres horas se hubiera recorrido. Es inconcebible el estado de abandono en que se encuentra el camino, teniendo en cuenta que es el más importante, ya que es la ruta que siguen las tropas que el Gobierno manda al Perú.

En Cruces sólo me detuve un día; al siguiente me embarqué en uno de esos *bongos* que navegan por el Chagres. La borda de esas piraguas es tan alta, que los negros tienen que remar poniéndose de pie en los bancos. Fue mi compañero de viaje un oficial que llevaba unos pliegos del Intendente de Panamá; imaginé que su presencia a bordo haría la travesía más rápida y que por la noche estaríamos en Chagres, pero sólo sirvió para alargarla. Este joven nos hizo detener a las once en la aldea de Gorgona, poblada de negros y constituida por unas cuantas chozas más sucias aún que las de Cruces. La lluvia, como sucede hasta fines de diciembre, empezó a caer. El oficial temió mojarse; la Gorgona le brindaba sin duda encantos tan seductores, que decidió pasar allí todo el día. Como la piragua estaba a las ordenes de éste, no hubo más remedio que quedarnos allí. Los negros estuvieron encantados de encontrar un blanco tan indolente como ellos. Emprendimos el viaje a las cuatro de la madrugada. Hacía frío, y los esclavos se abrigaron como pudieron, uno con el gorriño y el otro con el capote del complaciente oficial.

Todo el día navegamos por entre las montañas, cuyas cimas, a pesar de su escasa elevación, parecían muy altas comparadas con las márgenes fangosas del Chagres. Este río es poco ancho, pero su cauce apacible y profundo ofrece una navegación sin dificultades. Por lo



Vista de Chagres

general, las márgenes se cubren de bosques espesos. De vez en cuando se ve alguna choza solitaria en la que viven algunos negros en medio de pantanos y de una humedad tal, que el techo de la choza está cubierto de musgo como en los países fríos. A las dos de la tarde dimos vista a Chagres. Cuatro naves extranjeras estaban fondeadas en la bahía. La vista de Chagres es bastante pintoresca. Una roca enorme sobre la cual se ha construído un castillo, defiende la entrada de las embestidas del mar de las Antillas, cuyas aguas se mezclan con las del Chagres sin producir gran oleaje; su embocadura se abre al Norte. El pueblo, protegido contra los embates del mar y de los ataques de los enemigos del exterior, se extiende por los declives de una pendiente poco acentuada. El agua en las inmediaciones de la costa es tan poco profunda, que sólo las piraguas pueden aproximarse a tierra.

Cuando desembarcamos, me puse a buscar una choza para alojarme; no tardé en encontrar una bastante cómoda, dadas las condiciones del pueblo. Para que el lector tenga una idea de Chagres, describiré la que me sirvió de albergue: Estaba hecha de bambúes y tenía dos habitaciones: una servía de cocina y la otra de alcoba. Una hamaca colgada en el centro de la primera habitación, era a modo de canapé, donde todo el mundo se sentaba. Por la noche se tendían en el suelo pieles de toro y se acomodaban sacos de harina para que la familia se acostase. Para que el desorden fuera mayor, se guisaba en el mismo cuarto; el hogar lo constituían tres piedras. Unas cuerdas que iban de una pared a otra estaban repletas de salchichas, morcillas y de carne puesta a ahumar. Finalmente, encima de una mesa había una colección de cacharros, que según las

necesidades se utilizaban en la cocina o en el cuarto de dormir; en la alcoba vivía, sola, la madre. Era ésta una mulata muy vieja que estaba orgullosísima de ver que su nieta, por el color de la piel, podía formar parte de la casta de los blancos.

Estas casas, llenas de humo, levantadas en medio de pantanos pestilentes, guardan a veces fortunas prodigiosas, que sólo están protegidas por puertas de cuero sujetas con cuerdas; a pesar de esta aparente inseguridad, el negociante deposita en ellas, sin inquietud y sin peligro, su fortuna: nunca se abrió un fardo, jamás se forzó un cofre. Este Chagres pavoroso da la sensación de opulencia, y en ningún otro lugar de la República vi mayor cantidad de dinero en circulación. Pocos negros hay que no ganen de 60 a 80 piastras por semana, ganancias prodigiosas que van a parar a las tienducas donde se venden toda clase de vinos y de licores.

El clima de Chagres, a pesar de ser caluroso y húmedo en extremo, no es mortífero; los europeos enferman, pero no suelen morir.

En este lugar de espanto la vida es sumamente cara; una gallina cuesta una piastra y a veces hasta dos. En medio de esos bosques inundados, aunque parezca mentira, no es fácil encontrar leña ni agua porque los negros desdeñan ocuparse en esos trabajos que consideran poco remuneradores y muy duros: estos individuos, en cuanto se han transformado en hombres libres, no quieren trabajar sino cuando están seguros de ganar mucho dinero.

El transporte de las mercancías inglesas que abarrotan las chozas de Chagres, convertidas en almacenes, y cuyo alquiler es muy elevado, se hace en piraguas, de

las que hay un número considerable; por ejemplo al llegar las mercancías, el alquiler de una choza suele ser de 400 francos mensuales: un bongo tarda cuatro días en subir hasta Cruces. Cada fardo (de 150 a 200 libras) paga de flete de Chagres a Cruces 2 piastras, y otras 2 de Cruces a Panamá. El flete de Jamaica a Chagres es también de 2 piastras.

Los habitantes de Chagres constituyen en realidad una población independiente, donde los Intendentes no suelen atreverse a cobrar las contribuciones ni a proceder al reclutamiento de los mozos. El régimen de desconfianza instaurado por los españoles en el Istmo, subsiste bajo el actual Gobierno, y la Policía encargada de la verificación de los pasaportes es muy severa. Los extranjeros no pueden penetrar en el castillo, que por lo demás, apenas está medianamente defendido.

No ha habido sino un bergantín inglés, único barco de algún tonelaje que haya fondeado en Chagres, porque el paso es tan estrecho, que las goletas de tonelaje reducido son las únicas naves que pueden fondear en él. Los barcos de los ingleses traen telas y se llevan el oro del Perú y de Colombia y la plata de México. El cargamento de los buques de Norte América, que aquí como en todas partes abastecen a las gentes, se compone de carnes saladas, bacalao, cebollas y de algunas otras mercaderías que compran en Jamaica. Introducen mucho tabaco de contrabando con el nombre de tabaco de La Habana.

Me he extendido un poco sobre los diversos lugares del istmo de Panamá que he visitado, porque me ha parecido que la descripción de esos sitios podría presentar algún interés. En efecto, si la política de los hispano-

americanos o su apatía no dejase los caminos en estado tal de abandono, habría todas las comodidades posibles, principalmente en la ruta de Portobelo, cuya rada es muy segura. Los ingleses, a quienes no escapa ninguna ventaja de orden comercial, se han encargado, según me han dicho, de abrir un camino desde esta ciudad hasta Cruces, a condición de ser ellos los únicos autorizados para transportar mercancías, privilegio por el cual ofrecen pagar al Gobierno la décima parte de los beneficios.

CAPÍTULO XIII

Llegada a Jamaica. - Salida para Europa. - Las Lucayas. - Falmouth. - Llegada a Francia.

Me embarqué en una goleta inglesa rumbo a Jamaica. Me he quejado de los marinos del Pacífico, pero los del mar de las Antillas tampoco me dejaron muy satisfecho. La sórdida parsimonia que imperó en la distribución de los víveres durante los doce días que duró la travesía me redujo a un estado tal de debilidad, que tres semanas en Jamaica apenas si me restablecieron. Es necesario que los ingleses, que ponen tanto cuidado en procurarse hasta lo superfluo, tengan una constitución muy robusta para soportar a la vez tamañas privaciones. En efecto, a bordo de esos pequeños buques apenas comen, y cuando están enfermos se administran los remedios más violentos sin mayor discernimiento.

El mismo día en que salimos de Chagres encontramos una fragata inglesa que hacía rumbo a Cartagena, de donde debía seguir para Santa Marta; viaje que el capitán de mi barco llamaba «la jira» de los navíos de guerra ingleses. Este hacía la suya para recoger el dinero de los negociantes de América y, mediante el uno y medio por ciento, llevarlo a Jamaica.

Dimos vista a Cartagena el 2 de diciembre; luégo atravesamos a considerable distancia de tierra las co-

rrientes del Magdalena. Mientras navegábamos de bolina en el golfo de Darién, los vientos soplaron del Nordeste y las corrientes del Suroeste; desde que doblamos La Popa las corrientes venían del Noroeste y los vientos soplaban del Sureste. El 4 de diciembre divisamos a Jamaica. El mar estaba agitado y se veían algunas trombas. Como apenas si soplabo viento no pudimos entrar en la rada hasta el día siguiente a las diez de la mañana, aprovechando la brisa de alta mar. Después de haber navegado de bolina por el canal llegamos al fondeadero a mediodía. En el acto salté a tierra.

Jamaica está atravesada de extremo a extremo por una cadena de montañas muy altas, y a pesar de respirarse en sus cumbres un aire delicioso, están muy poco pobladas. El criollo en todas las Antillas tiene miedo a alejarse de la costa; no quiere perder de vista los buques de Europa, y el cebo de las ganancias y el miedo le retienen en las orillas malsanas del mar.

Las brisas de tierra soplan durante una parte del día y en el transcurso de la noche. Este aire fresco, que pudiera parecer delicioso, es nefasto para los europeos, pues al cortar la transpiración ocasiona la fiebre; impide asimismo a los buques entrar en el puerto antes de las diez de la mañana, hora en que se levanta el viento del mar.

A más del número considerable de aldeas que pueblan la isla de Jamaica, hay algunas ciudades pequeñas como Spanishtown y Kingston, que son las principales. La segunda es capital y a la vez sede del Gobierno; la primera es ciudad comercial, muy frecuentada por los extranjeros; tiene mucha animación, al paso que la otra no tiene movimiento.

A la entrada del puerto de Kingston está el pueblecillo de Port-Royal; en las proximidades de éste se

halla el fondeadero de los buques de guerra, que habitualmente suelen ser veinte o veinticinco. Independientemente de esta escuadra, las orillas que son paso obligado antes de llegar al puerto comercial, están defendidas por un castillo muy fuerte y por varias baterías.

El forastero que viene de las colonias españolas se queda maravillado al ver la actividad que reina en el puerto y el número considerable de buques surtos en él. Cerca de los embarcaderos hay inmensos depósitos forrados en láminas de hierro batido, para almacenar las mercancías. Esta parte de la ciudad, que recuerda los *docks* de Londres, es una de las más curiosas. Mientras en los patios se apilan tablones de caoba de Yucatán, palos tintóreos de Campeche, tablas y duelas del Canadá, y mástiles de Virginia, en otra parte se amontona el hierro, el cobre y el plomo, y un poco más allá se hacen rodar los cuñetes repletos de metales preciosos oriundos de Colombia y de México.

En la ciudad se advierte un movimiento no menos curioso: aquí hay un almacén atestado de las más ricas telas de la India y de Mánchester; allá hay otro repleto de objetos de cristal y de vidrio de todas clases. En una calle están los vendedores de salazones, comercio importantísimo, ya que constituye la principal alimentación de los habitantes del campo.

El gentío que anda por las calles es tan grande, y el número de coches, elegantes cabriolés y landós, que se cruzan en todas direcciones, es tal, que no he pasado tantos apuros para cruzar una calle en ninguna de nuestras grandes ciudades de Europa. Kingston está muy bien trazada, construída en el declive poco acentuado de la montaña; todas las calles van en línea recta desde aquella hasta el mar. Esta orientación, que desde luégo contri-

buye a darle un aspecto agradable, tiene sus inconvenientes durante la época de lluvias, porque los torrentes que bajan de la montaña corren por las calles y ocasionan daños considerables.

Las casas son de madera, y como están limpias y bien construídas, uno las encuentra deliciosas: en las calles comerciales éstas suelen tener una galería baja para pasearse al abrigo del sol o de la lluvia. El cuartel y la sala de espectáculos son del mismo estilo que las casas particulares.

Hay un templo anglicano, una iglesia católica, dos iglesias escocesas, tres sinagogas y tres templos metodistas. Todos esos edificios, del mismo estilo que las casas, sólo se distinguen de ellas por sus mayores dimensiones.

El número de esclavos es prodigioso si se compara con el de blancos; hay 200.000 esclavos y sólo 12.000 blancos. Entre éstos se cuentan 4.000 franceses de Santo Domingo, únicos que quedan de los 22.000 que se expulsaron de Cuba en 1808.

La población negra, a pesar de las milicias y de una guarnición de 3.000 hombres, es motivo de constante preocupación; a cada paso se dispara el cañonazo de alarma, y constantemente la guarnición está sobre las armas; se decía que tropas enemigas están invadiendo la isla, pero son los negros el único enemigo. Los ingleses siguen no obstante un sistema muy sabio: para ellos no hay distinción entre hombres libres y esclavos. Según la legislación, el amo no puede azotar por sí mismo a su esclavo; cuando ha delinquido, tiene que entregarlo al Juez, que le hace administrar 39 latigazos; este es el máximo de la pena; y solamente puede infligirse una vez por semana. Pero a pesar de esta especie

de justicia, a pesar de la estimación que los hombres de color tienen al inglés, a pesar del exacto cumplimiento de las leyes y del terror que inspiran, todo el mundo está inquieto, por nada se toman las armas y los días de fiesta y durante varios más, se ponen guardias en los tejados de las casas. Estas precauciones no son superfluas, pues los negros no han olvidado la terrible persecución de los *bloodhounds* (especie de perros feroces que hay en Cuba), azuzados en 1795 por Lord Balcarres.

Jamaica, como es sabido, produce en abundancia café y azúcar. Aunque todos estos productos deben ir a Inglaterra, se introduce gran cantidad de ellos, en calidad de contrabando, a los Estados Unidos. Jamaica no sólo es el mayor almacén del Continente americano desde el Perú hasta México, sino que lo es también de Cuba y los Estados Unidos, únicos que pueden enviar sus buques a esta colonia inglesa. Aunque diariamente salen de aquí para Chagres, Ríohacha y Cartagera, la prosperidad de Jamaica se debe menos a las relaciones comerciales con los países extranjeros, que al intercambio de sus productos agrícolas por los manufacturados de la Metrópoli; como ésta tiene el privilegio de vestir y alimentar a los 2 o 300.000 individuos que pueblan la colonia, las relaciones entre esta última y la Madre Patria son constantes y de importancia muy considerable.

Es de advertir que las mercancías que se exportan directamente de Inglaterra a los puertos del Continente americano, producen menos beneficios que los cargamentos expedidos desde Jamaica, a pesar de los derechos que éstos pagan a la aduana inglesa; la razón es sencilla y consiste en que los judíos que están a la cabeza del comercio de Kingston, hacen a los propietarios de

América adelantos de dinero, adelantos que son reintegrados con el contrabando que les es fácil hacer con ayuda de los comerciantes del país, mientras que el comerciante inglés, mal informado, tiene que pagar todos los derechos y consigue con mucha dificultad cargamentos de mercancías que se reservan para los amables prestamistas de Jamaica.

La importancia de esta Isla habrá de disminuir necesariamente cuando los ingleses establezcan el depósito de su comercio con la India en Panamá. Este proyecto tiende de día en día a convertirse en realidad; no constituye una novedad; es el mismo que los españoles concibieron desde la época del descubrimiento del Istmo por Balboa, puesto en práctica con la calma que suelen emplear en todos los asuntos. Los buques de la compañía inglesa de las Indias reemplazarán pronto en el Pacífico a los galeones españoles que lo surcaban; de Acapulco bajarán hasta Guayaquil, distribuyendo en todos los puertos los productos de las fábricas asiáticas, que las de la Gran Bretaña no pueden producir a tan bajo precio. A la vez los buques salidos de Chile, cargados con cobre de Coquimbo, estaño de Arica y otros metales mucho más preciosos, irán a los puertos de China para cambiarlos por el mercurio, indispensable para la explotación de las minas de plata.

Al contemplar las ciudades, las factorías, las casas y las costumbres de los pueblos del Continente americano, uno se da cuenta de que todo ello está tan arraigado que sólo el curso de los siglos podrá introducir algunos cambios. Esto no sucede con las Antillas, y por lo tanto con Jamaica. En su casa, en su vida interior, el habitante de este Archipiélago ha conservado el aspecto del colono que está de paso. No suele casarse; siempre es-

tá dispuesto a emprender el viaje de regreso; nada le retiene al suelo, pues sus víveres, sus buques y a veces hasta su propia casa vienen del Continente. Su carácter formado por todos los contrastes posibles e imaginables, mezcla extraña de la avidez seria y prudencial de los ingleses y de la frivolidad despreocupada de los franceses, del espíritu calculador y avariento del judío, de la fría tenacidad del danés y del sueco, de la indolencia del negro y del orgullo del mulato, no se parece ni al del llanero inclinado a la vida errante, ni al del andino con sus costumbres suaves, ni tiene la afición mercantil del americano del Norte; y, a pesar de ello, ha retenido algo de todo eso, pues al hombre de las Antillas, a cualquier casta que pertenezca, no le gusta permanecer quieto durante mucho tiempo; le falta espacio, viaja de una isla a otra, desea talvez más de lo debido la ganancia, y está por lo tanto siempre dispuesto a hacerse soldado o corsario; inclinación que le torna peligroso para el Continente, cuyos ejércitos, integrados por criollos blancos y por indios, difícilmente podrían hacer frente a los belicosos antillanos.

Constituye la mayor preocupación de los criollos blancos el establecimiento a breve plazo de relaciones comerciales entre las Antillas y Africa. Según ellos, los negros de esas islas irían dentro de poco a buscar, en el Continente, del que sus padres fueran arrancados, legiones de auxiliares, en lugar de los esclavos que se compraban antes. Sus presentimientos van todavía más allá: como se ha observado en Oceanía y en algunas partes de Asia, veremos, dicen, en América a una raza mezclada apoderarse del país y expulsar a todos los propietarios blancos u obligarles a retirarse a lugares inaccesibles. Esas regiones en los trópicos se hallan en los

Andes, cuya cadena ininterrumpida de montañas constituye realmente un mundo aparte que se podría denominar la Europa equinoccial, y que parece destinada a poblarse de hombres del mismo color de los europeos. En cuanto a las llanuras y a las costas de América, su clima insalubre parece que las hace únicamente aptas para ser pobladas por gentes de origen africano. Según este nuevo reparto de América, los pueblos que habitan las Provincias bañadas por el Océano Pacífico sólo tendrían relaciones frecuentes con Asia, mientras que los habitantes de las costas del Atlántico las mantendrían más especialmente con Africa. Con las primeras el oro serviría para adquirir tejidos, y con las segundas esos mismos tejidos servirían para comprar soldados.

A medida que me iba aproximando al fin de mi viaje, el deseo de terminarlo era mayor; la proximidad de las festividades de Navidad hacía que las ocasiones de embarque para Europa fuesen cada vez más raras, hasta el punto de que no había más que un solo barco, el buque correo *Fleeping*, que se hiciese a la mar en el mes de diciembre; tomé pasaje a bordo de él. Nos hicimos a la vela el 25 de diciembre; dos días después estábamos entre Cuba y Santo Domingo. Navegábamos sin contratiempo y el 1.º de enero dimos vista a la isla de Crooked-Island, una de las Lucayas. Fondeamos. Los buques correos ingleses entregan aquí sus pliegos para el Gobernador del Archipiélago.

El aspecto de Crooked-Island es tan triste como el que ofrecen todas las Lucayas; el terreno es bajo; el centro de la isla está formado de arena y piedras, y su única vegetación está constituida por unos cuantos arbustos; las orillas del mar están formadas por madreporas y corales que sirven de guarida a gran número de tortu-

gas. La principal riqueza de los habitantes del país consiste en la venta de sal y de algodón que recogen algunos esclavos negros. Los parajes de estas islas son muy peligrosos, y muchos buques se han perdido con vidas y bienes en los arrecifes que las rodean. Quien haya navegado por sus costas no puede menos de admirar el valor y la pericia de Colón, que supo escapar a los peligros que debió encontrar a cada paso en este mar plagado de escollos, entonces desconocidos.

Pernoctamos en Crooked-Island y nos hicimos a la vela al día siguiente. La travesía apenas si fue contrariada por los vientos, y divisamos el cabo Lézard el 28 de enero de 1824, sin haber experimentado el menor contratiempo y hasta sin haber tenido temor por accidente de ninguna clase. Al día siguiente hicimos rumbo a Falmouth, donde fondeamos a la salida del sol. El espectáculo encantador que ofrecían las verdes campiñas de su bahía no hacía más que aumentar nuestra alegría de vernos en Europa.

Pocos días permanecí en Falmouth, partiendo en seguida para Londres, adonde llegué el 6 de febrero. Tres días después, y no queriendo demorar por más tiempo la satisfacción de verme en Francia, me embarqué para Calais, donde sólo me detuve una noche, y el día 13 de febrero llegué a París.

NOTAS Y ACLARACIONES (1)

PRIMERA PARTE (NOTA 1, PÁGINA 90)

Descripción de la Provincia de Pamplona, por Joaquín Camacho, abogado (2).

«La Provincia de Pamplona, del Virreinato de Santa Fe en la América Meridional, se divide al mediodía de la Provincia de Tunja por el río Sogamoso, que entra en el Magdalena, extendiéndose por el Norte hasta confinar con jurisdicción de Ocaña en la Provincia de Santa Marta y también con jurisdicción de Maracaibo, por el río Táchira, que es el término que separa el Virreinato, de las Provincias de Venezuela. Al Occidente se extiende hasta el Magdalena, entre las embocaduras del Sogamoso y el Cañaverales, y por el Oriente hasta los llanos de Barinas, adonde se encaminan las aguas que se recogen en el valle de Labateca y dan origen al río Apure, que entra en el Orinoco. El ramo oriental de la Cordillera de los Andes ocupa casi toda esta Provincia, formando distintos valles y dejando libre la comunicación de los

(1) Se ha conservado la numeración irregular que de estas notas sigue el original, y para mejor orientación del lector, se indican el párrafo y la página correspondientes. (Nota del Editor).

(2) *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. El texto de esta descripción es el original, según figura en el *Semanario* número 13 de 2 de abril de 1809, páginas 97 y siguientes. Miscelánea de cuadernos de Colombia y Nueva Granada, número 3314, fondo Pineda, Biblioteca Nacional, para evitar el hacer la traducción de otra traducción.

lugares situados al Oriente con la costa del mar del Norte, por medio del río Zulia, que incorporándose con el Catatumbo (que viene de Ocaña), entra en el lago de Maracaibo; teniendo igual comunicación los lugares situados al Occidente por medio de los ríos navegables Sogamoso y Cañaverales, que como se ha dicho desembocan en el Magdalena.

«La capital de Pamplona, situada a los 8° de latitud boreal, tiene cerca de 1.300 toesas de altura sobre el nivel del mar; su temperatura de 12 a 14 grados del termómetro de Réaumur, es bastante desapacible por los vapores que la mayor parte del año cargan la atmósfera. El terreno es apropiado para el cultivo del trigo, cebada, papas, apios, maíz, coles, habas, fríjoles y otras verduras, lo mismo que los demás lugares altos de su distrito. Entre éstos se señala el valle de Suratá, de temperatura media, donde se cosechan anualmente más de 10.000 cargas de harina, de las cuales la mayor parte se exporta para Mompox y Cartagena por vía de Ocaña. El trigo que se siembra allí es de excelente calidad; se cogen dos cosechas al año y, según parece, es de la especie o variedad que llaman en Europa trigo *candéal* o *trimesino* (*triticum aestivum*). Sólo los lugares templados son adecuados para ese trigo, que por aquí llamamos menudo y se cosecha también en el valle de Labateca y otros sitios de temperatura media. El trigo que se coge en los lugares más elevados o de temperatura fría como Pamplona, Silos, Cócota de Velasco, Servitá y Cerrito, es trigo rubión o de invierno, más tardío; da un pan moreno, menos crecido, pero de muy buen gusto. En los lugares que se acercan al río Chicamocha o Sogamoso, como son Tequia, La Concepción, Llano Enciso, Macaravita, Molagavita, Carcasí, se cultivan el

trigo, la caña y el arroz.... Ningún lugar del distrito de Pamplona, a excepción de las parroquias de La Matanza y Santo Ecce-Homo en el valle de Suratá, tiene frutos de considerable exportación, consumiéndose los que se cogen en los demás lugares allí mismo, o extrayéndose en cortas cantidades para los pueblos vecinos.

«En Pamplona y en sus inmediaciones se crían algunas plantas particulares que constituyen la riqueza del país y que debemos mencionar. Una de ellas es el pino (*pinus silvestris*), de que sólo se aprovechan las gentes para algunos remedios que se aplican con la pez o trementina; el árbol de la cera (*myrica cerifera*) —de cuyos granos, exprimiéndolos, se saca la cera que llaman de *laurel*,—que se consume en los alumbrados mezclándola con una porción de sebo. Estos árboles nacen espontáneamente y parece que de ellos se extrae la cera en Luisiana y Canadá; una especie de rubia con cuya raíz tiñen las lanas de un bello color encarnado de mucha consistencia; la chilca (*cestrum*), que da tinte verde; varios *melástomas*, vulgo *tunos*, con que se tiñe de amarillo; el espino bérberis con que se da el mismo color; el aliso (bétula) y el gamon (*anthericum*), que dan un color amarillo rojo de mucho mérito.

«En el valle de Tutepa crece en abundancia un nopal que cría cochinilla, que se usa en otros lugares de la Provincia de Tunja para colorar las lanas. El insecto se halla envuelto en una especie de borra semejante a la tela de araña, inseparable de él, lo que hace el tinte muy inferior a la cochinilla de Méjico....

«...El olivo es muy común en Pamplona; si se supieran preparar sus aceitunas suplirían la falta de las de Europa (el texto francés dice “se ignora la manera de

preparar el aceite: Europa no tiene pues por qué temer la competencia de este cultivo”).

«El palo brasil abunda en Cepitá, sobre el río Sogamoso, de donde hace poco se sacaba el extracto, que ha decaído en el comercio por las mezclas que lo adulteraban. Abundan en este territorio distintas especies de gramas y otras plantas que sirven de pastos a los cuadrúpedos. Sin embargo, jamás podrá haber grandes crías de ganados en un terreno tan áspero y desigual como el de Pamplona; las pequeñas crías, a que se dedican todos los propietarios, no bastan para el consumo, y se suple esta falta con los ganados traídos de los llanos de Casanare por la vía del Cocuy y de los de Barrinas por la de San Cristóbal. De la escasez de carnes en Pamplona nace la carestía del sebo, cuya falta se suple con la cera de laurel.

«Igualmente se crían caballos y mulas (para los transportes), ovejas y cabras, y se aprovechan los cueros de las últimas para los cordobanes.

«Las riquezas minerales de Pamplona no son bien conocidas. Hay tradición de que en la antigüedad se sacaron grandes cantidades de oro de las minas de Vetas Montuosa Alta y Baja, y se conservan hasta hoy los vestigios de esos trabajos. El oro de estas minas ha sido transportado a las tierras bajas de Girón por las aguas que descienden de aquellos montes y que forman el Cañaverales, en cuyas arenas se encuentra un oro de color subido, de más de 23 quilates. Allí mismo en Vetas y Montuosa hay minas de plata que se han trabajado en los últimos tiempos, y que según los ensayos producen ocho o más onzas por quintal.

«Las minas de cobre son allí abundantísimas, sin que hasta el presente se haya puesto una fundición formal,

y se trabaja ese metal sin método y sin máquinas que faciliten su extracción y beneficio.

«...Todo el terreno de Pamplona y sus contornos, hasta gran distancia, se halla formado de una arcilla brillante por las partículas pequeñas de talco (*mica*) de que está mezclada. En varios sitios, principalmente en Labateca, se encuentra ese talco en láminas grandes que, como en Moscovia, sirven para hacer vidrieras de ventanas; sirve también el talco para marcos de láminas que imitan el cristal, maceras y otros usos de adorno que son bien sabidos. Por todas partes se hallan el cuarzo, el espató y el granito en masas grandes susceptibles de pulimento. Todo anuncia que estas comarcas son ricas en metales de que podríamos sacar gran partido si supiéramos beneficiarlos».

En la Provincia de Pamplona no se cuentan arriba de tres mil indios, repartidos en ocho aldeas. El resto de la población, compuesta de blancos y de mestizos, puede ascender a unas 40.000 almas. Casi todos se dedican a la agricultura y unos pocos son artesanos.

Un país que exporta poco, no suele ser rico. Pamplona debería ser, pues, sumamente pobre, pero la propiedad está muy dividida y eso hace que muchas familias puedan vivir con holgura. Los llanos que limitan el valle de Labateca hubieran podido constituir para esta región, una salida de sus harinas a cambio de ganados, si existiera un camino que facilitara ese intercambio. Camino fácil de abrir siguiendo el valle que riega el Chitoya, que, según todas las probabilidades, es una de las fuentes del Apure. Por esa vía, Pamplona podría comunicarse con la Guayana; Girón, por esa misma vía, podría hacerlo con las Provincias alejadas, y, en vez de pagar a altos precios las carnes que trae

de los llanos de Casanare por la salina de Chita, podrí­a adquirir a precios más módicos las de Barinas; la carne absorbe casi todo el dinero de Girón.

En todo este distrito y muy especialmente en la parroquia de Rí­onegro se cultiva el algodón. Se exportan para Mompox y Cartagena más de cien mil arrobas (1); el resto se consume en la región para la fabricación de telas ordinarias.

El tabaco de Girón es de excelente calidad, y el estanco establecido en Piedecuesta contribuye a la prosperidad de las gentes. El cacao, que se vende en grandes cantidades, se da muy bien en las márgenes del Sogamoso, del Surate y del Cañaverales. En esas regiones se produce mucho bálsamo de copaiba y maderas de construcción, que se exportan a Mompox.

En las inmediaciones de la parroquia de Rí­onegro se ha descubierto una mina de sucino.

Si se abriera un camino de Girón al Magdalena, esta plaza obtendría grandes ventajas para su comercio. En primer lugar se evitarían los escollos del Sogamoso, donde con frecuencia suelen naufragar las embarcaciones, y además, una gran extensión de tierras desconocidas entre este río y el Cañaverales, se verían más pobladas.

La navegación de este último río es mucho mejor que la del otro, a pesar de que la escasez de su caudal no consienta el paso de embarcaciones con mucha carga. Esta vía es de gran utilidad para los habitantes de Rí­onegro, que envían por ella sus harinas en menos tiempo y con menos costo que por la de Ocaña.

El Distrito de Girón, como el de Pamplona, está habitado por una población compuesta de razas diferentes.

1) Este cálculo es evidentemente exagerado.

Hay muy pocos indios y esclavos negros. Las ciudades más prósperas de esta Provincia son: San José y Rosario de Cúcuta, a pesar de carecer de salida para sus productos. Por su terreno variado, por los valles que riegan el Táchira, el Pamplona y el Zulia, hay magníficas plantaciones de cacao.

En Cúcuta la agricultura está confiada a un millar de esclavos. El cacao de Cúcuta, que se conoce con el nombre de cacao del Magdalena, por transportarse por ese río, es muy solicitado. La cosecha de cacao se puede estimar en unas 80.000 arrobas por año, que al precio de 3 piastras arroba, produce ingresos por valor de 240.000 piastras, y añadiendo el producto del café y del añil, que también se cultivan en la Provincia, el total de la riqueza de Pamplona puede llegar a un millón de piastras (1).

La mayor parte del cacao de Cúcuta se lleva a Maracaibo por el Zulia. La distancia por tierra hasta el puente de Cachos, sito en el pueblo de Limoncito, es de seis leguas, camino que la acorta mucho, pero que está en muy mal estado debido a la incuria de los negociantes que son refractarios a asociarse para hacer gastos, siempre que no estén estimulados por la esperanza de realizar ganancias inmediatas y seguras.

(1) Este cálculo no parece exacto. El país produce café y añil en cantidad muy inferior a la de cacao; así que se puede decir en contra de la afirmación del señor Camacho, que el producto del café y del añil no llegan a la mitad del del cacao. Nunca tuvo la Provincia de Pamplona un millón de piastras en circulación. En general, los autores americanos tienen una marcada tendencia a exagerar la riqueza de su país: en un ensayo referente a la Provincia de Antioquia, publicado en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada* el señor Restrepo asegura que Antioquia extrae anualmente de sus minas 600.000 castellanos de oro. Las personas documentadas del país están de acuerdo en estimar ese cálculo como inexacto.

Los comerciantes de Cúcuta acabarán por abandonar la ruta de Mompox y de Cartagena, donde muchos de ellos perecen víctimas de lo insalubre y abrasador del clima, pues utilizando la de Maracaibo, transitan por regiones donde el aire es puro y sano, además de que la navegación obligada es mejor, ya que no existen las nubes de insectos, que tanto atormentan al viajero en el Magdalena.

Una parte considerable del dinero de Cúcuta va a parar, por San Cristóbal, a Barinas, para la compra de mulas y otros animales que ascienden a unas 10.000 cabezas por año. En estos valles, a pesar de haber pastos, no se dedican los hombres a la cría de ganado. La sal la traen de la costa cuando no la pueden conseguir de Chita o de Zipaquirá.

La abundancia de cacao no se debe únicamente a la feracidad del suelo, sino que en ella entra en mucho el esmero con que se le cultiva, pues aleccionados por la experiencia procuran los cultivadores la sombra de las ceibas y de otros árboles; rirrigan las plantaciones, las cercan con setos vivos de limoneros, acacias y otros arbustos, que a la vez que protegen la propiedad, le dan un aspecto encantador. Este cultivo no tendría fallas, si no fuese por los estragos que produce en el cacao el *tinea falsa*, insecto que también ataca los trigos y las harinas de Suratá. La ciudad de Salazar de las Palmas ha ido decayendo a medida que prosperan las del valle de Cúcuta, pero con todo se cuentan en su demarcación algunas parroquias bastante ricas, como San Yago y Cayetano; en esta última principalmente hay plantaciones de cacao muy hermosas.

Salazar de las Palmas debe su nombre a la gran cantidad de palmeras que cubren la región. Entre ellas se

cuenta la palma real (*cocos butyracea*), de la que se sacan el vino y la manteca; la palmera cabeza de negro (*phytelephos macrocarpa*), cuyo fruto se trabaja como si fuera marfil; la palmera de nolí, que se la puede designar con el nombre de *cocos ignaria*, por la especie de borra que crece en la vena o nervio de las hojas y que sustituye perfectamente a la yesca, y finalmente la palmera murrapo (*carludovica*), que se emplea para techar las casas y cuyos brotes tiernos se comen.

En resumen, el suelo de la Provincia de Pamplona es fértil; los habitantes son indolentes, de suerte que casi toda está desierta; esto es lo que se advierte, por lo general, en las colonias más antiguas del Reino.

PRIMERA PARTE, NOTA 2.^a, PAGINA 156. PARRAFO 19

Según A. de Humboldt, la población de la República de Colombia ascendería a 2.700.000 almas. Pombo (criollo de Nueva Granada fallecido en 181....), que publicó en 1811 un opúsculo sobre la estadística en Nueva Granada, calcula el número de habitantes por Provincias como sigue:

Guayaquil.....	50.000
Loja y Jaén.....	80.000
Cuenca.....	200.000
Quijas y Macas.....	40.000
Quito.....	500.000
Popayán.....	320.000
Chocó.....	40.000
Antioquia.....	110.000
Neiva.....	45.000
	<hr/>
Pasan.....	1.385.000

Vienen.....	1.385.000
Santafé.....	190.000
Tunja.....	200.000
Socorro.....	125.000
Pamplona	90.000
Los Llanos.....	20.000
Mariquita.....	110.000
Cartagena.....	210.000
Santa Marta.....	70.000
Río hacha.....	20.000
Panamá y Portobelo....	50.000
Veragua.....	30.000
	<hr/>
Total.....	2.500.000

Añadiendo a esta cifra la de la población de Caracas, que se estima de modo unánime en 900.000 habitantes, la población total de la República sería de 3.400.000 habitantes. Este cálculo es evidentemente exagerado, y desde luego no coincide con el censo levantado de acuerdo con las órdenes del actual Gobierno de la República.

PRIMERA PARTE, NOTA 3ª, PAGINA 157

El Papa Pío IV erigió a Bogotá en Sede Episcopal en 1564. Este Arzobispado está integrado por cinco Dignatarios, siete Canónigos, tres Prebendados y un Medio Prebendado.

Los Obispos sufragáneos de Bogotá son:

Popayán, con tres Dignatarios, dos Canónigos, dos Prebendados y dos Medio Prebendados.

Cartagena, con cinco Dignatarios y un Canónigo.

Santa Marta, con cuatro Dignatarios.

Mérida de Maracaibo.

Caracas, antes sufragáneo de Santo Domingo, tiene cinco Dignatarios, cuatro Canónigos, dos Prebendados, dos Medio Prebendados, seis Capellanes, seis acólitos. El Obispo disfruta de una renta de 75.000 piastras (unos 375.000 francos).

Quito, antes sufragáneo de Lima, tiene cinco Dignatarios, seis Canónigos, cuatro Prebendados, dos Medio Prebendados. El Obispado de Quito fue fundado en 1534.

Panamá, antes sufragáneo de Lima, tiene cinco Dignatarios y dos Canónigos.

El Cabildo Eclesiástico de Bogotá se compone de un Deán, un Arcediano, un Chantre, un Maestrescuela y un Tesorero. Un Deán tiene un sueldo de 5.000 piastras, y un Beneficiado a parte entera, 2.000.

Por una misa rezada se da una piastra; por un bautizo, de 12 reales (7,8 francos) a 4 piastras; un casamiento, 12 piastras, o 200 si se dispensan las amonestaciones.

La dispensa para el matrimonio de un tío con una sobrina, 1.000 piastras.

Un entierro, 4 piastras y media para los pobres y 200 para los ricos.

—

PRIMERA PARTE—NOTA 4.^a—PAGINA 191

Precio de algunos artículos en Bogotá.

	Frs.	Cts.
Carne, 25 libras.....	9	10
Pan, una libra.....	0	32
Vino, 12 botellas.....	80	
Azúcar, una libra.....	0	65
Confituras, 25 libras.....	26	

	Frs.	Cte.
Aceite de España, una botella.....	7	80
Azafrán, una onza.....	11	70
Pienso de un caballo por día.....	2	50
Un sombrero.....	80	
Unas medias botas.....	50	
Unos zapatos.....	15	
Cera de Europa, una libra.....	10	
Pólvora, una libra.....	9	10

PRIMERA PARTE—NOTA 5.ª—PAGINA 199.

Estado de los diezmos de Antioquia, una de las Provincias más ricas de la República de Colombia y cuya población asciende a 106,950 habitantes:

Años.	Piastras.
1800.....	31.064 3
1801.....	28.412 6
1802.....	24.250 1
1803.....	28.693 3
1804.....	25.954 7

138.375 0

El resultado demuestra que cada habitante no gasta *cuatro piastras* (20 francos) por año. (Restrepo, *Ensayo sobre la Geografía de Nueva Granada.*)

PRIMERA PARTE—NOTA 6.ª—PAGINA 201.

Pombo detallaba como sigue, en 1811, las rentas de las Provincias de Nueva Granada:

	Piastras.
Santa Marta y Ríohacha.....	320.000
Cartagena.....	600.000
Guayaquil.....	300.000
Panamá (en razón de su comercio con el Perú).....	800.000
Cuenca.....	60.000
Mainas.....	30.000
Quito.....	250.000
Quijas.....	40.000
Popayán.....	210.000
Chocó.....	60.000
Antioquia.....	160.000
Neiva.....	18.000
Mariquita.....	23.000
Santafé.....	180.000
Tunja.....	80.000
Socorro.....	72.000
Pamplona.....	70.000
	<hr/>
Total.....	3.273.000

Este cómputo parecería tanto más exacto cuanto las rentas de la Provincia de Santafé en el mes de octubre de 1822, cuyo estado se publicó en la *Gaceta Oficial* del mes de noviembre del mismo año, ascendieron a 15.107 piastras. Esta cifra repetida doce veces da 181.284 piastras, resultado que se aproxima muchísimo al que da Pombo. Ahora, si se añade al total de las rentas de Nueva Granada el de las rentas de Caracas, que según uno de los miembros del Consulado ascendería a 2.032.500 piastras, a pesar de que según ciertos informes no suben a más de 1.227.336, habrá que reconocer que

las rentas de la República sólo se elevan a la suma de 5.705.500 piastras, o sea a unos 26.527.500 francos; y los gastos, calculándolos aproximadamente y tomando por base los de los Departamentos de Santafé y de Caracas, publicados en 1822 y 1823, ascenderían a 5.715.336 piastras, o a 28.776.680 francos (el franco se ha calculado a 5 por piastra). En esta cifra de gastos no se incluyen los intereses de los 40.000.000 de piastras que la República adeuda a los ingleses.

—

PRIMERA PARTE—NOTA 7ª—PAGINA 201

El correo de Cartagena llega a Bogotá los días 9, 19 y 29 de cada mes; en esas mismas fechas el correo de Bogotá sale para Cartagena. El correo de Caracas llega a Bogotá los días 4 y 19 de cada mes, y sale de la capital para Caracas los días 7, 15 y 22. Entre estas dos ciudades hay 250 leguas de distancia.

—

SEGUNDA PARTE—NOTA I—PAGINA 266—PARRAFO 3.º

Las minas abundantes producen por día y por esclavo 8 reales; las medianamente ricas, y son las más, no dan sino dos reales. En Antioquia se trabajan las minas con hombres libres; se les da el nombre de *mazamorreros*. En esta Provincia el yacimiento de las minas no es el mismo que en las regiones próximas al Gran Océano. En efecto, en Antioquia se suele encontrar oro a 1.450 toesas sobre el nivel del mar; el mineral está diseminado, separado por grandes espacios, mientras que en el Chocó sólo se encuentra en una línea paralela al horizonte. (Restrepo: *Ensayo sobre la Geografía de la Nueva Granada*).

SEGUNDA PARTE—NOTA IX—PAGINA 303—PARRAFO 1.º

Observaciones sobre los medios de establecer una comunicación por agua entre el mar de las Antillas y el Gran Océano, por el río Atrato, que desemboca al fondo del golfo de Darién, y por el río San Juan, que casi comunica con la parte superior del Atrato, y desemboca en el Pacífico por la bahía de Chirambira. (El autor de este interesante estudio es un inglés que ha guardado el anónimo).

«La boca principal del Atrato se denomina Barba-coas. Está situada a $8^{\circ}12'$ de latitud Norte. El curso de este río es de 480 millas a contar desde su nacimiento. En su desembocadura empieza la gran bahía de Candelaria, en la que podría fondear toda la marina del universo, con un buen fondeadero a 18 o 30 brazas de profundidad, abrigada contra todos los vientos, y únicamente con mar muy fuerte durante los meses en que soplan los vientos del Norte. La barra en tiempo seco y durante la bajamar tiene cinco pies de agua; en la estación de lluvias y en su pleamar, seis pies y medio en una extensión de unas 200 yardas, con fondo de arena duro.

«El primer afluente de alguna importancia que vierte sus aguas en el Atrato se denomina *río Sucio*: está situado a $7^{\circ}46'$ de latitud Norte. En su estado actual no es navegable, a causa de los árboles y las rocas que obstruyen su curso.

«El segundo es el *Mariendo*. Su situación es a $7^{\circ}6'$ de latitud Norte. A unas 20 millas del punto de su unión con el Atrato se ven algunas montañas muy altas, que tienen el mismo nombre; en ellas hay en abundancia diversas especies de maderas preciosas.

«El tercero es el *Napipí*, que desemboca en el Atrato a los 6°33' de latitud Norte. Aprovechando el curso de este río, se podría abrir una comunicación fácil con el Gran Océano, que sólo dista seis millas de las fuentes del *Napipí*.

«De la desembocadura del *Napipí* hasta la hospedería construída más arriba del río Don Carlos, hay unas 100 millas, tres jornadas; desde ese punto a la hospedería de Antadó, hay seis horas de camino; unas 18 millas. Desde allí se va por tierra hasta la bahía de Cupica, en el Pacífico; un día de camino. Los transportes se hacen en mulas o con hombres: se suelen emplear siete días para recorrer ese camino; el costo de una carga de 125 libras es de 12 piastras.

«Se sirve uno de mulas en el camino de Verras a Antioquia (40 millas): cada mula cuesta cuatro piastras.

«La capital de la Provincia del Chocó es San Francisco de Luibdo o Citara, distante 400 millas del mar; sólo hay una iglesia y un despacho de aduanas; su población no llega a mil habitantes.

«Hasta Citara, el Atrato no ofrece obstáculos para las embarcaciones de un calado que no exceda de siete pies. Su cauce no está obstruído por rocas ni por troncos de árboles. La corriente del Atrato en la época de sequía tiene una velocidad de 2 millas por hora, y de 5 en la estación lluviosa. Las fuentes de ese río están a 80 millas de Citara.

«Frente por frente de esta ciudad, el río Quito desemboca en el Atrato; por este río se va al barranco de San Pablo; en la estación seca la navegación ofrece algunas dificultades, debido a la poca agua. Este impedimento sería fácil de obviar con esclusas y otros meca-

nismos conocidos en Europa; además la anchura del barranco de San Pablo solamente es de 2 millas».

SEGUNDA PARTE—NOTA X—PAGINA 306—PARRAFO 2º

El territorio de la Provincia de Antioquia, donde se encuentran las ciudades de Remedios, Zaragoza, Cáceres, Cauacán, Yalomba y San Bartolomé, que puede tener una extensión de 50 leguas, no contiene más de 6.303 habitantes. (Restrepo. *Ensayo*, etc).

SEGUNDA PARTE—NOTA XI—PAGINA 307—PARRAFO 1º

Vocabulario de los indios del Chocó.

Copdur	jefe
Uenmehor	antropófago
Deupera	mujer
Hemeoera	hombre
Babkukena	blanco
Gauna	indio
Ningur	negro
Urima capum	venga aquí
Carpemara	cuanto
Amba	uno
Numi	dos
Canupa	tres
Aiapa	cuatro
Conambo	cinco
Ardkinanamba	seis

SEGUNDA PARTE—NOTA V—PAGINA 353—PARRAFO 1.º

En el Perú, el número de criollos blancos está también en proporción mínima, pues de 2.000.000

aproximadamente que tiene de habitantes hay unos 450.000 blancos; 1.100.000 indios; 500.000 mestizos; 60.000 negros y 80.000 mulatos.

No creo, ni mucho menos, que antes de la Conquista América estuviese mucho más poblada que ahora; a mi juicio, los informes de los Capitanes españoles contienen los errores más crasos. Todos estos errores, desde luego, no obedecen al interés que tuvieran en aumentar el mérito de sus hazañas, sino al efecto que debían producir algunos miles de indios sobre las tropas de que disponían, y que en algunas ocasiones no ascendían a 600 hombres. Pero, además, ¿cómo podría haber sido tan numerosa como se pretende la población de América, si la mayor parte de sus tribus vivían de la caza? Ahora es muy diferente: esa población tiene a la fuerza que ir aumentando, máxime si la esclavitud es abolida, pues no hay nada que detenga el aumento de población en los pueblos equinociales como el exceso de trabajo. En el clima agotador del ecuador, hasta el negro, que es por excelencia el trabajador más adecuado para el desmonte del terreno, tiene que trabajar poco y solamente a determinadas horas del día; de lo contrario, sus fuerzas se agotan al cabo de pocos años, y si no muere joven, envejece rápidamente y queda inútil para la agricultura y para la propagación de la especie.

—
SEGUNDA PARTE—NOTA VI—PAGINA 383—LINEA 3.ª

Análisis de algunos minerales de Colombia, por el profesor Berthier, de la Real Escuela de Minas.

Mineral de cobre de Monquirá.

Es una mezcla de cobre piritoso, cobre gris, cobre oxidado negro y cobre carbonatado verde. Es muy rico

en cobre, pero contiene una cantidad muy pequeña de plata. El cobre gris podría explotarse con gran provecho; pero el cobre que produjera sería impuro y difícil de afinar. Tal vez por esto los indios sólo funden el cobre piritoso. Parece que el procedimiento que emplean es muy parecido al de Europa, pues las escorias están compuestas principalmente de sílice y de óxido de hierro, lo mismo que las nuestras; conservan, además, únicamente cantidad muy pequeña de cobre.

Mineral de plomo de Sogamoso.

Es plomo carbonatado, mezclado con algunas partículas de galena y diseminado en el cuarzo. En Europa se encuentra un mineral parecido. Sólo contiene rastros de plata.

Mineral de hierro de las inmediaciones de La Plata.

Es un óxido de hierro magnético, puro y sin mezcla. No contiene nada que le sea extraño, ni siquiera la más leve traza de titanio. En las pruebas da 0,73 de excelente hierro colado.

SEGUNDA PARTE—NOTA VII—PAGINA 383—PARRAFO 2.º

En los años de 1806 y 1807 salieron de la Casa de la Moneda de Santafé 3.499.489 piastras. Sin duda el sistema de explotación de las minas debió haber experimentado por entonces algún adelanto, pues desde 1789 a 1795 sólo se habían acuñado en Santafé 8.161.862 piastras, y en Popayán, desde 1788 a 1794, 6.502.542 piastras (Humboldt, *Ensayo político*, Capítulo XI, página 201). En general los años de prosperidad en América fueron los primeros del siglo XIX. Fue en esa época cuando este Continente recibió de la Península europea

algunos privilegios benéficos, y cuando el Gobierno español, dando al olvido sus principios rígidos de política, permitió la introducción de libros y la publicación de algunos periódicos. Sabido es cuánto han contribuído esas publicaciones a la difusión de los conocimientos en las colonias de América y a la aceleración del proceso de emancipación.

SEGUNDA PARTE—NOTA XIV—PAGINA 391—PARRAFO 2.º

A. de Humboldt, en sus obras sobre México (*Ensayo sobre la Nueva España*, Capítulo XIII, página 472), estima el valor de las importaciones en las Provincias reunidas de Nueva Granada y de Caracas, en 11.200.000 piastras, y el de las exportaciones, tanto de productos agrícolas como de metales, en 9.000.000. Pombo, a quien ya he citado más de una vez, ha avaluado las exportaciones de Nueva Granada sólo en 2.500.000 piastras, dividiéndolas en la siguiente forma:

	Piastras.
Exportaciones de productos agrícolas, perlas y platino, por el Atlántico.....	600.000
En plata y barras de oro.....	1.350.000
En productos por Panamá y Guayaquil.	550.000

Según el mismo autor, las importaciones no excederían de 2.500.000 piastras.

El señor Jove, uno de los miembros más competentes del Consulado de Caracas, consignó en una memoria entregada en 1817 al Virrey Sámano, las apreciaciones siguientes del comercio de Colombia:

EVALUACION APROXIMADA DE LAS EXPORTACIONES DE
LAS PROVINCIAS DE VENEZUELA DURANTE LOS DIEZ AÑOS
ANTERIORES A 1810
POR AÑO

100.000 fanegas de cacao de 110 libras, a 20 piastras.....	2.000.000
100.000 quintales de café, a 12 piastras.....	1.200.000
150.000 libras de añil a 1 piastra 2 reales.....	187.500
50.000 quintales de algodón, a 15 piastras.....	75.000
200.000 pieles de buey, a 1 piastra.....	200.000
10.000 mulas y caballos a 32 piastras.....	320.000
200.000 pieles de animales menores, a 2 reales.....	50.000
2.000 quintales de copaiba por la Guayana, a 24 piastras	48.000
10.000 quintales de tabaco de Barinas, a 20 piastras.....	200.000
Otros productos.....	119.500
	<hr/>
	4.400.000

La balanza del comercio y de la agricultura era favorable a ésta en un millón.

Se publicó en 1809, en el *Semanario* (1), el estado del comercio de la Guayana y de Cartagena. Los datos que en él se consignan no son desde luego nuevos, pero son interesantes y hasta útiles, porque los productos importados son los mismos de la dominación española. Además, los documentos de toda suerte son actualmente muy raros, pues los diarios, las memorias de los Virreyes donde se hallaban materiales preciosos para la estadística de América, todo ha desaparecido o ha sido quemado. Hasta los miembros del Gobierno desconocen en gran parte los detalles de la administración. Sólo con mucho trabajo se pueden conseguir indicaciones fidedignas para conocer bien la situación financiera y comercial del país, y la perplejidad aumenta cuando se quieren hacer concordar unos con otros tales informes contradictorios,

(1) Número 45. La confusión que se advierte en el original español me ha obligado a introducir algunos cambios en las cantidades de las distintas sumas y a suprimir el cuadro relativo a las exportaciones.

pues llevados por el sectarismo de partido, unos aumentan y los otros deprecian los recursos del Gobierno.

Estado general del comercio de La Guaira, en el primer semestre del año de 1809.

IMPORTACIONES DE ESPAÑA

	Piastras	
En mercancías españolas.....	215,424	
En mercancías extranjeras.....	58,780	
	<hr/>	
	274,204	274,204

IMPORTACIONES DE AMERICA

Azúcar de La Habana, 3,173 arrobas.....	6,347	
Cera de Cuba, 773 arrobas.....	7,730	
Sacos de México, 5,520.....	1,380	
Piastras.....	96,500	
Otros productos de América.....	26,202	
Otros productos de Europa.....	16,161	
Otros productos del Extranjero.....	4,616	
	<hr/>	
	158,936	158,936

IMPORTACIONES DE EUROPA

Géneros de lana.....	13,369	
Géneros de lienzo.....	60,333	
Géneros de algodón.....	325,242	
Sombreros de lana (6,281).....	9,489	
Sombreros de seda (2,262).....	12,466	
Sedería.....	15,568	
Harina (5,798 barriles).....	57,983	
Quincalla.....	36,414	
Viveres.....	34,674	
Vino en barricas (4,025 arrobas).....	9,725	
Vino en botellas (2,414 docenas).....	4,504	
Plata y oro amonedados.....	32,330	
Objetos varios.....	11,838	
	<hr/>	
	623,935	623,935
	<hr/>	
Total de las importaciones.....		1,057,075

EXPORTACIONES ANUALES DE NUEVA GRANADA
CON ANTERIORIDAD A 1810

	Piastras
10.000 fanegas de cacao procedentes de los valles de Cúcuta, a 20 piastras.....	200.000
6.000 quintales de café, a 10 piastras.....	60.000
6.000 quintales de algodón, a 15 piastras.....	90.000
12.000 cargas de maderas tintóreas, de 250 libras, por Riohacha, a 7 piastras.....	84.000
3.000 cargas de maderas tintóreas, por Santa Marta, a 5 piastras.....	15.000
30.000 quintales de algodón por Cartagena, a 20 piastras	600.000
20.000 quintales de maderas tintóreas, a 6 reales.....	15.000
100.000 cargas de cacao (75 libras) por Guayaquil, a 6 piastras.....	600.000
10.000 cargas de quina de Loja (250 libras), a 10 piastras.	100.000
20.000 cargas de quina por Cartagena, a 6 piastras.....	120.000
6.000 libras de platino por el Chocó (1), a 6 piastras. ..	36.000
Productos diversos (2).....	80.000
	<u>2.000.000</u>
Metales.....	2 000.000
Total.....	<u>4.000.000</u>

RENTAS DE NUEVA GRANADA ANTES DE 1810

	Piastras
Aduanas	600,00
Alcabalas.....	100.000
Tabaco.....	300.000
400.000 bulas (3).....	100.000
Papel sellado.....	150.000
Casas de Moneda	150.000
Tributos indios.....	50.000
Licencias.....	100.000
	<u>1 550.000</u>

(1) En la actualidad, estando prohibida la exportación de este metal, no se paga la libra a más de tres o cuatro piastras, y sale del país la misma cantidad que antes.

(2) Bajo esta denominación general se comprendé la zarzaparrilla (2 reales la libra), la manteca, el cacao, la vainilla, la vicuña y el barniz de Pasto, que se vende de 8 a 10 reales la libra y que utilizado por manos más diestras podría igualar al barniz de China.

(3) El Gobierno de Colombia ha prohibido la venta de bulas hasta tanto que el Papa se decida a reconocer la República.

BALANZA DEL COMERCIO DE CARTAGENA

IMPORTACIONES DE ESPAÑA

Años	Piastras
1802.....	983.885
1803.....	971.863
1804.....	903.644
	<hr/>
	2.859.392

EXPORTACIONES A ESPAÑA

Años	Piastras
1802.....	3.082.816 2
1803.....	1.554.385 1
1804.....	2.468.5787
	<hr/>
	7.105.783 2
A esta suma hay que añadir en productos.....	2.353.551
En dinero.....	4.752.232

De modo que en opinión del señor Jove, las rentas de Nueva Granada con anterioridad a 1810 no habrían excedido de 1,550,000 piastras. Aunque esta opinión me ha parecido que está muy por debajo de la realidad, sin embargo al hablar de las finanzas de Nueva Granada no las he avaluado en más de 5 ó 6,000,000 de piastras, porque si bien es verdad que la venta de los bienes nacionales y la obligación impuesta al clero de contribuir como los demás ciudadanos a las cargas del Estado, han debido aumentar los ingresos, también es cierto que los desastres inherentes a una guerra de catorce años han hecho desaparecer gran número de recursos que poseía España en tiempo de su dominación.

Y terminemos estas aclaraciones comparando la importancia del comercio de Colombia con el de México.

Balanza del comercio de Veracruz durante los mismos años.

Importaciones de España.	Importaciones de América.
20.390.859	1.607.729
18.493.289	1.373.428
14.906.060	1.619.682
<hr/>	<hr/>
53.790.208	4.600.839
4.600.839	
<hr/>	
58.391.047	
Exportaciones a España.	Exportaciones para los puertos de América.
33.866.219	4.581.148
12.017.072	2.465.846
18.033.371	3.424.511
<hr/>	<hr/>
63,916 662	10.471.505
10.471.505	
<hr/>	
74.388.167	

Aunque los antiguos Virreinos de México y de Nueva Granada estén favorecidos por la naturaleza y sean igualmente ricos en metales, por hallarse la agricultura abandonada en gran parte en Colombia en manos de los negros y por hacerse la explotación de las minas en forma primitiva, son éstas las causas del contraste prodigioso que presentan estos países administrados antes de la misma manera, de una extensión superficial casi igual y uno de ellos con un número de habitantes que representa el doble del otro.

FIN

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN

	Págs.
Prólogo	IX
Prefacio.....	1
Capítulo I. Salida de Francia. Las Azores. La costa de los Estados Unidos. Norfolk. Wáshington. Calma chicha. Cartagena de Indias. Salida para Bogotá. Turbaco. Barranca. De Cartagena al Magdalena.....	7
Capítulo II. Salida de Barranca. El pueblo de Tenerife. Zambrano. La isla de San Pedro. Pinto. Santa Ana. Mompox. Margarita. Guamal. Peñón. Banco. La Sierra de Ocaña. Regidor. Río Viejo. Morales. Badillo. Los habitantes del Magdalena. Bocas del Rosario. San Pablo. Punta de Barbacoas. Garrapata. Angostura. Nare.	25
Capítulo III. Brazos del Magdalena. La Miel. Río Negro. Guarumo. El promontorio de Gardería. Los escollos de Perico. Honda. Descripción del Magdalena.	43
Capítulo IV. Camino de Honda a Bogotá. Río Seco. Venta Grande. La montaña de Sargento. El valle de Guaduas. Villeta. Facatativá. Descripción de la Sabana de Bogotá. El Salto de Tequendama. El puente natural de Pandi (Icononzo).....	53
Capítulo V. Viaje por la Provincia del Socorro, situada al norte de Santafé de Bogotá.....	67
Capítulo VI. Estado del país desde 1498 hasta 1781. Antiguos habitantes. Sus usos. Sus costumbres. Conquistas comerciales. Conquistas religiosas. Conquistas mi-	

litares. Quesada. Debilitamiento de la población india. Los negros. Su estado y condición. Mezcla de razas. Puertos. Iglesias. Aldeas. Ciudades. Las minas. Agricultura colonial. Agricultura europea. Industria. Los repartimientos. Las encomiendas. Tributos indios. Gobierno español. Profunda paz	95
Capítulo VII. La revuelta del Socorro. Movimiento de 1794. Virreyes españoles. Insurrección de Caracas en 1810. Insurrección de Nueva Granada. El Virrey Amar. Miranda. Bolívar. Monteverde. Reconquista de Caracas. Bolívar pasa a Curazao. Sale de allí; vuelve a Caracas por Cartagena; es derrotado; escala la cordillera; se apodera de Santafé; ataca a Castillo en Cartagena; es derrotado; pasa a Jamaica. Amibición general. Morillo somete al país.....	119
Capítulo VIII. El Virrey Sámano. Soldados españoles. Soldados americanos. Bolívar entra en Santafé; pasa a Quito y luégo a Guayaquil. Características de los principales generales.....	133
Capítulo IX. Nuevo gobierno. Constitución de Cúcuta. División del territorio en Departamentos. Renovación de los Cabildos. Leyes civiles. La justicia. El Congreso. El Poder Ejecutivo.....	151
Capítulo X. Regreso a Bogotá. Puente Real. Minas de cobre de Moniquirá. Chiquinquirá. Minas de sal de Zipaquirá.....	165
Capítulo XI. Fundación de Santafe de Bogotá. Clima. Casas. Interiores. La Catedral. Los conventos. El hospital. Los colegios. El Palacio del Presidente. El Palacio de los Diputados. El Palacio del Senado. Las cárceles. La Casa de la Moneda. El teatro. Las calles. La Policía. El mercado. Los pobres. Paseos. Modo de vivir. Las tiendas. Las diversiones. El Corpus. Las costumbres. Las beatas. Establecimientos científicos. El carácter de los habitantes.....	175

	Págs.
Capítulo XII. Finanzas. Aguardiente. Papel sellado. Alcabala. Impuestos directos. Guerra. El ejército. Las plazas fuertes. Marina. Relaciones extranjeras.	199

SEGUNDA PARTE

Capítulo I. Salida de Bogotá para Popayán. Guaduas. Chaguaní. San Juan. Regreso a Guaduas. Breve estancia en esta ciudad. Beltrán. Ambalema. San Luis. Chaparral. Natagaima. Payandé. Samboja. Villa Vieja. Neiva	221
Capítulo II. Tambo del Hobo. Paso de Los Domingarios. Puente de cuerdas. La Plata. Pedregal. San Francisco. Inzá. La montaña del Guanaco. Totoró. Paniquita. Popayán. El volcán del Puracé	249
Capítulo III. Descripción de Quito. Camino de Quito a Cuenca	271
Capítulo IV. Salida de Popayán. La mina de Alegrías. Quilichao. El Cauca. Jamundí. Cali. Salida de Cali. Las Juntas	285
Capítulo V. Navegación peligrosa por el Dagua. Buenaventura. Descripción de la Provincia del Chocó. Salida de Buenaventura en una goleta peruana. Llegada a Panamá. Observaciones acerca del Gran Océano....	295
Capítulo VI. Descripción de la ciudad de Panamá. Las mujeres de Colombia	315
Capítulo VII. Descripción física de la República de Colombia. Montañas. Clima. Atmósfera. Estaciones. Temperatura. Vientos. Lluvias. Influencia tropical. Cosechas. Bosques. Ríos. Quebradas. Minas. Salinas. Volcanes. Lagos. Mares. Mareas. Animales salvajes. Animales domésticos. Los llanos del Orinoco. Aspecto general del país	325
Capítulo VIII. Población. Habitantes de los páramos. Los de las montañas en que se produce trigo. Los de los llanos. Indios bravos. Esclavos negros. Religión...	337

Capítulo IX. Carácter de los colombianos.....	363
Capítulo X. Agricultura. Industria. Reflexiones sobre el banano. Minas. Moneda. Salinas. Comercio. Exporta- ciones. Importaciones.....	377
Capítulo XI. Vías de comunicación por tierra y por agua. Leyes comerciales... ..	397
Capítulo XII. Salida de Panamá. Cruces. El río Chagres. La Gorgona. Chagres.....	413
Capítulo XIII. Llegada a Jamaica. Salida para Europa. Las Lucayas. Falmouth. Llegada a Francia.....	419

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS ANCEL ARANGO
CATALOGACION